

*Selección RNR*

*Un hombre  
para Zafiro*

CATHERINE BROOK



*Romance Histórico*

Un hombre para Zafiro  
Serie Joyas de la nobleza – Libro 3.º

Catherine Brook



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

## CAPÍTULO 1

Zafiro Loughy siempre se consideró una mujer sensata e inteligente, por ello, sabía que debía casarse pronto, antes de que las propuestas desaparecieran. A sus casi veintiún años era consciente de que la sociedad estaba a poco de declararla solterona, y no por falta de pretendientes, pues su belleza rubia se había encargado de proporcionarle varios. Tampoco era porque no deseara casarse, porque lo deseaba; y ahora que sus primas, casi de la misma edad, Topacio y Rubí, ya lo habían hecho, ella se sentía un poco sola. Le quedaba Esmeralda, su prima de dieciséis años, pero no era lo mismo. Tenía que contraer matrimonio, solo que no lo había hecho por el simple motivo de que no había encontrado al hombre adecuado.

La unión sagrada entre dos personas no era una decisión que se pudiera tomar a la ligera. Se debía pensar bien antes de aceptar cualquier propuesta, ya que el matrimonio duraría toda la vida. El día que decidiera casarse, tenía que estar completamente segura de que la persona elegida era la indicada. No esperaba amor, pero sí respeto, fidelidad y, aunque fuera, sentir un poco de afecto por dicha persona.

Hasta ahora había asistido a incontables bailes, pero ningún candidato que Rowena se afanó en presentarle le parecía indicado; siempre solían tener uno u otro defecto que hacía que los tachara de la lista que no tenía. Algunos eran bebedores, otros jugadores, libertinos, caza dotes; otros no sabían apreciar una buena conversación y pretendían que ella solo hablara de moda y clima, y los demás no le interesaban.

Suspirando se acercó a la ventana y dejó que el aire frío de la noche le acariciara la cara. Tal vez estaba siendo muy exigente, pero como se mencionó antes, no se casaría hasta estar completamente segura y, si ninguno

de los caballeros que conocía le inspiraba esa seguridad, no habría boda futura y punto, aunque su tutora estuviera a nada de perder la paciencia.

Ese era otro asunto, ahora que era la única Loughy soltera en edad de casarse, su tutora se había empeñado en conseguirle marido. Zafiro sabía que Rowena tenía buenas intenciones, y la quería por ello, pues no cualquiera se preocupaba tanto por alguien que no era de su familia. Sin embargo, eso no obviaba el hecho de que sus intentos por casarla bien rayaran en lo excesivo. Esa misma noche tuvo que fingir un dolor de cabeza para que regresaran y así dar descanso a sus pies que habían bailado una pieza tras otra sin parar.

Suspiró, y cerrando los ojos dejó que el aire puro la reconfortara, encontraría a alguien, seguro que sí, solo había que tener paciencia.

Abrió los ojos y fijó su vista hacia el frente. Su ventana no tenía la mejor vista de todas y lo único que veía con claridad era la casa de al lado, los jardines y la sombra del hombre que intentaba escabullirse por la puertaventana lateral de la casa... ¿La sombra del hombre que intentaba escabullirse por la puertaventana lateral de la casa?! Sacó medio cuerpo por la ventana como si así pudiera conseguir ver mejor, y parpadeó varias veces para asegurarse de que el cansancio no la hacía alucinar.

No, no estaba alucinando, un hombre intentaba entrar por la puertaventana lateral en la casa de la Condesa. ¿A qué?, ¿a robarle? Claro que debía querer robarle, de otra forma no estaría tratando de abrir la puertaventana de la casa de lady Gasford.

Nerviosa, empezó a pasearse por el cuarto indecisa de qué hacer con semejante información, pues ¿qué podía hacer ella? No podía ir a detener al ladrón, pero tampoco dormiría tranquila sabiendo que pudo haber evitado un robo y no lo hizo. La condesa no era muy de su agrado, pero no por eso deseaba que fuera despojada de sus pertenencias más valiosas, ya que, si no se equivocaba, ella no estaba en muy buena situación económica, y la pérdida de lo que pudiera tener podía significar su ruina total.

Volvió a mirar por la ventana, solo para comprobar que el hombre aún seguía intentado abrir la puertaventana de la casa, lo que hizo que Zafiro pensara que debía ser un ladrón inexperto; no obstante, eso no quería decir que no pudiera robarse varias cosas. Debería avisar a William, o a James, pero recordó que el primero no estaba en Londres y el segundo... no sabía si

estaba en casa, tendría que ir a averiguarlo. Debía hacer algo, no podría dormir tranquila sabiendo que mientras la condesa se divertía en la velada de la que ella acababa de regresar, un hombre despiadado robaba su patrimonio, y como suponía que los criados debían estar dormidos, probablemente no habría nadie que se lo impidiera.

Decidida, salió de su cuarto y se dirigió al de James. Estaba segura de que no le agradaría mucho ser despertado si estaba dormido pero, si era un caballero, buscaría la forma de detener al ladrón ¿Cómo lo haría? Eso tendría que pensarlo él.

Tocó repetidas veces la puerta, pero nadie respondió. No estaba en casa ¿Y ahora? Podía mandar a uno de los lacayos, pero no se atrevía a despertarlos porque era probable que ellos no entendiesen la importancia del asunto. No sabía si James lo hubiera hecho, pero hubiera ido si ella se lo pedía, hubiera refunfuñado, pero hubiera ido.

Desanimada, regresó a su cuarto y miró por la ventana. El ladrón entraba en esos momentos a la casa después de girar su cuerpo en varias direcciones como para asegurarse de que nadie lo veía ¿En verdad era ella la única que estaba presenciando esa escena delictiva?

Frustrada, volvió a pasearse por la habitación ¿Por qué tenía que ser tan correcta? ¿Por qué no podía simplemente irse a dormir y olvidarlo todo? La respuesta era sencilla: porque ella no se podía quedar ahí y respaldar un delito, iba en contra de su naturaleza, pero ¿qué podía hacer? ¿Salir en camisón, tocar la puerta para despertar a los criados y, cuando alguien le abriera, decir: «Disculpe, un ladrón se ha metido en la casa, lo vi desde mi ventana»? ¡Claro que no! Aunque, si lo hiciera, los golpes podrían alarmar al ladrón e instarlo a huir... o podría amenazar a alguien con su pistola y algún pobre saldría herido. No, descartó la idea; el motivo principal era que la tacharían de loca antes de que terminara la historia, sin contar con el escándalo que se formaría después, y ella odiaba el escándalo.

Podría colarse por la misma puertaventana, buscar al ladrón, tomarlo por sorpresa y golpearlo con su pistola, hacer ruido para despertar a los criados y salir antes de que alguien se diera cuenta de su presencia.

—Vamos, Zafiro, puedes pensar en algo mejor —se reprochó a sí misma.

En realidad, no era tan mala idea, y la hubiera llevado a cabo si fuera tan

impulsiva como Rubí y Topacio, y no pensara en las consecuencias que la acción podría traer, como, por ejemplo: alguien podía verla salir de su casa en camisón y se armaría un escándalo. La podían descubrir en la casa de la condesa, y no solo se armaría un escándalo, sino que estaría en problemas. También existía la posibilidad de que el ladrón la atrapara primero, entonces, podría golpearla, secuestrarla, matarla, y sabrá Dios cuántas cosas más. Sería una imprudente y una insensata si fuera a detenerlo, y ella no era ni lo uno ni lo otro, y no porque fuera aburrida o cobarde, como afirmaba Topacio, no, solo era sensata.

Lo mejor sería dormirse y que la pobre condesa se encontrara al día siguiente con todas sus pertenencias robadas, quizás hasta le pudiese proporcionar información sobre el ladrón, aunque, como desconocía detalles, nunca lo encontrarían... Golpeó el piso con el pie y buscó en un cajón el arma que James le había dado hacía años como protección, luego salió con sigilo de la casa diciéndose que hacía lo correcto y, si no salía viva de ello, tendría la satisfacción de haber hecho algo interesante y bueno en su aburrida pero correcta vida.

\*\*\*

Julián soltó un suspiro de alivio cuando, después de incontables intentos, logró abrir la puertaventana de la biblioteca. Debió prestar más atención cuando Adam les explicó a Damián y al él como forzar una cerradura, pero en su defensa, jamás creyó que esa información le fuera de utilidad. Moraleja: nunca había que dar algo por sentado.

Después de asegurarse de que nadie lo veía, entró en la biblioteca y salió de ella rápidamente para dirigirse a las habitaciones de la condesa, donde esperaba encontrar lo que deseaba. No tenía mucho tiempo, la mujer no debía tardar en llegar, y no podía encontrarlo ahí, pues, aunque estaba haciendo según él, algo de lo más correcto, no creía que la justicia lo viera de igual forma.

Como ya se había encargado con anterioridad de conseguir la ubicación de la habitación de la mujer, no tuvo dificultad en llegar, sobre todo, porque los

pasillos estaban bien iluminados a la espera del regreso de la condesa. Así que, rezando para que la puerta no estuviera cerrada, giró el pomo. Abrió.

Lanzando una plegaria de agradecimiento, tomó una vela de los pasillos y entró en la habitación mientras pensaba en dónde podían estar escondidas las joyas de la familia.

La colección de las joyas de zafiros de los condes de Granard, era legendaria. No podía decir la fecha exacta en que esas joyas llegaron a su familia, solo podía decir que todas las condesas de Granard las llevaban con orgullo, y su futura esposa, fuera cual fuera, no sería la excepción.

Él no tenía intención de casarse aún, no al menos hasta que lograra restablecer las arcas de la familia, no sería un caza dote más, si se casaba, tendría más que ofrecer que un título lleno de deudas, por eso, necesitaba las joyas, esperaba conseguir un préstamo que, si sabía manejar, lograría saldar las deudas que su «querido padre» le había dejado como herencia.

Con una vela en la mano, empezó a registrar los cajones. No sabía cómo la condesa se había apropiado de las joyas: si su padre se las había dado en un arrebato de locura, o ella se las había robado a su muerte, que fue, por cierto, en su cama. Sí, el antiguo conde de Granard había muerto en la cama de su amante. Hubiera sido un escándalo si ella no hubiera mandado a llamar a Julián, y él se hubiera encargado de todo. ¿Y cuál fue el agradecimiento de la mujer por librarla del escándalo?, asegurarle que no le devolvería las joyas porque su querido «Thomas» se las había regalado.

Julián había enfurecido y se había enfrentado a la mujer en contadas ocasiones, pero ella se había negado rotundamente a devolverle las joyas, sobre todo cuando Julián se negó a convertirse en su amante, pero ¿en qué cabeza cabía que se volviese amante de alguien semejante?

Por varios minutos, buscó y buscó sin éxito, solo esperaba que no la hubiera vendido, tenía entendido que la mujer no estaba en mejores condiciones que él, ya que su hijo, el joven conde de Gasford, era un jugador empedernido. Sin embargo, algo le decía que no las vendería, no al menos hasta que la sociedad las viera y desmintiera temporalmente los rumores que había sobre ella, o hasta que alguien reconociera las joyas y se armara un escándalo que le sirviera de venganza contra Julián por haberse negado a complacerla.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo solo de pensar en esa posibilidad.

Era cierto que el escándalo y los problemas siempre habían estado ligados con el apellido Allen, pero esta vez prefería encontrar las joyas antes de que fuera demasiado tarde. Su padre había muerto hacía ya cuatro meses, y la condesa se fue al campo desde entonces, según ella, para superar la impresión que le causó la muerte del hombre. Había regresado hacía solo tres días, y él no había perdido tiempo en organizar un plan. Y ahí estaba, buscando como un vulgar ladrón el patrimonio familiar y rogando en silencio que la condesa no hubiera decidido ponérselas todas para la velada.

Después de buscar en todos los cajones, bajo el colchón, en el armario, y de tantear la cómoda en busca de algún compartimiento escondido, empezó a pensar que, o las tenía escondidas en algún lugar específico, o se las había llevado todas.

Juró por lo bajo y se quedó observando el tocador, como si este le fuera a decir la respuesta. Estaba por irse cuando sintió unos pasos detrás de él, tan ligeros que, si hubiera sido más despistado, hubieran pasado desapercibidos. Giró justo a tiempo para detener el brazo que estuvo a punto de golpearlo con un arma en la cabeza, el brazo de una mujer.

\*\*\*

Estaba en problemas.

Zafiro vio el brazo que le inmovilizaba la mano y luego posó sus iris azules en el hombre cuyos hermosos ojos verdes la miraban incrédulos, entonces, supo que estaba en problemas.

Debió habérselo imaginado, todo había sido demasiado fácil hasta ahora. El ladrón, que ahora estaba segura era novato, había dejado la puertaventana abierta, por donde se escabulló después de asegurarse de que nadie la veía. Había atravesado la oscura biblioteca y, después de pensarlo un momento, subió suponiendo que el delincuente había decidido registrar primero las habitaciones de la condesa, seguro en busca de joyas. Encontrarla no fue tan difícil como esperó, estaba en el segundo piso y el tonto ladrón había dejado la puerta abierta. Cuando entró y lo vio de espaldas a ella, alzó el brazo con el arma y se armó de valor para golpearlo, pero justo cuando estuvo a punto de

hacerlo, él se giró y la detuvo. Ahora, la miraba con una mezcla de confusión y sorpresa.

Julián torció la mano de la mujer para que ella soltara el arma, y luego acercó la vela a su rostro para asegurarse de que no estaba alucinando.

No lo hacía.

Pero no solo era una mujer la que tenía en frente, no, lo más sorprendente del asunto era que esa mujer era Zafiro Loughy, no una criada como había creído en un principio, no, era Zafiro Loughy, prima hermana de las esposas de sus dos mejores amigos y una mujer que la sociedad consideraba intachable, correcta e impecable; sin embargo, estaba ahí, en camisón y estuvo a punto de golpearlo con una pistola en la cabeza. Ahora lo miraba sin saber qué hacer.

—¿Qué iba a hacer? —no estaba seguro de que esa fuera la mejor pregunta que podía formular, pero ¿qué se decía en ese tipo de casos?

Ella lo miró sin saber qué decir y, mientras sus palabras decidían si hacer o no acto de presencia, observó su rostro. Por lo que podía ver, era un hombre, no excepcionalmente apuesto, pero sí bastante agradable de vista. Su cabello era oscuro, pero no podía decir si era castaño o negro, y sus ojos... sus ojos eran del verde más hermoso que hubiera visto jamás. Eran... hipnotizantes.

Al ver que él esperaba una respuesta, tragó saliva y habló.

—Yo... eh —tartamudeó— quería golpearlo —afirmó al final con tono más seguro.

¡Eso él ya lo sabía!

—¿Por qué? —se obligó a preguntar.

Ella lo miró como si fuera obvio.

—Quería robar a lady Gasford, eso no está bien.

—Mire, yo...

—Yo lo vi —interrumpió ella como si necesitase explicarse— y la conciencia no me hubiera dejado tranquila si le permitía hacerlo. ¿No le da pena robarle a una mujer decente? Existen trabajos más honrados —expresó con más seguridad en su voz.

Si la situación hubiera sido otra, la escena le hubiera causado gracia. No había aparecido mucho últimamente en sociedad, y tampoco le habían presentado de manera formal a Zafiro Loughy pero, según tenía entendido,

por lo que le había contado Adam el día de su boda, de las tres Loughy que habían sido presentadas en sociedad en la temporada anterior, la señorita Zafiro era la más sensata de las tres, pero si pedía su opinión, a él no le parecía muy prudente, al contrario, le parecía una estúpida. De haber sido en verdad sensata, no hubiera estado allí, además, sermoneándolo ¿Qué clase de persona con un mínimo de sensatez sermoneaba a un ladrón? Si él hubiera sido uno de verdad, ella estaría en un buen problema. Quizás debería darle una lección.

Antes de que pudiese siquiera hablar, ella continuó.

—Creo que aún puede remediarse, sé que esta debe ser una de sus primeras experiencias delictivas, y como es un novato...

—¿Novato? —no pudo evitar preguntar.

Ella asintió.

—Me percaté de que no tenía mucha experiencia forzando cerraduras, así que he supuesto que era un novato ¿me equivoco?

Julián no supo qué responder y ella tomó su silencio como una confirmación de su teoría.

—Bien, como iba diciendo, creo que puede conseguir un trabajo mejor. Aún es joven y robar no está bien, podría...

Julián no podía creer que en verdad estuviera recibiendo una reprimenda de esa mujer ¿es que acaso estaba loca?

Zafiro sabía que debía haber perdido el juicio, esa era la única explicación por la que debía estar reprendiendo a un ladrón ¡Reprendiendo a un ladrón! Esa debía ser sin duda la acción más estúpida que hubiera hecho alguna vez. En su defensa, era lo único que podía hacer para no caer en la histeria y desesperación.

Había evaluado en su mente todas las posibilidades y no había vía de escape. Él sostenía su muñeca con firmeza, y hubiera sido inútil intentar zafarla; por otro lado, una patada en su estómago estaba descartada, pues él no estaba propiamente en frente de ella, sino más a su derecha; así que no tenía otra opción que hablar, si seguía haciéndolo, podían suceder tres cosas. Por algún milagro podía hacer que reflexionara y entrara en razón. También podía conmocionarlo lo suficiente para que la soltara sin ser consciente o, en el peor de los casos, podía desatar su furia y hacer que la golpeará para

callarla, pero ella no era una persona pesimista, así que confiaba en que sucediera alguna de las dos opciones anteriores.

Siguió hablando, ignorando la mirada confusa del hombre, que la observaba como quien observa a un loco; ella no lo culpaba, pero aún así seguía hablando.

—Señorita —interrumpió él y ella se encontró mirando una penetrante mirada verde—. Cállese —ordenó.

Ella lo hizo, temiendo su reacción si desobedecía. Adiós a su plan de hacerlo reflexionar o confundirlo.

—Mire, creo que es mejor que regre...

Un ruido proveniente de afuera los puso en alerta y no tardaron mucho en escuchar una voz que procedía de los pasillos.

—Es por aquí.

A Zafiro se le heló la sangre en las venas al reconocer la voz de la condesa. Esto no podía estar sucediéndole a ella, pero antes de que su mente empezara a enumerar las posibles tragedias que ocurrirían a continuación, la única vela del lugar fue apagada y ella fue arrastrada hacia el armario. Pocos segundos después estaba dentro de este con la espalda pegada al musculoso torso del ladrón.

—La-la pistola —murmuró recordado el arma en el piso.

—Yo la tengo —susurró él a su oído y su voz le causó un extraño escalofrío en el cuerpo.

De todas las cosas que pensó que podían salir mal con un plan tan insensato, ninguna se asemejaba a quedar atrapada en un armario con el ladrón.

Por eso jamás, jamás, ¡jamás! se cometía un acto insensato.

## CAPÍTULO 2

En los siguientes minutos, mientras escuchaba a lady Gasford flirtear —o al menos ella esperaba que fuera eso— con su amante, llegó a la conclusión de que la justicia en el mundo se repartía de forma muy poco equitativa; es decir, la gente, sus primas, por ejemplo —Topacio específicamente—, cometían actos imprudentes siempre. ¿Y tenían alguna consecuencia? No. En cambio ella, que había cometido esa locura por una buena causa, estaba encerrada en un armario con un ladrón; y no solo eso, sino que, al haber muchos vestidos, el espacio era poco y su cuerpo había quedado pegado al del hombre. Sentía su respiración en el cuello y creía escuchar los latidos de su corazón. Esa era, sin duda, la posición más íntima en la que había estado con un hombre en toda su vida.

Las conversaciones afuera cesaron y Zafiro tuvo la leve esperanza de que se hubieran marchado, esperanza que fue rota cuando, minutos después, el silencio fue rellenado con ¿gemidos?

Un gemido fue lo que pugnó por salir de su boca cuando cayó en la cuenta de lo que debían estar haciendo. Se ruborizó de pies a cabeza y se repitió su mala suerte.

Sintió el cuerpo detrás de sí temblar y cuando se giró se percató de que el ladrón intentaba contener la risa ¡La risa! ¡El condenado se reía de su turbación! La vergüenza fue sustituida momentáneamente por la rabia. Sin pesar, se las arregló para darle un codazo en el estómago y oyó con satisfacción cómo contenía un gruñido.

Los minutos pasaron con extrema lentitud para Zafiro y le pareció que trascurrió una eternidad hasta que los gemidos y jadeos cesaron y lady Gasford dijo

—Lo acompaño hasta la salida, querido.

Apenas escucharon la puerta del dormitorio cerrarse, salieron del armario. El hombre la tomó de la mano y la sacó del cuarto, luego la arrastró por el pasillo hasta doblar una esquina.

—Esperaremos a que vuelva a entrar a la habitación y después saldremos —informó.

Zafiro solo asintió no confiando en su voz.

Se quedaron ahí, hasta que al fin la condesa entró a su recámara y cerró la puerta. Después de ver el resplandor desaparecer debajo de la puerta, bajaron y se dirigieron a la biblioteca, y salieron por la misma puertaventana que usaron para entrar.

Una vez fuera, Zafiro sintió el impulso de salir corriendo hacia su casa, pero no lo hizo por dos motivos. Primero, el hombre seguía sujetándola del brazo, y segundo, aún tenía su pistola.

—Bien, señorita, creo que nos despedimos aquí —Hizo una reverencia burlona y se giró, pero la voz de ella lo detuvo.

—Espere. M-mi pistola, devuélvame la, por favor.

El hombre arqueó una de sus cejas, hizo una expresión rara como si no pudiera creer que ella se hubiera atrevido a pedirle eso, luego miró el arma en sus manos y sonrió.

—Creo que la conservaré como recuerdo.

—¿La usará para seguir cometiendo delitos? —chilló y bajó la voz al darse cuenta de lo alto de su tono—. ¿Acaso no escuchó nada de lo que le dije?

«No seas tonta, Zafiro», se reprendió, claro que no la escuchó, era estúpido creer eso, ¡Era un ladrón!

—¿Se refiere a ese sermón digno de un clérigo? No, no escuché mucho de él, pero puedo asegurarle que tiene usted un talento excepcional para dar sermones. Debería meterse a un convento o... no, es muy insensata para ser monja —concluyó y sonrió al ver la expresión furiosa de ella.

—¿Cómo se atreve? Yo no soy insensata —afirmó con indignación.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se le podría llamar a haberme seguido hasta aquí si no insensatez?

Ella no tenía ningún argumento con qué rebatir eso, pero se negó a que el lo supiera.

—Fue un acto de buena voluntad hacia un vecino.

Vio como él se mordía el labio para contener una carcajada, y su indignación creció. Se irguió en su metro sesenta y tres de estatura y lo fulminó con sus ojos azul zafiro, pero el hombre no cambió su expresión.

—Si se queda más tranquila, le aseguro que no usaré el arma con fines delictivos, pues, aunque no debería confesarlo, no soy un ladrón, yo simplemente intentaba recuperar lo que me fue arrebatado primero. —Dicho esto, se fue, y dejó a Zafiro con el ceño fruncido.

Al ser consciente de que estaba parada ahí, a la vista de todos, en camisón, corrió hacia su casa.

Ya en la seguridad de su cuarto, llegó a la conclusión de que esa sería la última aventura que tendría en su vida. La próxima vez que viera a un ladrón entrar en la casa de uno de sus vecinos, muy a pesar de su conciencia, no haría nada, y es que había sido una locura querer hacerse la heroína, el ladrón pudo haberle hecho un sinfín de cosas, había llegado a salvo de milagro.

Él había asegurado que no era un ladrón y, por alguna extraña razón, ella le creyó. Tal vez porque su correcta forma de hablar no tenía el más mínimo rastro del acento *cockney* que caracterizaba a la gente de los bajos fondos de Londres. Su ropa negra no la había detallado mucho, pero estaba segura de que no era la de un vulgar ladrón, y su aroma... cuando estuvo encerrada con él, pudo detectar un suave olor masculino, no podía describirlo con exactitud, pero podía decir que era... agradable, sí, uno no describiría como agradable a alguien salido del East End. Todo indicaba que el hombre le dijo la verdad, él no era un ladrón, y puede que también fuera cierto la explicación que le dio de por qué estaba ahí, pero, entonces, ¿por qué se quedo con su pistola? Para molestarla, por supuesto; sí se podía notar que el hombre era irritable por naturaleza, o quizás solo deseaba darle una lección que se tenía bien merecida.

Decidida a no pensar más en ese desagradable momento, se acostó y se durmió con la imagen de unos hermosos ojos verdes en la cabeza.

\*\*\*

Cuando Julián llegó a su casa, no estaba tan molesto como esperó haberlo estado si su plan fracasaba. No había podido recuperar sus joyas, y había estado a punto de ser descubierto, pero aún así no estaba enojado. Tal vez fuera el encuentro con Zafiro Loughy lo que lo puso de buen humor, y es que tenía que admitir que había sido muy divertido a pesar de los riesgos que habían corrido.

Todavía no lo digería del todo. La mujer estaba loca, de eso no cabía duda, y no sabía dónde había quedado la sensatez que la sociedad pregonaba, pero no podía negar que era una mujer interesante. ¡Mira que regañarlo en pleno hurto! ¿A quién se le ocurría? ¿Y todo por qué? Porque robar estaba mal y ella no podría dormir tranquila viendo como timaban a la condesa. No sabía si esa era la verdadera razón de su interrupción pero, si lo era, demostraba una honradez poco común entre la sociedad, y esa era una cualidad para admirar. Nunca había tenido un ideal de esposa para cuando se casara pero, sin duda, una mujer como Zafiro Loughy sería de apreciar, solo que, de preferencia, menos loca; los Allen ya tenían de eso en exceso.

Apenas entró en su casa, tres pares de ojos en el vestíbulo se posaron en él. Dos marrones y unos tan verdes como los suyos que lo miraban con impaciencia.

—Es más de media noche Angelique, ¿no deberías estar durmiendo? —dijo en tono cansado.

La joven rubia de diecisiete años lo miró desafiante.

—Yo también soy parte de la familia y tengo derecho a recibir información. —Alzó el mentón y se cruzó de brazos.

Julián miró a los dos jóvenes castaños y arqueó una ceja, en forma de pregunta.

—Fue mi culpa —declaró Richard, el segundo de los hermanos Allen, que contaba con veinticuatro años—. Mencioné el asunto sin querer.

—Y como era de esperar, no pudimos mandarla tranquila a su cama —añadió Alec, tercer hermano y menor que Richard por dos años—. Así que la información que tengas tendrás que darla a los tres.

Julián suspiró.

—Temo que no son buenas noticias, no encontré las joyas y la condesa casi me descubre.

Una serie de improperios resonaron en la habitación y Julián miró de forma amenazante a sus hermanos menores.

—Luego no se quejen cuando escuchen a Angelique insultando peor que un marinero.

Angelique sonrió.

—Es una cualidad poco común para una dama, poco común como yo — afirmó.

—Esa no es una cualidad —objetó Julián.

—Y sinceramente dudo que seas una dama —añadió Richard, lo que le ganó un buen manotazo de su hermana.

—¿Vas a dejar que me insulte de esa forma? —preguntó a Julián.

Julián contuvo un gruñido de exasperación, ese día no estaba de humor para tolerar una discusión entre hermanos.

—Hoy no tengo ánimos de defender lo imposible, Angelique.

Los ojos verdes de Angelique lo fulminaron, pero no dijo nada más.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó Alec.

Julián se encogió de hombros.

—Tengo que pensarlo, pero primero tengo que viajar a la propiedad del campo, al parecer, surgió un problema con los cultivos.

—La gota que colmó el vaso. ¿En qué momento empezaron a acarreamos las desgracias? —se quejó Alec.

—Tenemos que hacer algo —urgió Richard—. Considera nuestro plan, Julián.

—¿Qué plan? —preguntó Angelique, pero los hombres la ignoraron.

—Olvídalo, Richard, es muy arriesgado.

—No sí lo planeamos bien.

—Olvídalo —dijo y se dirigió a las escaleras.

—Julián —lo llamó Richard a mitad de camino—. La señorita Ward renunció.

El conde gruñó.

—¿Por qué?

—Teníamos un mes sin pagarle y los mellizos le cortaron el cabello — respondió tranquilamente.

—¿Le cortaron el...? ¡¿Por qué rayos le cortaron el cabello?! —bramó.

—Porque les caía mal —respondió Angelique— pero, si me preguntan, no entiendo por qué se molestó tanto; los mellizos le hicieron un favor, se veía mejor con el pelo corto, lucía más joven.

Julián entrecerró los ojos y la miró con desconfianza.

—¿Fue idea tuya, Angelique?

—¿¡Mía!? ¿Pero cómo se te ocurre? ¿Por qué habría yo querer cortarle el pelo a la señorita Ward?, ni siquiera era ya mi institutriz. Además, estoy muy grande para esas bromas infantiles.

—Sin embargo, la semana pasada me... —un manotazo en el hombre interrumpió el relato de Alec.

—No ha sido idea mía, Julián, te lo juro. Fue obra por completo de los mellizos.

Julián soltó algo parecido a un lamento.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —preguntó mirando el techo.

—¿Comienzo a enumerar? —preguntó Richard—. Podemos remontarnos hace veinte años, cuando bañaste por la noche en miel a la señorita...

—No necesito que enumeres mis pecados, hermano. Buenas noches —dijo y desapareció antes de recibir más malas noticias.

En su cuarto, se acostó y pensó por enésima vez en su situación. Hasta ahora, había logrado mantener las cosas a raya, pero los acreedores de su padre estaban cada vez más insistentes, y tendrían que vender la casa en Londres y trasladarse al campo si no encontraba una próxima solución. Ahora, como si de tragedias se tratara, había un problema con los cultivos que tendría que solucionar y perdería valioso tiempo para descubrir cómo recuperar las benditas joyas. Pero se recuperaría, de alguna forma lo haría, tenía una familia que mantener y una hermana que presentar en sociedad el año siguiente. No pensaba negarle a Angelique ese gusto y tampoco pensaba negarse a sí mismo la posibilidad de casarla quitársela de encima. No sabía como haría, pero obtendría el dinero, de forma honesta, claro. Muchos considerarían una solución factible casarse con una mujer de gran dote, pero eso para él era caer muy bajo. No, él saldría adelante sin valerse de tales artimañas, ¿Cómo? Todavía tenía que pensarlo, solo podía asegurar que cuando se casara, lo haría sin presiones, y con una mujer de su preferencia.

Se durmió con la imagen de Zafiro Loughy en su cabeza.

## CAPÍTULO 3

Los días siguientes fueron una tortura para Zafiro. Ella y Rowena habían asistido a cuanto baile fueron invitadas y estaba segura de que ya conocía los nombres de todos los caballeros solteros y aceptables que hubiera en Inglaterra. Por momentos llegó a pensar que la duquesa tenía prisa por librarse de ella y, si no fuera porque sabía que la quería, estaría segura de ello.

Pero su tortura no acababa ahí, lo peor de todo era que, a pesar de haberlo intentado con todas sus fuerzas, no pudo olvidar lo acontecido hacía ya cuatro días, ni logró sacarse de la cabeza al misterioso ladrón. No entendía cómo el hombre se había alojado en su mente, incluso llegó hasta el punto de comparar a algunos caballeros con él. Había comparado sus hermosos ojos verdes con los azules de los que la cortejaban, sus oscuros cabellos con los pálidos rubios de los que eran sus pretendientes, y hasta llegó a comparar su apostura con la de otros. En resumen, ¡se había vuelto loca!

Con esos pensamientos, bajó a desayunar Zafiro esa mañana, y su única compañía era Esmeralda. Extrañaba a sus primas. Hasta los comentarios impertinentes de Topacio le hacían falta.

—Pareces enamorada —comentó Esmeralda viendo una ausente Zafiro comer de forma maquinaria—. ¿Lo estás? —preguntó esperanzada.

Zafiro volvió a la realidad.

—¡Claro que no! Y, sinceramente, dudo que me enamore algún día —respondió con solemnidad.

Esmeralda sonrió.

—La escuché decir esa frase a Topacio cientos de veces, y ya sabes el final de la historia.

—Lo de Topacio es diferente, ella se lo merecía, el destino se lo tenía reservado.

—¿Y tú no te lo mereces? —indagó curiosa.

—Digamos que no lo espero.

—Uno siempre debe esperar lo mejor. Por ejemplo, yo estoy segura de que encontraré al hombre de mi vida, y lo conquistaré como dijo la gitana.

Zafiro blanqueó los ojos ante el recuerdo de aquella noche, cuando Topacio había tenido la flamante idea de visitar un campamento de gitanos. Ella las había seguido para evitar que se metieran en un lío, y al final todas habían terminado consultando su futuro, y Esmeralda fue la única que salió conforme del lugar. Zafiro nunca había sido creyente de esas cosas, pero tenía que admitir, muy a su pesar, que hasta ahora la mujer había acertado; Topacio no solo estaba feliz con el matrimonio que tanto se empeñó en evitar, sino que ella sí había cometido la insensatez predicha, no bajo las circunstancias mencionadas, pero la había cometido. Si Esmeralda se llegaba a enterar, sus esperanzas de que lo dicho sobre ella se cumpliera aumentarían. Claro que ella no se enteraría, en su vida haría un comentario sobre la locura de esa noche.

—Yo espero lo mejor—respondió a Esmeralda—, pero no necesariamente amor.

Esmeralda resopló, como si alguien que no esperara amor fuera algo que no entendiese y por lo que no valía la pena discutir.

Terminaron el desayuno y Zafiro pasó el resto del día haciendo cosas triviales. Que mantuvieran su mente ocupada y la hicieran olvidarse del ladrón. Estaba en el salón intentando dar forma a un bordado cuando el mayordomo le informó que lord y lady Midleton querían verla.

Zafiro frunció el ceño. Los nombres se le hacían familiares, pero no lograba recordar... El bordado cayó al piso en el mismo instante en que su cerebro logró asociar los nombres. ¡Lady Midleton era su tía! Hermana con la que su madre jamás había tenido una buena relación, y a la que nunca había visto, solo oído murmuraciones.

Se debatió entre si recibirla o no, literalmente, era una desconocida pero, si se negaba, se quedaría con la curiosidad del propósito de la visita.

Se giró hacia el mayordomo que esperaba una respuesta.

—Llévelos al salón de visitas e infórmele a la duquesa que se reúna con nosotros. —No sabía por qué, pero no pensaba reunirse con ellos a solas, y es que era todo demasiado extraño ¿Para que querrían verla unos parientes de los que no sabía nada?

El mayordomo asintió y salió a cumplir orden.

Zafiro respiró hondo varias veces antes de levantarse, tenía un mal presentimiento de ese encuentro. Esperó unos minutos, y luego se dirigió con renuencia al salón de visitas. Vaciló antes de entrar, pero al final enderezó los hombros y pasó.

La mujer regordeta de cabellos rubios canos, y el hombre pequeño, barrigón y calvo se levantaron cuando ella hizo acto de presencia en el salón. Él no debía tener más de cincuenta años, y ella no debía pasar lo cuarenta y tantos.

No supo el motivo, pero un escalofrío le recorrió el cuerpo apenas los vio, como si de una premonición se tratase. Aunque Topacio era la poseedora de un instinto único, Zafiro sabía cuándo algo le sucedería, llámenlo sexto sentido o instinto, pero ella tenía la sensación de que algo pasaría en esa visita.

Sintiendo, de repente, la boca seca, abrió para hablar pero, antes de que pudiera siquiera pronunciar palabra, Rowena la salvó.

—Buenos días, señores —saludó su tutora con voz alegre, pero Zafiro podía denotar una leve desconfianza en su tono. Así que no era la única.

—Buenos días, excelencia —saludó al unísono la pareja.

Los ojos de lady Middleton la examinaron en un detallado escrutinio que puso a Zafiro nerviosa quién, después de un momento, recordó su buena educación-

—Buenos días, señores —dijo e hizo una pequeña reverencia.

La mujer imprimió una sonrisa en su cara y miró a Zafiro.

—Querida ¿Acaso no sabe quiénes somos?

En esos momentos, Zafiro hubiera deseado no saberlo.

—¿Es usted la hermana de mi madre? —preguntó deseando interiormente que no fuera así.

—¡Oh, sí, querida!

La mujer casi se abalanzó hacia ella y la abrazó. La rubia lanzó una mirada de auxilio a Rowena, pero esta parecía estar pensando en otra cosa.

—¡No sabes la alegría que me da conocerte al fin!

Lady Midleton parecía en verdad emocionada, pero algo le susurraba a Zafiro que eso no era verdad. Una respuesta cortés hubiera sido: «A mi también me da gusto», pero era de conocimiento público que era muy mala mentirosa, así que se limitó a separarse de la mujer con extrema cortesía y se sentó esperando que ellos hicieran lo mismo. Pronto, todos estaban con una taza de té en la mano mientras lady Midleton relataba lo que supuestamente fueron buenos recuerdos con su hermana y comentaba lo mucho que se querían.

Zafiro se encontró preguntándose si sería de muy mala educación mencionar que su madre había dicho en contadas ocasiones que tenía una mala relación con ella. No dijo nada, solo escuchó con atención. No solía gustarle escuchar hablar de su madre, los recuerdos eran muy dolorosos, pero esa vez tenía especial interés en el relato de lady Midleton, sobre todo, porque así podía descubrir el motivo por el cual estaba ahí.

—Tu madre y yo nos adorábamos, ella siempre decía que no había nadie más en quién confiara tanto como en mí —afirmó—. Ella era la mayor y, lamentablemente, cuando decidió casarse con tu padre en lugar de con el conde al que estaba prometida, mis padres cortaron toda relación con ella y me obligaron a mí a hacer lo mismo; yo tenía solo dieciséis años y no puede hacer nada.

Esa parte sí era verdad. Había escuchado esa historia miles de veces con admiración, al menos hasta que tuvo edad suficiente para entender que esos cuentos románticos sucedían pocas veces. Su madre era la hija de un conde, y su abuelo la había comprometido desde muy joven con un viejo lord amigo de la familia. Henrietta Loughy, que siempre había sido consciente de cuál era su deber como mujer de alta clase, había estado dispuesta a aceptar su destino, hasta que el amor la golpeó en la forma de Colin Loughy, entonces, toda la sensatez de Henrietta había desaparecido y la necesidad de estar con su amor fue más grande que todo, tanto que desafió a sus padres y se fugó a Gretna Green con su enamorado. Al final todo había salido bien, es decir, sus padres la negaron como su hija, pero ella había formado su propia familia, lástima que el final hubiera sido tan feo.

Zafiro contuvo las lágrimas producidas por los recuerdos y miró a lady

Midleton, que la miraba esperando una respuesta.

—Eh... sí, conozco la historia.

—Oh, bien, como te decía, mi familia me prohibió verla, y no tuvimos más contacto en los siguientes años. Fue un dolor muy grande el que sentí cuando me enteré de su muerte; pero cuando descubrí que tú estabas viva... he venido de inmediato.

Zafiro frunció el ceño.

—¿Me esta diciendo que usted desconocía el hecho de que yo estaba viva?

—La mujer asintió—. Discúlpeme, milady, pero eso me parece absurdo.

Las groseras palabras salieron de su boca antes de poder contenerlas. Ella no era así, ella no decía comentarios groseros sin pensar, pero pretender que creyera esa afirmación era un insulto a su inteligencia. Zafiro estaba segura de que no había rincón en Inglaterra donde no hubiera llegado la noticia de la trágica muerte de sus padres, así como también se corrieron miles de historias fantásticas de cómo las niñas habían sobrevivido y habían terminado bajo la tutela de la duquesa de Richmond. Era imposible de creer que alguien, más aún un familiar de una de ellas, no se hubiera enterado.

Como a Zafiro no se le daba muy bien la mentira, antepuso por esa vez la grosería a la cortesía y dijo lo que pensaba.

—No se lo tome a mal, milady, pero sinceramente dudo que hubiera alguien en Gran Bretaña que no se hubiese enterado del asunto. La historia estuvo de boca en boca por al menos un año.

—Pero yo no sabía nada, lo juro.

Zafiro contuvo un gruñido. Alguien debería enseñarle a esa mujer que era pecado jurar en vano. ¿Por qué mejor no decían la verdad? ¿Por qué no decían que no tenían intención de hacerse cargo de una niña ya que eso hubiera significado un gran gasto? Habrían tenido que pagarle educación, habrían tenido que presentarla en sociedad, costearle vestidos, y habrían tenido que ocuparse de ella hasta que se casara si es que lo hacía. Eso era mucho dinero invertido sin la certeza de que al final diera frutos. Acababa de descubrir por qué su madre no tenía a lady Midleton en la más alta estima.

Presintiendo que la mujer juraría hasta la muerte que ella no sabía nada, Zafiro asintió, incapaz de decir algo, ya que cualquier palabra que dijera sería una cierta y, como no sabía mentir, la gente la vería una mentirosa.

Lady Middleton la miró, intentando decidir hasta qué punto era sincera Zafiro con su asentimiento de cabeza. Al final debió decidir que bastaba, porque continuó hablando.

—Bien, ahora que hemos aclarado todo, ¿cuánto crees que tardes en empacar tus cosas? Para que vengas a vivir con nosotros, como la familia que somos.

No supo cómo no se le cayó al piso la taza de té que sostenía, pues cada músculo de su cuerpo pareció quedarse quieto y sin responder. Ella no pudo haber dicho eso, es decir, lo dijo, pero no creería en verdad que ella se iba a ir con ellos. Su vista se posó por instinto en Rowena quien, a pesar de parecer calmada, sus ojos azules desprendían una chispa de rabia. Se giró hacia Zafiro, esperando también una respuesta.

Zafiro se aclaró la garganta.

—Yo... lo siento, pero no me voy a ir con ustedes.

Rowena pareció soltar el aire contenido ¿en verdad creyó que se iría con ellos? Eso la ofendió.

Lady Middleton frunció el ceño, como quien no esperaba esa respuesta.

—Pero querida, somos familia, lo correcto es que vengas con nosotros, ya has molestado mucho a la duquesa.

—Ella no es ninguna molestia —soltó Rowena inmediatamente— y me ofende que diga eso.

Lady Middleton, que no esperaba reacción tan efusiva, se apresuró a arreglar la ofensa.

—Oh, no, yo no quise decir que usted la considerara una molestia; de hecho, le tengo un profundo agradecimiento por haberla cuidado todos estos años, pero ya que estamos aquí, no veo necesidad de que siga viviendo con ustedes.

—Pero yo no me quiero ir —se quejó Zafiro.

—Y yo no tengo ningún inconveniente en tenerla conmigo —añadió Rowena.

Lady Middleton miró a su esposo con lo que parecía alarma en sus ojos. Luego se giró hacia Zafiro

—Sé que esto puede ser un poco difícil para ti, pero entiende, somos tu familia, y tenemos derecho a pasar tiempo contigo. Te aseguro que con

nosotros no te faltará nada. Seguirás asistiendo a los bailes más selectos de la sociedad y nos encargaremos de que encuentres un buen marido. Es más, creo que tenemos varios candidatos que te podrían interesar, sir Gilbert, por ejemplo, es un viejo amigo de la familia y nos ayudó a dar contigo, podrías darle una oportunidad.

Zafiro ahogó un jadeo solo ante la mención de ese hombre, sir Gilbert, era un hombre que debía rondar los cincuenta años, había intentando cortejarla e incluso había llegado a pedir su mano a William, el duque de Richmond. Él se la había negado, por supuesto, los duques sabían que ella no estaba ni estaría interesada en un hombre que, además de ser mucho mayor que ella, se rumoreaba que había matado a su primera esposa a golpes. Ahora, solo la sugerencia la dejó atónita y, de pronto, su rápido cerebro entendió todo. Ellos no la fueron a buscar solo porque querían reencontrarse con un familiar, la fueron a buscar porque querían casarla con ese viejo asqueroso que sabría Dios qué tretas habría utilizado para convencerlos.

Miró a Rowena y supo que había llegado a la misma conclusión.

—Yo no me pienso ir con ustedes —afirmó tajante— y les agradecería que no insistieran, no pienso cambiar de opinión.

El rostro de lady Middleton dejó de ser amable para transformarse en una impenetrable máscara de furia.

—¡Tú vienes con nosotros! Por ser familia de tu difunta madre tenemos más derecho que ella —señaló a la duquesa— a tu custodia y, si es necesario recurrir a un abogado, lo haremos.

—Yo no pienso permitir que se la lleven —afirmó Rowena levantándose— y lárguense de mi casa si no quieren que los mande a echar.

Los vizcondes se levantaron y salieron del salón sin decir una palabra, pero con la decisión de salirse con la suya a como diera lugar.

—Oh, Rowena, ¿ahora qué haremos? —preguntó Zafiro paseando nerviosa por el salón.

—Hablaremos con William, seguro que habrá algo que se pueda hacer, vamos.

Sintiéndose más nerviosa que nunca, Zafiro tuvo que hacer uso de toda su paciencia mientras esperaba que Rowena mandara con un lacayo la carta en la que avisaba al duque lo sucedido. Él se apareció hora y media después en

la casa, y Rowena le explicó todo.

—No podemos permitirlo, William, debe haber algo que se pueda hacer —expresó Rowena.

El duque se recostó más en el sillón y miró a su esposa con ojos preocupados.

—Supongo que se podrá hacer algo..., pero no te puedo prometer nada, Rowena, todo estaría a su favor, son su familia.

—¡Nosotros somos su familia! —exclamó Rowena.

—Estoy de acuerdo, mi vida, pero temo que la ley dice lo contrario. Recuerda que, a petición mía, el mismo rey nos concedió la tutela de las jóvenes, pero porque no había ningún familiar que las reclamase. Además, sabes que ahora gobierna Prinny, no sé como reaccionaría él.

—Estoy segura de que debe haber una solución —intercedió Zafiro que hasta ahora había permanecido callada—. Tengo la certeza de que Prinny estará muy ocupado para resolver este tipo de asuntos que para él son triviales, si llegaran a conseguir una audiencia con él, sería en muchos meses, creo que tenemos tiempo de pensar en algo.

Durante la espera, Zafiro había tenido tiempo de analizar bien las cosas, ese tipo de asuntos sin duda tardarían tiempo en resolverse, tiempo que tendría para pensar una solución.

—Hay una solución —sugirió William y las mujeres posaron su vista en él—. Cásate, Zafiro. Si te casas, automáticamente serás responsable de tu esposo y nadie podrá evitarlo.

—¡Eso es! Tenemos que encontrarte rápido un marido —dijo Rowena.

Zafiro contuvo un lamento, eso ya lo estaba haciendo y, si sus intentos casamenteros antes habían sido estresantes, ahora prometían poner a prueba su paciencia.

—No creo que sea tan sencillo, Rowena —dijo Zafiro quién hasta ahora no había encontrado entre los caballeros ninguno que fuera aceptable—. El matrimonio no es una decisión que pueda tomarse a la ligera.

Ella no podía casarse, así como así, sin conocer bien a su posible esposo, sin tratarlo; sería una imprudencia unirse con cualquiera por desesperación, y

no se diferenciaría mucho del matrimonio con sir Gilbert.

—Cariño —Rowena se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros—, en estos momentos es un matrimonio de tu elección o uno con ese viejo barón; tiene que ser ahora, mientras todavía tengamos la posibilidad de autorizar tu boda.

Ella lo sabía, y sabía que esa sería probablemente la única solución, pero eso no quitaba el hecho de que no tuviera ningún candidato en mente.

—Todo saldrá bien —afirmó la duquesa—. Si no te conseguimos marido, apelaremos al rey, y estoy segura de que Rutland y Aberdeen también lo harán, no podrá negar un favor a varios de sus más importantes pares. Aberdeen peleó en la guerra, y Rutland es un duque, no creo que haya inconveniente.

Zafiro tenía la esperanza de que eso fuera así, pero tampoco quería que los demás intervinieran en sus problemas. Tal vez sí debería casarse, solo que ¿con quién? —Haré mi mayor esfuerzo por conseguir marido —prometió.

Rowena asintió.

—De todas formas, había que conseguirte un esposo. Encontraremos a un caballero digno de ti y comenzaremos su búsqueda esta misma noche.

Zafiro suspiró, tenía el presentimiento de que sería una noche muy larga.

## CAPÍTULO 4

—¡Esto es inaudito!, ¡Una barbaridad! ¡Se han vuelto locos si creen que permitiré esta infamia! —exclamó Topacio paseándose por el estudio de su marido.

Rutland, que esperaba con mucha paciencia a que ella dejara de soltar insultos, se levantó y rodeó a su esposa por detrás atrayéndola a su cuerpo.

—No te enfades, es malo para el niño.

—¿Niño? ¿Qué niño? Yo no estoy embarazada —dijo girando la cabeza para verlo.

—¿No? Bien, podemos seguir intentándolo —le susurró al oído y pegó sus labios detrás de su oreja.

Topacio jadeó, pero luego volvió a la realidad y se separó de él antes de que perdiera las fuerzas para hacerlo.

—¡Esto es un asunto serio, Adam!

—Si me dijeras cuál es...

Topacio recordó entonces que se había pasado insultando después de que terminó la carta, y no le había contado nada. Le tendió la nota en donde Rowena le explicaba con detalle lo sucedido, y Rutland la leyó. Cuando terminó, tenía el ceño fruncido.

—Veo que tu prima tiene un problema —comentó con calma—, pero no te preocupes, ellos no se la llevarán

—¡Por supuesto que no se la llevarán! —afirmó ella y salió del estudio.

Adam tuvo miedo de seguirla y preguntarle a donde iba, porque ya se hacía una idea y, sinceramente, no deseaba estar en el lugar de los vizcondes en ese momento. Solo esperaba que fuera desarmada.

\*\*\*\*

—Rubí ¡Rubí! —gritó Damián para hacerse oír entre los insultos de su esposa—. Si sigues insultando a los Midleton así, las primeras palabras que aprenderá el bebé serán tus groserías. Por el amor de Dios, ¡cálmate ya!

—No puedo —adujo Rubí pasando las manos sobre su vientre—. Zafiro debe estar en estos momentos muy mal. ¿Cómo es posible que suceda esto ahora? Ellos no pueden llevársela.

—Y no lo harán —afirmó Damián—. Te aseguro que conseguiremos la manera de evitarlo.

Rubí salió sin decir nada, y Damián tuvo intención de seguirla, pero luego desistió, ella debía saber lo que hacía, o eso esperaba.

\*\*\*\*

Cuando Topacio y Rubí se encontraron ambas fuera de la puerta de los Midleton, sonrieron y, como si solo sus miradas hubieran hablado de un plan, asintieron y, apenas el mayordomo les abrió la puerta, irrumpieron en el lugar sin pedir permiso.

—¿Dónde están los Midleton? —preguntó Topacio caminando a través del vestíbulo.

El mayordomo, que tardó un poco en entender lo sucedido, se apresuró a bloquearles el paso.

—Señoritas, ustedes no pueden pasar.

—Milady —corrigió Rubí.

—¿Y quién nos impedirá pasar? —apuntó Topacio— ¿Usted? No lo creo.

Rodeó al mayordomo y pasó a su lado, siguiendo el sonido de voces que provenía de lo que descubrió era un comedor. Rubí la siguió, y ante la cara atónita de los Midleton, se sentaron en la mesa.

—Buenas tardes, señores —saludó Topacio con una falsa sonrisa impregnada en su cara—. Espero que no les moleste nuestra intromisión.

Los vizcondes no dijeron nada, de hecho, parecían no saber qué responder. Su boca se abría y se cerraba intentando decir palabra, pero al final no salía

nada de ella.

—¿Acaso los hemos dejado mudos? —preguntó Rubí en tono de burla.

Topacio negó con la cabeza descartando esa teoría.

—Yo más bien creo que son imbéciles y todavía no han terminado de captar nuestra presencia —afirmó ella.

Eso hizo reaccionar a lady Midleton.

—¿Perdón? —exclamó con voz chillona—. ¿Cómo nos ha llamado?

Topacio blanqueó los ojos.

—Los he llamado imbéciles, im-bé-ci-les —repitió como si le estuviera hablando a un niño chiquito—. Y es que solo unos verdaderos imbéciles como ustedes se atreverían a seguir adelante con la idea de quitarle la tutela de Zafiro a los Richmond, sabiendo lo que se les vendría encima. ¿Saben lo que se les vendría encima, verdad?

Lord Midleton parpadeó varias veces para salir de la conmoción, y luego miró con el ceño fruncido a las visitas.

—¿Quiénes se creen ustedes, muchachas groseras, para venir a insultarme en mi propia casa?

Topacio sonrió.

—Pero qué descortesía la mía, ni siquiera me he presentado. Yo me llamo Topacio y soy la Duquesa de Rutland, ella —señaló a Rubí— es mi prima Rubí y es la marquesa de Aberdeen; somos primas de Zafiro y vinimos a advertirle lo que les esperará si llegan siquiera a pensar en seguir adelante con esa absurda idea de quitarle la tutela de ella a los Richmond para casarla con ese viejo. No solo se echarán como enemigos al duque de Richmond, sino al duque de Rutland y al marqués de Aberdeen, entonces, díganme, ¿son tan estúpidos para seguir adelante con ese plan?

Los vizcondes no dijeron nada, intercambiaron una mirada de preocupación entre sí y después de un asentimiento por parte de lord Midleton, su mujer dijo:

—Nosotros tenemos más derecho que todos sobre la tutela de Zafiro, somos sus tíos, y no pensamos cambiar de opinión.

—¿Acaso le deben dinero a ese barón? ¿Por eso el interés? —inquirió Rubí—. Si es así, déjeme decirle que, si ahora se creen en la ruina, no será nada comparado con lo que les esperará si llegan a hacerle eso a Zafiro.

—Si llegan a hacer algo en nuestra contra, su prima pagará las consecuencias— afirmó lady Midleton con voz altanera.

Eso fue suficiente para colmar la paciencia de Topacio, quién se levantó y agarró con firmeza el cuchillo que estaba al lado de los platos vacíos, como signo de amenaza. Inclinandose hacia ellos les dijo:

—Escúchenme bien, ustedes se atreven a hacerle algo a Zafiro y yo personalmente me encargaré de que lamenten el día de su nacimiento, ¿me entendieron? —Como ellos no respondieron continuó—: atrévanse a hacer algo y conocerán quién es Topacio Loughy —amenazó y, sin más, salió del comedor seguida de Rubí.

—¿Topacio Loughy? —inquirió Rubí una vez afuera—. ¿Acaso tú también desconoces el apellido de tu esposo? —se burló.

Topacio sonrió.

—Es Hawkings, pero el nombre de Topacio Loughy suele causar mejor efecto a la hora de amenazar; puede que esté casada, pero la fama sigue ahí.

Rubí rio, pero luego volvió a ponerse seria.

—¿Qué haremos, Topacio? —preguntó mientras caminaban hacia sus respectivos carruajes—. Ellos no están dispuestos a ceder.

—Claro que no lo están, son conscientes de que, si tienen bajo su poder a Zafiro, nos tendrían bajo su poder a nosotras y la influencia que representamos. No son tan tontos, aunque me cueste admitirlo, pero no permitiré que Zafiro caiga en sus manos ni en la de ese viejo decrepito de sir Gilbert. Primero, ayudo a Rowena en sus intentos de casamentera.

—A mí me gustaría que Zafiro se casara enamorada, como nosotras.

—Yo no me casé enamorada —afirmó Topacio—. Y tú... bien, tú diste bastante pelea antes de la boda.

Rubí le quitó importancia con un ademán de mano.

—Sabes a lo que me refiero, quiero que ella encuentre el amor, como nosotras.

—¿Y quién dijo que en un matrimonio apresurado no se puede encontrar el amor? Creo que debemos dejárselo al destino, Rubí, a veces, juega de manera bastante extraña —fue lo último que comentó antes de entrar a su carruaje y ordenar al cochero que se pusiera en marcha.

Rubí pensó por un momento en las palabras de su prima, y terminó llegando

a la conclusión de que era cierto. Más tranquila, se montó en el carruaje y se fue a su casa.

\*\*\*\*\*

—¿Qué tal lord Bradford? Es apuesto, no es tan viejo, y tengo entendido que posee una buena situación económica —sugirió Rowena.

Zafiro contuvo el tercer gruñido de frustración de la noche. No sabía cuántas veces había bailado durante la fiesta, y había perdido la cuenta del número de caballeros que habían mencionado en el transcurso de la velada, ya no solo Rowena, sino también sus primas. Tenía la impresión de que se volvería loca si escuchaba un solo nombre más, pero se contenía solo porque sabía que no lo hacían con mala intención; pero Dios, sí que era frustrante. Les había repetido a sus familiares que casarse no era una decisión que se pudiera tomar a la ligera, pero ninguna parecía querer escucharla y seguían nombrando candidatos que, sinceramente, no le interesaban. No sabía por qué, pero ningún caballero nombrado le causaba interés, no le llamaban la atención, y con ninguno sentía el más mínimo deseo de casarse, pero ¿cómo le explicaba eso a su familia para que entendieran?

—Lord Bradford, no —negó Topacio— tiene costumbre de visitar burdeles. Todas le lanzaron una mirada horrorizada.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Rowena.

Topacio se encogió de hombros.

—Lo escuché una vez por casualidad, y lo publicaron en una ocasión en una columna de chismes, ¿recuerdan?

Rowena asintió.

—Es verdad, lord Bradford no, ¿Qué tal el señor Blane? Es un hombre de buen ver, y su cuñado es el marqués de Lansdow.

—No lo sé —comentó Topacio—. Creo que lady Lansdow está peleada con él, si es así, debe ser por algo. También creo que es extraño, no sé, se ve atormentado.

—Además —añadió Rubí—, escuché que las arcas de los Blane están un poco vacías.

—Yo escuché que el hombre se estaba recuperando —dijo Rowena—. Se rumorea que ha cambiado mucho, puede que...

—No me interesa el señor Blane —cortó Zafiro y Rowena hizo algo parecido a un puchero.

—Bien, entonces... ¡Oh, mira!, ese es Warrigtong, escuché que enviudó hace uno meses, y sin heredero, dicen que quiere volver a casarse, espera aquí, averiguaré más. —Rowena se alejó en dirección al joven hombre, que pareció querer salir corriendo cuando la vio.

—Oh, pobre lord Warrigtong —se lamentó Rubí—, aunque puede ser un buen partido, deberías...

Incapaz de contenerse, Zafiro soltó algo parecido a un lamento y Topacio le pasó un brazo por los hombros reconfortándola.

—Cariño, sé que ya debes estar cansada de escuchar nombre y candidatos, pero es menester hacer el intento, será por tu bien.

—Esto no es justo —se quejó Zafiro.

—La vida no es justa, cariño—dijo Topacio.

—Yo sé que debo casarme —continuó Zafiro como si ella no hubiera hablado—, pero es una decisión que se tiene que pensar bien, no es agradable sentirse presionado —concluyó y vio que sus primas la miraban con ¿ironía?

—No, no es agradable —dijo Topacio—, «pero resígnate, las cosas serán más sencillas así». ¿Te suena?

Zafiro ignoró el sarcasmo.

—Eso es distinto, ustedes no tenían opción, yo sí.

—Sea como sea —intervino Rubí— no tienes mucho tiempo. ¿Qué te parece lord Portmand? Te corteja desde hace un tiempo, es un vizconde, tiene fortuna, es agradable de vista, no se le conocen vicios, y está tan prendado de ti que es capaz de casarse por medio de una licencia especial y hacer caso a las murmuraciones. Es perfecto.

Sí, lord Portmand era perfecto, tenía todo lo que uno debería buscar en un esposo y más, e incluso, hubo un tiempo en que llegó a considerarlo un candidato factible, pero ahora no. ¿Por qué? Porque, aunque le costara admitirlo, no dejaba de compararlo con aquel miserable ladrón. Hace días que admitió que debía haberse vuelto loca, pues ese era el único motivo por el que el hombre apareciera en sus pensamientos y se impusiera como modelo

de marido. ¡Era un ladrón, por el amor de Dios! Y, aunque no lo fuera, sin duda no era un caballero ¿Qué clase de caballero se mete en la noche a escondidas en la casa de una dama? Aunque fuera para recuperar algo que le fue arrebatado, como él afirmó, eso no estaba bien. «Tampoco estuvo bien que lo siguieras adentro», le recordó su conciencia, pero Zafiro la ignoró; ella lo había hecho por una buena causa, y no podía afirmar lo mismo de los motivos del delincuente, sin embargo, le era imposible olvidar esos ojos verdes...

—¿Zafiro! —el grito de sus dos primas juntas la trajo a la realidad— ¿Qué pero le pones a lord Portman?

—Sus ojos no son verdes —masculló pensando en los cálidos ojos marrones de lord Portman, mientras su mente invocaba de nuevo la imagen de aquellos ojos verdes tan... un jadeo escapó de su boca al darse cuenta de lo que había dicho. ¿En verdad había dicho en voz alta eso? Por las caras de sus primas, supo que sí.

—¿Ojos verdes? ¿Por qué tu futuro esposo tiene que tener ojos verdes? —inquirió Topacio.

Zafiro enrojeció al verse descubierta.

—Yo... eh... y-yo— tartamudeó, pero no podía decir nada, no mentía bien y, sin duda, la excusa tenía que ser una mentira, porque la verdad estaba descartada como opción.

Rowena, que venía en ese momento del brazo de lord Warrigton, la salvó de tener que dar una respuesta. Después de los saludos protocolares, Zafiro se encontró aceptando gustosa la invitación del hombre a bailar. Aunque las miradas de Topacio y Rubí le advertían que el asunto no quedaría ahí.

Durante el baile, Zafiro se percató de que lord Warrigton era un caballero agradable. Bailaba el vals de forma magistral y sabía mantener una buena conversación. También poseía cierto sentido del humor, y Zafiro hubiera empezado a considerarlo un buen candidato sino fuera porque el hombre le dejó claro que no deseaba casarse aún. Al parecer, había querido mucho a su esposa, y no estaba preparado todavía para contraer matrimonio. Aseguró que el único motivo por el que estaba ahí era porque su madre había insistido. Zafiro se encontró tachando otro candidato de la lista, aunque no sabía quién lo lamentó más, si ella, o Rowena cuando se lo contó.

Poco antes de medianoche, Zafiro se declaraba oficialmente cansada. No sabía cómo se las ingeniaba su tutora, pero había conseguido que los caballeros más selectos de la sociedad la invitaran a bailar. Ella no podía negar que le gustaba bailar, e interactuar con la gente, pero una danza tras otra era demasiado hasta para ella, que siempre había sido una persona codiciada y estaba acostumbrada a bailar la mayoría de las piezas, solo que ese día, se sentía cansada, no sabía si por la situación y por la presión que se cernía sobre ella, o por el hecho de que sabía que encontrar marido se había convertido más en una obligación que en un gusto, pero ya no se sentía bien, y decidió que lo mejor sería ir a tomar un poco de aire fresco al balcón.

Eludiendo a la multitud de personas del lugar, Zafiro se escabulló hasta el final del salón con dirección al balcón pero, antes de llegar, unas voces cerca de este llamaron su atención.

Escondiéndose tras una de las grandes columnas del salón, Zafiro escuchó con atención la conversación que se realizaba a unos pasos de ella. Ella no era chismosa, claro que no, pero esa conversación en particular estaba segura de que le interesaría.

—Le digo que esto es muy arriesgado, sir Gilbert; esas dos mujeres han venido a mi casa a amenazarnos, y juro que una de ellas intentó asesinarme, empuñó el cuchillo y no sé cómo quedé viva —exclamó en voz baja la voz de lady Middleton—. No sé si por esa muchacha valga la pena arriesgarse. Debí haberla visto, en verdad, me asustó mucho su amenaza. No me extraña, siempre se ha sabido que los Loughy eran unos salvajes, y locos. Nada más hay que ver: uno se casó con una irlandesa; otro, con una gitana. ¡Vaya familia a la que fue a parar mi hermana!

A Zafiro no le quedó ninguna duda de quién había realizado la amenaza, pero obvió el asunto por el momento. Después hablaría con Topacio.

—Ustedes no se echarán para atrás ahora, haremos todo tal y como lo planeamos. No le teman a esas muchachas, no creo que pasen de amenazas sus palabras. Además, ¿qué temes más Middleton? ¿Las amenazas de una muchacha absurda o irte a la cárcel de deudores por lo que me debes?

Zafiro no vio la reacción del hombre, pero sí pudo detectar la desesperación de su tono de voz cuando habló.

—Por favor, la cárcel no.

—Ya lo suponía, seguiremos con el plan. Yo buscaré la forma de localizar al viejo abogado de Colin Loughy, y lo convenceré de que se ponga de nuestro lado, afirmando que la última voluntad de su señor era que su hija quedara bajo la tutela de su cuñada; puede que incluso aparezca un misterioso testamento no leído, o una carta donde se afirme ello. Si conseguimos la tutela de Zafiro Loughy, no solo obtendré a la esposa deseada, sino que tendremos a dos duques y a un marqués de nuestro lado, ellos podrán decir cualquier cosa, pero no se atreverán a hacernos daño si las consecuencias las paga la que será mi esposa.

Zafiro se atrevió a sacar un poco la cabeza de su escondite, solo para ver como los Midleton asentían con energía.

—¿Por qué ella? —preguntó lady Midleton de repente— ¿Por qué Zafiro Loughy y no otra?

Sir Gilbert se encogió de hombros.

—Simplemente la quiero a ella. ¿Quién no? Es una mujer hermosa, una mujer hermosa que se atrevió a rechazarme. Además, me temo que soy muy rencoroso.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Zafiro al escuchar esas palabras, y tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para no entrar en pánico. El hombre quería venganza, eso no podía ser bueno.

Vio cómo el trío se dispersaba y se alejaban de donde ella estaba, entonces salió de su escondite y fue en busca de Rowena. Se sentía peor que antes, quería irse de allí en ese mismo instante. Una cosa era saber que las cosas se pondrían difíciles, y otra cosa ser consciente de que lo serían más de lo pensado. Ellos querían jugar sucio y, aunque a ella le gustaría creer que lo malo nunca triunfaba, sabía que no era así, a veces el mal sí triunfaba, y como andaba su suerte últimamente, esa podía una de las ocasiones. No le gustaba ser pesimista, pero tampoco se engañaba a sí misma, estaba en problemas si no hacía algo rápido.

Apuró el paso en busca de Rowena. No era que pudieran hacer mucho con la información. Era la palabra de una mujer contra la palabra de un barón y del abogado, pero William quizás sí podría hacer algo; se lo contaría al día siguiente. Primero, se iría a casa y descansaría. Había sido un día muy largo y lo que más deseaba era dormir y olvidarse de todo por unas horas.

Localizó a Rowena y le informó que se sentía mal y que deseaba regresar. Le aseguró que no era necesario que la acompañara, que el cochero la llevaría y luego iría por ella, Rowena se estaba divirtiendo y Zafiro no quería echarle a perder la noche. No supo cómo lo consiguió, pero su tutora accedió a mandarla sola y, pocos minutos después, Zafiro se encontró en el carruaje, inmersa en sus pensamientos e ignorante de la persona que la observaba marcharse.

## CAPÍTULO 5

—Ya viene, señores, la condesa ya viene —dijo una voz masculina que desmontaba frente a las figuras de dos hombres vestidos de negro.

Richard y Alec asintieron al unísono y, haciendo el menor ruido posible, se acercaron más hacia el camino por el que transitaban los carruajes, esperando pacientemente a que llegara el que buscaban.

—Julián nos matará —comentó Alec revisando su arma para garantizar que estuviera todo en orden.

—Julián entenderá que es la única forma. Vamos, Alec, sabes que de otra manera no recuperaremos las joyas. Esa mujer es una descarada; mira que mandar una carta a la casa presumiendo que hoy portaría el anillo de Zafiro en la fiesta de lady Howe... no se merece ninguna consideración de nuestra parte —aseguró Richard.

—Pero un secuestro, Richard..., es algo muy grave. Julián nos matará —siguió insistiendo el muchacho.

—Tal vez no tengamos que secuestrarla, quizás lleve todas las joyas puestas y se las quitemos todas de una vez, haciéndonos pasar por simples salteadores de camino.

—De todas formas, sabrá que fuimos nosotros; no veo por qué esto —dijo Alec señalando en antifaz que cubriría su rostro.

—Por precaución —apuntó su hermano— y póntelo de una vez antes de que lleguen. Tenemos que hacerlo bien o no habrá otra oportunidad.

Y era verdad, la casa de lady Howe queda en las afueras de la ciudad, por lo que ese camino de regreso no estaba muy transitado como lo estarían otras calles de Londres. La oportunidad era única, y no solo por lo ya dicho, sino que la condesa, muy inconscientemente había colaborado con su plan al

venirse más temprano de lo esperado, lo que facilitaba las cosas, pues no habría más carruajes que presenciaran el delito.

Montaron en sus caballos y Alec le entregó a Gibbs, su fiel sirviente, un arma para que los ayudara. Gibbs se había infiltrado en la fiesta de lady Howe para vigilar a la condesa. Los Allen le habían informado que la reconocería por el anillo de zafiro que llevaría y, cuando la identificara, le pidieron que siguiera la pista de la condesa y le informaran cuando saliera. Apenas la condesa salió, Gibbs, se escabulló de la fiesta y montó el caballo que había escondido en los establos, luego se fue antes que la condesa y les informó a sus señores de su partida. Y ahí estaban, esperando a que ella apareciera para llevar a cabo su plan.

—Ese es el carruaje —informó Gibbs— ese es el carruaje en el que venía la condesa.

Alec y Richard asintieron y, cuando el vehículo se acercó, se pusieron en su camino. Gibbs apuntó al cochero antes de que él pudiera desenfundar un arma, y Richard y Alec se acercaron al carruaje y apuntaron con la pistola.

—Salga —ordenó Richard con voz fuerte—. Salga si no quiere morir.

Zafiro dio un pequeño brinco en el carruaje cuando escuchó la fuerte voz de sus asaltadores. «¿Es que algo saldría bien ese día?», se preguntó. Primero la visita de sus inesperados tíos, luego la noticia de que querían casarla con sir Gilbert, después, el conocimiento de que ellos pensaban jugar sucio, a lo que siguió la consciencia de casarse pronto si quería evitar ese feo futuro y ahora, la experiencia de ser asaltada. Ella nunca había creído en supersticiones absurdas, pero debía admitirlo, ese día tenía muy mala suerte.

Su mente analizó rápidamente las opciones, y descubrió que en realidad no tenía ninguna. ¿Qué podía hacer además de salir y esperar a que le robasen y la dejaran en paz? Nada, no podía hacer nada más, ni siquiera tenía su pistola para defenderse, ya que ese ladrón, que no lograba sacarse de la cabeza, se la había quedado «como recuerdo».

Con un suspiró, abrió la puerta y salió haciendo uso de su autocontrol para no mostrarse histérica ni desesperada. Primero, porque ella no era así, y segundo, porque estaba segura de que los ladrones odiaban a las mujeres histéricas.

Los asaltadores la observaron y ella pudo notar cómo fruncían sus ceños; no

le extrañaba, seguro que no se esperaban que el carruaje fuera ocupado solo por una dama soltera que no tendría nada valioso que darles.

Los hombres, cuyos rostros estaban cubiertos por un antifaz, posaron su vista en sus orejas, luego bajaron a su cuello y por último se posaron en su mano. Cuando vieron el anillo, uno de ellos asintió y el otro se lo arrebató.

Zafiro ya tenía abierta la boca para protestar, pero solo la sensatez característica de ella se lo impidió. ¿Qué iba a decir? «No se lo lleven, por favor, es muy importante para mí». La matarían y, aunque apreciaba mucho ese anillo —pues era el único recuerdo de sus padres— más apreciaba su vida.

—Móntese al carruaje, señora, temo que esta vez su cochero tomará otra ruta —ordenó el más alto de los hombres.

Normalmente, era rápida de entendimiento, pero en esa ocasión tardó un poco en comprender el significado de esas palabras. ¡La iban a secuestrar! Dios, eso sí que no lo podía permitir, no sabía muy bien cómo lo evitaría, pero no podía permitirlo.

—Es-escuchen, n-no me pueden secuestrar m-mi familia no ti-tiene dinero, es-esta en la ruina y se les hará imposible pa-pagar un rescate.

Esa era la excusa más rápida que podía inventar, pero no supo si fue su tartamudeo o su caro vestido lo que la delató, sin embargo, los ladrones sonrieron dándole a entender que, o no les importaba, o no le creían.

—Móntese al carruaje —ordenó de nuevo, pero Zafiro, presa de los nervios, y muy en contra de lo que el sentido común le dictaba, que era que obedeciera, continuó hablando.

—Estoy segura de que ustedes en verdad no quieren secuestrarme. Verán, hay mejores trabajos que estos, y traen menos riesgos; deberían considerar cambiar de profesión.

Zafiro se encontró pensando que eso de interactuar y hacer reflexionar con ladrones se estaba volviendo costumbre.

—Por ejemplo, trabajando como...

—Súbase al carruaje —ordenó de nuevo el hombre, que pareció al fin haber salido del estupor que le causó su inesperada reprimenda—. Súbase si no quiere morir hoy.

—Pero...

—Súbase.

Muy en contra de su voluntad, Zafiro se subió al carruaje, y lo último que vio fue cómo uno de los hombres se posaba al lado de su cochero y le indicaba una dirección.

Mientras vehículo traqueteaba en el camino, Zafiro respiró varias veces para no perder los nervios. Todo saldría bien, tenía que salir bien. Pensó que esas cosas solo le sucedían a ella. ¿Y ahora? ¿Qué haría? Nada, no podía hacer nada, pero tampoco podía quedarse de brazos cruzados; tenía muchos problemas en los que pensar para tener que preocuparse también por un secuestro. Lamentablemente, no es que una mujer desarmada pudiera hacer mucho contra tres hombres que sí lo estaban, pero al menos podría intentar disuadirlos de la idea, no había muchas posibilidades de que lo lograra, no obstante, no perdía nada con intentarlo. Si el secuestro se hacía de conocimiento público y duraba mucho tiempo secuestrada, estaría arruinada, nadie la querría ya, pues pensarían que estaría mancillada. Las posibilidades de matrimonio desaparecerían y él único que se querría casar con ella fuera posiblemente sir Gilbert y si acaso. La posibilidad de que el hombre se arrepintiera era halagadora, más no así la posibilidad de quedarse soltera; ella quería casarse y tener hijos y, si quedaba arruinada, no lo lograría.

Desde que había escuchado la conversación de lo que planeaban sus aparecidos tíos y ese despreciable hombre, había llegado a la conclusión de que en verdad necesitaba casarse rápido; estaba claro que ellos tenían toda la intención de jugar sucio y quedarse con ella a como diera lugar. Quedarse con ella, eso era despreciable; era despreciable que solo por ser mujer no se le permitiera la capacidad de elegir. Todo ese asunto le concernía a ella, sin embargo, Zafiro no tenía ni voz ni voto en el tema. Cualquier cosa que se decidiera, lo harían sin su consentimiento y, aunque rabiaba solo de pensar que su opinión no era tomada en cuenta, sabía que no podía hacer nada, solo podía adelantarse a los acontecimientos y tomar una decisión antes de que ellos pudieran siquiera salirse con la suya. El problema radicaba en que ese secuestro podría arruinarlo todo. ¿Por qué a ella? ¿Por qué de todas las personas la secuestraban a ella? Pudieron solo haberle robado, pero no, decidieron secuestrarla, a pesar de saber que les iría muy mal si los descubrían; no entendía cómo a ellos eso no parecía importarles, eran unos

ladrones muy raros.

Ese era otro asunto, esos ladrones debían ser del mismo lugar de donde venía el hombre de ojos verdes que intentó robarle a lady Gosford, pues parecían de todo, menos delincuentes. Su forma de hablar era correcta, su vestuario no era malo. Los caballos en los que montaban eran de buena raza... todo indicaba que no podían ser delincuentes. Aunque bien podían haber obtenido mucho dinero si frecuentaban la costumbre del secuestro, Zafiro no se convencía de que fueran ladrones, y es que alguien que viene de los bajos fondos de Londres se nota solo en la forma de hablar, y esos hombres hablaban como caballeros, su porte era de caballeros, pero no podían ser caballeros, era absurdo pensarlo; los caballeros no secuestraban damas, ni amenazaban con matarlas. Tal vez solo fueran ladrones de buena cuna, si existían.

Cuando el carruaje se detuvo, a Zafiro ya le dolía la cabeza de tanto pensar en el asunto. El hombre la hizo bajar del coche, y Zafiro se encontró observando una mansión ¡Una mansión! Que, si no se equivocaba, se debía encontrar en uno de los mejores barrios de Londres. Debían ser delincuentes expertos si habían obtenido el dinero suficiente para comprar una.

No pudo observar mucho de la fachada, pues su secuestrador la arrastró a dentro de la casa. Esta no era por dentro tan espléndida como por fuera, de hecho, estaba carente de objetos. Tal vez pensaban obtenerlos con lo que cobrarán por su libertad, pensó con sorna.

El hombre la obligó a subir unos escalones, y luego de un enredo de pasillos, abrió una puerta y la metió dentro.

Inmediatamente Zafiro revisó con los ojos el lugar. Era una habitación bonita, se percató sorprendida; al menos tendría un cautiverio cómodo.

—Espero que esta habitación sea de su agrado —dijo con burla el hombre quitándose el antifaz.

Era un hombre apuesto, notó ella. Tenía el cabello castaño oscuro y unos ojos marrones. Sus facciones eran finas, y Zafiro se encontró preguntándose otra vez que clase de ladrones eran esos.

—Temo que tendremos que esperar hasta mañana para resolver el asunto, milady, pues dudo encontrar a alguien que mande mi mensaje ahora. Mientras, que esté cómoda. —Hizo una reverencia burlona y salió antes de

que Zafiro pudiera preguntar algo.

Milady. El hombre la había llamado Milady. Zafiro se desplomó en la primera silla que encontró y, después de analizar el asunto, llegó a la conclusión de que la habían secuestrado por error.

Esa noche fue, sin duda, la más larga que hubiera vivido jamás. Obviamente no pudo dormir, y no solo por los nervios, sino porque tenía un incómodo corsé que le impedía encontrar una posición cómoda.

Durante las horas de insomnio, pensó en varias posibilidades de escapar, pero las había descartado al ser imposibles de realizar. Había pensado en escaparse por la ventana, pero descubrió que debían estar en el tercer piso y hubiera sido un suicidio tirarse por ella. Había intentado forzar la cerradura con una de las horquillas que tenía en el cabello, pero después de al menos dos horas en el intento, más de diez horquillas rotas y su peinado deshecho, se dio por vencida, ella no sabía forzar cerraduras. Topacio quizás si lo supiera, pero ella no, tal vez algún día le pidiera unas lecciones. También consideró la idea de gritar y decir que se habían equivocado, pero se abstuvo, no serviría de nada, además de que era de noche y no había gente por la calle que atendiera su ayuda; también era una casa muy grande, sus gritos caerían en saco roto y solo terminaría con dolor de garganta.

Enojada, se sentó en un sillón frente a la chimenea, que no se habían molestado en encender, y esperó. Pensó en lo preocupada que estaría Rowena cuando saliera de la fiesta y el cochero no hubiera regresado —porque por obvias razones seguro también lo tenían retenido a él—. Probablemente se iría a la casa en el coche de Rutland o Aberdeen. Y, cuando llegara y descubriera que ella no estaba, moriría de preocupación, y lo peor de todo sería que, si su teoría de que la habían confundido era cierta, jamás le llegaría una nota pidiendo rescate.

Golpeó el brazo del sillón con el puño, furiosa por el giro de los acontecimientos. ¿Qué había hecho para que esto le sucediera a ella? Siempre había sido buena, obediente, jamás le había hecho daño a nadie, entonces, ¿por qué le sucedía eso? Su vida quedaría arruinada después de ese día, y todavía no sabía el pecado que había cometido para ello.

Las horas pasaron con extrema lentitud, y pasó casi una eternidad hasta que los primeros rayos del sol se filtraron por la ventana. Había echado algunas

siestas de intervalos de minutos, pero no pudo dormir y, al amanecer, sus ojeras debían ocupar al menos la mitad de la cara.

El sol estaba en su punto más alto cuando sintió abrirse la puerta. Un hombre parecido físicamente al de la noche anterior, pero un poco más joven entró en la habitación. Este parecía más agradable, con suerte, y a él sí podría hacerlo entender.

—Buenos días, milady —saludó el joven—. ¿Ha dormido bien? —Zafiro no detectó sarcasmo en su voz, así que su pregunta era verdadera.

—Buenos días, creo que deberían saber que...

Él dejó la bandeja en la cama y alzó una mano para interrumpir el relato.

—¿No nos va a dar otro sermón, verdad? Mire, no estoy muy de acuerdo con este plan, pero no creo que usted sea la persona más indicada para dar sermones de decencia.

—Usted no entiende; yo no...

—Sabe, no me la imaginaba tan joven —comentó el hombre—. Creí que a mi padre le gustaban mujeres un poco más maduras. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintitrés? ¿Veinticinco?

—Veinte —respondió ella de forma automática—. Espere, ¿ha dicho su padre? Mire explicaré, yo no...

—No parece mala persona —volvió a interrumpir él—, pero uno no puede dejarse guiar por las apariencias. Sin duda no debe ser buena si hizo lo que hizo. Sabe me gustaría saber...

—¡Déjeme hablar! —gritó Zafiro exasperada por las interrupciones del hombre.

Él la miró extrañado por su cambio de comportamiento, pero asintió.

Zafiro nunca había sido dada a perder la paciencia, pero por Dios, debido a todo lo que había vivido el día anterior su exasperación estaba más que justificada.

—Mire —repitió más calmada— lo que le intento decir es que yo no...

Unos gritos provenientes del pasillo fueron los que interrumpieron esta vez su relato. Segundos más tarde, dos hombres entraron en la habitación y Zafiro no necesitó mirar dos veces para reconocer a uno de ellos. Era él, el ladrón de los ojos verdes, lo reconocería a kilómetros de distancia; su porte, su cara, y sobre todo sus ojos. Esos ojos verdes que examinaban la habitación

eran inolvidables. Algo raro le sucedió a Zafiro al volverlos a ver, sentía ¿emoción? No, no podía ser, el cansancio debió afectarla más de lo esperado, pero, entonces, ¿por qué el vuelco al corazón cuando el hombre posó su vista en ella?

Sus ojos verdes la miraron por varios segundos, e incluso se le acercó como si deseara comprobar que en verdad era ella. Sus miradas se encontraron y Zafiro no fue capaz de apartar la vista. No fue consciente de nada más por los siguientes instantes; era como si se hubiera formado una especie de conexión, de hechizo entre ellos, un hechizo que los hacía ajenos a los demás era... Un carraspeo los sacó de la ensoñación, el caballero ladrón, —como había decidido llamarlo desde ese momento— se separó de ella, y lo que escuchó Zafiro en los siguientes cinco minutos fue una mezcla de juramentos, improprios y maldiciones en al menos cinco idiomas.

## CAPÍTULO 6

—¡Serán imbéciles, estúpidos, problemáticos; no sé ni cómo llevamos la misma sangre! —exclamó Julián en voz bastante alta, después de haber acabado su repertorio de insultos en inglés, italiano, latín, francés, y español.

—Somos problemáticos precisamente porque llevamos tu misma sangre —apuntó Alec que se encogió ante la mirada fulminante de su hermano— Perdónanos, Julián, pero era la única forma; no recuperaríamos jamás las joyas si no era de esta manera.

—¿No se han dado cuenta, verdad, retardados? Esa —señaló a Zafiro— no es la condesa, ¡reverendos imbéciles!

Alec y Richard se intercambiaron una mirada perpleja, como si todavía no comprendiesen, luego lanzaron una mirada a Zafiro y la examinaron como si así pudieran comprobar quién era en realidad.

—Pero llevaba el anillo —protestó Richard sacando el anillo de zafiro de su bolsillo—. Tenía que ser ella.

Julián respiró hondo al menos tres veces antes de responder, tenía que calmarse si no quería terminar en la horca por asesinar a sus propios hermanos.

—¿Nunca han visto las joyas de la familia, estúpidos? ¡¿Las han visto?! —preguntó en tono más alto y sus hermanos asintieron—. Y ¿acaso, ese es el anillo de la familia?

Richard y Alec observaron la pieza y, después de varios segundos, negaron con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué, por todos los santos, han secuestrado a Zafiro Loughy?

Zafiro dio un respingo al escuchar su nombre, el hombre sabía quién era.

¿Cómo sabía quién era? Bien, eso no importaba ahora, lo que importaba era que ya era de día y, si el motivo de su desaparición se había regado, estaría arruinada. Abrió la boca para hablar, pero su caballero ladrón se le adelantó.

—¿Tienen idea en el lío en que nos han metido? ¡¿Tienen idea?! —gruñó y empezó a pasearse de un lado a otro haciendo caso omiso de la presencia de Zafiro.

—Bien, si no estuviéramos en líos, no seríamos nosotros, Julián —comentó Richard intentando aligerar la tensión.

Julián se limitó a mirarlo como quien evalúa la mejor forma de asesinar a alguien, y Zafiro no lo culpaba, el hombre estaba siendo bastante irritable para la situación en la que se encontraban. Eso era algo serio.

—¿Saben quién es ella? ¿La han oído nombrar, aunque sea? —Sus hermanos asintieron, a Zafiro le dio la impresión de dos niños que aceptan la reprimenda de un padre rabioso—. ¿Saben, acaso, lo que me harán Damián y Adam si se enteran?, ¿lo saben? —Ellos negaron con la cabeza—. Bien, a mí no me harán nada porque, si alguno de ellos se aparece por aquí con ganas asesinas, me exoneraré de toda culpa y dejaré que descarguen su rabia contra ustedes. Que los maten si quieren, pero no pienso pagar por su culpa.

Zafiro pensó que ellos deberían tenerle más miedo a Topacio y a Rubí que a Aberdeen y a Rutland, sobre todo, a Topacio que... En ese instante, se dio cuenta de que él había dicho Adam y Damián, los había llamado por su nombre de pila en vez de por su título, lo que quería decir que debía tener la suficiente confianza para ello, debía ser amigo suyo, pero ¿cómo alguien que parecía venir de una familia con tendencia delictiva sería amigo íntimo del duque y del marqués? Volvió a abrir la boca para hablar, pero esta vez fue uno de los hermanos el que lo evitó, el que le había quitado su anillo, específicamente.

—Lo lamento, señorita, creo que hemos cometido un error —se disculpó con una sonrisa que, en otras circunstancias, hubiera sido encantadora. En otras circunstancias.

Zafiro sintió la rabia renacer en ella. «Lo lamento», ¿eso era todo lo que pensaba decir? «lo lamento», no es que pudiera decir otra cosa, pero a Zafiro eso no le parecía suficiente. Si la noticia de su desaparición se había propagado ya, estaría arruinada, nadie se querría casar con ella por el simple

motivo de haber pasado una noche fuera de su casa y, si nadie se quería casar con ella, había muchas posibilidades de que, si los Midleton seguían peleando su tutela, la consiguieran, y ella no podría hacer nada si ellos decidían casarla con sir Gilbert o con cualquiera. ¡Estaba arruinada por su culpa y lo único que recibía a cambio era un «lo lamento»!

Un, deux, trois, quatre, cinq, six, sept... contó en francés con el fin de tranquilizarse. Siempre que se veía propensa a perder los estribos, solía contar o hablar en otro idioma, pues tenía la absurda creencia de que, mientras su mente se esmeraba en buscar la traducción de las palabras que quería decir, se olvidaba del enojo, por el esfuerzo. Claro, esa no era una situación que se pudiera olvidar, pero al menos ayudaría a calmarse.

El hombre debió notar que a ella no le satisfacía su disculpa, porque un brillo avergonzado apareció en sus ojos, pero no borró la sonrisa.

—Supongo que una disculpa no es suficiente, ¿cierto? Pero me temo que no puedo decir más. Tome —dijo tendiéndole su anillo—. En verdad, lo lamento, no crea que tenemos por costumbre secuestrar jóvenes hermosas, solo que este era un caso en verdad especial. No se preocupe, su cochero está abajo y ahora mismo indicaré que todo se prepare.

—Muy amable de su parte —replicó Zafiro con sarcasmo.

Ella no era dada al sarcasmo, pero esa ocasión, sin duda, se lo permitía; era mejor que la rabia.

—No es tan sencillo —dijo Julián paseando aún por la habitación sin verla.

Desde que había empezado a hablar, el hombre no le había dedicado ni una sola mirada, y no sabía que la molestaba más, si el hecho de que la ignorara como si así pudiera resolver el problema, o que hablara de ella como si no estuviera presente.

—¿Por qué? —preguntó Alec y se giró hacia Zafiro—. Usted no nos va a denunciar. ¿Verdad, señorita? Nosotros no lo hicimos con mala intención, fue todo un malentendido.

Zafiro comprendió que ellos no entendían lo grave del asunto: primero, no solo estaba en riesgo su reputación, sino que debían ser alrededor de las nueve de la mañana. ¿Qué rayos le iba a decir a Rowena? «Me secuestraron por error, pero no te preocupes, estoy bien». Se pondría histérica. Miró al caballero ladrón y se dio cuenta de que él también la miraba, al parecer, él

pensaba lo mismo que ella.

Zafiro tenía que pensar rápido, pero primero tenía que averiguar qué tan grave era el asunto.

—Necesito que alguno de ustedes investigue rápidamente si el rumor de mi desaparición ya se ha corrido. ¿Podrían hacerme al menos ese favor? — preguntó, pero su tono dejaba claro que no era un pedido, sino una orden.

El más agradable de sus secuestradores asintió y salió, mientras Zafiro se ponía una mano en la cabeza para intentar detener el dolor que empezaba a formarse. Cerró los ojos y empezó a pensar qué haría si el rumor había corrido. No habían pasado muchas horas, pero el chisme era como el aire, la gente casi que lo respiraba y vivía de él. Si en su casa había un revuelo por su desaparición, seguramente alguno de los criados ya había mencionado el asunto a alguien, y ese alguien se lo habría dicho a alguien más, y así hasta que medio Londres se enterara.

Abrió los ojos y se encontró con dos pares de ojos que la miraban fijamente. Zafiro no dijo nada y se dedicó a observar a los hombres que habían puesto su vida de cabeza desde que el primero de ellos apareció. Supuso que debían ser hermanos, su parecido era asombroso: la única diferencia era el color de sus ojos. El color marrón de los ojos de su secuestrador no era nada comparado con el lindo verde de los ojos del caballero ladrón.

Entre ellos se instaló un silencio incómodo. Ella no tenía nada que decir y los otros parecían que tampoco, pero el silencio se fue volviendo más tenso, y Zafiro empezaba a ponerse incómoda.

—Bien, espero que haya dormido bien, señorita. —comentó su secuestrador para aligerar la tensión, pero lo único que hizo fue hacer que Zafiro perdiera la paciencia.

Que haya dormido bien, él le dijo que esperaba que hubiera dormido bien, por supuesto, durmió excelente: las ojeras en su rostro, que debía ver claramente, no hacían más que confirmarlo. Al otro le perdonó el comentario porque lo hizo sin mala intención, pero a él... Sin ganas de volver a ver a ese hombre que le caía muy mal, dijo:

—Lárguese.

—¿Por qué? —preguntó frunciendo el ceño, pero Zafiro sabía que se

divertía—. Esta es mi casa.

—Lárguese —repitió y esta vez se levantó y agarró el atizador de la chimenea y apuntó peligrosamente hacia él—. Váyase si no quiere que lo deje inconsciente.

Ella era paciente, en verdad que lo era, pero eso ya salía de su autocontrol, se defendía pensando que cualquiera en su lugar se habría vuelto histérica hacía rato; ella había durado mucho, cuerda.

El hombre retrocedió unos pasos hasta llegar a la puerta.

—Saben, empiezo a entender eso que dicen que todas las Loughy están locas —mencionó y salió antes de que Zafiro pudiera hacerle algo.

Zafiro soltó el atizador y se desplomó de nuevo en el asiento. Miró al caballero ladrón que cautelosamente agarró el atizador y lo dejó fuera de su alcance. Ella no pensaba hacer más nada, el repentino ataque de locura había pasado y se sentía demasiado cansada para hacer algo.

El caballero ladrón se sentó frente a ella, se inclinó hacia adelante, apoyó sus codos en las rodillas, unió las manos y la miró. La miró con esa penetrante mirada verde que hacía imposible que Zafiro apartara la vista. No dijeron nada, solo se miraron por varios minutos en silencio. No es que hubiera mucho que decir. ¿Qué se decía en situaciones como esa? Nada, al menos ella creía que nada, porque el caballero ladrón abrió la boca y habló.

—Si le digo que es un gusto volver a verla, ¿corro peligro de muerte?

Zafiro contuvo una carcajada, esos no eran momentos para reírse, pero pensándolo bien ¿qué más podía hacer? Echarse a llorar estaba descartado, así que replicó:

—Puede ser pero, aunque no lo crea, no soy dada a tener impulsos asesinos regularmente. Sin embargo, creo que estará de acuerdo conmigo, señor...

—Pero qué descortesía la mía, me llamo Julián, conde de Granard.

Zafiro se preguntó qué hacía Bow Street buscando ladrones en los bajos fondos de Londres cuando entre la aristocracia había varios. Un conde, por el amor de Dios, ¡un conde!

—Bien, usted entenderá, lord Granard, que este no es momento para burlas.

—Sí, lo entiendo, y sinceramente creo que había tardado bastante, otra en su lugar estaría histérica a estas alturas.

—No tengo frecuentes ataques de histeria —informó Zafiro—, pero esto

sobrepasa, sin duda, el límite. Sabe, empiezo a pensar que desde que lo conocí solo me han acarreado desgracias. En teoría, esto es culpa suya.

—¿Mía? —replicó—. No lo creo, señorita. Si va a acusar a alguien, que sea a esos dos estúpidos que tengo por hermanos, pero le aseguro que en este asunto estoy libre de culpas, no sabía nada.

—Puede que no, pero se quedó con mi pistola aquella noche. Si no hubiera sido así, puede que uno de sus hermanos tuviera ahora un disparo en el brazo, los otros hubieran ido a socorrerlo y yo hubiera podido escapar.

La carcajada de Julián resonó en toda la habitación. Ella no le encontraba el chiste, lo que había dicho era exactamente lo que hubiese sucedido si ella hubiera tenido su arma. Puede que no fuera tan audaz como sus primas, pero hubiera disparado de ser necesario.

—Es usted una persona de cuidado, señorita Loughy —dijo él rato después—, pero creo que me alegro de haberme llevado su arma entonces, pues, aunque en estos momentos quiero matarlos, la idea de uno de mis hermanos con una herida en el brazo no me agrada mucho.

—Se lo hubiera merecido —replicó con sorna—. Para afirmar que no es un ladrón, viene de una familia de delincuentes —espetó cruzándose de brazos.

—Problemática —corrigió—, de una familia problemática. Temo que tenemos habilidad para meternos siempre en problemas, es como si lo lleváramos en la sangre.

—Una cualidad estupenda —dijo sarcástica y él sonrió.

Pasaron más minutos en silencio y, de repente, Zafiro recordó que él había mencionado a los maridos de sus primas, y que conocía su identidad por ello. Abrió la boca para preguntar por el asunto, pero como venía sucediendo en todo el día, alguien la interrumpió. Esta vez fue una joven rubia que entró en la habitación sin ni siquiera llamar.

La joven de ojos tan verdes como los de lord Granard, la miró con curiosidad. Debía tener unos años menos que ella y parecía estar de luto, por su vestido negro. Sin embargo, Zafiro podía llegar a afirmar que aún no había sido presentada en sociedad.

—¿Es ella? —preguntó a lord Granard, pero no esperó respuesta y continuó—: ¿no es muy joven para ser condesa? Creí que a mi padre le gustaban mujeres más maduras.

«Condesa», así que a la que querían secuestrar era la condesa de Gasford. ¿Cómo no lo pensó antes? Esa mujer debía tener algo que ellos deseaban, eso era obvio pero, si le preguntaban, entrar en su casa de manera furtiva e intentar secuestrarla no era la mejor manera de conseguirlo; deberían pensar en algo mejor. Lo peor de todo era que la condesa ni siquiera había ido a la velada.

—No es ella, Angelique, hubo un error. Y ¿no deberías estar dormida? Jamás te levantas temprano —apuntó Julián.

—Sentía curiosidad por conocerla —se defendió—. Desde ayer la sentía, pero me quedé dormida antes de que ellos llegaran.

Julián puso sus manos en su cabeza.

—¿Acaso todo el mundo sabía de esto menos yo?

—Bien, tú no estabas, no fue muy difícil ocultártelo; y sobre por qué lo sé, escuché a Alec y a Richard planearlo, ellos no saben que yo lo sé.

—Ahora sí —dijo el joven que había ido a averiguar entrando en la habitación— me pregunto si habrá manera de ocultarte algo.

—Cuando la encuentres me la haces saber —dijo Julián.

—Ya diga qué averiguó —apuró Zafiro impaciente.

El que el hombre bajara la cabeza y empezara a mover el pie antes de verla no le dio muchas esperanzas a Zafiro.

—Bien... el rumor de su desaparición se ha corrido. Gibbs habló con el ama de llaves de lady Curzon y ella se lo contó y afirmó que se lo había contado una criada de la señora Smith, que a su vez se lo había dicho alguien a quien se lo había contado directamente una criada de la casa Richmond.

Zafiro colocó sus manos en su cabeza y algo parecido a un lamento salió de su boca. Qué lindo sería el mundo si el chisme no existiera.

—¿Lo lamentamos? —dijo Alec y lo único que consiguió fue una mirada fulminante de Zafiro.

—Esto no me puede estar pasando a mí —lloriqueó Zafiro empezando a pasearse de un lado a otro—. Yo siempre he sido buena. ¿Cómo esto me pasa a mí? Y justo ahora, cuando tanto necesito encontrar esposo. ¿Saben acaso lo que eso significa? —preguntó, pero no esperó respuesta y continuó—: ¡estoy arruinada! Si ya todo el mundo sabe que no he pasado la noche en casa, estoy arruinada. ¡Estoy es muy injusto!

—La sociedad suele ser injusta con las mujeres —apuntó Angelique.

—Muy, muy injusta —concordó Zafiro—. ¿Por qué tenemos que ser nosotras el modelo de virtud? Si fuera diferente yo no estaría ahorita en problemas, yo todo. ¿Por qué? Por unos imbéciles que ni siquiera pudieron fijarse en el emblema del carruaje para saber que secuestraban a la persona equivocada.

Alec abrió la boca para replicar ante el apelativo «imbéciles», pero una mirada de Julián le advirtió que callara, diciéndole en silencio que no era prudente hacerla enojar más.

—¿Qué rayos se supone que haré ahora? ¿Escaparme y encerrarme en un convento lamentando mis desgracias?

Dada su tendencia a dar sermones, a Julián no le parecía mala idea lo del convento, pero no era tan estúpido para mencionarlo en voz alta.

—Oh, estoy arruinada, estoy arruinada —volvió a lamentarse mientras seguía paseando de un lado a otro.

Richard asomó en ese momento la cabeza en la habitación.

—¿Puedo pasar?

—¡No! —exclamó Zafiro y se dirigió hacia donde estaba el atizador, pero Richard salió antes de que pudiera alcanzarlo.

Ella se olvidó del atizador y siguió paseando nerviosa por el cuarto.

—Creo que me voy —dijo Alec y salió del lugar, temeroso de la mujer que estuvo a punto de amenazar a su hermano con un atizador.

—Angelique, vete, por favor —dijo Julián y la rubia lo fulminó con su verde mirada.

—¿No planeas que te deje solo con ella? Mírala como está, dudo que desee la compañía de alguien como tú.

Julián se armó de paciencia.

—Largo, Angelique —repitió y al ver que ella no se iba gritó—: ¡vete!

—Todos los hombres son unas bestias, pero qué suerte la mía haber nacido en una familia llena de ellos. Espero que para cuando la pobre Clarice crezca se le ablande el carácter, porque yo me caso en mi primera temporada— sentenció y salió sin dirigirle ni una mirada a su hermano.

Zafiro paseó por el cuarto unos minutos más, al parecer, ajena a la pelea entre hermanos. Luego, se sentó en el mismo sillón del principio frente a

Julián.

—¿Qué voy a hacer? —dijo, pero su tono de voz era tan bajo que Julián supo que la pregunta era dirigida a ella misma.

—Yo... lo lamento, le pido disculpas por mis hermanos, en verdad, el asunto se nos salió de las manos, dígame si puedo hacer algo para compensar el daño.

Julián sabía que no había mucho que hacer, ni aunque el tema del secuestro de desvelara y ellos terminaran en la cárcel como los culpables, la situación de la señorita Loughy mejoraría. Todos creerían que estaba arruinada aunque se afirmara lo contrario. La gente la compadecería, pero jamás la volverían a incluir en sus círculos, y mucho menos encontraría un marido aceptable. Aún sabiendo eso, preguntó, pues en el fondo tenía la leve esperanza de que a ella se le ocurriera algo.

Ella lo miró con esos ojos de una azul tan sorprendente como el cielo de la noche. Su mirada estaba triste y desconcertada, como la de un perro al que acababan de abandonar y echar a la calle. Lo miró con ojos desorbitados hasta que su frente se frunció ligeramente. Un dedo se posó en su barbilla en expresión pensativa y luego abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Al final la volvió a abrir y lo que dijo hizo que Julián agradeciera estar sentado.

—Cásese conmigo.

## CAPÍTULO 7

Había escuchado mal, Julián seguro que había escuchado mal, ella en verdad no había dicho que se casara con ella. La miró y la expresión de su cara, que decía claramente que esperaba una respuesta, le comprobó que no había escuchado mal. Julián no supo entonces si tachar a la mujer de loca, o admirar su inteligencia. En cierto punto, el matrimonio era una solución factible y lógica. Sus hermanos habían causado su caída en desgracia, y debería ser el deber de su familia arreglar el asunto, solo había un pequeño problema: él no quería casarse, no aún.

Abrió la boca para responder, pero ella alzó una mano para interrumpirlo.

—No, si su respuesta es negativa, no la diga aún; déjeme hacerle ver por qué un matrimonio entre nosotros es una buena idea.

Él calló y pensó por un momento en decirle que no pensaba ceder a ese absurdo y que no quería que ella perdiera su tiempo, pero no supo si fue su mirada llena de súplica y de desesperación, o algo dentro de él que hizo que callara y esperara su respuesta.

Zafiro respiró hondo e intentó organizar su mente para formular una buena propuesta. Lo que iba a hacer a continuación sería probablemente la locura más grande que pudiera cometer en su vida; después de todo, solo había visto a ese hombre en dos ocasiones, y ninguna muy favorecedora pero, dadas las circunstancias, le parecía una idea medianamente aceptable; por completo imprudente, insensata y loca, pero la única que se le ocurría. No supo cómo la idea se instaló en su cabeza, pero había llegado y, después de reconsiderarla, decidió que era lo mejor en lo que podía pensar. No pensaba arriesgarse a regresar arruinada y, con su mala suerte actual, capaz sir Gilbert aún quería casarse con ella, entonces, su única esperanza radicaba en que los duques

consiguieran mantener su tutela; era una apuesta muy peligrosa, tanto como proponerle matrimonio a un desconocido, pero mejor un desconocido que tenía la confianza de los esposos de sus primas que sir Gilbert, ¿no? Aún no sabía la relación de él con los que eran más o menos sus cuñados, pero prefería pensar que era buena y, si era buena, él no debía ser malo, ¿cierto? Decidió quedarse con esa teoría. Ahora, el asunto radicaba en que el hombre no parecía muy predispuesto a casarse, y ella debía convencerlo de lo contrario.

—Dado estos acontecimientos, y por lo que he deducido ¿ustedes no están en muy buena situación económica, ¿me equivoco?

Julián la miró con desconfianza.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Bien, usted intentó colarse a la casa de Lady Gasford, según dijo a recuperar algo, y he supuesto que ese algo era lo mismo que querían recuperar sus hermanos cuando me secuestraron. Debido a que todo se produjo por mi anillo, me hace llegar a la conclusión de que lo que quieren recuperar son unas joyas.

Él admiró su capacidad de atar los cabos rápidamente, era una mujer inteligente.

—Sí, son unas joyas, las joyas de la familia para ser más específicos, pero el hecho de querer recuperarlas no significa que estemos en problemas económicos.

—El hecho de querer recuperarlas de la manera en que ustedes lo han intentado revela su desesperación por tenerlas, lo que me hace pensar que las necesitan con urgencia.

—O quizás las intentamos recuperar de esa manera porque ella se ha negado a devolvérselas y no tenemos otra opción —contestó.

Zafiro soltó un gruñido.

—¿Están en problemas económicos o no? —preguntó exasperada.

Él asintió no viendo motivo para negarlo.

—Sí, heredé varias deudas de mi padre —explicó, negándose a que ella pensara que él o su familia fueron los que contrajeron las deudas.

Ella asintió y sonrió como si ese hecho la complaciera.

—Bien, verá, como fui hija única, mi padre, antes de morir, me aseguró una

dote de veinte mil libras que, si se casa conmigo, los Richmond estarán encantados de entregarle. Considero que es dinero suficiente para cubrir deudas e incluso puede sobrar dinero para inversión.

Veinte mil libras. Esa era, sin duda, una suma por la que un caballero mataría por la mano de Zafiro Loughy, sin considerar su belleza. No obstante, él no era cualquiera y, si preguntaban su opinión, ese asunto de las dotes siempre lo había visto absurdo, hacía parecer que los padres tenían que pagar para deshacerse de sus hijas. Además, él se negaba a casarse con una mujer por dinero, puede que su situación fuera desesperada, pero aún tenía orgullo.

—Lo siento, señorita Loughy, pero, aunque esté desesperado, no soy un caza dote.

Ella frunció ligeramente el ceño como si no esperara esa respuesta, luego asintió.

—Bien, supongo que eso es bueno, pero piénselo, si...

Él alzó una mano para detener su relato.

—Creo que debería ahorrarse sus argumentos, señorita Loughy. Mire, entiendo su situación y puede que este asunto la perjudique sobremanera, pero usted es una mujer muy hermosa, y con una dote generosa; dudo que las propuestas desaparezcan por completo.

Bien, puede que esa fuera una verdad a medias. Cabía la posibilidad de que aún hubiera propuestas, solo que la mayoría no serían aceptables.

—Por supuesto, seguro jugadores empedernidos matarán por casarse conmigo— replicó con sarcasmo—. Usted no entiende lo grave de la situación. ¡Tiene que ayudarme! —exigió—. En parte esto es su culpa.

—Le repito que, si desea echarle la culpa a alguien, es a Richard y a Alec.

—¿Y quién es responsable de ellos?

—Desde que salieron de Cambridge, ellos mismos.

—¿Quiere que le pida matrimonio a uno de sus hermanos, entonces?

—¡No! —la vehemencia con que lo dijo lo sorprendió a él mismo.

—Yo sería una buena esposa —argumentó ella—. Sé manejar una casa a la perfección. Dada su situación le encantará saber que no soy dada ni a vestidos extravagantes, ni a joyas caras. Tampoco me intereso mucho por la decoración a la moda ni dada por el estilo. Me gusta hacer vida social y suelo comportarme correctamente, pero no es que me interese en demasía lo que la

gente opine de mi persona. Además, su hermana, si no me equivoco, debe ser presentada en sociedad pronto, eso tiene que hacerlo una mujer, y cuál mejor que su esposa.

Punto a su favor, admitió Julián, pero a como iban las cosas, no sabía si habría dinero para presentarla en sociedad.

—No dudo de que sería una magnífica esposa, señorita, pero ahora no estoy en busca de una.

—¿Por qué? Todo aristócrata necesita una esposa que le de descendencia. ¿Cuántos años tienes? ¿treinta? ¿treinta y dos?

—Veintinueve. Pero ese no es...

—¡Ve!, veintinueve años —interrumpió— es edad suficiente para casarse.

—Señorita, ¿por qué esta tan empeñada en casarse? —preguntó presintiendo que la mujer tenía motivos más específicos que casar a un conde.

Zafiro suspiró y se inclinó hacia adelante en una posición muy poco propia de una dama: si el vestido no fuera tan recatado, se hubieran podido ver sus senos. Se reprendió por el giro que empezaron a tomar sus pensamientos, ese era un asunto serio.

—Es un tanto largo de explicar.

Diciéndose que no tenía nada que perder, comenzó a contar todo lo que le sucedía, desde la visita inesperada de sus desaparecidos tíos, hasta el compromiso que querían obligarla a aceptar. Le parecía extraño contar un asunto tan privado, pero si eso ayudaba a convencerlo...

—¿Sir Gilbert? —preguntó atónito Julián al final del relato—. ¿Quieren casarla con sir Girbert?

Zafiro asintió y, apoyando los codos en su rodilla, enmarcó con sus manos su cara.

—Es injusto. Por eso estoy tan desesperada, ellos quieren jugar sucio, y yo temo que ganen. Pensaba encontrar marido rápido, pero ahora será imposible. Tiene que ayudarme, es usted mi única opción.

Julián suspiró y cerró los ojos un momento. La muchacha estaba en verdad desesperada, y él no la culpaba, si estuviera en su lugar, estaría igual. Nadie se quería casar ahora con ella, tal vez, sir Gilbert, nada más, y eso sí sería una desgracia y no solo porque el hombre debía llevarle unos cuarenta años, sino

porque se rumoreaba que no era muy buena persona. Las cosas que se contaban de él eran tan malas que eran pocas las anfitrionas que se atrevían a invitarlo a un lugar. Él no quería casarse, no hasta que tuviera que ofrecer algo más que un título, pero ¿en verdad podría dejarla así sabiendo que estaba en esa situación indirectamente por su culpa? No podía ser tan malo. ¿No había afirmado él mismo que, cuando se casara, sería con una mujer como ella? Puede que estuviera loca, pero no sería una mala esposa y, aunque esa no era del tipo de decisiones que se tomaban a la ligera, él tampoco era de los que pensaba repetidas veces en un asunto; si los Allen pensaran varias veces en un asunto, no vivirían en problemas. Puede que después se arrepintiera, pero ya estaba tomada la decisión.

—¿Cómo haríamos? —preguntó con un suspiro.

A ella se le iluminaron los ojos y sonrió, por un momento creyó que se le lanzaría encima para abrazarlo, pero pareció cambiar de opinión y se limitó a sonreír.

—Muchas gracias, muchas gracias. Bien, tenemos que pensar bien. Es una situación delicada: si regreso, literalmente regresaría arruinada y, si nos casamos por una licencia especial, la gente llegaría a la conclusión de que pasamos la noche juntos. Sería un escándalo. Además, empezarán a preguntarse, primero, cómo fue que el cochero accedió a una cita clandestina. Segundo, por qué, si nos íbamos a casar, planeamos esa cita clandestina, y tercero, por qué lo hicimos tan evidente sabiendo lo que se avecinaba, es decir, una joven soltera es más propensa que una casada a un escándalo. ¿Por qué se atrevería una a encontrarse después de una velada con un caballero sabiendo que los rumores se esparcirían? ¿Por qué esperar hasta el día siguiente para regresar a la casa en vez de hacerlo esa misma noche?

A Julián le sorprendió la velocidad con la que su mente evaluó todas esas posibilidades, que eran todas ciertas.

—Es cierto, pero no veo otra solución. Habrá muchas especulaciones, sí, pero dudo que alguna se acerque a la verdad.

—Subestima la imaginación de la gente. Sabe, soy considerada una mujer sensata por la sociedad, incapaz de hacer algo semejante como verme a medianoche con un amante. Pueden empezar a divulgar que usted me secuestró o embaucó para obligarme a casarme con usted y así quedarse con

mi dote. Por Dios, incluso puede que piensen que me violó.

Aunque sabía que esa era una posibilidad aceptable, él no pudo dejar de admirar su imaginación.

—Bien, puede que mi reputación no sea intachable como la suya, pero que he dejado claro a la sociedad que no soy un caza dote.

—La gente siempre divulgará la versión que le parezca más interesante— objetó ella y él no le quitó la razón.

—En ese caso nos veremos sometidos al escándalo público por varios meses, pero no se puede proceder de otra manera. ¿O tiene una mejor idea?

Ella empezó a negar con la cabeza, pero luego alzó la barbilla como si se le ocurriera algo.

—Gretna Green.

—¿Qué?

No podía estar pensando lo que él pensaba.

—Vayámonos a Gretna Green.

Era definitivo, ella estaba loca.

—Sé que puede sonar como una locura —dijo como si le leyera el pensamiento— pero, si lo piensa de forma detenida, verá que es mejor. Se formará un escándalo, sí. Mi intachable reputación quedará arruinada, sí. Estaremos en boca de todos por un tiempo, también; pero nadie cuestionará más allá de los motivos de nuestra fuga. Son muchos los jóvenes que se van a Gretna Green por año, buscando casarse sin autorización de sus padres. La sociedad verá el asunto más como una locura romántica que como otra cosa; pensarán que nos fuimos ayer por la noche y listo, lo único que podrían especular es que huimos porque al estar usted en una mala situación, los Richmond no le concedieron mi mano... No, usted no me cortejó públicamente, por lo que no pudo ir a pedir mi mano, así que pensarán que yo, creyendo que le sería negada mi mano, decidí fugarme con usted en un arrebato de amor— concluyó y asintió con la cabeza conforme con su idea.

Era buena estrategia, Julián no podía negarlo, pero un viaje a Gretna Green...solo de pensarlo le dolía la cabeza. Eran al menos dos días sin descanso, y unos tres si se paraban en alguna posada para pasar la noche. Sería un viaje agotador.

—Al final valdrá la pena —continuó ella y Julián se preguntó si podía leer

la mente—. Yo me encontraré a salvo de parientes malintencionados y usted podrá saldar sus deudas con mi dote. —Al ver que él hacía una mueca y abría la boca para replicar, ella se adelantó—. Porque la va a aceptar, ¿cierto? ¡No puede rechazarla! —exclamó antes de que él siquiera pudiera negar con la cabeza—. Ya sé que no es un caza dote, pero tómelo como una recompensa por su ayuda... o, si quiere, tómelo como un préstamo. Sí, puede pagar sus deudas y después que la situación mejore, me la devolverá si lo desea.

Zafiro esperaba que él supiera manejar el dinero. Había dicho que las deudas habían sido heredadas, pero eso no significaba que él no pudiera contraer nuevas. Se estaba embarcando en una aventura muy peligrosa, donde estaba en juego el resto de su vida, pero confiaría en su instinto, que por algún motivo le decía que podía creer en ese hombre. Esperaba no equivocarse.

Vio cómo él parecía debatirse consigo mismo sobre si aceptar su dinero o no; al final, debió concluir que en verdad lo necesitaba, porque asintió, a malagana, pero asintió.

—Iré a pedir que preparen un carruaje, pues supongo que querrá salir ahora para no perder tiempo. —Zafiro asintió

Levantándose del sillón, Julián se dirigió a la puerta, pero se detuvo a mirarla antes de salir.

—Zafiro —dijo empezando a tutearla. Cuando vio que tenía su atención, continuó—: no tengo ni la menor idea de cómo lograste formarte la reputación de sensata porque, desde aquella noche en casa de Lady Gasford, descubrí que careces de esa virtud.

Ella se ruborizó ante el recuerdo y abrió la boca para replicar sobre el comentario, pero algo en la sonrisa de él la hizo dudar.

—¿Se supone que eso es un insulto o un halago?

Él lo pensó un momento.

—Un halago —concluyó al final—. Las personas sensatas son muy aburridas, y en esta familia, aunque hacen falta unas cuantas, creo que no encajarían.

Ella no supo cómo interpretar ese comentario.

—Yo sí soy sensata —protestó—. Solo he tenido momentos difíciles.

Él arqueó una ceja.

—Y hace cuatro días, cuando entró dispuesta a golpearme con su arma, ¿también tenía momentos difíciles?

A ella no le gustó el ritmo que tomaba la situación.

—Simplemente quería hacer lo correcto —se defendió.

—Lo que creía correcto, querida, lo que creía correcto —corrigió—, pero ese no es el asunto; el hecho es que usted no es sensata, ni prudente, solo cree que lo es. Pero no se preocupe, aquí tendrá tiempo de sobra para descubrir lo divertidos que son los escándalos y los líos —informó.

Julián salió y dejó a Zafiro con la sensación de que, en definitiva, acababa de cometer una de las peores locuras de su vida, pero ¿por qué no estaba arrepentida?

## CAPÍTULO 8

Mientras sentía el traqueteo del carruaje que se ponía en marcha, Zafiro elevó una plegaria al cielo por que todo saliera bien y no se arrepintiera luego del asunto. En su idea de una boda ideal, jamás estuvo una huida a Gretna Green y, aunque a muchos les parecería de lo más romántico viajar a una velocidad exorbitante para llegar a un lugar donde podían casarse libremente a la vez que se preocupaban por familiares furiosos que los perseguirían, a Zafiro esa idea no le hacía gracia; y no porque la fueran a perseguir, porque estaba segura de que los Richmond no harían semejante cosa, después de haberles especificado en la carta que les envió que no lo hicieran. Tampoco viajarían a una velocidad exorbitante pues, si nadie los perseguía, no veía por qué apurarse; no le caía en gracia la idea por el simple motivo de que primero, ella no estaba enamorada, y segundo, detestaba los viajes largos. Estos siempre le habían parecido de lo más tediosos y, al menos que tuviera un buen libro a la mano que la hiciera olvidarse de los saltos del camino y, en casos anteriores, de sus primas, los odiaba. Dado que las circunstancias no le permitieron registrar la biblioteca en busca de un buen libro, estaría atrapada en un carruaje por al menos tres días con un hombre que solo había visto en dos ocasiones. Genial.

Miró a su acompañante que estaba recostado de forma cómoda en el asiento de enfrente, con las manos en la nuca y con los ojos cerrados. Aún no podía creer que se fuera a casar con él, si ni siquiera lo conocía bien. ¿No era ella la que siempre afirmaba que el matrimonio era un asunto demasiado importante para tomar la decisión a la ligera? ¿No decía que cuando se casara tendría que conocer bien a la persona? Bien, esa situación solo demostraba que nunca había que dar algo por sentado. Lo examinó con curiosidad y evaluó sus

rasgos. No era el más hermoso de los ejemplares masculinos, pero sus facciones eran agradables a la vista. Su cuerpo tenía cierta semejanza con los de las estatuas de dioses griegos: hombros anchos, torso musculoso, piernas firmes. Se notaba que era aficionado al deporte, quizás incluso practicaba boxeo...Él abrió los ojos y Zafiro apartó la mirada avergonzada solo de pensar que él la hubiera atrapado mirándolo. Él no se dio cuenta y, si se percató, no lo demostró y no dijo nada, para alivio de Zafiro.

Julián se inclinó hacia adelante y Zafiro no pudo resistir la tentación de volver a posar su vista en él. Se miraron por segundos en un incómodo silencio y, aunque varias veces tuvo el impulso de apartar la vista de esas profundidades verdes, no pudo. Era algo más fuerte que ella lo que le hacía querer sostenerle la mirada.

—¿Te estás arrepintiendo? —preguntó Julián minutos después, al ver que ella parecía incómoda.

Zafiro negó con la cabeza.

—Pocas veces me arrepiento de mis decisiones, así sean tan apresuradas como esta —informó—. ¿Usted no se estará arrepintiendo?

—Bien, yo constantemente me arrepiento de mis decisiones, pero no, esta vez no me estoy arrepintiendo, creo que es muy tarde para ello.

Ella suspiró aliviada.

—Menos mal, no sé que haría si fuera así. Sabe, no entiendo por qué me pasa esto a mí. Yo siempre he sido una persona correcta.

—No lo dudo.

—Nunca me porté mal ni me metí en problemas.

—Qué aburrido

—Sí... espere. ¿Cómo qué aburrido? —preguntó frunciendo el ceño.

—Una vida sin problemas ni escándalos es muy aburrida, carente de emoción.

—¿Debo suponer entonces que usted es de los que vive en problemas?

Él sonrió mostrando una perfecta hilera de dientes blancos. Zafiro pensó que no debía ser ni bebedor ni fumador si los tenía así de impecables, eso era bueno, ¿no?

—Más o menos, yo no los busco, en verdad que no, ellos parecen encontrarme a mí.

—Ajá.

—Es cierto —insistió—, la gente suele afirmar que en el apellido Allen hay una especie de maleficio, siempre está ligado a escándalos y problemas.

—¿Ustedes son los Allen? —chilló Zafiro, pero ¿cómo no se dio cuenta antes?

Él amplió su sonrisa al ver su turbación.

—¿Ha oído hablar de nosotros? —preguntó con fingida inocencia.

Claro que había oído hablar de ellos, no había nadie en la alta sociedad que no supiera quienes eran los Allen. Eran la familia más problemática y escandalosa de la alta sociedad. Todo el que llevara su apellido estaba condenado al escándalo. Nunca oyó mencionar que la familia estuviera ligada a un condado, pero eso no importaba, lo que importaba eran todas las historias que corrían acerca de ellos.

—¿A uno de ustedes fue al que encontraron bañándose en el lago con la hija de lord Bristol, en su propia propiedad de campo? —preguntó recordando uno de los muchos rumores que se extendían sobre ellos.

Julián asintió.

—Ese fue el pobre primo Gregory, terminó casado después de eso.

—¿Y cuando se rumoreó que un Allen había fomentado una competencia de carruajes con lord Steven en pleno Hyde Park? donde perdieron el control de los caballos y la gente tuvo que salir corriendo para no ser atropellada.

—Richard, el que amenazaste con un atizador —aclaró.

—Los niños que liberaron a los perros de caza en el almuerzo de campo de lady Mirford...

Julián se rascó la cabeza e hizo una mueca como si rememorara la escena.

—No te presenté a los mellizos, esos fueron Clarice y Edwin, mis hermanos menores. Pero en su defensa, lady Misford, no debió permitir el acceso de niños a su almuerzo; sé que los adora, pero debió saber las consecuencias que podían traer.

—La dama que le dejó un ojo morado al señor Cooper en la fiesta campestre anual de lady Pembroke...

—Angelique, ya la conociste, la rubia, pero no fue su culpa, ese señor la estaba molestando y ella solo se defendió. Además...

—Déjeme adivinar, lady Pembroke no debió invitar a su hermana a esa

celebración porque no había sido presentada en sociedad.

—Exactamente —concordó Julián como si ya se empezaran a entender—, pero ya se sabe como es lady Pembroke, siempre invita a las jóvenes que pronto se presentarán en sociedad para ver y evaluar qué tanta será la competencia y qué tantas posibilidades hay de que sus hijas al fin cacen un marido.

—Me da miedo preguntar a quién lord Murray encontró en la cama con su esposa y lo retó a duelo.

Julián bajó la cabeza, avergonzado, pero ella pudo notar un brillo travieso en sus ojos.

—Temo que ese fui yo.

Zafiro suspiró y se recostó en el asiento.

—¿Debí mencionarte mi apellido antes? ¿Parece que te estás arrepintiendo?

Zafiro negó con la cabeza, aunque ya no estaba tan segura de ello. Siempre había llevado una vida aparentemente tranquila, y convivir de ahora en adelante con una familia que llevaba el escándalo en la sangre no era muy alentador. Sin embargo, se recordó que las Loughy tampoco tenían muy buena fama: dos matrimonios que se celebraron con intervalos de un mes y de manera repentina no dejaba en buen nombre a su apellido, eso sin nombrar la famosa lengua de Topacio, y todo aquello que la sociedad no se había enterado ni imaginaba como, por ejemplo, la visita al Pleasure Club, o la visita a los gitanos. Zafiro no se imaginaba lo que la gente podría decir al respecto si lo supieran, así que ¿quién era ella para quejarse? Su nombre de todas formas quedaría manchado después de la huida a Gretna Green, y ninguna Loughy se salvaría. Esmeralda tenía suerte de que sus primas hubieran celebrado buenos matrimonios, lo que sería un incentivo para que los caballeros la cortejasen, pues de lo contrario, con lo manchado que estaba el apellido, dudaba de que encontrara marido que quisiera unirse a semejante familia de locos.

—No, no me arrepiento —aseguró—. Creo que podré vivir con ello. Lo que todavía no entiendo es ¿cómo considera una vida llena de escándalos divertida?

Él se encogió de hombros.

—Tendrías que vivirla para entenderlo, pues es difícil de explicar, pero no

te preocupes —afirmó recostándose de nuevo en el carruaje—. Puede que después del viaje a Gretna Green lo entiendas.

Ella no creía que eso fuera un gran consuelo. Zafiro se pasó las siguientes horas rezando por que en verdad hubiera tomado la decisión correcta.

\*\*\*\*

—Ahora mismo me dirán, ¿cuál de las dos ha corrompido a Zafiro? —exclamó Rowena agitando la carta que tenía en la mano.

Rubí y Topacio se miraron con el ceño fruncido, luego, se encogieron de hombros y se señalaron la una a la otra mientras decían.

—Seguro fue ella.

Rowena gruñó y las fulminó con la mirada a las dos.

Ellas no se encogieron ante la mirada, en cambio, miraron la carta que Rowena tenía en las manos con suspicacia y Topacio preguntó:

—Bien ¿Qué dice?

Rowena les había mandado a avisar esa mañana de la desaparición de Zafiro, y ellas habían acudido con sus respectivos esposos a la casa Richmond. Encontraron a su tutora paseando de un lado a otro, desesperada, y casi inmediatamente después entró el desaparecido cochero, con una nota. Rowena se había abalanzado sobre él y el hombre solo llegó a murmurar algo de que la señorita Zafiro aseguró que todo se explicaba en la carta. Rowena había leído en silencio la nota, y parte de su desesperación desapareció al hacerlo; y por extraño que pareciese, tampoco estaba tan molesta como hacía creer.

—Léelo tu misma —respondió entregándole la carta a Topacio quien, al ver la cara expectante de los demás, leyó en voz alta.

Querida Rowena:

Ni siquiera podrás imaginar lo que me sucedió, pero no te lo contaré para evitarte un ataque de histeria. Estoy bien y eso es lo que importa y, como soy consciente de que mi desaparición ya debe ser de dominio público, he ideado la solución para todos mis problemas. Me casaré y, en el momento en que leas esta carta, ya estaré de camino a Gretna Green con el conde de

Granard a quién he...

La carta le fue arrebatada por un asombrado Damián antes de que terminara de leer. Adam se puso detrás de él y ambos veían el papel como si tuviera un enigma que no lograban entender.

—Devuélveme eso —exigió Topacio arrebatándole la hoja y aclarándose la garganta para continuar.

...a quien he convencido de que me ayude. Les ruego no me persigan, en verdad, me ha costado bastante convencerlo y, dadas las circunstancias, es mi única solución. Nos vemos en unos días.

Zafiro Loughy.

—No lo puedo creer —dijo Topacio desplomándose en uno de los sillones del gran salón—. Zafiro se ha fugado a Gretna Green. ¡Zafiro!

En el salón se instaló un silencio sepulcral, dando a entender que ninguno de ellos lo creía.

—¿Ustedes lo conocen? —interrogó Rubí a los hombres que se lanzaron una mirada y asintieron al unísono.

—Julián es un amigo nuestro —respondió Adam— y sinceramente no entiendo cómo es que ha accedido a esto...

—Yo ni siquiera sé cómo ha pasado todo esto —exclamó Rowena empezando a pasearse de un lado a otro del salón—. ¿Cómo no llegó anoche a dormir? ¿Por qué la fuga de repente?

Nadie habló y Rowena suspiró y se sentó en el primer asiento libre que encontró.

—Bien, ha atrapado a un conde, eso es bueno. Pero me molesta que me hayan privado de la organización de la boda.

Todos en el salón soltaron una carcajada involuntaria, estaba claro que Rowena no estaba tan molesta como aparentaba; el hecho de que su última pupila se fuera a casar con un conde le bastaba para estar feliz.

—¿Es una buena persona? —preguntó Topacio a los hombres que asintieron al mismo tiempo—. Bien, si es así, todo se ha solucionado.

—Menos el asunto que produjo la boda —apuntó Damián.

—Eso ya no importa —replicó Topacio—. Estarán pronto casados y los Midleton no se saldrán con la suya; el cómo sucedió es irrelevante.

—Se formará un escándalo —dijo James hablando por primera vez.

—Pero es tan romántico —añadió Esmeralda.

Las Loughy, que no se veían ya en calidad moral de reprocharle a Esmeralda sus ideales románticos, decidieron omitir el comentario de que era poco probable que Zafiro se hubiera casado por amor.

—Bien, si ya no hay nada de lo que preocuparse —intervino William poniéndose de pie—. Creo que será mejor que vayamos a almorzar; no obtendremos más información hasta que Zafiro regrese.

Todos asintieron y se levantaron para ir al comedor, cuando el mayordomo entró anunciando la llegada de los Midleton.

—Pero ¿cómo se atreven? —exclamó Rowena—. Dígales que no son bienvenidos y que se vayan —ordenó.

—No lo creo excelencia, no lo creo —contestó lady Midleton entrando en el salón, sin permiso, seguida de su esposo.

—¿Cómo pueden entrar en mi casa sin permiso? —dijo William dirigiéndoles una mirada que intimidaría al más valiente—. Les pido que se vayan, no estamos en buena disposición para recibir visitas.

—¿Cómo ha desaparecido Zafiro? ¿Cómo lo han permitido? ¿Pero qué clase de tutores son ustedes?

—Mire, señora, usted no tiene ningún derecho de entrar de esa forma en mi casa. Lárguese o la mando a sacar a la fuerza —advirtió la duquesa.

—No hasta que me digan dónde está.

—No lo sabemos y, aunque lo supiéramos, me temo que no tendríamos ganas de decírselo, milady —intervino Topacio mirándola desafiante—. Ahora lárguese. ¿Acaso está sorda o es lenta de entendimiento? Lárguese. Qué sencillo, ¿no crees Rubí? Aparecer después de doce años a reclamar la tutela de una joven que bien pudo haberse muerto hace tiempo si por ellos fuera.

Lady Midleton la miró con odio.

—Eso no es cierto. Yo no sabía nada.

—Y soy una persona afable —se burló Topacio—. Por Dios, no nos crea tan estúpidas, señora. Ya veo por qué la tía Henrietta no mantenía buenas relaciones con ustedes ahora ¿Se van a ir, sí o no?

Lady Midleton alzó el mentón desafiante.

—No sin saber el paradero de mi sobrina.

—Bien.

Topacio se levantó y se dirigió a la entrada del salón.

—¿A dónde vas cariño? —preguntó Adam, pero la sonrisa en su cara delataba que lo sabía perfectamente.

—Si mal no recuerdo, dejé mi pistola aquí antes de la boda, quiero recuperarla —anunció y desapareció tras la puerta.

Lady Middleton ahogó un jadeo y después de fulminar a todos en la sala con la mirada, salió con la pose más orgullosa que pudo seguida del títere de su esposo.

Topacio regresó pocos minutos después con su adorada pistola en la mano.

—¿Qué? ¿se fueron? —imprimió un tono de decepción en su voz y luego se encogió ligeramente de hombros con indiferencia—. Bien, de todas formas, me la llevo, uno nunca sabe cuándo se pueda necesitar.

Todos en el salón rieron aligerando la tensión, después fueron al comedor y almorzaron como si nada hubiera pasado, con el presentimiento de que todo saldría bien.

Durante las siguientes horas, Zafiro descubrió que el hombre que tenía en frente era un buen conversador, y no un simple conversador, sino uno de verdad, uno con el que podía discutir temas variados que nada tenían que ver con el clima.

Hasta ahora, Zafiro había conocido a dos tipos de caballeros: los que se desvivían hablando de sí mismos, y los que les gustaba hablar del tema de conversación universal: el clima. Con ninguno de esos dos tipos ella había podido iniciar una buena conversación, o hablar de varios temas, pues los caballeros siempre desviaban la conversación y alegaban que la historia y la política no eran temas de una dama. Zafiro siempre odiaba a los que decían eso, y tal vez ese fuera el motivo por el cual ningún candidato le parecía adecuado. En cambio, las horas se habían pasado muy rápido con la compañía del conde, y Zafiro empezó a pensar que quizás su decisión no había sido tan mala.

También descubrió que el conde y los maridos de sus primas se habían

conocido en Eton, y que desde entonces había surgido una amistad entre ellos. Eran compañeros de aventuras, y afirmó que los quería tanto como a sus verdaderos hermanos. En la opinión de Zafiro, con hermanos como los suyos, hasta ella querría más a unos amigos, pero no lo mencionó claro, no era conveniente insultar a los que serían, lamentablemente, sus futuros cuñados.

—Nos detendremos pronto en una posada —informó Julián mirando por la ventana. El sol ya se estaba ocultando y no tardaría mucho en anochecer.

Zafiro asintió, se moría por una cama en la que dormir todo lo que no había dormido la noche anterior. También tenía ganas de comer; la cocinera del conde le había preparado rápidamente unos aperitivos para el camino, pero eso no había saciado su apetito, y tenía mucha hambre; bien, ella siempre tenía hambre, era uno de sus defectos, pero no lo podía evitar. El hecho es que moría por descansar un rato. Siempre se había considerado más fuerte que la mayoría de las mujeres, pero no aguantaba un viaje largo.

—Todavía no puedo creer que haya accedido a esto —comentó Julián.

—Es tarde para arrepentimientos —dijo Zafiro.

Él sonrió burlón.

—Si me echo para atrás, ¿qué harás? ¿arrastrarme hacia Gretna Green, y obligarme a decir que sí frente al yunque del herrero?

—Prefiero decirlo si sucede el caso.

—Y yo que creí que eras una mujer que siempre tenía una solución para todo.

—No para todo —admitió ella—. Nadie tiene la solución para todo, de ser así, la vida sería más simple.

—Cierto —concordó él y el carruaje se detuvo en ese momento.

Julián se bajó y ayudó a bajar a Zafiro. Pronto, estuvieron frente a una posada que si bien no era una de las mejores en donde Zafiro se hubiera quedado, no se veía tan mal. Después de encargarse de los caballos y del carruaje, Zafiro siguió al conde dentro y él fue directo hacia el posadero para pedir las habitaciones. Zafiro no lo siguió de inmediato, sino que se quedó observando la cantidad de personas que había en el lugar; gran parte de ellas eran parejas de jóvenes que seguramente se dirigían al mismo destino que ellos en busca de su felicidad. Zafiro solo esperaba que no se terminaran

arrepintiéndose luego, como tantos otros.

Mientras observaba la frenética actividad en la posada, el conde se acercó a ella y, por algún motivo, Zafiro solo llegó a notar que tenía una sola llave en la mano.

—El lugar está abarrotado —explicó él como respondiendo a la no formulada pregunta—. El posadero me dijo que solo quedaba una habitación. Puede decirse que tuvimos suerte, aunque tendremos que compartir el cuarto.

Zafiro contuvo el impulso de abrir la boca para replicar. ¿Qué iba a decir? «eso no es correcto» no, no lo era, pero huir a Gretna Green tampoco; además, no es que se pudiera hacer otra cosa, al menos que uno de ellos estuviera dispuesto a dormir en el piso del salón, cosa que ninguno haría. Él no parecía en lo más mínimo preocupado por compartir el cuarto con ella y Zafiro se dijo que estaba siendo estúpida, al fin y al cabo, estarían casados en dos días, ¿no? Tenía que dejar de poner tanto pero y, aunque su parte correcta se negara a esa inmoralidad, no pondría queja alguna. Pasaría esa noche con él y ya. ¿Qué más podía suceder?

## CAPÍTULO 9

La habitación era mejor de lo que Zafiro esperó, no poseía grandes lujos, ni era muy amplia, pero por lo menos estaba limpia. El posadero debía ganar más de lo esperado con toda esa gente que parecía querer fugarse a Gretna Green.

Recorrió la habitación con la vista y sus ojos se quedaron estáticos al llegar a la cama, la cama que compartiría con él. Se ruborizó de solo pensarlo y giró su cuerpo hacia otro lugar antes de que él se diera cuenta. Para su desgracia, además de la chimenea, no había nada más en lo que pudiera fingir mantener su interés, así que se obligó a relajarse para que desapareciera lo rojo de sus mejillas

—¿Vas a cambiarte para cenar? —preguntó él aparentemente ajeno a su turbación.

Ella negó con la cabeza, pero no se giró hasta que estuvo segura de que ya no parecía un tomate.

—No, creo que allá abajo hay personas que deben estar peores que nosotros.

Y era verdad, si la mayoría de ellos iban a Gretna Green, no debían lucir su mejor aspecto; ella al menos vestía de forma elegante, pues aún llevaba el vestido de la noche anterior, algo sucio y arrugado, pero presentable. Cuando habían salido apurados de la casa del conde, había tenido que pedir prestados unos vestidos de la joven Angelique, pues no le hacía mucha gracia estar al menos seis días seguidos con la misma ropa. Angelique era más o menos de su misma contextura, y seguro su ropa le quedaría bien, tal vez le quedarán un poco cortos, pero a estas alturas, con todo lo que había sucedido, el hecho de andar mostrando los tobillos no le parecía tan inmoral como pudo haberle

parecido antes.

Con ganas de comer para dormirse de una vez, bajaron al comedor donde el posadero les ofreció amablemente una salita privada.

La comida era buena, y Zafiro casi devoró el plato olvidándose de su buena educación.

—Veo que tienes buen apetito —comentó él mientras veía que ella ingería rápidamente un bollo casi entero.

Ella se ruborizó. La mayoría de las personas opinaban que una mujer no debería comer mucho, para mantener siempre una figura esbelta y atractiva a la vista. No obstante, ella nunca había podido controlar su apetito, que aún siguiera flaca, era cuestión de una obra milagrosa del destino.

—No... no he comido nada más que los aperitivos del caminó —se excusó, pero aún así volvió a devorar un pedazo de asado.

Él rio.

—Es bueno que tengas buen apetito, aunque admito jamás haber visto a una dama demostrarlo de forma tan abierta. Creí que preferían la muerte a perder la delicadeza.

Ella se ruborizó aún más, pero contestó.

—Supongo que hay excepciones y me tocó a mí incluirme en el grupo

Él solo rio.

No dijeron nada más mientras comían y Julián se dedicó a observarla llevándose uno que otro bocado ocasional a la boca. A diferencia de su acompañante, ese día no tenía mucha hambre, a pesar de que él tampoco había comido bien en todo el día, pues viajó toda la noche anterior para llegar lo más pronto posible a Londres; sin embargo, la sorpresa que se encontró esa mañana cuando llegó, y los siguientes acontecimientos, habían mermado su apetito. Jamás en su vida imaginó encontrarse en una situación semejante, si bien era cierto que a menudo se veía inmerso en situaciones extrañas y problemáticas, un viaje a Gretna Green con casi una desconocida nunca tuvo lugar en su imaginación. Ahora que la veía comer, se dijo que cualquier temor inicial de estar equivocándose había desaparecido. Ella sería una buena esposa, lo presentía. Tenía casi lo que cualquier hombre pudiera desear, era hermosa, y lo más importante, al menos para él, inteligente. Según había comprobado en su viaje hacia la posada, Zafiro era una amante de la lectura

de temas variados y tenía una opinión bastante interesante sobre ellos. A diferencia de otras jóvenes, que solo leían novelas románticas y hablaban de clima y moda, ella sí sabía mantener una buena conversación, que no era interrumpida por pestañeos rápidos y coquetos o por risas tontas. Se convenció de que la situación no era tan mala, tarde o temprano iba a tener que casarse, que mejor que hacerlo ahora, tal vez no eran las mejores circunstancias, pero nunca había sido muy exigente.

Terminaron de comer y subieron a la habitación, Julián se percató de que ella parecía un poco incómoda, y él sabía por qué. Sin duda dormir en la misma habitación que un hombre era algo nuevo para ella, de hecho, se sorprendió de que no protestara cuando él informó que solo había una habitación disponible. Supuso que ella debía saber que no se podía hacer nada más.

Con aire despreocupado, se sentó en la cama y empezó a quitarse las botas. Por el rabillo del ojo se percató de que ella lo observaba, pero decidió hacer que no se daba cuenta, para evitar que se sonrojara como hacía cada vez que la pescaba mirándolo.

Se deshizo de las botas y procedió con el chaleco y el moño. Se sacó la camisa de los pantalones pero, como hacía un poco de frío, decidió dejársela puesta, aunque le hubiera gustado ver la reacción de Zafiro si se la quitaba.

Cansado, se recostó en la cama y la miró

—¿No te vas a acostar?

Ella tardó un momento en procesar la pregunta, pues el aspecto desaliñado que ahora tenía él la había dejado... absorta; por algún motivo no pudo apartar la vista, quizás era curiosidad, o el simple hecho de que ahora sí parecía más un ladrón.

Se acercó dudosa a la cama y se detuvo al recordar que aún llevaba el fastidioso corsé, tenía que quitárselo si deseaba dormir, el problema radicaba en que le sería imposible hacerlo sola. Pero no se atrevía a pedirle ayuda, ¿Cómo se supone que se pedía algo así?

—Yo... eh...

Él arqueó una ceja esperando que continuara y ella respiró hondo antes de hablar.

—No... no puedo dormir con corsé —explicó ruborizándose; últimamente

lo estaba haciendo mucho, y ella no era de las que se ruborizara con extrema facilidad.

—Ah, bien, ven aquí, yo te ayudo.

Eso era justo lo que ella esperaba, pero no era lo que deseara hacer, ¿o sí?

Lentamente, se acercó a él y se sentó en la cama. Con manos ágiles, él comenzó desatándole los lazos del vestido, deslizándose por los hombros y rozando a su vez su piel con la yema de los dedos. El simple contacto le produjo una extraña sensación. A Zafiro le causó un estremecimiento involuntario.

—¿Tienes frío? —preguntó él cerca de su oído.

Ella empezó a negar, pero luego cambió de opinión y asintió. No era frío, pero ante el desconocimiento de lo que era, prefería mentir.

Granard desató los lazos del corsé con la misma facilidad que los del vestido y Zafiro pronto se vio libre de ese armamento. Él volvió a atar el vestido y Zafiro se alejó de su contacto como si este le quemara, que literalmente, era lo que sucedía.

—Nunca he entendido por qué las mujeres usan este método de tortura.

—Es para alzar los... —Se detuvo abruptamente antes de terminar ¿en verdad estuvo a punto de decir que era para alzar los senos? El viaje debió de afectarla más de lo previsto.

Avergonzada, se dirigió al otro extremo de la cama y se acostó. Pensó que la presencia masculina al lado le dificultaría dormir, pero no, al final el cansancio ganó y, apenas cerró los ojos, Morfeo la acunó en sus brazos.

\*\*\*\*

Una sensación extraña pero agradable en sus labios la despertó. Zafiro abrió los ojos perezosamente para darse cuenta de que esa sensación extraña eran los labios de Julián sobre los suyos. La sorpresa hizo que se apartará, para encontrarlo sonriendo.

—Lo siento, no me pude resistir.

Ella sabía perfectamente que él no lo sentía en absoluto.

Intentó moverse y fue cuando fue consciente de que estaba casi encima de

él. Tenía una pierna entre las de él y su cuerpo estaba recostado en la mitad de su torso. Sintió cómo el color le subía a las mejillas mientras intentaba averiguar de qué manera había llegado ahí.

—Te mueves mucho cuando duermes —explicó él y Zafiro empezó a pensar que le leía el pensamiento, siempre sabía qué pensaba ella—. Espero que hayas dormido cómoda, porque más o menos a medianoche decidiste que yo era una mejor almohada... y colchón.

Zafiro bajó la cabeza y la escondió entre su hombro. En esos momentos era donde agradecería que la tierra se abriera y se la llevara. Era cierto que se movía mucho cuando dormía, pero ¿en verdad había llegado a eso?

Intentó separarse, pero él tenía una mano en su espalda y la retuvo para evitarlo.

—¿Milord?

—Julián —corrigió—. Creo que deberías llamarme Julián.

—Oh, bien, Julián, ¿podrías soltarme?

Esa debía ser, sin duda, la situación más extraña en la que se encontró jamás.

—¿Qué tal si primero me das un beso?

—Ya me besó —observó Zafiro.

—Sí, pero estabas dormida y no cuenta.

Ella se mordió el labio en gesto pensativo, como si considerara la posibilidad seriamente.

—Vamos, Zafiro, es solo un beso ¿no me digas que nunca te han besado?

Ella lo miró de forma defensiva.

—Uno no puede andar por ahí permitiendo que los caballeros nos roben besos. Si les damos la confianza para robarnos un beso, pueden tomarse más libertades —argumentó recordando las palabras de Rowena.

—Sabes, creo que la huida al convento no hubiera sido tan mala idea.

Ese comentario le ganó un manotazo de Zafiro, quien al ver que no le había hecho el más mínimo daño, empezó a retorcerse para liberarse.

—¿Y mi beso? —preguntó con tono inocente.

Ella resopló al darse cuenta de que no podría librarse si él no quería soltarla, así que, resignada y a la vez llena de curiosidad, se inclinó hacia adelante y rozó sus labios con los de él. Al principio fue una simple caricia,

pero él le colocó una mano en la nuca y profundizó el beso, hasta le introdujo la lengua en la boca. Pasado el momento de sorpresa, Zafiro se relajó en sus brazos y, por instinto, empezó a responder. Las sensaciones que le empezaron embargar entonces eran del todo desconocidas, pero bastante agradables, es más, agradables era poco, eran increíbles. El placer que sentía era indescriptible y fue aumentando a medida que el beso se incrementaba. Cuando se separaron, después de lo que pareció mucho y poco tiempo a la vez, Zafiro tenía la respiración acelerada, y mucho, mucho calor.

Él quitó el brazo que la acorralaba y Zafiro se separó y se bajó de la cama. Buscando en la bolsa de viaje, sacó uno de los vestidos de Angelique y se colocó tras un biombo para cambiarse, todavía temblando por las sensaciones del beso.

Cuando bajaron a desayunar, Zafiro se sentía una desvergonzada, y no por haber reaccionado de esa manera en el beso, que en parte sí, sino porque los vestidos le quedaban más cortos de lo imaginado y no solo se le veían los tobillos, sino unos centímetros de las pantorrillas. Eso era inmoral y Zafiro solo rezó en el desayuno por que la gente no se percatase. Nadie pareció hacerlo, todos parecían inmersos en sus propios asuntos como para prestarle atención a ellos, así que, agradecida, desayunó rápido y se instaló en el carruaje que inmediatamente se pudo en marcha.

—Parece que se avecina una tormenta —comentó Julián después de un rato de viaje, mientras veía a través de la ventanilla del carruaje las nubes grises y sentía el aire helado, prefacio de la lluvia.

Zafiro lo miró. Esa era la primera palabra que decía esa mañana. Después del beso, había estado muy callado, y Zafiro se preguntó si este no le habría gustado. Ella no tenía experiencia en ese tipo de cosas, por lo que puede que no hubiese respondido como él esperaba. No se lo preguntaría, claro, pero la duda la estaba carcomiendo por dentro. ¿Lo habría hecho tan mal? Pensando en el asunto, decidió que no debería importarle tanto, es decir, él se iba a casar con ella de todas maneras, y ella suponía que al igual que se aprendían otras cosas, también se podía aprender a besar, ella era rápida de entendimiento, así que aprender no suponía ningún problema. Además, él no

debería estar molesto o disgustado por eso, se dijo, pues ella le había dejado perfectamente claro que nunca había besado a nadie. No, debía de sucederle otra cosa.

—Yo espero que no, eso nos retrasaría.

Una media sonrisa se formó en sus labios. Entonces, no estaba molesto.

—¿No aseguraste que nadie nos perseguiría? No veo por qué un retraso suponga un problema.

—No, pero Rowena se preocuparía más de la cuenta. Creo ya debe estar bastante angustiada, con un retraso corre riesgo de entrar en la histeria.

—¿La quieres mucho?

Zafiro asintió.

—Ha sido como una segunda madre para nosotros después de la muerte de nuestros padres. Efectivamente, la queremos mucho.

Julián había oído de la muerte de sus padres, de hecho, dudaba que hubiera alguien en Inglaterra que no lo hubiera escuchado; fue la historia de la temporada, una historia bastante trágica que paso de boca en boca, distorsionándose cada vez más y volviéndose cada vez más inverosímil. Él no sabía si la historia que había llegado a sus oídos era completamente cierta, pero de algo estaba seguro, y era de que había sido toda una tragedia. En su opinión, las jóvenes habían tenido suerte de encontrar a alguien tan bondadosa como la duquesa. No le extrañaba que Zafiro estuviera tan poco dispuesta a acatar la voluntad de esos familiares que habían aparecido de repente.

—Julián, ¿no te has arrepentido de acompañarme?

—No te vas a convencer hasta que estemos casados, ¿cierto?

—Solo digamos que deseo estar segura.

—Si tú no te arrepentiste después de lo que supiste de mi apellido y de lo que conociste de mis hermanos, ten por seguro que yo no me arrepentiré.

—Oh, tus hermanos me caen mal —aseguró ella con un deje de humor—, pero estoy desesperada, la desesperación te lleva a cometer locuras.

Él rio.

—Pero si mis hermanos son unos amores.

—Por supuesto, son todo un encanto. Eso de secuestrar a gente inocente lo demuestra.

—Bien, lo admito, son unos insensatos, imprudentes, inmaduros y todo lo que los quieras llamar, pero Richard y Alec en el fondo son buenos. Yo me preocuparía más por los mellizos, creo que debí presentártelos antes de que insistieras en esto.

—¿Cuántos años tienen? —preguntó curiosa.

—Ocho. Clarice y Edwin

—¡Pero si son unos niños! No pueden ser tan malos, además, yo me llevo de maravilla con los niños, su mente aún es inocente.

—Rezaré por que sigas pensando lo mismo después de que los conozcas.

Zafiro prefirió no preguntar más sobre el tema, presintiendo que no le gustaría seguir indagando.

Pasaron minutos en silencio y las primeras gotas de lluvia empezaron a caer. El aire helado empezó a colearse por la ventana y Zafiro se apretó el abrigo con la esperanza de mantener sus huesos en calor.

Un trueno rompió el silencio del carruaje y Zafiro se estremeció instintivamente. No le gustaban los truenos ni las tormentas, de hecho, estaba segura de que todas sus primas los odiaban. Los truenos significaban recuerdos que de manera inconsciente venían a su mente cada vez que uno resonaba en el cielo. Su cerebro empezaba a rememorar las imágenes de esa fatídica noche, en la que un río de sangre ocupaba el salón principal, en la que corrieron por las calles solas, con el único amparo de la noche, rezando para que nada les sucediese. Se abrazó a sí misma intentando controlar los conocidos temblores mientras trataba de alejar los recuerdos. Lo logró. Años de autocontrol le habían enseñado a alejar los malos recuerdos, siempre diciéndose que no valía la pena recordar algo que no se podía cambiar. Respiró hondo y abrió los ojos que no recordaba haber cerrado; al hacerlo, se encontró con esa penetrante mirada verde mirándola con ¿preocupación?

—¿Estás bien? —preguntó en un tono que Zafiro identificó como verdadera preocupación.

—Sí, estoy bien, solo es... el frío.

Él asintió, aunque su expresión se podía deducir que no le creía, al menos no del todo.

Zafiro dio un respingo cuando él se cambió de puesto y se sentó a su lado. Para su sorpresa, él le pasó una mano por el hombro y la apretó contra su

cuerpo. Al principio se tensó por el asombro, pero después se relajó en sus brazos.

—Esto ayuda a mantener el calor —afirmó él.

Ella iba a replicar con un comentario como «¿Ah sí?», pero no lo hizo, tal vez porque estaba comprobando que su contacto si le producía calor, o porque estaba demasiado cómoda para replicar.

Inconscientemente recostó su cabeza en su hombro, cerró los ojos y durmió, a pesar de haber dormido toda la noche, a pesar de ser aún un temprano, durmió, pues la relajación que le produjo su contacto fue tal que le causó agotamiento.

Despertó rato después cuando se detuvieron a hacer un cambio de caballos. Desde ahí, ellos mantuvieron una conversación agradable para pasar el rato. Ella seguía abrazada a su cuerpo, y por alguna razón estaba más cómoda así. Ella le contó por qué tenía una pistola consigo, y le explicó que James le había enseñado a usarla. Él le relató como había llegado a esa situación y le confesó que su padre era un adicto al juego y por ello ahora estaban llenos de deudas. Zafiro sintió empatía por él; hacerse cargo de cinco hermanos, y vivir con la constante preocupación de ir a parar a la cárcel por deudas que no eran de él, debía ser sin duda algo horrible. No obstante, eso solo le demostraba que era un hombre fuerte que no se rendía ante las dificultades, y ella estaba cada vez más convencida de que había tomado la decisión correcta.

Llegaron a Gretna Green la tarde del tercer día. Al final, los truenos no habían pasado de amenazas y la tormenta nunca estalló, lo que evitó un retraso innecesario de su viaje. La noche anterior se habían hospedado en una posada que sí tenía habitaciones suficientes, incluso pudo tomar un agradable baño y durmió tranquila, por lo que Zafiro se encontraba aún preguntando de donde salió el sentimiento de decepción que experimentó al no estar con él.

Gretna Green, el pequeño pueblo de Escocia, era un lugar verdaderamente bonito, con su aire pintoresco y una atmósfera de alegría, por ser el lugar donde tantas personas habían contraído matrimonio por amor a pesar de los obstáculos que experimentaron.

Zafiro y Julián se acercaron a la herrería de donde venía saliendo una pareja cogida de la mano, se sonreían y se veían con amor. A Zafiro le entraron ganas de sonreír solo de verlos, pues el aura de felicidad que emanaban era

contagiosa. La sonrisa se le borró apenas llegaron a la puerta de la herrería. Se detuvo en seco sintiéndose de pronto dudosa de lo que iba a hacer. Había recapacitado durante todo el camino, llegó a la conclusión de que era la única solución, pero aún así dudó. El matrimonio era para siempre, y era en el único aspecto en el que una no se puede permitir equivocarse, ya que no habría manera de remediarlo. Miró a su acompañante, que la miraba expectante y respiró hondo. No había otra alternativa. Él le tomó la mano y se la apretó, y ese gesto de apoyo fue lo único que Zafiro necesitó para seguir adelante.

Entraron en la herrería y el resto de la ceremonia pasó como en un sueño. Recordaba haber pronunciado un voto de matrimonio frente al yunque del herrero y dos testigos que según recordaba eran la esposa y una hija del mismo herrero. En menos de diez minutos, ya salían del lugar y, a pesar de que muchos no lo considerarían una verdadera boda y de que había sido extremadamente corta y extraña, ella ya se sentía diferente. Ya no era Zafiro Loughy, ahora era Zafiro Allen, condesa de Granard.

## CAPÍTULO 10

La posada quedaba justo al lado de la herrería, y el amable hombre escocés, que los felicitó por su reciente matrimonio se mostró muy entusiasmado de ofrecerle su mejor habitación que, en realidad, era la única que quedaba, según informó después. Al parecer, Zafiro decidió fugarse en el mismo día que las otras parejas decidieron hacerlo. No era que fueran a dormir en habitaciones separadas, pues se acababan de casar, ¿no? Que todavía no asimilara por completo ese hecho, no significaba que no fuera consciente de lo que eso conllevaba. La noche de bodas.

No había pensado mucho en el asunto durante todo el trayecto, de hecho, ni siquiera lo había tomado en cuenta a la hora de pedirle al hombre que se casara con ella, dado que en ese momento tenía otras preocupaciones, no le interesó mucho ese pequeño detalle, pero ¿ahora? El asunto no tendría por qué suponer un problema, es decir, era normal que parejas casadas, incluso en circunstancias tan anormales como las suyas, consumaran el matrimonio, literalmente, esa era la forma de hacerlo legal e impedir su anulación. No obstante, a pesar de que era lógico, ella no podía dejar de sentirse ¿nerviosa? ¿y si le pedía un poco de tiempo? Después de todo, solo llevaban conociéndose poco más de dos días, no creía que él se negara. Por otro lado, estaba el asunto de la legalidad del matrimonio si este no se consumaba. ¿Qué tal si sus tíos estaban tan desesperados por casarla que, pensando que era un matrimonio de conveniencia, pidieran comprobar la veracidad del matrimonio? Puede que estuviera siendo paranoica, ellos no podían hacer eso mientras no tuvieran su tutela, ¿o sí? No, no podían, los Richmond jamás lo permitirían, y Julián tampoco.

«Él tampoco», pensó intentando averiguar en qué momento había

depositado su absoluta confianza en él. Casi no lo conocía, sin embargo, aún así le tenía confianza, y estaba completamente convencida de que había tomado la decisión correcta en esa locura. El hombre le inspiraba confianza, a pesar de que su primera impresión de él fue la de un ladrón, y de que su familia la secuestró, le inspiraba confianza, tal vez porque en el fondo sabía que no era mala persona y solo actuaba la desesperación; ella bien sabía las locas decisiones que se podían tomar cuando uno estaba desesperado.

No se dio cuenta de que estaba jugando con la comida hasta que la mano de él se posó sobre la suya.

—¿Qué te sucede?

—Nada ¿Por qué?

En ese momento, Zafiro lamentó no ser buena mentirosa. Su tono había sonado a la defensiva, lo que indicaba claramente que estaba mintiendo.

—Has estado jugueteado con la comida todo el rato, considerando tu inquebrantable apetito, me pareció raro.

Zafiro se fijó en que su comida estaba intacta, no había probado bocado, y por más extraño que le pareciese, no tenía hambre.

—No tengo hambre —respondió con sinceridad, pero se abstuvo de decir los motivos.

—Supongo que debe ser por lo apresurado de los acontecimientos —comentó y ella se dio cuenta de que su comida también estaba casi intacta.

—Supongo, uno no se casa todos los días.

—Y menos de una manera tan poco convencional —añadió él—. Me imagino que este no es el tipo de boda que una mujer desea

—Si nuestra situación fuera la de los demás que vienen aquí, probablemente nos parecería una de las mejores bodas pero, en realidad, no, casarme frente al yunque de un herrero no era mi idea cuando me casara; lo bueno es que no suelo lamentarme mucho por lo que pudo haber sido y no fue. Lamentarse por algo que no se puede cambiar es una estupidez.

—Sin embargo, ¿hubieras deseado otro tipo de boda? —insistió—. Una como la desean todas las mujeres, frente al altar, con un hermoso vestido y luego una celebración a lo grande.

—No niego que me hubiera gustado una boda real —admitió—. Es decir, ¿a quién no? Sin embargo, no soy muy exigente con respecto a lo del vestido

y a la celebración, son cosas carentes de importancia si lo que en verdad importa es la unión sagrada. El romanticismo no va conmigo, y eso de soñar bailar con el amor de mi vida después de la boda de ensueño nunca fue una expectativa.

—Eres una mujer extraña —observó él.

—Soy realista, que es diferente; mi prioridad nunca fue el amor por la sencilla razón de que sabía que era difícil encontrarlo.

—Pero tus primas encontraron el amor.

—Cuestión de suerte. Pero Dios sabe que para que lo admitieran pasó una eternidad. Rubí literalmente se casó enamorada, pero para que se diera cuenta, no sé qué tanto tuvo que pasar, y Topacio, Topacio fue peor, varias veces me encontré compadeciendo al pobre Rutland. Eran muy tercas.

—¿Y tú no eres terca? —provocó.

Zafiro sabía que lo decía por el hecho de haber insistido tanto en que se casara con ella.

—Perseverante —corrigió—. Es distinto.

—Yo a veces pienso que es lo mismo.

—Claro que no. La terquedad es insistir en algo imposible, la perseverancia es la firmeza de conseguir algo que uno está seguro, se encuentra en las posibilidades.

—Entonces, ¿estabas segura de que yo accedería?

—Tenía que intentarlo, no estaba segura, pero existía la posibilidad de que aceptaras, y tenía que insistir en ello.

—Entonces no tendré que lidiar con una mujer obstinada, solo perseverante.

—Exactamente —concordó y asintió para enfatizar lo dicho.

La conversación la había alejado de sus preocupaciones, por lo que su apetito regresó y empezó a comer sin recordar lo que la acongojaba.

Por su lado, Julián se dedicó al observar el raro espécimen de mujer que tenía en frente. Una mujer práctica, sensata, que no era dada a las extravagancias, ni tenía ideales románticos, era sin duda el sueño de todo hombre. Zafiro Loughy demostraba un carácter peculiar y maduro, a pesar de su joven edad. Su visión de la realidad era de admirar, el hecho de no aferrarse a imposibles, o de no lamentarse por lo que no se podía cambiar demostraba una madurez extraordinaria, digna de personas que llevan años

enfrentándose a la realidad. Era extraño que no tuviera ideales románticos, sobre todo, viniendo de una familia donde estos abundaban; parecía que no quería dar nada por sentado. La curiosidad hacia la que era ahora su mujer se avivó en Julián, y miles de preguntas se le vinieron a la mente, pero no formuló ninguna, no era el mejor momento, así que solo se limitó a observarla.

Cuando terminaron o, mejor dicho, cuando ella terminó de comer, subieron a la habitación. Él notó que ella volvía a estar extraña, y no se necesitaba ser un genio para saber el porqué.

—Zafiro —la llamó y ella dejó de prestarle atención a las llamas de la chimenea en las que se había mostrado muy interesada desde que entraron.

Él le hizo una seña para que se acercara y se sentara a su lado. Ella lo hizo con aparente calma, pero Julián pudo notar cómo arrugaba la falda del vestido con las manos en gesto de nerviosismo. Instintivamente, su vista se posó en los tobillos descubiertos, eran una vista muy tentadora, que incitaba a todo tipo de pensamientos pecaminosos, pero se obligó a volver a centrar su atención en ella cuando se sentó a su lado.

—No tenemos por qué consumir la unión hoy si no quieres.

Ella lo miró levemente sorprendida; no supo si porque le sorprendió que dijera eso, o porque le había leído el pensamiento.

—Soy consciente de que el matrimonio ha ido apresurado —continuó— y no pienso presionarte.

Sus rosados labios se abrieron y volvieron a cerrar como si no supiera qué decir. Él presintió que esa era una experiencia nueva, pues ella parecía de las personas que siempre sabían qué hacer o decir.

—No sé qué hacer —confesó ella.

Zafiro estaba indecisa. Por un lado, se decía que no valía la pena retrasar lo inevitable pero, por otro, seguía sin estar convencida. Nunca se puso a pensar mucho en su noche de bodas, y tampoco se hizo ilusiones con que fuera tan maravillosa como sus primas decían, sin algún pudor, que era; pero tampoco imaginó que fuera en una posada en Gretna Green. Ella no era exigente y eso no debería importarle, de hecho, el lugar era lo que menos debería importar, ¿no? Pero aún así seguía indecisa, ella ni siquiera sabía bien lo que sucedería, podía conocer lo básico, pero no los detalles, y sentirse ignorante era una

experiencia nueva y nada agradable. Tal vez si hablara con Rowena, o con sus primas, sería mejor.

—¿Podemos esperar a llegar a Londres?

Julián asintió.

—Me parece buena idea.

Zafiro se relajó.

—Creo que lo mejor será dormir. Nos espera un largo viaje mañana — comentó él y Zafiro asintió.

Él empezó a quitarse las botas y Zafiro hizo lo mismo con sus zapatos. Ella se metió en la cama y él hizo lo mismo luego de deshacerse del chaleco. Zafiro cerró los ojos, plenamente consciente de la presencia masculina a su lado. Un escalofrío recorrió su cuerpo y se arropó más para protegerse del frío. De pronto, sintió una mano en su cintura y pronto se vio pegada a un cálido pecho.

—¿Te molesta? —le susurró en su oído y ella negó efusivamente con la cabeza.

No le molestaba, al contrario, se sentía más cómoda. Sintiéndose cansada, se durmió, solo consciente del brazo que la rodeaba y del cálido cuerpo a su lado.

## CAPÍTULO 11

A primera hora de la mañana siguiente, emprendieron el viaje de regreso. Durante todo el trayecto, Zafiro no dejó de preguntarse lo que le esperaba a su regreso. No sabía que explicación iba a dar a su inquisidora familia sobre lo sucedido. Si fueran otro tipo de personas, la verdad estaría descartada, podría inventar un enamoramiento furtivo, o alguna otra increíble historia que justificara su locura, pero ellos no eran otro tipo de personas; ellos eran inteligentes, y además de que ella no sabía mentir, le sacarían la verdad de una u otra forma, así que la posibilidad de contar lo sucedido en realidad era la única que tenía. No obstante, no le agradaba mucho la idea, pues ¿no dejaría eso mal a su nueva familia? Claro que sí, a sus cuñados específicamente, pero Zafiro se consolaba pensando en que su familia no era rencorosa, lo entenderían, o eso esperaba.

El asunto de sus tíos era otra cosa, ellos ya no podían hacer nada, ya estaba casada, de forma poco convencional, pero casada, al fin y al cabo. En el fondo, una parte malévolamente de su mente quería ver cómo reaccionaban ellos y sir Gilbert al ver sus planes arruinados. Ella no era mala, ni se regocijaba por el fracaso de los demás, pero en verdad tenía especial interés por ver cómo reaccionaba su flamante familia.

Inconscientemente, una sonrisa malvada se formó en sus labios.

—¿En qué piensas? —le preguntó Julián al ver su sonrisa.

Ella debería avergonzarse de sus pensamientos, pero no lo hacía, así que respondió con la verdad.

—Pienso en la cara que pondrán los Midleton cuando se enteren de que todos sus planes fracasaron.

Él también sonrió.

—¿Regocijándose con la desgracia ajena, lady Granard? Eso está muy mal, nunca imaginé que fuera ese tipo de personas.

Ella soltó una risita.

—Nunca se debe juzgar completamente a una persona, milord.

—Una sabia lección —dijo con humor y luego más serio comentó—: ¿Has pensado en lo que le dirás a tu familia?

Zafiro asintió.

—Les diré la verdad, porque no sé mentir, y ellos se encargarían de descubrirla de todas formas. Me conocen, y cualquier otra historia les parecerá inverosímil, puede que esta también, pero me entenderán. Es probable que los tengamos encima nuestro apenas pisemos Londres, y también es posible que escuchemos una larga queja de Rowena por haberle quitado el privilegio de organizar la boda.

Julián soltó una carcajada.

—Me sorprendería que después de todo lo sucedido sea eso lo que más le aqueje.

—En realidad, será así —afirmó Zafiro seria.

Él se dio cuenta de que ella no bromeaba.

—Oh, bien y tus primas ¿cómo crees que reaccionarán? Espero que lo suficientemente bien como para que Rutland y Aberdeen no pidan mi cabeza.

—Oh, no, eso no sucederá. Topacio y Rubí seguro se reirán a carcajadas por varios minutos.

—¿A carcajadas? y yo que pensaba que mi familia era extraña.

—Bien... esta es posiblemente la primera locura que cometo por iniciativa propia; sería raro en ellas no que la disfrutaran —aclaró.

—Ya veo... has llevado una vida aburrida todo este tiempo.

Ella se ofendió.

—Mi vida no es aburrida, es correcta.

—Para mí son sinónimos.

—¡Claro que no! Pero supongo que alguien que vive metido en líos no puede entenderlo.

—Ya te lo había mencionado, lo de los problemas es de forma inconsciente, viene en el apellido que, ahora que lo pienso, también es tu apellido, cielo, deberías empezar a hacerle honor, no me gustaría que perdiera prestigio,

aunque creo que el viaje a Gretna Green puede ser un comienzo.

—Entonces, ¿pretende que me viva metiendo en líos? —preguntó atónita— temo que no es esa una de mis cualidades, lamento decepcionarlo.

—Tal vez el destino se encargue por sí solo. —Se encogió de hombros—. Ya lo veremos.

—Te divierte escandalizar a la sociedad, ¿no es así?

Él sonrió.

—Admito que después de que te acostumbras es divertido, sí.

—Espero que la linda cara de Angelique baste para que un pretendiente pase por alto todos los escándalos que rodean a la familia.

—Yo también lo espero, solo pensar en tener que soportarla toda una vida si se queda soltera me pone los nervios de punta.

Zafiro rio ante el horror que se reflejó en su rostro.

—Pobre de su hermana, es notable que le profesa mucho cariño —se burló con sarcasmo.

—Cuando la conozcas mejor me entenderás.

Zafiro lo pensó y llegó a la conclusión de que, si se parecía solo un poco a sus irritantes hermanos, lo entendería.

El buen tiempo jugó en su favor y durante el resto del viaje no se presentó ningún inconveniente que retrasara su trayectoria. Mientras veía por la ventanilla las atestadas calles de Londres, Zafiro respiró hondo para tranquilizarse. Miró a su acompañante que parecía totalmente relajado y decidió sacar conversación para mantener sus nervios ante el futuro a raya.

—¿De qué manera la condesa se apoderó de las joyas?

Esa interrogante venía rondando su cabeza desde el principio, pero no fue hasta ahora que se atrevió a formularla. Él abrió los ojos claramente sorprendido por la pregunta.

—No sé si mi padre se las dio, o ella se las robó —explicó—. Solo sé que no quiso devolverlas y afirmaba que él se las había regalado; en tal caso, él no tenía ningún derecho a dárselas, pues esas joyas han estado en la familia durante años; todo el mundo sabe que pertenecen a las condesas de Granard.

—¿Tu padre era...?

—¿Amante de la condesa? —adivinó—. Sí, lo era, desde hacía años; creo que ella tenía la esperanza de que se casara con ella ahora que su situación

era mala. Estoy seguro de que desconocía el hecho de que mi padre era un jugador empedernido desde hacía dos años, después de la muerte de mi madre.

—Oh, lo siento.

—No tienes por qué, no los conociste.

—No, pero no es lindo perder a un padre.

Él vio que ella empezaba a ponerse triste y desvió el tema.

—En fin, el hecho es que ella tiene las joyas y se niega a devolverlas. Si la gente la llega a ver con ellas y las reconoce, se armará un escándalo.

Zafiro consideró la situación.

—No es mi intención defenderla, ni estoy de acuerdo con lo que hizo, pero desde un punto de vista se ve comprensible que, si él se las regaló, ella se niegue a regresarlas, pues las considera suyas. Si tuviera algo de orgullo, las devolvería, claro, pero existe gente así. Sin embargo, mencionaste algo de que crees que se las pudo haber robado ¿Por qué lo crees?

Él se encogió de hombros.

—Lo sospecho. Mi padre murió en la cama de su amante —explicó sorprendiéndose de que Zafiro no mostrara el mínimo signo de horror—. Por supuesto, eso nadie lo sabe, yo me encargué de ello; sin embargo, el día de su muerte, lo vi salir con las joyas de la casa, conociéndolo como lo conozco, estaba seguro de que las empeñaría, dudo que se las regalara.

—¿Supone entonces que ella aprovechó su muerte para robar las joyas?

—Es una posibilidad.

Zafiro asintió comprendiendo y no dijo más durante el viaje.

Cuando el carruaje se detuvo, Zafiro dio un respingo. Habían llegado.

Julián bajó y luego la ayudó a bajar a ella, Zafiro se encontró entonces frente a la casa en la que hacía poco había estado retenida, frente a la que ahora era también su casa. Antes de llegar a la puerta, esta fue abierta por un hombre que reconoció inmediatamente: el hombre que había contribuido a su secuestro.

—Aprovechó para ir presentando: Zafiro, él es Gibbs, el mayordomo, Gibbs, a partir de ahora ella es la señora de la casa.

—A su servicio, milady.

Zafiro solo pudo hacer una débil sonrisa. La expresión del hombre dejaba a

entrever que temía que revelara todo, o que lo corriera. Bien, ella no pensaba hacer nada de eso, el pobre hombre seguro fue manipulado por sus insoportables cuñados y, aunque nunca lo admitiría en voz alta, le habían hecho un favor, le habían ahorrado la búsqueda de un marido.

Entraron a la casa y de inmediato fue consciente de los tres pares de ojos que se posaron sobre ella.

—Al fin han regresado —exclamó el insoportable hombre a quién había amenazado con el atizador, Richard se llamaba— ¿Cómo les fue? ¿Surgió algún percance?

—Ninguno, ella ahora es mi esposa.

Exclamaciones entusiastas se oyeron en el salón.

—Enhorabuena, bienvenida, cuñada —exclamó Richard y se acercó para abrazarla, pero ella extendió sus manos para evitarlo.

—Usted sigue cayéndome mal —dijo; no era muy amable de su parte y ella no solía ser grosera, pero la vena rencorosa venía en el apellido Loughy.

—¿Y yo? —preguntó el otro hermano, Alec.

—Menos que él.

Oyó cómo Julián soltaba una carcajada y ella lo fulminó con la mirada, ella hablaba en serio.

—Eres una persona muy rencorosa, querida cuñada, pero supongo que las circunstancias lo justifican, espero que pueda cambiar con el tiempo —dijo Richard, y Alec asintió en conformidad.

—Yo si te doy un abrazo de bienvenida —dijo Angelique acercándose a ella—. ¿Contra mí no tienes nada, cierto?

Zafiro negó y recibió incómoda el abrazo de la chica. La joven le caía bien, poseía un ánimo y un espíritu único, pero Zafiro no era muy dada a muestras de cariño tan efusivas, menos cuando eran provenientes de gente desconocida, se suponía que eso no era correcto.

—Estoy segura de que nos llevaremos bien —afirmó Angelique separándose de ella—. ¿No lo crees, Julián?

Julián posó la vista de una a otra, luego se encogió de hombros.

—¡Es mía, Edwin, devuélvemela ahora mismo! —chilló una voz femenina un tanto aguda.

—¡Yo la vi primero, así que es mía! —replicó la voz de un niño.

Los dueños de las voces entraron en ese momento en el salón. Se trataba de dos niños castaños, una niña y un varón. No debían tener más de ocho años y eran muy parecidos, con la única diferencia de que el varón era un poco más alto.

—¡Dámela! —volvió a gritar la niña persiguiendo al niño por todo el salón.

Las criaturas corrían tan rápido que a Zafiro se le hacía imposible averiguar el motivo por el que estaban peleando. Dieron al menos tres vueltas en círculos hasta que Julián exclamó.

—¡Edwin!, ¡Clarice! —Los niños se detuvieron y sonrieron al verlo, olvidándose por un momento de su discusión.

—¡Julián! —exclamaron al mismo tiempo.

—¿Dónde habías estado? —preguntó la niña.

—¡Llevabas mucho tiempo fuera! —exclamó el varón.

—¿Sabías que la señorita Ward renunció?

Julián gruñó.

—Sí, me enteré del cambio en el aspecto que le realizaron. ¿Se puede saber por qué rayos le cortaron el pelo?

¡¿Le cortaron el pelo?! Sin duda, Zafiro no debió escuchar bien, ¿verdad?

—Ella dijo que hubiese querido nacer más bonita —explicó Clarice.

—Y nosotros le sugerimos que se cortara el cabello porque largo la hacía ver muy mayor —continuó Edwin.

—Ella dijo que no sería mala idea.

—Y nosotros solo le hicimos el favor.

—Ajá —habló Julián—. ¿Entonces ustedes solo tuvieron buenas intenciones?, ¿no es así?

Los mellizos asintieron con expresión inocente.

—Después hablaremos del asunto. Vengan les presentaré a alguien. —Los niños se acercaron y él se giró hacia Zafiro—. Ella es Zafiro, mi esposa.

Zafiro parpadeó varias veces para salir del estupor que le había causado la conversación y sonrió a los niños.

—Hola.

—Hola —respondieron al unísono y luego se giraron hacia Julián.

—¿Te has casado? —preguntó incrédula Clarice

—¿Y la boda? —inquirió Edwin.

—Tuvo que haber una boda —afirmó Clarice.

—De otra forma no puede ser tu esposa —argumentó Edwin.

—¿Acaso no hemos asistido a la boda? —exclamó la niña ofendida.

—¡Eso no es justo! —concordó el niño.

—¿Es porque somos niños?

—Aún así somos familia y debimos ser invitados.

Zafiro vio cómo Julián suspiraba y ella se apresuró a intervenir.

—Sí, nos casamos, pero no hubo boda oficial.

Los mellizos fruncieron el ceño.

—¿Eso se puede? —quiso saber la niña.

—Es complicado de explicar —dijo Zafiro—. Prometo que algún día se los contaré.

Ellos parecieron conformarse con esa explicación.

—¿Entonces, eres como una nueva hermana? —dijo el niño.

—Digamos que sí.

Ellos se miraron entre sí y sonrieron, Zafiro tuvo un mal presentimiento.

—¿Quieres que te demos una bienvenida al estilo mellizos Allen?

—¡No!

Las cuatro negaciones juntas sobresaltaron a Zafiro, quién miró a cada uno en el salón extrañada. Todos tenían cara de horror.

—Escúchenme bien, Clarice, Edwin —habló Julián en voz autoritaria—: les prohíbo cualquier tipo de bienvenida estilo Allen hacia ella, mejor dicho, les prohíbo que practiquen cualquiera de sus... costumbres con ella.

Los mellizos asintieron de mala gana.

—Prométanmelo —exigió Julián.

Ellos se miraron y de repente Clarice exclamó.

—¡Julián, Edwin no me quiere devolver mi lagartija! —gritó señalando una lagartija que tenía el niño en la mano, agarrándola por la cola

—¡Porque yo la vi primero!

—Pero yo la tomé primero.

—Pero yo la vi antes.

Zafiro tragó saliva al darse cuenta de que los niños habían evadido la exigencia de Julián y no habían prometido nada.

—¡Basta! —bramó su esposo exasperado—. ¿Para que quieres una

lagartija, Clarice?

—Como mascota.

—Una lagartija no es una mascota, pequeña —dijo Richard en tono razonable y ella hizo un gesto enfurruñado.

—Y tú, Edwin, ¿para qué quieres a la lagartija?

—Para molestar a Clarice —declaró el niño con una sonrisa.

—¡Julián! —exclamó la niña.

—Clarice, una lagartija no es una mascota —dijo Julián— y Edwin, no puedes quedarte con el animal solo para molestar a tu hermana, eso no se hace.

—¿Entonces que hacemos con ella?

—Devuélvanla al jardín —sugirió Zafiro como si fuera obvio—. Estoy segura de que la lagartija estará contenta de volver a su hábitat y podrán encontrarla cuando quieran —«o a cualquier otra lagartija igual», pensó

Los niños parecieron pensarlo y luego asintieron.

—Es una buena idea —afirmaron, luego la examinaron de arriba abajo y como si estuvieran conectados dijeron al mismo tiempo—: usted nos cae bien.

Salieron sin que Zafiro pudiera decir nada, no es que pudiera decir mucho, tanta conversación la había dejado mareada.

—Tus hermanos son... no hay adjetivos que pueda calificarlos —concluyó Zafiro y Julián sonrió.

—No, supongo que no. Les caíste bien, eso es bueno, si fuera al contrario, estarías en problemas.

—¿Correría el riego de amanecer con mi cabello cortado?

Todos en el salón asintieron.

Zafiro iba a preguntar a qué se referían con una bienvenida al estilo mellizos Allen, pero luego recordó lo de los perros de caza y prefirió no hacerlo. Tenía la impresión de que cuanto menos supiera de esos dos, mejor.

Julián abrió la boca para decir algo, pero en ese momento se escuchó un revuelo en el vestíbulo; antes de que el mayordomo pudiera entrar y explicar, toda la familia de Zafiro, incluyendo a Rutland y a Aberdeen, apareció en el salón, y todos tenían cara de querer una explicación.

Zafiro suspiró pensando que los chismes viajaban muy rápido para su gusto.

## CAPÍTULO 12

—¿Cómo se han enterado tan rápido?

Esa no era precisamente la mejor forma de saludar a su familia, pero ella estaba cansada y hubiese deseado tener al menos unas horas para preparar el encuentro y lo que iba a decir.

—El ama de llaves te vio en el carruaje cuando iba al mercado, inmediatamente fue a informarnos —explicó Rowena.

Zafiro suspiró; si ella la había visto, era probable que muchas personas también, a más tardar al otro día, lo sabría todo Londres.

—¿Y bien? —insistió la duquesa, sentándose en uno de los sillones, sin permiso—. Piensas explicarnos ¿Cómo es que te has casado?

Zafiro pasó la vista a cada uno de los presentes, sus caras expectantes la pusieron nerviosa. Incómoda, empezó a jugar con los pliegues de su vestido mientras pensaba en la mejor forma de contar todo, pero ¿acaso había una buena forma de hacerlo?

—¡Adam! —los gritos de los mellizos hicieron que suspirara aliviada; al menos tendría tiempo de pensar.

—¿Cuándo has regresado? —preguntó Clarice corriendo hacia él para darle un abrazo, aunque no le llegó ni a la cintura.

—¿Por qué no has venido a vernos? —interrogó Edwin que fue menos efusivo que su hermana y solo le dio la mano. Era un gesto cómico viniendo de un niño.

—Te hemos extrañado —afirmaron al unísono.

—Yo también, digamos que he estado ocupado —respondió Adam con una sonrisa.

—¿Y a mí no me han extrañado? —preguntó Damián.

Los niños lo miraron con el entrecejo fruncido.

—No, contigo estamos molestos —afirmó la niña.

—No has venido a vernos —explicó Edwin ante la ceja arqueada de Damián.

—Y tú si estabas en Londres.

—Él no —señaló a Adam.

—Además, Angelique lloró un día entero por tu culpa. —Señaló Clarice y todos los presentes se giraron para ver a una sonrojada Angelique.

—¡Un día entero! —repitió Edwin como si no hubiera quedado claro.

—¿Sabes lo fastidioso que fue tolerarla un día entero llorando?

—Es fastidiosa cuando está feliz, imagínate cuando está triste —espetó Edwin.

—¡Eso no es cierto! —exclamó una ofendida Angelique, pero nadie le hizo caso y se retiró ofuscada del salón.

—Y todo por que te casaste —dijo Clarice— y tampoco fuimos invitados a esa boda.

—Cierto, no fuimos invitados —corroboró su hermano.

—¿Tú también te casaste? —preguntó la niña a Adam al ver a Topacio a su lado. Cuando él asintió, la niña exclamó—: ¡Nunca nos invitan a ningún lado!

—¡Eso no es justo! —afirmó Edwin— ¿Es porque somos niños?

—Si es así, ya quiero ser grande— dijo la niña.

—Yo también quiero ser grande— apoyó Edwin.

—Y yo quiero estar ahí cuando se arrepientan de esas palabras— interrumpió Alec que había llegado hacia los niños y empezó a empujarlos hacia la puerta—. Vamos, tengo algo que enseñarles arriba.

—¿Qué es? —preguntó Edwin.

—Algo.

—No nos vas a enseñar nada, ¿cierto? —predijo Clarice.

—No, pero igual vienen conmigo, aquí se hablarán de temas aburridos que no les interesarán.

—¡Nunca nos toman en cuenta! —fue la última exclamación de los niños antes de desaparecer.

—Están peor que antes —murmuró Adam y se desplomó en un asiento

como si el diálogo lo hubiera dejado cansado, luego miró a Zafiro y sonrió—. Apuesto lo que sea a que no te los presentó antes de la boda, ¿me equivoco?

Zafiro negó con la cabeza.

—¡Ja! Eso fue muy cruel de tu parte, Julián, ella pudo haberse arrepentido.

Julián no dijo nada, solo se recostó en la chimenea y miró a los presentes, con aspecto cansado.

—Bien ¿y nuestra explicación? —urgió Topacio moviendo las manos en señal de impaciencia—. Si piensas en la mejor forma de decírnos los del secuestro, ya lo sabemos.

—Solo queremos los detalles de la boda —añadió Rubí.

—¿Cómo lo saben? —preguntó ignorando a Rubí.

—Yo se los conté —intervino Richard— hace dos días me agarraron de sorpresa cuando venía entrando y me sometieron a un interrogatorio digno de agentes de Bow Street, tuve que decírselos. Eran cinco contra uno —dijo señalando respectivamente a Rutland, Aberdeen, James, Rubí y Topacio—. ¡Y ella tenía una pistola! —exclamó incrédulo y señaló a Topacio, quien sonrió.

—Bien, pero eso no es lo importante, lo importante es saber qué pasó por tu mente cuando decidiste fugarte a Gretna Green privándome de organizar la boda —se quejó Rowena

—Tal vez fue un arrebató de amor —intervino Esmeralda de quién casi se había olvidado—. ¿Lo fue?

—No, no lo fue.

Esmeralda mostró una expresión decepcionada.

—¿Entonces, por qué fue? —explotó James de quién también se había olvidado—. Habla de una vez, tengo muchas cosas que hacer y no puedo seguir perdiendo el tiempo aquí.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —respondió Zafiro con altivez, cuadrando los hombros.

—Rowena me ha obligado a venir, aseguró que teníamos que estar todos.

La duquesa no mostró remordimiento.

—William también tenía cosas que hacer y él no se está quejando —dijo mirando al duque que estaba recostado contra una de las paredes.

Zafiro pensó que el hecho de que no se quejara se debía más a que sabía

que no podía hacer nada contra Rowena que a otra cosa.

—¡Ay, Zafiro habla ya, no nos mantengas en ascuas! —se exasperó Topacio.

—Sí, habla ya —apoyó Rubí.

Zafiro suspiró.

—¿Qué les puedo decir? Me casé. Listo, fin del asunto. Necesitaba un esposo y el conde se ofreció a ayudarme. —Al ver que Julián arqueaba una ceja se corrigió—: bien, accedió a ayudarme. Saben perfectamente que después de que el rumor sobre mi desaparición se corrió, estaría arruinada, nadie se querría casar conmigo.

—Pero ¿por qué a Gretna Green? —insistió Rowena— ¿por qué no una boda como Dios manda?

—Porque hubieran surgido muchas interrogantes, un viaje a Gretna Green era más sencillo y en cierto punto más creíble.

Todos los presentes empezaron a analizar el asunto y luego asintieron en conformidad.

—Supongo que es verdad —dijo Rowena, pero el tono de pesar seguía en su voz—. ¿Estás bien?, ¿estás conforme con la decisión tomada?, ¿no estás arrepentida?

Julián decidió no tomarse eso como un insulto hacia su persona, se dijo que solo era preocupación maternal. En cambio, esperó expectante la respuesta de Zafiro.

Al verse el centro de todas las miradas, Zafiro solo atinó a asentir.

—Yo la veo bastante bien, Rowena —opinó Topacio y se acercó a Julián, examinándolo de cerca y sonriendo al percatarse del color de sus ojos—. Mira Rubí, tiene los ojos verdes.

Rubí soltó una carcajada, Zafiro se ruborizó y Julián arrugó el entrecejo, sin saber qué pensar del comentario.

—Creo que deberíamos irnos —sugirió Rubí—. Ellos deben estar cansados del viaje, y nosotros solo estamos quitándole el tiempo, podemos venir otro día con más calma.

Zafiro estaba segura de que, cuando decían otro día, significaba que ella y Topacio estarían ahí al día siguiente a primera hora.

—Tienes razón —concordó Rowena levantándose y dirigiéndose a Zafiro

—. Nos vemos querida y, ya que no pudimos celebrar la boda, podemos organizar una fiesta para hacerlo, ¿no crees?

—Después lo hablamos —concedió Zafiro sabiendo que negarse en ese momento solo alargaría su estancia ahí.

Rowena la abrazó y le deseó felicidad; sus primas, James y William y los esposos de sus primas la imitaron y luego siguieron una serie de felicitaciones dirigidas a ambos.

—Nos vemos luego, Julián, tal vez nos expliques con más claridad el asunto —dijo Adam antes de salir.

Julián hizo una mueca, eso no sonaba bien.

—¿No pedirán mi cabeza, cierto? —bromeó—. Si es así, les digo que me lavo las manos, yo no tuve nada que ver.

Rutland soltó una carcajada.

—Eso también se los dije, Julián —exclamó Richard exasperado—. Vamos, solo ha sido un problema más sin graves consecuencias.

Por respeto a Zafiro, él prefirió no mencionar el asunto del matrimonio como una consecuencia.

—Un día de esos esa actitud suya los meterá en problemas graves —sentenció Aberdeen saliendo del lugar seguido por Adam que asentía en conformidad.

—Yo voy por un trago —informó Richard— para celebrar el matrimonio. —Desapareció antes de que alguno dijera algo.

Entre ellos, se formó un incómodo silencio. Se miraron por varios minutos sin saber qué decir, y al final Julián rompió la tensión.

—Tienes razón, a la duquesa le importó más la no celebración de la boda que los acontecimientos.

Zafiro rio.

—Te lo dije, yo también vengo de una familia peculiar.

—Si, me he dado cuenta, por cierto, ¿qué importancia tenían para tu prima mis ojos verdes?

Zafiro lo intentó, en verdad que intentó no ruborizarse, pero no lo consiguió.

—Eh... eso solo f-fue un comentario sin importancia —tartamudeó y se preguntó por qué no podía mentir sin delatarse.

Él sonrió y se acercó a ella.

—Esa es una cualidad muy valorada —comentó Julián y se detuvo a un paso de ella.

—¿Qué? —preguntó confundida, perdida en su cercanía y en sus ojos verdes.

—No saber mentir.

Ella resopló.

—A mí me parece un defecto.

—No lo creo, cuando una persona no miente bien, es porque considera la mentira un mal hábito y por ello no puede hacerlo.

Zafiro nunca había pensado en eso.

—Pero volviendo al tema de los ojos verdes...

¡Rayos!

—¿Acaso te gustan los ojos verdad?

—Me gustan tus ojos verdes —admitió ya que un simple sí sonaría a mentira, tampoco podía decirle que no había podido quitárselos de la cabeza desde aquel encuentro.

La sonrisa de él se amplió y bajó su cabeza hasta que sus caras quedaron a centímetros de distancia.

—Me alegra que te guste, porque yo, en particular, estoy obsesionado con esos labios desde aquella noche en la posada.

Antes de que Zafiro pudiera reaccionar, la besó.

Instintivamente, ella le colocó los brazos alrededor de los hombros y se puso de puntillas para recibir mejor el beso. Había olvidado lo bien que sabían esos labios. Poco a poco, fue cogiendo el ritmo y, cuando él introdujo la lengua en la boca y empezó a jugar con la suya, ella hizo lo mismo. Estuvieron así por un tiempo indefinido y Zafiro solo fue consciente cuando él la atrajo hacia su cuerpo y el calor empezó a inundar cada uno de sus poros. Era sorprendente cómo el tiempo parecía desaparecer cuando sus labios se rozaban, hasta el punto de no sentir nada más que no fueran las sensaciones experimentadas.

Llevaban varios segundos, o tal vez minutos, no sabía, besándose, cuando un carraspeo los devolvió abruptamente a la realidad.

Zafiro se separó de inmediato con las mejillas sonrojadas y ambos miraron

al mayordomo que mantenía su serio semblante, como si no hubiese visto nada. Bueno, ese era su trabajo y ella lo agradeció interiormente.

—Disculpen, milord, milady, los vizcondes de Midleton solicitan verlos.

Zafiro gruñó y pensó que el chisme se corrió más rápido de lo esperado. Bien, era hora de finiquitar ese asunto.

## CAPÍTULO 13

La cara de disgusto de los Midleton cuando entraron al salón consiguió que parte del mal humor de Zafiro por el anuncio de su llegada se disipara. Como había mencionado antes, tenía cierto interés en ver cómo reaccionarían ante sus planes fallidos y, aunque no era propio de su persona regocijarse en la desgracia ajena, tenía que admitir que esta era una excepción al caso, pues demostraba las pocas veces que el destino vengaba un acto malo.

Los Midleton caminaron hasta quedar parados frente a ellos en el centro del salón. No se sentaron, no dijeron nada, solo la miraron de forma adusta. Zafiro le sostuvo la mirada con un brillo de satisfacción en los ojos y esperó a que ellos hablaran.

—¿Se puede saber qué has hecho? —exclamó lady Midleton agitando las manos en un gesto dramático.

—Me he casado —respondió Zafiro con tranquilidad.

—¡Esto no puede ser! ¡Este matrimonio no pude ser legal, no tenía autorización de tus tutores!

—En Gretna Green no se necesita, milady —intervino Julián—, pero le aseguro que es completamente legal—. Su tono dejaba claro que se refería en todos los sentidos, aunque no fuera cierto.

El rostro de lady Midleton enrojeció.

—Pues algo se podrá hacer.

—Pero, lady Midleton —dijo Zafiro con fingida inocencia disfrutando de la rabia de la mujer—, usted misma aseguró que quería que me casara bien, pues lo he hecho, no veo donde está el problema.

Ahora empezó a respirar con dificultad.

—¡Niña estúpida, no sabes lo que has hecho! Has salido igual de

casquivana que tu madre, y eso al final solo traerá problemas, ya verás.

Eso la enfureció, ella no tenía ningún derecho a meterse con su madre.

—Mejor casquivana que una víbora.

Las palabras salieron con tal familiaridad de su boca que la misma Zafiro se sorprendió. Ella no era dada a ese tipo de comentarios mordaces, pero la rabia había ganado la batalla con la cortesía, en el momento en que esa mujer se le ocurrió hablar de su madre. ¿Cómo se atrevía a insinuar semejante cosa de su madre? Ella era una dama y Zafiro no permitiría que mancharan su memoria.

Muy tarde se dio cuenta del brazo que ascendió y descendía hacia su cara, pero antes de que este se estrellara con su mejilla, algo lo detuvo.

—Yo en verdad espero, señora, que usted no haya querido hacer eso —las palabras de Julián eran amables, pero su voz era fría cual invierno.

Retorcó el brazo de lady Middleton hasta que esta soltó un gemido de dolor y lord Middleton se vio obligado a intervenir.

—Le exijo, milord, que suelte a mi esposa, no pienso permitir tal atrocidad contra su persona.

El tono del vizconde, aunque intentó sonar fuerte, no fue más que un murmullo que demostraba la poca confianza que el hombre tenía en sí mismo, no era más que un títere en manos de su esposa.

Julián soltó a lady Middleton y en un gesto despectivo se limpió la mano con el chaleco, como si el contacto con la mujer lo hubiera contaminado.

—Pues resulta, lord Middleton, que yo tampoco pensaba permitir tal aberración contra la mía, y como hoy no estoy con la paciencia a mi más alto nivel, le pido que se larguen o mando a llamar a alguien para que los saque a la fuerza— rugió señalando la puerta.

Intimidados por el tono letal de su voz, ellos se apresuraron a salir, no sin antes lanzar una mirada de desprecio a Zafiro.

Zafiro tuvo intención de hacer un comentario como «Disfrute de Fleet, lord Middleton» pero se calló, lo mejor sería que ellos no se enteraran de que ella conocía esa parte del asunto; mientras menos creyeran que ella sabía, menos posibilidades había de que surgiera algún problema.

Sintiéndose de pronto demasiado cansada, se dejó caer en unos de los asientos y suspiró, solo esperaba que ese asunto ya estuviera zanjado.

—Ahora entiendo perfectamente tu desesperación —dijo Julián rompiendo

el incómodo silencio del lugar—. No entiendo cómo llevan la misma sangre.

Zafiro le ofreció una débil sonrisa.

—Ni yo, pero creo que, por lo menos, ese asunto está zanjado, no creo que sir Gilbert se atreva a seguir molestando, tendría mucho que perder y, si él no molesta, ellos tampoco. Gracias por tu ayuda.

Julián se encogió de hombros y se sentó a su lado.

—No fue nada, en realidad, creo que te las arreglaste bien sola.

Ella iba a mencionar que gracias a él no tenía en ese momento un escozor en la mejilla, pero se contuvo porque tenía el presentimiento de que él le quitaría importancia al asunto.

—Eh... me gustaría descansar un poco antes de la cena, ¿podrías mostrarme mi cuarto?

—Por supuesto. —Él se levantó de inmediato y le tendió una mano en gesto cortés.

Julián la condujo hasta una linda habitación decorada en blanco y azul cielo. Era acogedora y no estaba amueblada en exceso. Una gran cama de dosel se encontraba en el centro de la habitación y Zafiro se acercó a ella como si esta la estuviera llamando a gritos. La noche anterior había dormido perfectamente bien, pero los encuentros del día y lo cansador del viaje acabaron con su resistencia, así que se acostó y se durmió para reponer fuerzas para la cena, que, sin saberlo, las necesitaría.

\*\*\*\*

Zafiro siempre pensó que cuando se casara su vida estaría destinada a ser tranquila. Las comidas con el que sería su esposo transcurrirían sin mucha emoción, se hablarían de diversos temas y listo; nunca esperó que tuviera tantos cuñados que harían las cenas iguales o peores que en su casa.

Después de que se levantó, pidió un baño y se vistió con uno de sus mejores vestidos —que los duques se habían encargado de hacerle llegar— color limón. Sabía que cenaría con toda la familia, e incluso contempló la posibilidad de que en esta estuvieran los mellizos, a pesar de su corta edad, pero jamás consideró que el escándalo a la hora de cenar fuera peor que el

causado por las Loughy, y eso era mucho decir. No sabía por qué se sorprendía, después de todo, le bastaron unos segundos para saber que los hermanos de Julián eran todo, menos normales, así que ahora, mientras escuchaba dos discusiones diferentes entre los mellizos, Angelique, Alec y Richard, no debería estar en absoluto sorprendida. Zafiro odiaba las discusiones, y James solía decir que ella tenía los nervios frágiles y siempre explotaba ante una; ella siempre lo negó, pero ahora veía que sí era cierto, pues tanto grito estaba por colmarle la paciencia. Sí, en su casa siempre sucedían ese tipo de cosas, pero allá podía gritar y nadie se sorprendería; ahí, frente a una serie de, literalmente, desconocidos no podía hacerlo, no se atrevía, por lo que hizo gala de su autocontrol, y no les pidió a todos silencio, se limitó a quedarse tranquila y pensar que, al menos, eso ayudaría a que no extrañara por completo su casa.

Cuando un tenedor voló justo en su dirección, el instinto se encargó de que ella agachara su cabeza antes de que este se estrellara contra su cara; eran buenos reflejos aprendidos a base de varios golpes de tenedores y cucharas; por suerte, cuando empezaron a lanzar cuchillos ella ya había aprendido a esquivarlos, James todavía tenía una pequeña cicatriz en el hombro debido al roce de uno.

Cuando alzó la cabeza, observó que todos la miraban.

—Lo siento mucho, Zafiro, el tenedor era para Richard, pero mi puntería es un poco mala —dijo Angelique.

Bien, al menos ya sabía que su familia no era la única loca en Inglaterra. Zafiro pensó que Angelique tenía que dejar a un lado esa costumbre de arrojar tenedores si quería dar una buena impresión en sociedad, aunque nunca se sabía, sus primas estaban locas, pero aún así casadas, ¿no? Si hubo esperanzas para ellas, las había también para Angelique.

—Al menos tienes buenos reflejos —añadió ella con una sonrisa y Zafiro también sonrió.

—Años de experiencia.

No debió decir eso, y no solo porque dejaba mal vista a su familia, sino porque todos posaron su vista en ella, todos menos los mellizos que parecían inmersos en sus propios asuntos.

—¿Años de experiencia? —interrogó Julián— ¿Acaso quieres decir que tu

familia es peor que la nuestra? —preguntó curioso, aunque eso debería saberlo.

Zafiro no podía llegar a afirmar tanto, sobre todo, porque no conocía por completo las costumbres de los Allen y no podría definir tan pronto quién era peor.

—Solo es igual de... especial —concluyó diciéndose que esa era la palabra perfecta para describir a las Loughy.

—¿Qué hacían? —insistió Angelique.

Ella no debería decirlo, ese tipo de cosas no se comentaba, pero al final decidió que no habría nada de malo en hablar de las costumbres poco comunes de su familia con otra familia poco común.

—Mi prima Esmeralda es un año menor que tú —dijo dirigiéndose a Angelique— y creo que es la campeona en lanzamientos de cuchillos; el pobre James, el hermano del duque, es su víctima más frecuente —sonrió al acordarse de cómo James había obtenido la herida en el brazo. Nadie nunca debería subestimar la cara de ángel de Esmeralda Loughy, cuando se exasperaba, era un monstruo—. Topacio, por su lado, creo que le ha roto al menos media docena de vajillas de porcelana italiana a Rowena, y Rubí es una experta catapultando comida con la cuchara.

Los Allen rieron.

—Nunca he probado lanzar un cuchillo —admitió Angelique.

—Que Dios nos ampare —dijo Richard a su lado—. Espero que nunca decidas hacerlo.

Angelique sonrió y se encogió de hombros dando a entender que la posibilidad existía.

—¿Y qué has hecho tú? —interrogó Alec—. Me cuesta creer que en una familia así hayas sido tú la más tranquila.

—Yo aprendía la habilidad de esquivar objetos voladores.

—¿Intentas decirnos que nunca hiciste nada reprochable? —preguntó atónito Richard recordando cuando se vio amenazado por un atizador. Él era testigo de que esa mujer era peligrosa cuando perdía los estribos.

—No te creo —dijo Angelique—. Tuviste que hacer algo, aunque sea como mecanismo de defensa; uno no vive con una familia así y permanece libre de su mala influencia. Lo digo por experiencia propia.

—Tú no necesitabas mala influencia, naciste siendo como eres —espetó Julián y luego se giró hacia Zafiro—, pero lo que dice ella es verdad, tuviste que hacer algo, vamos, cuenta.

Zafiro se encogió en la silla entre tantas miradas y negó repetidas veces con la cabeza, ella no había hecho nada, perdió los estribos en varias ocasiones, y gritó como una loca también, pero nunca había herido físicamente a alguien... un rubor cubrió su rostro cuando recordó haberle tirado a James una cuchara por la cabeza.

—¡Se ha ruborizado! ¡Recordó algo! —exclamó Angelique señalándola— ¡Dilo!, ¡dilo!

Zafiro siguió negando con la cabeza, pero los demás insistieron.

—Vamos, no seas tímida, cuenta —insistió Richard.

—Estamos en familia —añadió Alec.

—¡Dilo!, ¡dilo! —apoyaron los mellizos que en algún momento dejaron su discusión y prestaron atención a su alrededor. Ahora golpeaban con las palmas la mesa a la vez que decían—: ¡Dilo!, ¡dilo!

—Vamos, Zafiro, estoy seguro de que no debe ser tan malo —habló Julián—. Cuenta.

Todos tenían una sonrisa en la boca y esperaban expectantes. Con un gruñido, Zafiro habló.

—Oh, bien, una vez le lancé una cuchara a James y esta le pegó justo en el medio de la frente. —Los demás lanzaron una carcajada y, aunque intentó parecer seria, Zafiro sonrió al recordar la escena, el pobre James había pasado varios días con un moretón en medio de las cejas—. Pero ustedes no saben lo irritante que puede ser James.

—Oh, tu familia debe ser increíble —dijo Angelique— ¿Siempre era así?

—Casi siempre —admitió—, pero después mis primas se fueron casando y ya no fue lo mismo. Ahora solo deben quedar Esmeralda y James, creo que los duques disfrutarán de un digno espectáculo hasta que Esmeralda se case o James decida mudarse, que, dadas las circunstancias, no entiendo cómo no lo ha hecho aún.

En el comedor volvieron a reírse y Zafiro pasó el resto de la cena más relajada.

Cuando llegó la hora de acostarse, Zafiro le preguntó a Angelique dónde

estaba la biblioteca. Ella tenía la costumbre de leer antes de dormir, y no pensaba abandonarla. Los libros eran su adoración, pues le permitían llenar su mente de conocimientos nuevos, y siempre tenía ganas de aprender más. Sin embargo, Angelique le dijo que en esa casa no había libros, pues los habían vendido, pero que en la mansión solariega sí y que cuando fueran para allá se daría el gusto, pues había muchos ejemplares de los que no se atrevieron a deshacerse. Al ver la decepción de Zafiro, la joven rubia se ofreció a prestarle uno de los que había traído del campo. Lamentablemente para Zafiro, Angelique tenía los mismos gustos que Esmeralda con respecto a libros, y los únicos que tenía eran novelas de romance, no obstante, para no hacerle un desaire a la joven, y para no perder la costumbre de lectura, terminó acostada en su cama en camisón, con una vela al lado leyendo *Romeo y Julieta*.

Apenas iba por la parte en que Romeo conoce a Julieta cuando unos golpes en la puerta la pusieron en alerta.

Zafiro cerró el libro y lo dejó a un lado de la cama, nerviosa, logró responder un «Adelante».

Aunque pareciera que durante el día no hubiera tenido tiempo de pensar en el asunto, ella sí lo había pensado y meditado y, aunque no hubo ocasión de hablar con una de sus primas ese día, decidió que no había motivo para posponer lo inevitable, es decir, ella siempre había sido una mujer sensata, y por ello debía admitir que, si tarde o temprano eso sucedería, ¿por qué evitarlo? Puede que desconociera detalles sobre el asunto, y puede que la sensación de sentirse ignorante no le gustara, pero no podía hacer más, además, tenía que admitir que desde aquellos besos una curiosidad abismal empezó a formarse dentro de sí, y como la única manera de matar la curiosidad era saciarla...

Julián entró en ese momento y, como ella no sabía qué hacer, se quedó donde estaba y esperó. Él se acercó de forma relajada a la cama y se sentó en el borde. Pasó su vista por Zafiro y luego se detuvo en el libro que había dejado en el colchón.

—¿Romeo y Julieta? —preguntó arqueando una ceja—. ¿No habías afirmado que no eras fanática del romanticismo?

Zafiro se encogió de hombros.

—No lo soy, pero es más una tragedia que un romance, así que es pasable.

—Depende de las opiniones —rebató Julián—. Algunos aseguran que es el amor más puro que existió, un amor tan grande que hacía que la vida no tuviera sentido sin el otro.

—¿Ahora quién resultó el romántico? —se burló Zafiro—. ¿Acaso has leído la obra?

—Dudo que haya alguien que no lo haya hecho, y yo solo recito lo dicho por Angelique cuando terminó de leerla.

Zafiro rio.

—Bien, a mí me parece una estupidez, ¿morir por amor? No creo que sea para tanto, incluso creo que eran muy jóvenes para conocer el amor. ¿No había ido Romeo a la casa de los Capuleto en busca de Rosalinda porqué creyó estar enamorado de ella? Si cambia tan rápido de opinión, ¿quién pudiera asegurar que no habría hecho lo mismo con Julieta?

—Es verdad, pero eso es diferente: el amor con Julieta era un amor prohibido, y lo prohibido atrae. La gente hace lo imposible por hacer lo prohibido solo porque lo es, es como si fuera una necesidad. Tal vez eso hubiese hecho su amor duradero, el hecho de saber que habían luchado tanto para conseguirlo.

—O simplemente se hubieran cansado después de que lo prohibido hubiera terminado —sugirió ella—. Matarse por no poder estar con el otro fue un loco impulso.

—Angelique asegura que siguieron viviendo su amor en el Cielo, lejos de los problemas, y de las rivalidades. Además, hay que tener en cuenta su punto de vista: para Romeo, Julieta era lo único que le quedaba, había sido exiliado y era amenazado de muerte; y para Julieta, era perseguir su amor o terminar casada y desgraciada al lado de un hombre que no amaba o vivir una vida de desgracias.

—Mejor una vida de desgracias con la esperanza de ser feliz, que una muerte sin retorno. Es como si nosotras nos... —Se calló ante lo que estuvo a punto de decir y cambió rápidamente de tema—. Te estás pareciendo a Esmeralda con tanta palabrería romántica.

Él notó el momento en que ella se dio cuenta de que iba a decir algo que no debía y, aunque no era adivino, sabía que la frase hubiera terminado con algo

como «es como si nosotras nos hubiéramos matado ante la perspectiva de un futuro desgraciado sin nuestra familia», o tal vez algo como «es como si nosotras nos hubiéramos matado al no soportar el dolor de todos nuestros seres queridos muertos». Un silencio incómodo se instaló, ella sabía que había hablado de más, y él no sabía cómo proceder. Incapaz de permanecer más tiempo en silencio, dijo:

—Y yo que juraba que las mujeres adoraban a un hombre romántico —se burló él en tono dramático.

Ella pareció relajarse.

—Depende de gustos, estoy segura de que a Esmeralda le encantaría uno.

—¿Y a ti no?

—Simplemente... nunca lo esperé.

Más silencio.

De repente, él se levantó.

—Creo que me he entretenido, y yo solo venía a darte las buenas noches. — Se inclinó hacia ella y rozó sus labios antes de empezar a caminar hacia una puerta al final de la habitación, la que comunicaba con su propia recámara seguramente.

Ella tardó solo un segundo en entender todo: ¿se iba?, ¿no iba a... a...? No, claro que no, él había dicho que le iba a dar tiempo, y ella no le había dicho que había tomado una decisión, pero ¿cómo se decía una cosa como esa? «Oye, espera, quédate, que quiero consumar el matrimonio...». No, eso sonaba muy formal, mejor: «Oye, espera, quédate, quiero hacer el amor contigo». Sí, se decía exactamente así, pero era más fácil de pensar que de decir pues, cuando abrió la boca, no salió nada de ella. Era una cobarde, ni siquiera podía decir una simple frase. Tal vez debería esperar... ¿A quién engañaba? Si esperaba, se le haría más difícil decirlo después, y él no la tocaría hasta que ella se lo hiciera saber, ¿no? Era ahora o nunca.

—Espera... —cuando él se volteó, la lengua se le volvió a trabar—. Yo... eh... —Al parecer no podía decir nada más, pero ¿cómo se decía una cosa de esas? Nadie le dijo cómo se debía comportar en ese tipo de situaciones.

Empezó a jugar con los lazos del cuello de su camión, luego empezó a soltarlos sintiendo de pronto mucho calor, pero no supo si por la vergüenza o porque él había empezado a acercarse.

Paró cuando se dio cuenta de que él estaba observando lo que hacía. Dios, ¿y si creía que lo estaba incitando? Pensaría que era una descarada. Alejó sus manos del cuello del camisón y pensó en recostarse rendida en la cama, pero descartó la idea al pensar que también podía ser tomado como un signo descarado de invitación. ¡Rayos! ¿y ahora qué? Él había llegado a la base de la cama y seguía mirándola con una ceja arqueada. ¿Por qué simplemente no podía entender lo que ella quería decir, pero no podía? Sí, sabía que no era adivino, y no podía saberlo, pero le estaba costando mucho hablar y ella agradecería alguna ayuda de su parte.

—Yo... quédate.

Con eso debería entender, ¿no? Si no entendía con eso debía entenderlo por su cara que estaba igual a un tomate.

Oh, él seguro lo entendía, solo quería molestarla y hacerla hablar. Rindiéndose, se acostó y se cubrió su colorida cara con la almohada. No sabía qué le pesaba más, si la vergüenza, o el hecho de no poder decir una mísera frase.

Se quitó la almohada cuando sintió el peso de él en el colchón minutos después. Se había quitado las botas y estaba arrodillado frente a ella con una semisonrisa.

—Déjame ver si entiendo, ¿deseas hacer el amor?

Ella le respondió con un almohadazo.

—Tú ya lo sabías, solo me hiciste sufrir —reprochó.

Él sonrió.

—No, lo descubrí cuando tus mejillas se volvieron rojo carmesí. No era tan difícil decirlo.

Claro, él lo decía porque era hombre.

Zafiro lo miró enfurruñada, pero el posó un dedo en su frente y empezó a moverlo como si así pudiera quitar las arrugas. Funcionó, ella no pudo evitar sonreír y él acercó su boca a la de ella, y la besó.

Zafiro enlazó sus brazos en su cuello y se pegó a su cuerpo para recibir mejor el beso y respondió a él como la última vez, dispuesta en esta ocasión a dejarse llevar por esas sensaciones desconocidas que la embargaban cada vez que él estaba cerca. Él la estrechó contra sí, como si pudieran pegarse más, como si pudieran fundirse en un solo cuerpo.

Las manos del hombre empezaron a vagar ansiosas por su piel, comenzando a recorrerla desde los muslos hacia arriba subiendo al mismo tiempo el camisón. Zafiro se estremeció cuando sintió el calor de sus palmas en sus senos, que inmediatamente después se convirtieron en duros capullos que ansiaban algo desconocido. Curiosa por saber si su tacto causaba el mismo efecto en él que el de él en ella, olvidó por ese momento el recato y el pudor y, sin separar los labios de los suyos, empezó a desabrochar los botones del chaleco. No fue difícil, el problema vino con la camisa a la que solo consiguió sacar de los pantalones y, como su cuerpo no parecía tener la paciencia necesaria para tomarse el tiempo de quitársela, metió las manos bajo esta y con dedos curiosos empezó a acariciar el duro torso en una exploración. Lo sintió gemir dentro de su boca y los gemidos empezaron a mezclarse cuando él comenzó una dulce tortura a sus pezones.

Zafiro sentía el cuerpo caliente, sentía el anhelo de algo desconocido crecer en su interior, algo que la hacía comportarse extraña, algo que hacía que olvidara el recato y el pudor y la incitaba a dejarse llevar. Deseo.

No supo en qué momento desapareció el camisón, ni tampoco fue consciente del instante en que él se deshizo de su ropa. Solo tuvo presente cuando estuvo recostada en la cama, con sus cuerpos juntos sintiendo el calor del otro, con los labios de él acariciando un punto extremadamente sensible de su cuello mientras las caderas de Zafiro se impulsaban hacia arriba buscando algo que necesitaba, pero que no tenía la certeza de qué era.

Lo que sucedió a continuación puede catalogarse como una de las mejores cosas que pudo haber experimentado en su monótona vida. Después de un tenso momento de dolor, ella entendió el verdadero significado del placer, y comprendió, después de lo que pareció una explosión en mil pedazos, que la decisión más sensata que pudo haber tomado en su vida fue no esperar más tiempo para eso.

## CAPÍTULO 14

Cuando Zafiro despertó al día siguiente, lo hizo con una sensación de plenitud y satisfacción. Se removió con el cómodo colchón y ronroneó como un gato que despertaba de un agradable sueño, y pensó que quizás el motivo por el que a las jóvenes no se les hablara de eso antes del matrimonio era para evitar que cometieran el pecado de la lujuria antes de casarse; pero si eso era un pecado, valía la pena condenarse por ello.

Ella debería de avergonzarse de esos pensamientos pecaminosos, se supone que una dama correcta no los tenía, pero Zafiro pensaba que no deberían de tener nada de malo.

Con pereza, abrió los ojos para enfrentarse a un nuevo día, y lo primero de lo que se dio cuenta, era de que su cómodo colchón no era otro que el cuerpo de su marido. Volvió a cerrar los ojos y respiró para evitar que el color rojo se propagara por todo su cuerpo. Desde que conocía a ese hombre, vivía constantemente de ese color. Abrió de nuevo los ojos y le dedicó una torcida sonrisa a su esposo.

—Empiezo a pensar que tienes preferencias por los colchones humanos — dijo él con una sonrisa burlona.

Ella volvió a ruborizarse y se levantó dispuesta a bajarse de su colchón humano, pero mientras lo hacía, le proporcionó una perfecta vista de sus formados senos, y él quitó las manos que descansaban en su nuca para atraerla contra sí, nuevamente contra sí.

Iba a decir algo, pero Zafiro nunca sabría qué, porque en ese instante alguien tocó la puerta.

—¿Milady?

El mayordomo.

Zafiro se las arregló para que su voz sonase tranquila y no reflejara nada lo incómoda que se sentía.

—¿Sí?

—Las duquesas de Rutland y Richmond, la marquesa de Aberdeen, y la señorita Loughy desean verla.

Zafiro giró su cabeza noventa grados para ver en el reloj arriba de la chimenea, eran casi las diez de la mañana, ella no se levantaba tan tarde.

Miró al hombre bajo sí y vio que hacía una mueca de disgusto, y antes de que Zafiro pudiera responder, lo hizo él.

—Dígales que la condesa no puede recibirlas en este momento.

—¡No! —exclamó Zafiro inmediatamente zafándose de sus brazos—. Dígales que las recibiré en unos minutos.

Silencio, se oyó un silencio como si el mayordomo intentara decidirse a quién hacer caso, al final dijo:

—Como ordene, milady.

Zafiro suspiró aliviada sin querer imaginarse lo que debía estar pensando el mayordomo, fulminó a su marido con la mirada, y empezó a buscar un vestido que fuera sencillo de poner y que no requiriera de doncella.

Después de ataviarse con un sencillo azul cielo, Zafiro salió de la habitación y mientras recorría los pasillos de la casa, se revisó en cada objeto que pudiera mostrar su reflejo con el fin de asegurarse de que no parecía un tomate andante. El hombre era irritable. ¿Cómo se le ocurría decir una cosa así? ¿Qué estaría pensando el mayordomo en ese momento? Oh, claro que sabía lo que estaba pensando, y solo esperaba que no regara la cómica situación. Agradeció al cielo haber reaccionado a tiempo, sus primas se hubieran carcajeado por un días si el mensaje que les hubiera llegado hubiese sido ese.

Ya en la planta baja, se dirigió a la sala del desayuno y le ordenó a una de las criadas que llevara a las visitas allí, ella no pensaba perderse su desayuno por visitas imprudentes. Zafiro llegó al pequeño salón, donde los inclementes rayos del sol se filtraban por las grandes ventanas y le daban un aspecto agradable al lugar. Mientras le servían el desayuno, un poco de tocino, huevo, panecillos y fruta se percató de que la casa estaba silenciosa. Sus flamantes cuñados debían seguir dormidos, o bien se habían levantado temprano y no

estaban en casa, no lo sabía y prefería no averiguarlo; aunque admitía que eran agradables de trato, simpáticos y amables, no podía dejar de pensar que había pasado de una familia loca a otra.

Se acababa de sentar y apenas había agarrado los cubiertos cuando Topacio, Rubí, Esmeralda y su tutora, entraron en el comedor.

—Buenos días —saludó.

—Se te han pegado las sábanas, querida —fue el saludo de Topacio sentándose con toda confianza a su lado y robándole un pedazo de tocino.

—Debes haberte acostado muy tarde —se burló Rubí tomando un cubierto y quitándole un poco de fruta—, pero se te perdona por estar recién casada.

Zafiro se negó a ruborizarse, ya era suficiente.

—¡Muchachas! —reprendió Rowena— por favor —dijo lanzándole una mirada de reojo a Esmeralda que se había sentado en una de las sillas y tenía un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* en la mano.

Rubí rio.

—Creo que está muy ocupada para percatarse de la conversación— intervino Rubí.

—¿No ha leído ya ese libro? —inquirió Zafiro mirando con el ceño fruncido a Rubí que le quitaba otro trozo de fruta, ¿Acaso pensaba acabarle su desayuno? Rubí sonrió y señaló su abdomen aún plano como justificación.

—Creo que al menos cinco veces desde que salió hace tres años —apuntó Rowena—, pero es un favorito.

Sin saber por qué, todas posaron su vista en Esmeralda, que no se percató de ellas hasta que cerró el libro con un suspiro de anhelo.

—Cuando me case, quiero que sea con un señor Bingley.

—Creí que el protagonista se llamaba Darcy —dijo Zafiro frunciendo el ceño.

Esmeralda asintió.

—Sí, pero, aunque el señor Darcy es adorable, es muy serio; yo prefiero un señor Bingley: alegre, simpático, carismático, que se enamora sin reservas... —Suspiró—. Es el hombre ideal.

—Te costará mucho casarla, Rowena —dijo Topacio—. No te sorprendas si se queda contigo eternamente.

Esmeralda no le hizo caso.

—Yo encontraré al amor de mi vida —afirmó—. La gitana me lo dijo.

—¿Qué gitana? —exclamó Rowena.

—¿Cómo va tu vida de casada, Zafiro? —intervino Topacio rápidamente.

—Bien, a decir verdad, no me puedo quejar.

—No, supongo que no —rió Topacio y se ganó una mirada amonestadora de Rowena—. Adam dijo que tenías unos cuñados peculiares. ¿Es cierto?

Zafiro pensó que «peculiares» no era la palabra con la que describiría a sus cuñados, pero era la que más se acercaba.

—Me secuestraron, eso debería responder a tu pregunta.

Topacio se encogió de hombros.

—Lo hicieron por una buena causa. A mí me cayeron bien, llegaban a nuestra casa cuando yo salía, pero me parecieron buenas personas.

Zafiro decidió no preguntar qué hacían sus cuñados en casa de Rutland, pues supuso que, si Topacio no se lo dijo, era porque no quería o porque no era de su incumbencia.

—Oh, eso me recuerda... William dijo que vendría más tarde para hablar con tu marido sobre asuntos de la dote, si le puedes avisar para que esté preparado.

Zafiro contuvo una mueca, solo esperaba que ese asunto de la dote ya estuviera solucionado y él no se pusiera necio al respecto, pero la aceptaría, así tuviera que recurrir a sus cuñados para que lo convencieran, la aceptaría.

—Yo le digo.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿También se le pegaron las sábanas?

—¡Topacio! —Rowena en verdad parecía afectada y lanzaba miradas de reojo a Esmeralda, pero ella parecía ajena al doble significado de la frase.

—Sabes, admito que cuando leí lo de Gretna Green no me lo creí, pero luego me sentí alegre. ¡Al fin te habíamos corrompido! —continuó Topacio con una sonrisa de satisfacción que hizo que Zafiro negara con la cabeza.

—No lo hice con el motivo de escandalizar a alguien. Al contrario, lo hice por...

—¡Sh! —la calló Topacio—. Me quedaré con la idea de que te corrompimos, es mejor.

Zafiro no pudo evitar reír.

—Eres imposible.

—A mí no me gustó que te casarás de esta forma, querida —dijo Rowena en tono lastimero.

—Ya sé que te hubiera gustado organizar una boda...

—No —interrumpió—. Me refiero... me hubiera gustado que la boda no fuera así, tan apresurada, hubiera preferido que conocieras mejor a tu pareja, que se te diera la opción de elegir entre varios.

—Yo estoy conforme con mi decisión —afirmó Zafiro y supo que era cierto.

Hace rato que se había dado cuenta de que esa era la mejor decisión que pudo haber tomado. Ahora menos que nunca se imaginada casada con alguien más, aunque la decisión fue apresurada, estaba segura de que Julián cumplía todos los requisitos que alguna vez se impuso como esposo.

Rowena debió notar que su afirmación era verdadera, porque su expresión se relajó y dijo en tono más alegre.

—Bien, hemos resuelto dos asuntos a la vez: nos hemos librado de la plaga de los Midleton y al mismo tiempo te has casado. Extrañaré mis actitudes de casamentera, pero tendré dos años para prepararme hasta cuando le toque a Esmeralda.

Esmeralda se tensó y alzó la vista hacia Rowena.

—Oh, no Rowena, a mí no me presionarán; cuando encuentre a la persona ideal, lo sabré.

Rowena no le hizo caso, estaba claro que sus intentos con Esmeralda serían iguales o peores que con ellas.

—Bien, ahora que sabemos que estás bien —dijo Rowena levantándose— creo que nos vamos.

Topacio, Rubí y Esmeralda se levantaron también.

—Hasta luego, querida —se despidió su tutora con un afectuoso abrazo—. Espero en verdad que seas feliz.

Las Loughy asintieron en conformidad y se despidieron de su prima con más abrazos.

Una vez sola, Zafiro engulló su desayuno, o lo que quedaba de él, y se dijo que la felicidad no era precisamente el amor; la felicidad tomaba la definición que uno quisiera darle y esta era efímera, no siempre se podía vivir feliz, pero sí podía haber momentos de felicidad que formaba uno mismo. Sí, podía

tener felicidad, tal vez no era la misma definición que quiso decir Rowena, pero al menos no sería infeliz y eso lo sabía.

Siguió comiendo y tomó en sus manos los periódicos y empezó a leer las noticias del día. En las columnas de chismes, su matrimonio apresurado era la principal noticia, y no le sorprendió en absoluto, al contrario, se hubiera asombrado si no hubiera aparecido.

Zafiro suspiró y terminó su desayuno. No le gustaba estar en boca de todos, pero sabía que era un precio que debía pagar por verse librada de sus odiosos parientes. Se levantó para salir del comedor. Cuando estuvo en el pasillo, pensando en qué haría, unos gritos la pusieron en alerta. Miró a ambos lados sabiendo perfectamente de quiénes eran esos gritos. Presintiendo que no le gustaría lo que sucedería a continuación, empezó a caminar rápido para alejarse del pasillo, pero pronto se vio acorralada en un círculo formado por los mellizos que empezaron a correr a su alrededor.

—¡No! —gritó Clarice y eso fue lo último que oyó antes de que un balde de harina le fuera derramado encima.

## CAPÍTULO 15

Zafiro parpadeó varias veces para deshacerse de la harina en sus ojos y fulminó a los niños con la mirada recordándose que no los podía matar. Primero, porque el asesinato era ilegal y se pagaba con la horca. Segundo, porque eran sus cuñados y a Julián no le caería en gracia su muerte. Y tercero, eran niños, la pena por su muerte era la misma, pero ante Dios era un pecado más grande por tratarse de criaturas incapaces de defenderse. Oh, pero para no saber defenderse eran bastante viles. «Tranquilízate Zafiro, tranquilízate —se dijo— ellos seguramente no lo hicieron a propósito, debió ser un accidente».

Miró a los niños esperando una explicación, y no la decepcionaron, al menos no del todo.

—La harina era para Clarice —explicó Edwin—, pero tú te has atravesado.

—¿Qué yo me he atravesado? —preguntó incrédula, pero si habían sido ellos quienes la acorralaron.

—Sí, te atravesaste —afirmó el niño—. No es mi culpa que estuvieras delante de Clarice cuando le iba a lanzar la harina.

Zafiro respiró hondo: «El asesinato es ilegal, el asesinato es ilegal», se repitió para calmarse. Bonita forma de iniciar la mañana.

—¿Puedes creer que quería lanzarme harina encima? —exclamó una ofendida Clarice—. Me has salvado, gracias.

Zafiro no estaba convencida de que el agradecimiento fuera suficiente para hacerla sentir mejor.

—De todas formas, te bañaré en harina —replicó Edwin— solo necesito robarle más a la cocinera.

—No, no lo harás —dijo la niña—. Zafiro has algo, quiere volver a

bañarme en harina.

Después de haber contado hasta diez en latín, Zafiro se había calmado lo suficiente para hablar con tranquilidad, así que se giró hacia Edwin.

—¿Por qué quieres bañar en harina a tu hermana? —preguntó como si fuera un tema de lo más normal.

—Porque da risa verla bañada en harina —respondió él simplemente.

—A mí no me da risa —replicó Clarice—. Después tengo que lavarme el pelo de nuevo y duele mucho cuando lo peinan —se quejó tomando uno de sus muy rizados mechones entre los dedos.

—Por eso da risa, es cómico ver cómo te molestas.

—Zafiro... —lloriqueó la niña.

—Edwin, no puedes... —Dejó de hablar al ver que el niño contenía la risa—. ¿Qué es tan gracioso? —gruñó en el tono que siempre usaba su institutriz para causar miedo, pero con él no funcionó.

—Es que tú también te ves cómica bañada en harina —respondió y se echó a reír.

—Sí, es cierto, te ves cómica —apoyó la niña riendo también—. Es como la bienvenida Allen que Julián nos prohibió darte. ¿Puedes creer que ayer nos persiguió hasta que nos arrancó la promesa de que no haríamos nada contra ti?

Uno, due, tre, quattro, cinque, sei, sette, otto, nove, dieci, contó Zafiro en italiano para relajarse y no ceder a impulsos asesinos. Dios, Topacio se queda ridícula ante ese par de criaturas.

—¡Edwin! —exclamó con el mayor tono reprobador del que fue capaz ignorando lo dicho por la niña—, no puedes echarle harina a tu hermana solo por gusto, eso no se hace.

—¿Por qué no?

—Porque está mal y a ella no le gusta. Hacer algo que sabes que le disgustará a la otra persona solo para tú poder reírte es un acto muy egoísta y cruel. Además, el pobre personal de servicio tendrá que trabajar más para limpiar el desastre y eso no es justo. ¿Tú no eres cruel, cierto?

El niño negó con la cabeza.

—Bien, entonces, prometes que no volverás a molestar así a tu hermana, porque es tu hermana y merece respeto. ¿Entiendes?

Él asintió.

—¿Lo prometes?

Él no lo hizo de inmediato, sino que miró a Zafiro y luego a Clarice con indecisión.

—Pero, si prometo, eso significaría que no podría hacerle más bromas, una vida sin bromas es aburrida —se quejó.

«Ese debía ser sin duda el lema de Topacio», pensó Zafiro mientras miraba a los niños. Ella no estaba completamente de acuerdo con las bromas, pero comprendía que eran niños, y eso era parte de su vida; no se les podía obligar a un comportamiento intachable o despertaría rebeldía en un futuro.

—Al menos no la broma de la harina ni ninguna que signifique que ella se tenga que bañar de nuevo y desenredarse el pelo, o que cause un desastre en la casa, ¿bien?

—Bien —accedió él a regañadientes—, pero que ella también prometa que no me bañara más en miel mientras duermo, es horrible el pegote en el cuerpo.

¿Miel mientras dormía? Sí, definitivamente Topacio se hubiera llevado a las mil maravillas con esos pilluelos.

—Clarice...

—Oh, bien, lo prometo —aseguró la niña de mala gana.

—Perfecto —dijo Zafiro y se giró para caminar hacia las escaleras, solo que cuando volteó, su vista se encontró inmediatamente con los ojos verdes de Julián que veían la escena, atónitos.

—No te atrevas a reírte —advirtió Zafiro al ver que él curvaba los labios.

El hombre pareció saber lo que le convenía, porque apretó los labios y miró a sus hermanos con una ceja arqueada en una muda pregunta.

Los niños parecían conocer bien ese gesto, porque Edwin al instante se explicó.

—La harina era para Clarice, pero Zafiro se atravesó.

Zafiro hizo una mueca al escuchar de nuevo que ella «se atravesó», pero decidió no protestar.

—Pero ya he prometido que no le lanzaré más harina —añadió rápidamente el niño— y ella ha prometido que no me bañará en miel durante la noche.

Clarice asintió en concordancia con su hermano.

Él ya había escuchado toda la conversación, pero antes de que pudiera expresar su opinión al respecto, Edwin dijo:

—Vamos a buscar a un ratón para asustar a la señora Hall.

—¡Edwin!, ¡Clarice! Eso no... —comenzó Julián, pero los niños ya habían desaparecido.

Zafiro decidió hacer como que no había escuchado eso. Había conseguido bastante en una mañana, luego se encargaría de la pobre señora Hall.

—Has conseguido un milagro —declaró Julián atónito—, has logrado sacarles una promesa de abandonar una de sus bromas preferidas. Si consigues hacer que se comporten como niños normales, juro que te levanto un altar.

Zafiro se cruzó de brazos y lo miró desafiante, aunque cubierta de harina, la pose se veía más cómica que intimidatoria.

—Esa es tu responsabilidad —recalcó ella apuntando un dedo blanco en su dirección—, no mía, son tus hermanos.

Él se pasó una mano por sus castaños cabellos e hizo una mueca como si ese hecho lo agobiara.

—Lo sé, pero a mí no me suelen hacer mucho caso. Mis amenazas siempre caen en saco roto. Mi madre era la única que podía dominarlos, cuando la fiebre se la llevó, ya no hubo quién pudiera con ellos.

Zafiro se pudo hacer una idea de lo sucedido. Era duro para un niño perder a su madre, y ella lo sabía; sin embargo, si el padre de Julián se sumergió en el juego, como él afirmó, a ella no se le hizo difícil deducir que lo que sucedía era que los hermanos mayores habían consentido mucho a los mellizos con el fin de hacerles menor la pérdida, pero el único resultado fue unos muchachos malcriados y bromistas que creían poder andar por la vida causando desastres, aunque el apellido puede que estuviera involucrado. Ella nunca había creído en ese tipo de cosas, pero estaba claro que el apellido Allen estaba ligado al escándalo y al problema.

—Se necesita carácter —afirmó Zafiro, aunque sabía que las criaturas no eran malas solo... traviesas—, pero eso ya no importa, creo que podré conseguir que dejen en paz a la pobre señora Hall.

Julián sonrió.

—Tú eres el ángel que esta familia necesitaba.

Zafiro negó con la cabeza haciendo que la harina saliera de su cabello, pero al final una débil sonrisa se formó en su cara. Era bueno saber que no solo ella había salido ganando.

—Iré a deshacerme de la harina —dijo dirigiéndose hacia las escaleras, pero antes de salir se giró para decir—: William vendrá a hablar contigo sobre la dote.

Vio que una expresión de rebeldía pasaba por su rostro, pero no protestó y Zafiro interiormente lo agradeció, no estaba de humor para otra discusión. Era un hombre orgulloso, demasiado orgulloso, pero tal vez al fin comprendió que necesitaba esa ayuda, ya no solo por él, sino porque ahora tenía una esposa y una futura familia que mantener. Eso, o quizás tenía miedo de que ella se enojara y se arrepintiera de domesticar a esos diablillos que tenía por hermanos. No entendía por qué se les daba más importancia a los hombres que a las mujeres, sin ellas en este mundo, no solo el hombre no existiría, sino que, aunque lo hiciera, no sobreviviría, lo admitieran o no, un hombre no sobreviviría sin una mujer en casa.

Los siguientes cuatro días fueron una dura prueba para Zafiro. Admitía que extrañaba a su familia, y acostumbrarse a una nueva no era fácil, aunque esta fuera igual de extraña y agradable que la suya. Lo apresurada y repentina que fue la boda no le había dado tiempo de acostumbrarse a la idea de que ya no vería con la misma frecuencia a su familia, sin embargo, poco a poco se fue sintiendo cómoda en su nuevo hogar y estaba segura de que pronto cualquier reserva se acabaría.

A pesar de lo que se podría creer, lo más difícil no fue adaptarse a una nueva familia, sino soportar las continuas visitas de gente curiosa que se produjeron el mismo día después de su llegada. Las matronas más chismosas y famosas de la sociedad se presentaron una tras otra ansiosas por ser las primeras en enterarse de los pormenores de tan jugoso escándalo que estaba en boca de toda la sociedad. Ella no era buena mintiendo, por lo que solo consiguió evadir hábilmente las preguntas más directas, y pudo lograr no tartamudear ante las pocas mentiras que tuvo que decir para sostener la farsa. Las visitas duraron al menos cuatro días seguidos y para el quinto día en su estadía en ese lugar, Zafiro tenía al menos veinte invitaciones de distintas veladas que responder.

Ella era consciente de que el motivo de tanta popularidad no era otro que conocer los detalles de su matrimonio y, aunque le hubiera gustado quedarse en casa hasta que el escándalo pasase, o encontrasen otra cosa de que hablar, Zafiro sabía que tenía que aceptar, aunque fuera alguna de esas invitaciones, si no querían verse totalmente arruinados y las puertas a Angelique se le cerraran antes de tiempo. Así que, revisó las invitaciones y aceptó las más convenientes y, al final, ya tenían al menos siete veladas a las que asistir la semana siguiente.

Mientras escribía a las demás anfitrionas disculpándose por no poder ir, Angelique entró a su cuarto, se paró a su lado y observaba cómo ella respondía.

Durante esos días, Zafiro había descubierto que, de todos los hermanos, ella era la que más agradaba. No malinterpreten, los mellizos también, incluso había logrado que estos prometieran no asustar más al personal de servicio; Richard y Alec también habían empezado a caerle mejor pues, a pesar de su impresión inicial, eran simpáticos, irritables, pero simpáticos. Sin embargo, Angelique le gustaba más, ya que poseía un carisma único y una actitud despreocupada que le recordaba a sus primas. Era alegre y divertida, y no dudaba en decir lo que pensaba, no importaba si esto era un poco grosero; eso era algo que sin duda la sociedad despreciaría, pero Zafiro no se atrevía a reprender esa parte de ella, porque sabía que se perdería una muy valiosa cualidad, por lo que solo le quedaba rezar que hubiera alguien que quisiera esa cualidad en la rubia.

Zafiro no dijo nada y siguió escribiendo la última excusa para una de las veladas. Podía sentir la verde mirada de Angelique sobre el papel, pero hizo como que no se daba cuenta y esperó a que la joven dijera lo que fuera que fuera a decir. Cuando terminó de escribir las respuestas y el sello estuvo seco, Zafiro se giró hacia Angelique. La joven seguía parada a su lado y le sonrió, luego se sentó en el primer asiento que encontró y sin preámbulos preguntó:

—¿Cómo es la vida en sociedad?

Zafiro no se esperaba esa pregunta, pero supuso que era del todo común, pues la joven tendría su presentación el año siguiente; era normal que quisiera saber lo que se le avecinaba, lástima que no era nada de lo que ella esperaba oír. Pensó un momento en cómo suavizar lo cruel y fría que podía

ser la sociedad, pero al final decidió no hacerlo, era mejor que fuera preparada.

—No es tan sencillo como se cree, Angelique. No te voy a mentir, ser presentada en sociedad es agradable; los bailes, los pretendientes, las amistades. Es una experiencia bonita y única, sin embargo, también tiene su lado malo. La gente siempre estará pendiente de a que tengas un comportamiento intachable, estarán atentos ante el mínimo error, te criticarán, algunos para bien, otros para mal. Puede haber comentarios mordaces que tendrás que aprender a ignorar, pero lo más importante y lo que te aconsejo es que no te apresures a la hora de elegir marido.

Angelique frunció el ceño ante el consejo. Zafiro sabía que seguramente ella era la única que daba ese consejo. Desde jóvenes, las madres e institutrices inculcaban a las niñas para que, cuando llegara el momento, buscaran marido. Las mujeres se veían entonces presionadas desde temprana edad y, cuando llegaba la hora, era en lo único en lo que pensaban, y tomaban decisiones a veces erradas. También sabía que ella no era la más indicada para dar ese consejo, dadas las circunstancias de su matrimonio, pero era importante que ella entendiera que el matrimonio no era una decisión que se pudiera tomar a la ligera, no al menos si no se está en una situación desesperada como estuvo ella.

—Una tiene que conocer bien a la persona con quién se casa —explicó Zafiro— y estar completamente segura. Hay muchos caballeros y hay que darse la oportunidad de conocerlos a todos, no lanzarse sobre uno solo por el simple hecho de ser el más codiciado. Con un matrimonio apresurado y por obligación, se corren muchos riesgos de arrepentirse pronto.

Angelique puso un semblante pensativo y Zafiro casi podía ver cómo analizaba sus palabras. Cuando habló, no dijo lo que ella esperaba.

—¿Estás arrepentida de haberte casado con mi hermano?

—¡No! —la negativa salió más efusiva de lo que esperó, y tuvo que controlar su tono antes de continuar— yo no estoy arrepentida de haberme casado con tu hermano, pero no todos los matrimonios apresurados pueden salir tan bien como el mío.

Zafiro tuvo suerte en ese aspecto. A pesar de todos los antecedentes negativos que tenía del hombre, el matrimonio había resultado tal cual

siempre había esperado e incluso mejor. Él era un buen hombre y Zafiro no tenía queja hasta ahora. No era lo que esperaba de una decisión insensata..., pero todo salió bien al final.

Angelique asintió mostrando su conformidad.

—Es bueno saberlo, mi hermano es un buen hombre. Es buena persona, trabajador, un buen ejemplo —Zafiro dudaba de esa parte—, considerado, amable, caballero...

Angelique pasó dos minutos más enumerando las virtudes de su hermano como si fuera menester que ella las supiera; un tanto extraño considerando que hasta ahora solo la había escuchado mencionar lo horrible que eran sus hermanos y cuánto quería alejarse de ellos.

—Y seguro será un excelente padre —culminó la rubia y tras tomar aire continuó—: sobre lo del marido, estoy segura de que sabré cuándo casarme, lo haré con el hombre del que me enamore —aseguró la joven—, con nadie más. ¿De qué sirve pasar la vida con alguien de quien no estás enamorada? Debe ser muy triste.

Zafiro tomó nota mental de presentarle a Esmeralda, serían muy amigas; además de que se parecían físicamente, pudo notar Zafiro ahora que observaba bien a Angelique, que la única diferencia notable era que Angelique era más alta que Esmeralda, y sus ojos no eran de un verde tan profundo como el de su prima, o el de su hermano... ¿Por qué siempre sus pensamientos volvían a él?

—Además —siguió diciendo Angelique— me gustaría también poder disfrutar de mi temporada y no solo buscar marido. Hay tantas cosas que deseo hacer, por ejemplo, me gustaría asistir a varias fiestas, ir al Drury Lane, visitar Vauxhall, pasear por Hady Park con algún caballero, ir a Almack's. ¿Has estado en Almack's?

La verdad es que ni ella ni sus primas hubieran sido admitido en Almack's, por ello Rowena jamás se preocupó por buscarles un vale. Las damas que regían el famoso club se guiaban por el más estricto código moral a la hora de elegir y eran muy juiciosas para admitir a alguien. Esta persona tenía que tener un comportamiento impecable, una educación intachable y, sobre todo, ningún escándalo. Cuando se empezó a correr la noticia de la lengua de Topacio, Rowena supo que era un caso perdido intentarlo y, aunque hubieran

conseguido por algún milagro del cielo el vale, ya les hubiera sido retirado después de todos los escándalos que cada una fue protagonizando. Dado los antecedentes de Angelique, o su apellido, mejor dicho, Zafiro dudaba que le fuera concedido un vale. Pensaba en la mejor forma de decirle eso a la joven cuando ella se le adelantó.

—Aunque, seguramente no me aceptarían, ¿no es verdad?, bien, mejor. ¿Quién quiere convivir con gente remilgada y aburrida?

Se levantó del asiento y se alisó los pliegues del vestido.

—Espero poder satisfacer las expectativas cuando sea presentada — comentó dirigiéndose a la puerta—. No me gustaría ser tachada de solterona antes de que termine mi primera temporada.

Zafiro no pudo evitar reír.

—Estoy segura de que lo lograrás, como también estoy segura de que habrá caballeros que se morirán por tu mano.

—Mientras entre ellos este mi amor... —Tomó el pomo de la puerta, pero antes de girarlo se volvió hacia Zafiro— ¿Zafiro?

—¿Sí?

Angelique pareció pensarlo antes de formular la pregunta.

—¿Crees que en algún momento puedas enamorarte de mi hermano?

Zafiro se quedó de piedra ante la pregunta y por varios minutos fue incapaz de responder. La pregunta la había tomado desprevenida y no tenía idea de qué decir. Ella nunca esperó amor y, aunque lo describían como un sentimiento hermoso, nunca fue su prioridad; quizás porque lo veía como poco realista, o porque se sufría mucho cuando se perdía a un ser amado, pero eso no significaba que nunca hubiera considerado la posibilidad. Sus primas eran la viva prueba de que uno no podía evitar enamorarse, y tal vez pareciera que escapara de toda lógica, pero este llegaba en el momento menos esperado. Sobre la pregunta de Angelique, no sabía qué responder, podía sentir afecto, y hasta cariño por Julián, pero ¿amor? No estaba segura, era muy pronto para decirlo. Abrió la boca para responder, pero como siempre, la joven se adelantó.

—No importa, estoy segura de que sucederá. Un matrimonio formado por el afecto puede sostenerse, pero solo el amor lo hace especial. Solo necesitan tiempo para que surja —aseguró y salió con una sonrisa que Zafiro reconoció

al instante, era la misma sonrisa que usaba Topacio cuando se le ocurría un plan.

## CAPÍTULO 16

Zafiro observó con el ceño fruncido que Julián era el único en la mesa esa noche cuando bajó a cenar. En cuatro días se había acostumbrado al escándalo que suponían las cenas, por eso, el silencio que encontró le pareció extraño. Ninguno de sus cuñados había bajado y ellos siempre eran puntuales pues, si algo había descubierto, era que tenía un apetito tan bueno como el de ella. Observó a su marido y se dio cuenta de que él debía de estar pensando lo mismo.

En los últimos días, no era mucho el tiempo que lo había visto a solas. Él había estado muy ocupado con el asunto de las deudas y los pagos y solo llegaba a verlo en las cenas, que como siempre estaban presentes sus cuñados, no era que pudieran hablar mucho. Nada más se habían visto solo en la noche y, recordó ruborizándose, no era que hablaran mucho.

Sintiéndose extraña ante el silencio del lugar, se sentó en la silla que él le apartó y esperó a que se sirviera la cena. Extrañamente también había solo dos platos puestos, por lo que sus cuñados no cenarían esa noche con ellos.

—Gibbs, ¿dónde están mis hermanos? —preguntó Julián cuando el mayordomo entró en el comedor.

—Lord Richard informó que cenaría en White's, lord Alec tiene una dolencia estomacal y no cenará, lady Angelique afirmó que le dolía la cabeza y que no estaba para gritos, por lo que cenaría en su habitación, y los mellizos han cenado antes porque aseguraron que tenían hambre y ahora están en su cuarto.

Julián asintió ante la respuesta, pero su ceño fruncido dejaba claro su extrañeza ante el asunto. Por otro lado, Zafiro apreció la tranquilidad, del lugar. Al parecer, esa noche la pasarían ellos solos.

\*\*\*\*

—Se puede saber, ¿por qué, por todos los santos, no podemos bajar a cenar, Angelique?! —bramó Richard.

La joven rubia, que en ese momento le bloqueaba el paso por el pasillo, hizo una señal de silencio.

—Hablen más bajo —ordenó— y no bajan a cenar porque yo lo digo. Ellos cenaran solos hoy, ya me encargué de todo y ninguno de ustedes dos va a arruinar mis planes.

—Pero yo tengo hambre —se quejó Richard.

—Y yo también —dijo Alec.

Ella se encogió de hombros y señaló a Richard.

—Tú puedes ir a cenar al White's tal y como le dije al mayordomo que harías, aprovecha que aún tienes la suscripción. De hecho, ya deberías estar allá, porque cuando le informé al mayordomo se supone que ya habías salido.

—¿Y cómo planeas que salga sin ser visto? ¿me escapo por la ventana de mi cuarto? —cuando la joven asintió, exclamó—: ¡Te has vuelto loca! Me partiré los huesos —dijo atónito pensando si su hermana le habría visto cara de Adam.

Ella se encogió nuevamente de hombros.

—Has como quieras, tírate por la ventana, escabúllete de la casa, no me interesa.

Richard resopló y fulminó a su hermana con la mirada.

—¿Y yo? —inquirió Alec— ¿qué excusas diste para que no bajara a cenar?

—Tienes una dolencia estomacal, no cenarás.

—¿Qué no cenaré? —repitió horrorizado por la posibilidad de perderse la comida—. ¿Acaso tú no nos quieres?

—Claro que nos quieres, pero nos quiere ver muertos —replicó Richard sarcástico—. A ti te quiere matar de hambre y planea que yo muera por un golpe en la cabeza al tirarme por la ventana.

—Pero si se quejan, ni siquiera parecen hombres —se burló la chica—. Después de que me traigan la cena te vienes a mi cuarto, Alec, la compartiremos, y tú —señaló a Richard— ve pensando en cómo salir para llegar a White's si no quieres quedarte sin cenar.

Él murmuró unas obscenidades en voz baja y empezó a caminar hacia las escaleras para salir a escondidas de la casa, pero se detuvo a medio camino.

—¿Cómo hiciste con los mellizos? —preguntó cauteloso.

Angelique sonrió.

—Les prometí que tendrían una tarta de moras y galletas de avena todos los días si decidían cenar antes toda la semana. Los niños son fáciles de sobornar.

—¿Toda la semana? ¿Acaso planeas que no bajemos a cenar en toda la semana? —preguntó atónito Alec.

Ella asintió.

—¿Y con qué excusas no bajaremos en toda la semana? —quiso saber Richard a punto de perder la paciencia.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me importa, eso tendrán que averiguarlo ustedes. Ya yo tengo mis excusas preparadas y ustedes tendrás que buscar las suyas, eso sí, ellos cenarán solo toda la semana y ninguno de ustedes cambiará ese hecho, ¿entendido? —preguntó señalándolos con un dedo y mirándolos con una expresión que prometía represalias si no se acataba su orden.

—Entendido —dijeron al unísono, de mala gana.

—Bien, buenas noches. —Angelique regresó a su cuarto y cerró la puerta.

—¿Tienes alguna idea de qué está tramando? —le preguntó Alec a su hermano.

—Creo que intenta que se enamoren. Sea lo que sea, será mejor que no interfiramos en sus planes, ya la conoces, cuando se le mete algo en la cabeza, ni que el mismo Dios baje del cielo se la quita —respondió y desapareció por los pasillos.

\*\*\*\*

—El silencio se me hace extraño —comentó Zafiro rato después de haber servido la cena.

Puede que apreciara el silencio en su momento, pero lo cierto es que las únicas cenas que habían presenciado tranquilas eran aquellas que se realizaban en casa ajena, de resto, nunca había estado en una cena que en la

que no hubiera gritos, peleas, o algún cubierto volador. Por eso, esa cena en completa calma solo con ellos dos empezaba a ser incómoda.

—A mí también —admitió él— me parece extraño que todos hayan tenido una excusa para no asistir hoy.

A Zafiro también le parecía raro, y un vago presentimiento le advertía que el extraño suceso tenía que ver con la extraña sonrisa de Angelique esa mañana en su habitación, pero no comentó nada.

Ansiosa por rellenar el silencio que se había formado, Zafiro sacó el primer tema que se le vino a la mente.

—¿Qué tal va todo?

Él debía saber que ella se refería al asunto de las deudas, pero no se atrevió a mencionar el tema directamente por miedo a una mala reacción de su parte que arruinara la cena. A ella no se le olvidaba que se había mostrado reacio a aceptar su dote. Él entendió a qué se refería pero, para su sorpresa, no se puso a la defensiva.

—Hoy saldé la cuenta con el último de los acreedores. Estamos libre de deudas.

Ella suspiró aliviada, había temido que las deudas fueran demasiado grandes, incluso para su gran dote.

—Bien, eso es bueno.

—Han quedado cinco mil libras que, si se invierten bien, pueden traer muchos beneficios. Todavía no sé en dónde He estado hablando con Adam y Damián y hemos pensado en hacerlo en unas minas del norte, pero hay que averiguar bien.

Zafiro asintió, aunque era aficionada a temas que a veces eran de índole masculino, no estaba muy interesada en asuntos de negocios, sin embargo, apreciaba que él fuera de los hombres que pensaban bien antes de invertir, después de todo, estaba en juego su futuro. La parte más importante estaba cubierta, con las deudas saldadas, las ganancias producidas por la tierra ligada al condado les alcanzaría para vivir moderadamente hasta que las arcas se reconstruyesen. Ella veía en Julián un espíritu de salir adelante que admiraba, era un hombre que no se daba por vencido y eso era bueno. Pensó en que estaba pareciéndose a Angelique encontrando solo virtudes en Julián.

Lo observó mejor y se dio cuenta de que se veía diferente, es decir, parecía

más renovado, menos cansado; supuso que el hecho de liberarse de las deudas que lo perseguían, de quitarse ese peso de encima era lo que lo hacía verse más... ¿atractivo? Sí, más atractivo.

—Ahora que las cosas están mejor, creo que será más sencillo para Richard y Alec abrirse camino.

Zafiro soltó un suspiro de alivio del que se avergonzó, pero no se arrepintió. Si ellos se abrían camino, significaba que podían mudarse pronto y, aunque había llegado a apreciar la compañía de los cuñados, no le molestaría en absoluto librarse de los irritantes hermanos.

El alivio que se vio en su rostro debió ser muy evidente porque Julián rio.

—¿No creerías que se quedarían con nosotros eternamente? Creo que ni yo lo soportaría.

Zafiro se ruborizó por ser descubierta, pero no bajó la vista e intentó bromear.

—Admito que me causaba terror la posibilidad. ¿A que se dedicarían tus hermanos?

—Richard ha estado últimamente involucrado en la política, es abogado, y Alec planea dedicarse a los negocios, solo necesita apoyo financiero, que espero poder darle pronto.

—Richard abogado... y qué causas defendería, ¿las justas o injustas? —preguntó Zafiro.

—Se supone que los políticos y abogados solo defienden causas justas.

—Exacto, se supone, pero eso no es cierto, ¿o me equivoco?

—Debería decir que sí porque eres una dama, pero supongo que sería insultar tu inteligencia, así que no, no te equivocas. Sobre Richard, estoy seguro de que se irá por las justas, a pesar de lo que puedas pensar.

—Quizás consiga legalizar el secuestro y el robo siempre y cuando se trate de una causa honorable.

Julián soltó una carcajada.

—¿Nunca le perdonarás esa, no es verdad?

—No, no lo haré, tu hermano es agradable, pero tengo una vena rencorosa en mi interior, sin embargo, estoy bastante conforme con los resultados del tan loco plan —afirmó.

—Es bueno saberlo —respondió con una sonrisa pícaro— porque yo

también estoy muy conforme con los resultados.

—¿Por la gran dote obtenida? —arqueó una ceja.

—Por la esposa perfecta.

Zafiro no supo qué decir en ese momento, estaba un poco asombrada por el simple cumplido que cualquier mujer hubiera recibido con alegría, solo que a ella no solo le causaba una extraña alegría, sino algo más profundo, era algo... extraño, difícil de describir.

—Gracias, pero yo no soy perfecta. Amenacé a tu hermano con un atizador, ¿recuerdas?

Él rio.

—Angelique lo hace todo el tiempo, tal vez no seas perfecta, pero comparada con mi familia...

Zafiro fingió estar ofendida.

—Comparada con tu familia cualquier dama es perfecta; mejor no hables, los hombres tienen la costumbre de convertir un halago en un insulto solo intentando explicarlo.

Él volvió a reír.

Comieron durante un rato en silencio, solo que esta vez no era un silencio incómodo, al contrario.

—Tengo planeado un viaje rutinario a la finca familiar en dos semanas. ¿Te gustaría acompañarme?

—Es una grandiosa idea, y en una fecha perfecta porque la semana que viene tenemos que asistir todos los días a un baile diferente.

Julián hizo una mueca horrorizado.

—¿Tenemos?

—Sí, tenemos —afirmó ella tajante—. Mientras más rápido se pierda la curiosidad sobre nosotros, más rápido nos dejen en paz. Además, hay que aceptar de vez en cuando unas invitaciones, si no lo hacemos, la sociedad empezará a excluirnos y, cuando Angelique sea presentada en sociedad, no tendrá veladas a las que asistir.

Julián suspiró.

—Supongo que no queda otra. Bien, no puede ser tan malo, estar casado tiene sus ventajas

—¿No habrá madres casamenteras tras tu título?

—Exacto, a veces ni los rumores de estar arruinado las detiene, al contrario, madres desesperadas pasean a sus hijas con gran dote por el frente con la esperanza de que el dinero logre lo que ellas no pueden conseguir solas. Las matronas suelen ser exasperantes.

—Eso porque no conoces el lugar de las pobres pupilas —contestó Zafiro. Él arqueó una ceja.

—Yo nunca las vi muy acongojadas por los intentos de sus madres.

—Eso es porque nunca nos conociste a nosotras, ni a Rowena —Zafiro simuló un escalofrío y él rio.

—Las famosas Loughy, creo que su terrible reputación rivaliza con la nuestra.

—No es para tanto, la que más escándalo causó fue Topacio, pero Rubí y yo éramos pasables.

—Yo oí mencionar algo de una competencia de tiro en la fiesta de campo de lady Pembroke...

Zafiro se ruborizó, pero sonrió.

—Bueno, eso fue... un arrebató de locura, sí, eso fue. Topacio y Rubí me convencieron, queríamos probar habilidades disparando, eso fue todo.

—Sin duda de los más común.

Ella lo miró desafiante.

—Mis primas no soltaron perros de caza en el almuerzo de lady Mirford.

Él se encogió de hombros restándole importancia.

—Ya conociste a los mellizos, no deberías sorprenderte.

—No, la verdad es que no. Sobre los mellizos... necesitan una institutriz, no pueden quedarse mucho tiempo sin una.

—Lo sé, lo sé, pero será difícil contratar a una dispuesta. ¿recuerdas lo que le hicieron a la última? Nadie aceptará el trabajo.

—Oh, estoy segura de que... ¡Ya lo tengo! La señorita Smith; Rowena la contrató para nosotras y solo renunció cuando Esmeralda le colmó la paciencia con sus ideales románticos hace unos meses. Si pudo con las Loughy, podrá con los mellizos. Le preguntaré a Rowena los datos para saber si por casualidad aún está desempleada.

—Excelente, eres un genio ¿lo sabías?

Ella resopló.

—Por supuesto, siempre lo seré mientras resuelva los problemas de los que deberías encargarte tú. Los hombres no pueden con nada y aún así nos consideran a nosotras el sexo débil.

Él no se ofendió.

—Eso es porque no has cargado con las responsabilidades de un título y cinco hermanos a tu cuidado.

—El título lo obtuviste hace poco y las responsabilidades, también. Lo dicho, no aguantan nada.

—¿Te gustaría estar en mi lugar, entonces?

Zafiro pensó un momento en sus revoltosos cuñados y decidió que no, sus primas podían ser lo que sea, pero no se comparaban con ellos. No dispuesta a admitir que no, cambió de tema.

—Tienes una cocinera muy buena —comentó llevándose un pedazo de asado a la boca.

Él soltó una carcajada como si adivinara su táctica.

—¿Nunca admites una derrota?

—No, y apuesto a que tú tampoco.

Él no lo negó.

Terminaron de cenar y, después de que los criados retiraron los platos, él se levantó y ella lo imitó.

—Sabes —comentó él— hoy tengo unas extrañas ganas de retirarme temprano.

Las mejillas de ellas se tornaron un tanto rosadas, pero aún así sonrió con picardía.

—Qué casualidad, yo... también.

Sus verdes ojos se oscurecieron y le ofreció el brazo en un gesto galante.

—Entonces vamos, milady, aquí está haciendo calor.

\*\*\*\*

Un almohadazo en el hombro fue lo que recibió a Adam cuando, alrededor de las cuatro de la mañana, llegó a su casa y entró a su habitación.

—¿Se puede saber dónde andabas? —interrogó Topacio sentada en la

cama, cruzándose de brazos y haciendo un puchero.

Adam suspiró y pensó si hubiera sido mucho pedir que ella hubiera permanecido dormida.

—Recuerda que Alec y Richard me pidieron ayuda con las joyas, estaba revisando la casa de lady Gasford.

—¿Y no me has llevado?! Prometiste llevarme —dijo aún más molesta que cuando él entró a la habitación.

—Estabas dormida.

—Me hubieras despertado.

Él arqueó una ceja en forma de burla.

—Lo intenté, pero murmuraste algo inteligible, abrazaste la almohada y volviste a dormir. Tenías tal cara de ángel que no me atreví a insistir —explicó y le dedicó una de sus encantadoras sonrisas.

Ella frunció el ceño, colocó un dedo en la barbilla en gesto pensativo y luego se encogió ligeramente de hombros.

—La pasaré por alto, mejor dime, ¿las encontraste?

Él negó con la cabeza, se acercó a la cama y se derrumbó en ella.

—No, no están por ningún lado. Busqué en toda la casa, tanteé todos los posible lugares y nada. ¡Hasta me escabullí en las habitaciones de los criados!

—Tal vez se las llevó todas a la velada —sugirió.

—No, estaba ahí cuando ella llegó, la vi desde un rincón y no tenía puesta ninguna, creo que las empeñó.

—¿Y ahora? ¡Esas joyas son de Zafiro! Hay que recuperarlas.

—No creo que a tu prima le importen mucho las joyas.

—No —admitió ella—, pero ahora son de ella, nadie se va a quedar con lo que es de ella.

—Tendremos que visitar las casas de empeño más tarde. Pero no creo que Julián tenga lo suficiente para recuperarlas, y no aceptará mi dinero.

Topacio sonrió.

—Recuperémoslas y no le digamos nada, al final no tendrá otra que aceptarlas.

Adam lo pensó.

—No le agradará.

Ella se encogió de hombros.

—Pero no le quedará otra al final que aceptarlas. Comencemos a buscar más tarde, porque esta vez no me dejarás, ¿cierto? —el tono de clara advertencia en su voz hizo reír a Adam que la atrajo hacia sí.

—No creo que me lo permitieras, ¿me equivoco?

Ella sonrió, negó con la cabeza y lo besó.

## CAPÍTULO 17

Zafiro respiró hondo y se preparó mentalmente para lo que le esperaba apenas pasara el salón de lady Zouche. Durante toda la semana, había estado mentalizándose para poder decir sin tartamudear la historia de amor que se inventó y que justificaría su viaje a Gretna Green, así como también memorizó todas las posibles evasivas que tuviera que dar ante preguntas indiscretas. En resumen, ya estaba preparada para enfrentarse a la guerra, pero aún así se sentía nerviosa, sería un trabajo muy cansador.

Miró al hombre sentado frente a sí en el carruaje y por algún motivo su presencia hizo que se sintiera más tranquila. Esa semana habían pasado más tiempo juntos, habían salido de paseo, fueron a comer helado y visitaron todos esos lugares que se supone debieron visitar durante el no realizado cortejo. «Mejor tarde que nunca», había dicho él y ella no pudo dejar de admirar el gesto de que se tomara tiempo para estar con ella. También había sucedido algo muy extraño y era que durante toda la semana habían cenado solos, ninguno de los hermanos Allen se apareció por el comedor a la hora de la cena y las excusas que dieron eran cada día más extrañas. Por ejemplo, Angelique pasó de un dolor de cabeza, a un dolor de muelas y el día anterior había dicho algo de un golpe en el pie que le imposibilitaba bajar. Alec, por su lado, después de la dolencia estomacal, había ido a cenar con unos amigos y el día anterior no había asistido porque se había encerrado en su cuarto y había perdido la llave, o al menos eso fue lo que dijo. Richard había comido todas las noches en White's y los mellizos cenaron toda la semana antes de tiempo. A Zafiro eso le parecía de lo más extraño, pero no lo comentó, sin embargo, no se pudo quitar de la cabeza que estaban siendo víctimas de una especie de plan cuyo objetivo era desconocido.

El carruaje llegó por fin a la entrada de la casa de lady Zouche, y Zafiro se obligó a dejar esas posibles teorías para otro momento, tenía que concentrarse en esa noche. Un lacayo les abrió la puerta y ambos bajaron, saludaron a los anfitriones y entraron en la sala donde inmediatamente varios pares de ojos se posaron en ellos. Se hizo un silencio y luego se volvieron a alzar los murmullos. No tardaron mucho en ser separados por distintos grupos ansiosos de chismes. Zafiro repitió de forma mecánica lo que había planeado mientras buscaba con la mirada a Rowena, a una de sus primas, o a alguien que le sirviera como tabla de salvación. No encontró a nadie, así que tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír a las matronas y eludir preguntas indiscretas.

Cuando al fin pudo escaparse de esos dragones escupe fuego que se disfrazaban de señoras, Zafiro fue en busca de algo para tomar y, sin pensarlo dos veces, tomó una copa de oporto de la bandeja de un mesero. Ahora que estaba casada, podía permitirse tomar, aunque fuera, una; mientras no se excediera, todo estaría bien, pero necesitaba calmar urgentemente esas ganas impropias de ella de decirle a la gente que se metiera en su vida y la dejaran en paz. Necesitaba calmarse y recuperar su habitual paciencia.

Bebió de la copa y se ocultó tras una de las grandes columnas de mármol para evitar ser atacada por otro grupo de gente chismosa. Ese no era su día de suerte, ningún miembro de su familia había asistido al bendito baile, y ella estaba literalmente sola, a merced de gente sedienta de información, sin ningún escudo. No tenía idea de dónde estaba Julián, pero no serviría de mucho, si los atrapaban a los dos juntos, mejor.

Miró a su alrededor con fastidio mientras tomaba otro sorbo de la copa. Localizó a sir Gilbert en la otra esquina del salón imponiéndole su odiosa compañía a otra bella joven que parecía ansiosa por librarse de él. «Su nueva presa», pensó Zafiro compadeciendo a la joven. El hombre no había vuelto a molestarla y sabía perfectamente por qué; sir Gilbert podía ser lo que sea, pero no era tonto, ella ya no estaba desprotegida, se había casado con un conde y tenía aliados poderosos en su familia; ahora que no había ninguna posibilidad de caer bajo su mando, sería un suicidio intentar algo. Solo esperaba que los padres de la joven tuvieran suficiente sentido común para rechazar cualquier propuesta proveniente de ese ser que no era más que una bestia disfrazado de hombre.

Esa mañana se había enterado de que lord Midleton había sido apresado en Fleet por deberle a sir Gilbert la extraordinaria cantidad de diez mil libras; lady Midleton había tenido que mudarse a la propiedad de campo ligada al título, ya que lo demás le había sido arrebatado por los acreedores y se escuchaba el rumor de despojarlos del título. A Zafiro no le causó ningún tipo de emoción la noticia, ni el más mínimo remordimiento de consciencia se hizo presente por el simple motivo de que se lo tenía bien merecido solo por el hecho de aliarse con ese hombre

Observó bien a la joven que acompañaba a sir Gilbert estremeciéndose solo por la posibilidad de que la pobre pudiera caer en manos de ese hombre, pero luego de verla bien, se dio cuenta de que la dama en cuestión era lady Anabell Wadlow, hija de un conde que jamás obligaría a casarse, pues era conocido el amor que él le profesaba a su primogénita y única hija. Se tranquilizó sabiendo que la muchacha solo pasaría unos cuantos malos ratos y siguió observando el salón. No se percató de que alguien se le acercaba hasta que lady Gasford dijo:

—¡Qué alegría encontrarla aquí, lady Granard!

Zafiro se sobresaltó al oír la voz de la mujer que había causado todas sus desgracias... ¿desgracias? No, al contrario, gracias a la mujer había solucionado su problema, debería estarle agradecida, y si no fuera porque ella era una ladrona, lo estaría. Ya que su cortesía le impedía irse sin responderle aunque sea el saludo, Zafiro dijo:

—Buenas noches, lady Gasford —respondió educadamente mientras buscaba la mejor excusa para escapar.

—Permítame felicitarla por su reciente matrimonio, vaya que ha generado sorpresa.

Zafiro examinó a la condesa. La mujer debía pasar de los cuarenta, pero su apariencia no lo demostraba. Su rostro tenía una generosa capa de polvo de arroz que cubría sus arrugas y de seguro era una de esas mujeres fanáticas de *La loción de Dinamarca* para limpiar el cutis, o del *Olimpian Dew* como tónico facial, además de todos esos productos que prometían la eterna juventud para la cara, aunque tenía que admitir que, si los usaba, le surtían muy buen efecto, pues su piel lucía envidiable. Su esbelto cuerpo no se quedaba atrás; poseía una figura envidiada por muchas. Su cabello era

completamente negro, cualquier cana que hubiera tenido ya había sido cubierta por una loción con romero. A Zafiro no se le hacía difícil entender por qué el padre de Julián había sucumbido a sus encantos; lo que sí no entendía era cómo no había conseguido casarse aún; es decir, su edad era avanzada y era muy probable que no pudiera dar hijos, pero Zafiro dudaba que la mujer no se pudiera valer de artimañas para convencer a algún viudo con hijos de que la desposara. Tal vez deseaba a alguien fácil de manipular, y eso sí era más difícil de encontrar.

—Gracias.

—¿Así que ha sido un arrebató de amor?

—Exactamente

Cada vez que lo decía, se le hacía más fácil la mentira.

—Ay, querida, no sé si tomaste la decisión correcta; si tus tutores se opusieron al matrimonio, es por algo. Los Allen son una familia problemática y están en la ruina, ¿lo sabías?

Zafiro se encontró pensando a dónde pensaba llegar la mujer con la conversación.

—Sí, soy consciente del asunto.

—Ah, ¿pero lo sabías antes de casarte? Los Allen han ocultado muy bien la información —dijo con un leve tono de rencor y Zafiro dedujo que era porque el padre de Julián nunca se lo dijo a ella, haciéndola perder su tiempo.

—Sí, lo sabía antes de casarme.

—¿Y no se te da por pensar que se haya casado contigo solo por tu dote? Sé que quizás tu sí te hayas enamorado querida, pero puedo asegurarte que él no lo está.

—¿Ah, no? —preguntó con evidente fastidio, ya no sabía si la conversación le causaba gracia o aburrimiento.

Lady Gasford frunció ligeramente el ceño ante su falta de emoción en la respuesta.

—¡Claro que no, querida! Los hombres no quieren a nadie; las mujeres somos las únicas que nos enamorados, ellos solo hacen algo si saben que les conviene.

Bien, eso sí le causaba gracia. La mujer que utilizó a un hombre para conseguir fortuna aseguraba que ellos eran los desgraciados, era como un

ladrón dando clases de moralidad. Se mordió el labio para no reír y mostrar su diversión ante la situación

—Discúlpeme, lady Gasford, pero no veo el porqué de esta conversación. Ya me he casado y debo decir que estoy muy feliz con mi matrimonio.

La frase salió de ella con tanta naturalidad que no había duda de que era verdad. Estaba feliz, no solo conforme, sino también feliz; tal vez no era el tipo de felicidad de la que había hablado Rowena, pero ella era feliz y no podía estar más de acuerdo con su decisión. Si la mujer no fuera tan odiosa, hasta se lo agradecería sinceramente.

—Eres muy ingenua, querida, pero pronto te darás cuenta. Acaso, mira, no tienes vestidos nuevos acorde a tu posición, no tienes joyas. ¿Por qué? Porque ha utilizado todo el dinero para pagar sus deudas y no tiene con qué honrar a una esposa.

Eso ya era el colmo del cinismo. Zafiro decidió que su educación ya había llegado al límite, ella quería jugar, pues jugarían.

—Bien, me he enterado de que había unas joyas destinadas exclusivamente a las condesas de Granard, pero las joyas han desaparecido de forma misteriosa ¿No ha escuchado el rumor, lady Gasford? —preguntó con fingida inocencia.

Lady Gasford sonrió con cinismo.

—¿Así que te han contado la historia? Pues déjame decirte, querida, que esas joyas son mías. Thomas Allen me las dio y me las merezco, después de haberlo aguantado tanto tiempo y creído su absurda promesa de matrimonio.

—Pero, lady Gasford, ¿no acaba de decir usted misma que los hombres hacen lo que hacen solo guiados por algún interés? Una mujer que tiene eso presente no puede ser engañada.

Que Dios la perdonase, pero eso de atacar con cinismo se había vuelto divertido.

Lady Gasford enrojeció de rabia, pero no dejó que su voz la delatara.

—Te lo digo precisamente por esa experiencia, querida, pero nos desviamos del tema, esas joyas son mías, y no las pienso devolver.

—Si es que aún las tiene —dijo recorriendo de forma rápida el cuerpo de la condesa— ¿Por qué no las lleva puestas? Uno creería que, si está tan orgullosa de ellas, las presumiría sin dudar.

La mandíbula de lady Gasford se sacudió en un ligero temblor casi imperceptible, símbolo de que había acertado.

—Pues las tengo, querida —mintió la mujer y sonrió de forma malvada— y dile a Julián que, si quiere recuperarlas, ya sabe qué hacer y dónde encontrarme. Estoy segura de que llegaríamos a un acuerdo... satisfactorio.

La mujer empezó a alejarse y Zafiro sintió cómo una punzada de rabia le atravesó el cuerpo. ¿Cómo se atrevía a insinuar semejante cosa frente a ella? ¿Es que acaso que no tenía el más mínimo de decencia? No, claro que no, ese tipo de personas no solía tenerla. Ella no debería responder, pero una vena terca dentro de ella se negó a dejar ser insultada de esa manera.

—Le pido que hable de mi marido con el debido respeto, lady Gasford, y sobre su mensaje, no perderé mi valioso tiempo haciéndolo llegar. Estoy completamente segura de que su oferta será denegada.

Lady Gasford soltó una risa musical y se giró.

—No seas ingenua, muchacha, los hombres tarde o temprano terminan buscándose una amante. Que estés recién casada no te garantizará fidelidad, no puedes compararte conmigo.

—¡Claro que no puedo! Soy veinte años más joven, mi belleza es natural, y yo sí soy una dama. No me puede comparar con usted, lady Gasford, por el simple motivo de que no hay comparación.

Dicho eso, se alejó y comprendió por qué Topacio vivía atacando a la gente, el grado de satisfacción que se sentía era incomparable.

Lady Gasford observó con rabia cómo la mujer rubia se alejaba. Niña estúpida, ¿cómo se atrevía siquiera a creerse mejor que ella? Puede que fuera joven y hermosa, pero ella tenía algo que solo daban los años, experiencia. Sin embargo, no era la actitud superior de la muchacha lo único que la hacía rabiar, sino el hecho de que había descubierto que ella ya no tenía las joyas, que las había vendido, pero su situación era desesperante, no le quedaba otra opción, aún sabiendo que esas joyas podían ser la única vía para atraer al famoso Julián Allen. Cada vez que lo veía, el hombre le hacía hervir la sangre y, si no supiera que era muy mayor para convertirse en su esposa, lo hubiera intentado y no hubiera perdido el tiempo con el viejo Thomas Allen, que lo único bueno que había hecho era morirse en el momento adecuado y dejar a su merced las joyas. No obstante, la posibilidad de convertirse en su amante

aún estaba presente, y ella estaba segura de que podía atraerlo, no estaba dispuesta a rendirse porque, cuando ella quería algo, lo conseguía, y ella quería a Julián Allen en su cama, y así también le demostraría a esa chiquilla estúpida de lo que una mujer madura era capaz.

Zafiro salió al balcón y dejó que el aire fresco de la noche le acariciara su cara. Se sentía extremadamente bien después de la discusión con lady Gasford y su pequeña victoria contra esa cínica mujer. ¿Mira que atreverse a insinuar eso sin pudor? Zafiro podía ser lo que sea, pero no era ninguna muchacha tonta que se haría la ciega ante una infidelidad. No era ingenua, comprendía que las infidelidades eran de lo más común en la sociedad, también era consciente de que los hombres parecían tener cierta dificultad para ser fieles pero, si ella podía serlo, lo mínimo que esperaba era que su esposo también lo fuera; le importaba poco que la sociedad viera la infidelidad como normal entre los hombres y un pecado entre las mujeres. Zafiro era de las que apoyaba la igualdad de condiciones. No se preocupó mucho por el asunto, ella era una mujer segura de sí misma y sabía lo que valía, además, a pesar de no llevar más de una semana de casados, podía afirmar que conocía lo suficiente a Julián para saber que era un hombre de honor y, si le había jurado fidelidad frente al yunque de herrero, lo cumpliría, o eso esperaba, porque la sola idea de pensar en él con otra mujer... le hacía nacer un extraño sentimiento de posesión dentro de ella y eso era raro, ella no era así.

Incapaz de llegar a una conclusión lógica sobre esa extraña sensación, Zafiro decidió dejar el asunto a un lado y disfrutar de un momento de tranquilidad antes de volver a entrar en ese lugar.

—¿Qué haces?

Zafiro se giró hacia el causante de todo el lío en su cabeza.

—Descanso de comentarios impertinentes.

Él rio.

—Fuiste tú la que insistió en venir —le recordó él a modo de reproche. Él no la estaba pasando mejor, había intentado escabullirse de las matronas ansiosas de chismes, juntándose con varios grupos de caballeros, pero había descubierto que, a veces, las mujeres no eran las únicas chismosas, solo eran menos discretas.

—Era necesario hacerlo —se excusó ella—, pero no creo que haya inconveniente en irnos un poco más temprano.

Él hizo una dramática expresión de alivio.

—Gracias, Dios— su expresión se volvió seria—. Te vi hablando con lady Gasford. ¿Qué quería?

«Molestar», quería responder Zafiro, pero eso significaría tener que dar muchas explicaciones, y posiblemente mencionar su pequeña discusión, así que optó por una media verdad.

—Nada importante.

Él entrecerró los ojos, como si quisiera averiguar la veracidad de sus palabras.

—¿No mencionó el asunto de las joyas?

—Creo que las vendió, no las llevaba y eso es extraño, considerando la vehemencia con que se negó a devolverlas.

Julián gruñó.

—Esas joyas valen una fortuna, costará recuperarlas, además de tener que pagar por algo que por derecho es tuyo.

—Si es por mí, no te preocupes, yo no las quiero ni las necesito para ser feliz, puedes dejarlas donde estén si quieres.

Una media sonrisa se formó en su cara.

—¿Y romper al menos tres generaciones de legado?

Ella se encogió de hombros.

—A veces le dan a esas cosas demasiada importancia, te lo dije antes de la boda, no soy aficionada a joyas caras.

Él amplió la sonrisa y le acarició la mejilla con ternura.

—Lo dicho, eres la mujer perfecta. Recuperaré las joyas, y no para mantener la tradición, sino porque creo que no hay mujer que las merecería más que tú.

Algo raro sucedió en Zafiro al escuchar esas palabras. Había escuchado palabras lindas, y poesía de sus antiguos pretendientes, pero ninguna le caló tan hondo como esa simple frase, tal vez porque esa frase era verdadera, y no producto de un plan de cortejo.

—Gracias —dijo y guiada por un impulso, lo besó.

Él la estrechó entre sus brazos y juntos compartieron un beso tierno, no

pasional, sino tierno, más que excitar, era como una especie de juego.

Ella posó sus manos en sus hombros y él empezó a retroceder inconscientemente, en busca de un punto de apoyo. No sé dio cuenta de la irregularidad del piso hasta que tropezó y perdió el equilibrio; en un intento de recuperarlo, se sujetó con fuerza de Zafiro, pero lo único que consiguió fue llevarla consigo hasta el piso. Zafiro soltó un grito ahogado y a los pocos segundos estaba tumbada encima de él.

—Auch —exclamó Julián al sentir el escozor del golpe en su espalda.

—¿Estás bien? —preguntó ella preocupada levantando un poco la cabeza para mirarlo a la cara.

Él solo asintió, pero no dijo nada, su mirada verde se quedó fija en la azul de ella como si intentara analizar algo, y Zafiro no se atrevió a apartar la vista. A pesar de que seguían en el piso, a pesar de la comprometedor situación en la que se encontraba, no se movió, sino que se quedó viéndolo como inmersa en un hechizo, preguntándose por qué el mundo parecía desaparecer cuando sus miradas se encontraban, por qué sentía que no había nadie más que ellos en el universo, por qué se sentía tan rara.

Unos jadeos horrorizados los sacaron de la ensoñación y solo entonces fue consciente de que seguían en el piso del balcón de lady Zouche, ella encima de él a la vista de cualquiera. Levantó la mirada hacia la entrada del balcón y se encontró con la cara horrorizada de dos mujeres. Entendió entonces eso que Julián había dicho: que los problemas y el escándalo no los buscaban los Allen, sino que el escándalo y los problemas los buscaban a ellos.

Genial.

## CAPÍTULO 18

Zafiro nunca había estado más avergonzada en su vida; tal vez era por su bochorno que tardó un tiempo en reaccionar y levantarse. Que estuvieran casados no significaba que la posición no dejara de ser comprometedora. ¡Por Dios! Sabría Cristo que estarían pensando esas mujeres.

Sus espectadoras eran dos mujeres mayores de al menos casi setenta años, en cuyos rostros llenos de arrugas solo se leía reprobación.

—¡No lo puedo creer! —exclamó una de las mujeres, que estaba cubierta de joyas hasta más no poder y llevaba un vestido color ocre—. ¡Hasta dónde llegará la depravación de la juventud! ¡Esto es el colmo!

—Oh, cómo se han perdido los valores y la decencia —se lamentó la otra señora vestida de un llamativo color púrpura—. Yo creí que usted tenía más decencia —dijo dirigiéndose a Zafiro—, pero claro, qué se puede esperar de alguien que se ha unido con los Allen. No lo puedo creer.

—Señoras, esto no es lo que parece —intervino Julián al ver que Zafiro se había quedado sin voz—. Lo que sucede es que me he tropezado —explicó señalando la desigualdad en el balcón—. Intenté sostenerme de ella para mantener el equilibrio y hemos terminado los dos en el piso.

Las mujeres los miraron de forma atenta, y echaron una mirada a la irregularidad del piso evaluando la veracidad de sus palabras.

—Es verdad, señoras, ¿no creerán que somos tan depravados para...? —insistió él y dejó la frase incompleta incapaz de terminar la idea.

Las mujeres no dijeron nada, solo se giraron y volvieron a entrar al salón. Zafiro solo esperaba que, aunque sea analizaran el asunto antes de comentarlo.

—¿Nos vamos? —murmuró y él asintió.

En el carruaje, Zafiro aún no podía creer lo que le había sucedido. No era difícil imaginar lo que debían estar pensando las mujeres y no le extrañaría que al otro día amaneciera en todas las columnas de chismes la noticia del acto depravado de la pareja de recién casados en el balcón de lady Zouche. Si su reputación había quedado deshecha después de lo de Gretna Green, con esto no había nada que la salvase, tendrían suerte si eran invitados a alguna otra velada.

—No lo puedo creer —comentó Zafiro mientras el carruaje traqueteaba—. Estamos arruinados.

Cuando él rio, ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Te da risa?

Él asintió y después de calmarse dijo:

—Sí, sinceramente, sí, solo de recordar las caras horrorizadas de esas mujeres... —Soltó otra carcajada—. Vamos, solo recuérdalo y dime con sinceridad si sus ceños fruncidos no te dan risa.

Zafiro recordó y, aunque lo intentó, no pudo evitar que una sonrisa se le formara en su rostro.

—Eso no está bien —dijo, pero a medida que rememoraba la escena más gracia le causaba; esa no era ella, a ella no debería divertirle ese tipo de cosas. ¿Qué le sucedía?—. No nos volverán a invitar a ningún lado.

—¡Claro que lo harán! Lo admitan o no, a la gente le gusta las personas escandalosas, les da de qué hablar. Cualquiera anfitriona estaría encantada de recibirnos en su casa si causamos un escándalo que la haga famosa.

Ella negó con la cabeza, pero su buen humor pareció contagiársele.

—No creo que eso sea así de simple... Las damas respetables no aceptarán que estemos en el mismo salón que sus inocentes hijas.

Él se encogió de hombros.

—Ya veremos.

—Tu hermana se quedará soltera si seguimos armando escándalos.

—Dios, no, así tenga que aumentarle la dote, o llevármela al campo, pero Angélique se casa porque se casa, no pienso tolerarla toda una vida.

Zafiro rio.

—Pobre de tu hermana, el cariño que le profesas es indiscutible.

—Es el mismo que ella nos profesa a nosotros. Se pasa la vida diciendo que

somos unas bestias, unos salvajes que no tienen consideración por una mujer. Se pregunta el pecado cometido para nacer en una familia llena de hombres, y sabrá Dios cuántas cosas más.

—Sin embargo, a mi me ha dicho hace una semana que eras un caballero, un buen hombre, un excelente hermano, considerado, amable, trabajador...

Julián frunció el ceño y se puso una mano en la barbilla pensativo. Segundos después, golpeó el cojín a su lado como si hubiera llegado a una conclusión.

—Le he dicho miles de veces que no pruebe a escondidas el alcohol de mi despacho, es muy fuerte y la emborracharía con facilidad.

—No estaba borracha —respondió Zafiro sin saber cómo tomarse esa información.

—¿Ah, no? —él pareció confuso— entonces, trama algo, nunca halaga a uno de nosotros a no ser que trame algo.

A Zafiro también le había parecido eso, pero prefirió no mencionarlo.

—Ustedes son una familia muy unida, ¿verdad?

Él asintió.

—Puede que vivamos en peleas, discusiones...

—Y problemas —añadió ella.

—Y problemas —concordó él—, pero sí, nos queremos mucho y haríamos lo que fuera por el otro; eso sí, ninguno lo admitirá en voz alta frente a los otros mientras viva.

Zafiro rio, pero luego se puso serio... no, serio no, más bien parecía triste.

—A veces es bueno decir un te quiero, así si un ser querido se va de improvisto, al menos te queda el consuelo de que se lo dijiste.

Zafiro se obligó a alejar los feos recuerdos de la pelea con su madre antes de aquella fatídica tragedia y posó la vista en las calles que se veían a través de la ventanilla, en un intento por mantener su mente centrada en la realidad y que no se perdiera. Sentía la penetrante mirada verde de su esposo en ella, pero no se giró, no quería ver compasión ni lástima, y mucho menos preguntas no formuladas en ellos, preguntas que no estaba segura de poder responder. Todos esos años había centrado su mente para que olvidara el recuerdo, para que le restara importancia a lo sucedido antes de la tragedia, pero a veces era tan difícil olvidar. El olvido era algo que jugaba de manera

muy extraña y malvada, podría decirse, uno podía olvidar con facilidad hacer algo que le dijeron, podía olvidar con facilidad dar un mensaje, pero ese tipo de cosas que se deseaba enormemente olvidar no se podía, quedaban en la memoria para siempre atormentando todos los días a la persona con su presencia, pensando en lo que pudo haber sido y no fue y torturándose con la certeza de que ya nada se podía cambiar.

El carruaje se detuvo y ella se bajó de inmediato, sin esperar ayuda, sin ni siquiera dejar que le abrieran la puerta; ella salió y caminó hacia la casa, ansiando dormir y alejarse de los pensamientos para poder, al otro día, ser la misma de siempre, la mujer sensata que no se lamentaba por lo que no podía cambiar y que siempre hacía lo correcto, bueno casi siempre. Subió a su cuarto y oyó vagamente cómo él la llamaba con un tono de preocupación, pero ella se limitó a esbozar una triste sonrisa y decirle que estaba muy cansada y quería dormir. En su cuarto llamó a la doncella para que le ayudara con el vestido, y luego se acostó, dejándose llevar por las profundidades del sueño y del olvido temporal.

Al día siguiente había recuperado su temple, los recuerdos se habían alejado temporalmente y cuando se encontró a Julián en el desayuno, actuó con total normalidad. Él no parecía del todo convencido de que ella estuviera bien, y Zafiro pudo notar cómo abría y cerraba la boca varias veces como si deseara hacer una pregunta, pero al final, tal vez fue la poca sensatez que tenía, o la mirada suplicante de ella por que no le recordara ese momento de debilidad, lo que hizo que callara y la conversación del desayuno fue alrededor de temas más superficiales.

Julián respondía de forma automática ante cada comentario de lo que Zafiro decía, pero su mente estaba en otro lado. La mirada de ella le había indicado que no deseaba que hiciera preguntas, y él podía respetar eso, pero que lo respetara no significaba que no fuera difícil aguantar las ganas de hacerlas, o que no se sintiera preocupado por lo que la atormentaba. La noche anterior se había comportado de una forma extraña, después de aquel comentario parecía haberse desmoronado, parecía haberse perdido en un mundo diferente; su expresión se había tornado melancólica y a él en verdad le preocupó. Zafiro podía ser un poco loca, y propensa a ataques de histeria, aunque lo negara, pero él podía afirmar que no era de las mujeres que se dejaba arrastrar por

una pena, ella era muy fuerte para eso. Supuso que lo que sucedió es que recordó algo relacionado con sus padres y, si era así, la comprendía y admiraba, no solo a ella, sino a todas las Loughy, pues se necesitaba de un fiero autocontrol para vivir eso y salir cuerdo del asunto; sin embargo, haber sobrevivido a lo peor no significaba que los recuerdos no siguiesen ahí, y que no pudieran aparecer de vez en cuando atormentado a las personas con las imágenes de lo sucedido.

Se sentía triste de solo pensar lo que ella debía haber pasado, no sabía qué especie de conexión se había formado entre ellos esas semanas, pero sentía que le importaba y, si ella sufría, él también se sentía mal. Lo que dijo la noche pasada era cierto, ella era la mujer perfecta, y no porque hiciera todo bien, sino porque era... especial, diferente. No le gustó verla como la vio en la noche, y no quería volver a verla así, después de todo, ella ahora era parte de la familia, y uno no quería ver a la familia sufrir, ¿cierto? Entendía que quizás era algo por lo que se sufría inevitablemente, pero aún así no podía evitar preocuparse. Quería hacer varias preguntas, averiguar si había alguna forma de mitigar la tristeza que, aunque negara, estaba ahí, pero no dijo nada, no dijo nada porque sabía que ella no quería, y que no era el momento. Ya llegaría el momento, tenían toda una vida para ello.

Terminaron de desayunar y aún no habían salido del comedor cuando una alegre Topacio entró en el lugar sin ser anunciada, como si esa fuera su casa.

—Buenos días —saludó con una radiante sonrisa en su cara.

Zafiro la miró con desconfianza, si bien era cierto que el humor de Topacio había mejorado considerablemente después del matrimonio, era imposible cambiar a una persona por completo, por lo que una Topacio muy sonriente solo significaba un arma para una batalla que pensaba ganar.

—Buenos días —saludó Julián cortés, al parecer no le extrañaba que su familia irrumpiera en su casa como si fuera suya sin ser anunciada.

—¡Les he traído un regalo de bodas! —aseguró señalando una bolsa de terciopelo que su mano derecha.

—¿Un regalo de bodas? —preguntó la pareja al mismo tiempo con desconfianza.

—Sí, un regalo de bodas —afirmó Topacio ampliando la sonrisa y sentándose al lado de Zafiro en la mesa.

Sin previo aviso, desató los lazos de la pequeña bolsa de terciopelo rojo y volcó su contenido en la mesa.

Zafiro abrió los ojos como platos al contemplar los preciosos ejemplares que tenía frente a sí. Infundados en oro y combinados con una buena porción de diamantes, se encontraban los zafiros que formaban una hermosa gargantilla, un brazalete, unos aretes y un anillo, cuya única diferencia con el suyo era la forma de la piedra que era ovalada en vez de tener la característica forma de corazón de los anillos de las Loughy. A pensar de no ser fanática de las joyas, no pudo dejar de admirar los intrincados y complicados diseños de las piezas.

El collar tenía al menos siete zafiros con incrustaciones de pequeños diamantes colocados en una extraña forma diagonal. El brazalete consistía en dos filas horizontales donde se alternaban zafiros y diamantes; y los pendientes, posiblemente eran los más sencillos, consistían solo de un zafiro cada uno, como para dar un toque de sencillez ante tanta extravagancia.

Tardó un poco en salir de su estupor y darse cuenta de que Julián veía a Topacio con el ceño fruncido.

—¿Cómo han obtenido esto? —preguntó en un tono un tanto brusco.

Topacio hizo su típico gesto de encogerse ligeramente de hombros para restarle importancia al asunto.

—Las hemos conseguido en una casa de empeños, las había llevado lady Gasford, ¿no es genial? —Volvió a sonreír dando a entender que ella esperaba que él le diera la razón, para su mala suerte él no lo hizo.

—¿Cuánto han pagado por ellos?

—Eso no importa, ¿no acaba de escuchar que es un regalo? A veces pienso que los hombres en verdad tienen problemas auditivos. —Soltó un dramático suspiro de resignación.

Julián negó con la cabeza.

—Hablaré con Adam...

—¡No! —afirmó ella— ¿por qué cree que no ha querido venir? Los hombres suelen ser muy cobardes, además, yo le dije, «seguro él no despreciará el regalo de una dama» y espero no equivocarme, ¿verdad, milord?, usted no sería capaz de despreciar mi gesto, eso no es de caballeros.

—Manipular de forma tan descarada no es de damas —contraatacó.

—Pero si la gente lo hace todo el tiempo —replicó—. Además, yo no lo estoy manipulando, solamente estoy... intentando convencerlo de aceptar mi regalo.

—Usted no entiende, yo...

—Usted las va a aceptar —se adelantó ella levantándose con sonrisa—. Bien, cumplido mi cometido, me voy, adiós —se despidió y salió de ahí antes de que él pudiera siquiera decir algo.

—¿Pero qué ha sido eso? —preguntó cuando salió del estupor.

—Una técnica que utiliza cuando no piensa aceptar un no por respuesta, suele ahorrar mucha discusión.

—Pero... ¡Estas joyas valen una fortuna! No puedo permitir que gasten semejante cantidad de dinero en recuperarlas, se supone que tenía que recuperarlas yo, son de mi familia —exclamó levantándose con brusquedad.

Zafiro también se levantó y le puso suavemente las manos en los hombros, instándolo a que se sentara de nuevo y se calmara.

—A veces uno no puede hacer todo, Julián —habló de forma razonable—. Ya las pagó; si quieres puedes devolverle después el dinero, por ahora, considéralo como un favor, es tu amigo, ¿los amigos se hacen favores, no?

—Sí, pero...

—Ahí está, asunto resuelto, no hay nada más que discutir, entonces.

Él la miró con una media sonrisa y luego posó su vista en la puerta por donde había salido Topacio hacía unos momentos.

—Empiezo a encontrar el parecido familiar.

Ella rio.

—Es una vena terca que viene en el apellido. Además, tengo especial interés en llevar estas joyas en la noche para la velada de los Harris.

Él arqueó una ceja.

—Creí que habías dicho que no eras aficionada a las joyas caras.

—No lo soy, pero me encantará ver la cara de lady Gasford si las ve.

Una sonrisa malvada se formó en su rostro, oh, vaya que le encantaría. Esa noche llevaría las joyas puestas, llamaría la atención de la gente, y a lady Gasford no le quedaría duda que no había comparación.

## CAPÍTULO 19

Cuando entraron esa misma noche en el salón de baile de los Harris, la pareja llamó de inmediato la atención. A ella le hubiera gustado pensar que era por la hermosa gargantilla de zafiros que adornaba su cuello, pero no era ingenua, y sabía que el motivo de tanta atención era la comprometedor situación en la que fueron encontrados el día anterior. Solo de pensar en que la gente debía estar imaginando que eran una especie de depravados o algo así, la hacía ponerse tan roja como un tomate ¿Por qué simplemente no pudieron creer su explicación? Simple, porque de haber sido así, no hubiera habido nada que comentar. Zafiro podía terminar de despedirse de su intachable reputación ya de por sí maltrecha después de lo de Gretna Green.

A pesar de que algunos los miraban con curiosidad, y otros con reprobación, los anfitriones se comportaron amables, así que supuso que fuera cual fuera la versión que aquellas dos matronas chismosas habían divulgado, no debió de ser tan mala como para ser excluidas completamente de la sociedad y negarles la entrada a la fiesta; su cuñada aún tenía posibilidades.

Aunque ya no gozaba de la reputación intachable que siempre la había identificado, Zafiro no se sintió tal mal por perderla como creyó que se sentiría, al contrario, al igual que Julián lo consideraba... divertido, sí; que Dios la ayudara, pero lo consideraba divertido. Ahora que pensaba detenidamente el asunto, la sociedad se llegaba a escandalizar por cosas insignificantes, y no es que cómo los habían encontrado la noche anterior fuera algo insignificante, pero aún así causaba gracia, pues era como si rompieran de alguna forma la armonía de su ordenado mundo de reglas, muchas veces, demasiado estrictas e injustas en su opinión. Era consciente de

las miradas reprobadoras de las matronas, pero no le importaba, es decir, ellas podían pensar lo que desearan pero, si no dejaba que su reprobación gobernara su mente, ¿por qué preocuparse?

Apenas paseó su vista por el salón, se encontró con todas las mujeres de su familia en una esquina y Zafiro juró interiormente. ¿Ahora sí habían decidido asistir? El día anterior, cuando las necesitaba, ninguna había hecho acto de presencia, pero ahora... suspiró y se preguntó si sería de muy mala educación hacer caso omiso de su propia familia. En la mañana Topacio no había hecho ninguna referencia al escándalo, pero por lo temprano de la hora, era probable que no se hubiera enterado aún; a esas alturas, sin duda, lo sabría todo Londres, después de todo, el chisme era como el aire, todo el mundo lo respiraba y vivía de él.

Se giró hacia Julián quien hizo una inclinación de cabeza hacia su familia como saludo y luego desapareció, al parecer, ansioso de no ser víctima de los comentarios de sus primas y de Rowena. «Cobarde», pensó Zafiro acercándose con la cabeza alta hacia su familia.

Cuando llegó, lo primero que escuchó fueron unas risas ahogadas por parte sus primas.

—Dime que es verdad —dijo Topacio con una sonrisa.

—¿Qué es verdad?

—Dinos que es verdad que has protagonizado un escándalo por voluntad propia— explicó Rubí y la miró expectante.

Zafiro suspiró, una familia normal hubiera dicho «Dinos que no es verdad», pero no debería sorprenderse, hacía rato que sabía que la suya no era normal.

—No es lo que parece. ¡Nos tropezamos! —aseguró ella y Topacio pareció decepcionada, pero Rowena suspiró aliviada.

—Menos mal, aunque la gente piensa otra cosa —le dijo su antigua tutora.

—¡Ya lo sé! No quiero ni imaginarme las cosas que se deben estar comentando.

—No es tan malo —aseguró Rubí—. Si te han dejado entrar, no es tan malo, pronto lo olvidaran.

—Te liaste con «la familia problemas», no se olvidará tan fácil —añadió Topacio y las demás la fulminaron con la mirada, pero Zafiro no.

—¿Estás bien? —inquirió Rowena viendo que a ella no parecía afectarle

ese asunto.

—Sí, ¿por qué?

—Pues parece muy... tranquila —dijo Rubí—. No parece en absoluto afectada por la pérdida de tu reputación.

—Bien... no lo estoy— respondió sinceramente.

Las mujeres la miraron sorprendidas.

—¿No lo estás? —preguntó Topacio con un tono de sorpresa en su voz poco característico en ella. Topacio pocas veces se sorprendía—. ¿Quién es el obrador del milagro? No, no me lo digas, ahora mismo le voy a dar mis más sinceras felicitaciones a tu esposo, incluso estoy dispuesta a perdonarle la ofensa de esta mañana al querer rechazar mi regalo.

Topacio se alejó, aunque Zafiro sabía que en verdad no iba a buscar a Julián, aún así no pudo evitar reírse. Las otras dos mujeres la miraron y examinaron su cara como si no la reconocieran y buscaran algo que le indicara que ella en verdad era la Zafiro de siempre. Ella era la misma, solo que un tanto... distinta, sí, se sentía distinta, había algo extremadamente satisfactorio en no tener ya una reputación perfecta que cuidar, no tendría que pensar dos veces antes de hacer algo, ni tendría que estar atenta ante cada palabra que dijera. Eso no significaba que de ahora en adelante viviría para escandalizar a la gente; no sería aceptada nunca más en un lugar si era así, pero no tendría tantas presiones, era un poco mas... libre.

Los músicos empezaron a prepararse para tocar las primeras notas y Zafiro buscó Julián con la mirada. Era tradición que las parejas casadas bailaran el primer baile juntos.

El salón estaba atestado y Zafiro tuvo que alzar el cuello para intentar localizarlo, cuando lo hizo, no le gustó nada lo que vio.

Julián maldijo interiormente lo atestado que estaba el salón y que le impedía huir de la fastidiosa mujer que tenía en frente. Lady Gasford lo había localizado cuando él intentaba buscar a sus amigos y no había dejado de hacerle discretas insinuaciones en voz baja desde entonces. Él había intentado alejarse y dejarla hablando sola, pues su opinión era que la mujer no merecía ninguna consideración por su parte, pero no había podido huir más de cinco pasos sin tropezarse con un grupo de gente. Lady Harris, era famosa por sus veladas, y eran pocas las personas que rechazaban una invitación a una, por

lo que el pequeño salón estaba atestado de personas y él no podía escapar con rapidez. Le había dicho a la mujer que lo dejara en paz, pero ella hizo oídos sordos a su exigencia y siguió hablando, sabiendo que él no se atrevería a repetir la exigencia en voz alta por temor a que alguien más lo oyera. Por última opción, se dedicó a buscar con la mirada a alguien que pudiera hacer de tabla de salvación, pero ni Adam ni Damián se veían a la vista, por lo que estaba atrapado.

—¿Qué dices, querido? —preguntó la mujer acercando la mano para quitarle una pelusa imaginaria del frac; él dio un paso hacia atrás para evitarlo y casi tropieza con un caballero.

Juró en voz baja, lady Harris debería aprender a invitar a menos gente a sus fiestas, o comprar una casa más grande

—¿Julián? —insistió la mujer.

—Lord Granard —corrigió él y miró alrededor para asegurarse de que nadie había escuchado esa falta de respeto, lo que le faltaría. Él sabía que lady Gasford no tenía vergüenza, pero nunca creyó que su cinismo fuera tal para atreverse a hacerle proposiciones ahí, en medio de un salón abarrotado donde cualquiera podía oírla.

La mujer sonrió de forma pícaro.

—Bien, lord Granard, ¿qué dice? —volvió a preguntar con voz seductora.

¿Qué decía? Él ni siquiera la estaba escuchado, había dejado de hacerlo cuando sus insinuaciones dejaron de ser sutiles y empezaron a ser más atrevidas; la vieja arpía ni siquiera temía ser escuchada, ¿no tenía vergüenza? Claro que no la tenía, si no era más que una prostituta de clase alta, una cortesana disfrazada de dama.

—No, y ya déjeme en paz —masculló intentando pasar de largo; lo hizo, pero mientras intentaba pasar entre un grupo de personas, la mujer volvió a estar a su lado.

Julián contuvo un gruñido de exasperación.

—Sé que puedes estar un poco molesto por el asunto de las joyas, querido, pero si accedes a mi petición, te las devolveré.

Al escuchar eso, sonrió con satisfacción, la vieja arpía aún quería hacerle creer que las tenía.

—¿Así que me las devolverá? —preguntó siguiéndole el juego.

—Sí, si en verdad las quiere, puede que al final decidas que las merezco más que tu insípida esposa.

Él dudaba que esa mujer le llegara a los talones a Zafiro.

—Veo que se tiene en muy alta estima, lady Gasford.

—Si te animas, descubrirás por qué.

—Lo que me parece raro —continuó él como si ella no hubiera hablado— es que alguien con una autoestima tan alta ande mendigando placer cuando podría conseguirlo en cualquier lado, ¿no le parece caer muy bajo? —interrogó él en voz baja, para que solo ella lo escuchara; la gente podía parecer inmersa en sus conversaciones, pero él sabía que hasta las paredes tenían oídos en la alta sociedad.

La pulla surtió efecto, a lady Gasford se le borró la sonrisa de la cara.

—Es usted un imbécil —espetó la mujer en un murmullo furioso— claro que cualquiera rogaría estar conmigo.

—Pues váyase a buscar a ese cualquiera, porque de mí no conseguirá nada. No sé cómo mi padre pudo caer tan bajo para estar con una mujer como usted.

La mujer empezó a enrojecer de rabia.

—Pues yo me quedaré con tus joyas, querido.

Él amplió su sonrisa.

—Quédese las, Dios sabe que necesitará de eso y muchos esfuerzos más para conseguir pagar las deudas de su hijo y no quedar en la calle. Aproveche sus últimos años de belleza, aunque —la examinó de arriba a abajo— creo que ya se acabaron.

Ella empezó a respirar con dificultad.

—Lo que creo es que no se cree capaz de satisfacer mis necesidades, seguro no es suficiente hombre para mí.

Él fingió horror.

—Me hiere profundamente, milady, pero si eso cree, ¿por qué sigue discutiendo el asunto?

—Algún día me rogarás que te preste atención, cuando te canses de tu querida esposa, me rogarás.

Él volvió a sonreír.

—Espero que guste esperar sentada, porque solo un tonto cambiaría a

alguien como Zafiro por alguien como usted, por Dios, ni siquiera se pueden comparar —aseguró y se giró para salir en busca de su esposa.

Las primeras notas de una melodía empezaron a sonar y la gente se había dispersado, por lo que no fue muy difícil huir y dar con ella, que parecía también estar buscándolo.

Julián le ofreció el brazo y ella lo aceptó, mirando con el ceño fruncido a lady Gasford que se alejaba en la dirección contraria. Como si sintiera su mirada, la mujer giró y su vista se posó de inmediato en el collar de Zafiro. Una expresión de rabia cruzó su rostro y Zafiro cambió rápidamente su ceño fruncido por una sonrisa que irritó a la mujer, quién se giró y empezó a alejarse con más velocidad.

—¿De qué hablabas con ella? —preguntó Zafiro mientras bailaban. Su tono amargo no le pasó desapercibido a Julián, quien dejó que una media sonrisa se instalara en su boca.

—¿Celosa?

—¡Claro que no! —respondió ella con demasiada rapidez y se ruborizó ante su propia intensidad—. Es solo que... tengo curiosidad.

—Digamos que aclaramos las cosas, creo que ya no molestará más.

En la otra esquina de la habitación, la condesa de Gasford miró con rabia mal disimulada a la pareja que bailaba alegremente. El hombre no solo la había rechazado, sino que se había burlado de ella, había recuperado las joyas y no le había dicho nada con la firme intención de hacerla quedar en ridículo cuando ella se diera cuenta; y la mujer... oh, seguro que había disfrutado mucho haciéndola pasar por esa humillación. Decidió que ya no molestaría más al hombre, aún tenía algo de dignidad para seguir rogándole a alguien que no sabía apreciar una buena compañera de cama cuando la tenía en frente; que se aburriera con su insípida esposa si era lo que quería, ella ya no se metería más en el asunto, se buscaría a alguien que sí pudiera recompensarla bastante bien por sus atenciones y se olvidaría de Julián Allen. Eso sí, que el destino no le presentara la oportunidad de desquitarse de la afamada pareja, porque no dudaría dos veces en aceptarla.

## CAPÍTULO 20

Tramaba algo, Angelique Allen tramaba algo, Zafiro estaba segura de ello y, aunque sospechaba qué, no podía afirmarlo aún, sin embargo, estaba segura de que la rubia tenía algo en mente. Desde aquella conversación con ella en el cuarto, habían venido sobreviniendo distintos acontecimientos extraños. Primero, la semana en que los Allen habían decidido no hacer acto de presencia en las cenas. Segundo, cada vez que hablaba con ella, los temas pasaban bruscamente de las veladas nocturnas a las cualidades de Julián y mencionaba una que otra anécdota en la que su esposo se había comportado de manera ejemplar, que, dada su tendencia a meterse en problemas, le sorprendía que hubiera algunas. Sin embargo, el suceso más raro, que había hecho confirmar sus sospechas, sucedió hacía un par de días.

Después de haber asistido a al menos siete fiestas casi seguidas, Zafiro y Julián empezaron a planear la salida al campo anteriormente dicha. Él, sabiendo de la afición de su hermana al campo, la invito a ir con ellos y ella aceptó encantada, al menos hasta que se enteró de que era la única de los hermanos que iba, ahí afirmó, entonces, que no iría y aseguró que no sería divertido sin los demás; también aseguró que no importaba e insistió en que fueran solos y que ella se quedaría encantada en Londres. Entonces, no solo ella, sino también Julián, supieron que la rubia planeaba algo. Ella lo negó, por supuesto, e hizo todo un drama digno de la mejor actriz del Drury Lane donde se mostraba ofendida por sus sospechas. Al final, la pareja había dimitido de interrogarla y se marcharon al campo ese mismo día. Solos.

La propiedad no quedaba muy lejos y, aproximadamente después de cinco horas de viaje, la residencia principal de los Granard se presentó ante sus ojos, rodeada de un hermoso campo en donde predominaba el verde. La

hermosa mansión construida con piedra blanca se imponía frente a ellos como si los estuviera esperando. Zafiro observó a su alrededor mientras se acercaban casi sacando la cabeza por la ventana, ansiosa de conocer el lugar donde pasaría la mayor parte de los meses cuando la temporada se acabara.

Cuando llegaron, dos grandes columnas de mármol estaban colocadas a ambos lados de las escaleras que los condujo a la puerta principal donde, justo antes de llegar, un mayordomo la abrió y les dio la bienvenida. Julián la presentó como su esposa y lo mismo hizo con el resto del personal que se había colocado de forma ordenada en el vestíbulo. Zafiro asintió ante cada nombre y se dijo que no le sería muy difícil recordarlos todos, pues la casa tenía al menos la mitad de los trabajadores que necesitaría una casa de campo normal. Al igual que la de Londres, no estaba completamente equipada de accesorios, pero sin duda estaba mejor provista. Había uno que otro cuadro, varios muebles, espejos... Era una casa muy bonita, en conclusión, y le agradaba que no fuera tan llamativa como otras, eso le daba un aspecto más acogedor.

Como ya era casi la hora de la cena, Zafiro se dejó llevar a la que sería su habitación y pidió un baño; después, se vistió con un vestido blanco y bajó a cenar recordándose mentalmente pedir un poco de dinero para vestidos nuevos. Puede que no fuera aficionada a la ropa, pero la gente empezaría a comentar si seguía llevando colores de debutante.

Cuando llegó al comedor, su esposo ya estaba ahí. Ella dejó que le apartara la silla y cuando se sentó, no pudo evitar notar el aura tranquila del lugar. Puede que la última semana se las hubieran pasado en fiestas y no hubieran cenado en casa, y puede que la semana anterior a esa hayan cenado solos por motivos raros del destino, pero cuando los Allen no estaban en un lugar, parecía notarse en el ambiente, era menos pesado, más agradable, quizás porque tenía la certeza de que estaban solos en el lugar, y el espacio era como más... íntimo.

Los criados sirvieron la cena, se retiraron y los dejaron solos. Un silencio se instaló en el lugar mientras comían, pero no era un silencio incómodo al contrario era... agradable, sí, agradable. Ninguno de los dos hablaba, pero las palabras no parecían necesarias. De vez en cuando, se lanzaban miradas como si fuera menester comprobar la presencia del otro, entonces, sus ojos

manténían la mirada por varios segundos, o tal vez minutos, y luego se apartaban para volver a la comida, para posteriormente volver a alzar la vista. En el comedor había como una especie de conexión mágica invisible, un aura positiva y alegre que los envolvía y hacían que el silencio fuera más un aliado que un enemigo que tenían que eliminar. La paz, lo único que se oía en el lugar era el sonido de las respiraciones de ambos y los cubiertos en contacto con la comida. A Zafiro le entró la extraña sensación de querer quedarse ahí toda la noche y todos los días, envuelta en esa agradable sensación de conformidad que rodeaba el lugar; conformidad con la vida, conformidad con la pareja que había escogido. Era... felicidad.

Terminaron de cenar y, a pesar de que los criados ya habían recogido la mesa, ninguno de los dos se retiró, en cambio, parecían buscar una excusa para quedarse en el mágico lugar que había resultado ser el comedor de la gran mansión. Zafiro lo miró y sus ojos se encontraron, volvieron a mirarse sin decir nada por al menos cuarta vez en la noche y él sonrió.

—Es una noche hermosa —murmuró él en voz baja como si temiera romper la magia del momento usando un tono alto.

—Sí —susurró ella incapaz de pronunciar más y su mirada se paseó por las sombras que proyectaban las luces de las velas.

—¿Quieres dar un paseo?

Ella asintió de repente entusiasmada con la idea de un paseo a la luz de la luna.

Animada, se paró de la silla y fue a buscar un chal o un abrigo para el frío de la noche.

Una vez afuera, Zafiro disfrutó del aire frío de la noche que le acariciaba el rostro y respiró el aroma a campo que emanaba, disfrutando del silencio que no se hallaba en Londres ni aunque fueran las tres de la mañana. Ella se estremeció cuando una ráfaga de aire frío atravesó la gruesa capa de su abrigo y se lo ajustó más para retener el calor. Sintió cómo él le pasaba una mano por sus hombros y la atraía hacia sí compartiendo el calor de su cuerpo. Sin pararse a pensar en el asunto, cedió al impulso de recostar la cabeza en el hombro de él y siguieron caminando distraídamente por los cuidados jardines.

La luz de la luna llena en todo su esplendor les iluminaba el camino y les

permitía ver los distintos tipos de flores sembradas estratégicamente a ambos lados del jardín.

—Es una casa muy bonita —comentó Zafiro deteniéndose para intentar observar unos rosales a su lado, que de día debían de verse hermosos.

—Lo es, más por los recuerdos que por otra cosa; aquí pasé toda mi infancia, junto con mis hermanos. Este fue nuestro hogar por mucho tiempo. A veces las cosas se ven más hermosas por los recuerdos que por su apariencia.

Zafiro asintió, intentando alejar los recuerdos de su adorada hacienda en la que había pasado ocho años de su vida antes de que esta ardiera en llamas.

—Se ve que es una propiedad bastante grande, seguro tenía varios escondites para cuando se metieran en problemas —dijo en un intento de humor.

Él la miró como si ella fuera una especie de adivina.

—¿Cómo lo sabes?

—No es difícil de suponer, no creo que los problemas los empezaran a perseguir ya adultos.

—No —admitió— desde jóvenes, pero creo que se volvieron más grandes a medida que crecíamos. Madre solía renegar del apellido y aseguraba que debía tener un maleficio, porque nadie podía vivir en tantos problemas y escándalos.

—Me gustaría saber en qué otros líos te has metido, además de los de lady Murray y su difunto marido.

Él sonrió.

—¿Siente acaso curiosidad por escuchar actos deshonorosos?

Ella asintió y él rio.

—Bien. Una vez en la velada de lady Derby, un vizconde encontró a su hermana encima de mí en los jardines.

A Zafiro le costó mantener la boca cerrada.

—Y no terminaste casado por...

—Por algún milagro del destino, la muchacha confesó que ella había urdido todo, un acceso de culpa supongo. Por suerte, solo nos vio su hermano, si hubiera habido más gente, nadie me hubiera salvado.

—¿Qué más? —preguntó curiosa.

—En otra ocasión fuimos al Drury Lane a ver una obra de teatro. Fuimos todos, menos Angelique claro, y empecé a discutir con mis hermanos.

—Déjame adivinar, armaron un escándalo en plena obra.

—Sí, pero también tenía unos gemelos de teatro en la mano, y en un movimiento brusco salieron volando al palco de al lado y terminaron golpeándole un ojo a lady Marlborough.

Zafiro ahogó un gemido e intentó en vano contener la risa. Era cruel reírse, pero no podía evitarlo.

—La mujer armó un escándalo que opacó la obra; incluso soltó uno que otro impropio nada correcto para una supuesta dama. Después empezó a acusarme de haberlo hecho a propósito y... —no continuó porque la carcajada de Zafiro lo impidió; él también sonrió, fue muy divertido.

—Yo... yo n-no debería reírme, pero... —otra carcajada sacudió su cuerpo.

—Fue muy cómico —admitió él—, aunque la pobre lady Marlborough tuvo que andar con un parche por varias semanas, parecía una mujer pirata; pero al menos no perdió el ojo, eso si hubiera sido un problema.

Zafiro se sacudió en otra carcajada y se apretó el estómago para no retorcerse de risa.

—Ahora cada vez que nos ve en el teatro sale corriendo.

Ante cada palabra de él la risa de Zafiro empezaba a volverse más fuerte, hasta ese punto de no poder emitir ningún sonido. Sus pulmones tenían dificultad para tomar aire y su cuerpo empezaba a doblarse.

—¡Pero qué barbaridad! —exclamó él en tono de fingido reproche— riéndote de la pobre anciana, eso es una falta de respeto, lady Granard.

Con dificultad, Zafiro consiguió llevar aire a sus pulmones y se calmó un poco.

—Veo que te divertiste mucho, y eso que no te conté la vez que...

—No —ella alzó la mano para interrumpirlo—. No más, por favor, no más —dijo porque no sabía si podía resistir otro ataque de risa.

Él se encogió de hombros y la estrechó más contra sí.

—No me imagino todos los dolores de cabeza que le causaste a tu pobre madre y a tu institutriz.

—Tuvimos al menos diez institutrices diferentes; ninguna se quedaba más de tres meses. Recuerdo que a la primera le puse un sapo en la cama, a otra la

bañe en miel mientras dormía, a la tercera...

—Ya basta —dijo Zafiro previendo un nuevo ataque de risa—. Luego no te quejes de que tus hermanos le cortaron el cabello a la última. Si salieron igualitos a ti.

—A nosotros —corrigió— y eso que no te he contado lo que han hecho mis hermanos, por ejemplo, Richard...

—¡No! No creo poder sopórtalo, dejémoslo ahí. Me compadezco de tu pobre madre.

Él asintió.

—Vivía en un lamento eterno, considerando que también estaba casada con un Allen.

—¿Se querían tus padres? —preguntó curiosa.

—En realidad, se querían bastante. Mi padre no era un mal hombre, pero después de que mi madre murió... —negó con la cabeza— cambió mucho. Empezó a jugar hasta volverse adicto. Buscó amantes para desahogarse... y murió como un Allen, en líos; mira que morir en la cama de su amante... no pudo ocurrírsele un mejor final para su vida.

Zafiro consideró el asunto y llegó a la conclusión de que era cierto, había sido un final digno de un Allen.

—Me preguntó por qué la afición al escándalo y a los líos.

—Ya te lo dije, va en el apellido. Nacimos para escandalizar a la gente.

—O para hacerles la vida imposible. Pobres institutrices, esos no eran problemas, era travesuras hechas a conciencia, y muy malas.

—Problemas eran los que teníamos cuando nuestros padres se enteraban.

—Me imagino..., pero eso los buscaban ustedes.

—Valía la pena.

Zafiro no respondió, por lo que él supuso que no compartía su opinión.

—Y tú, me vas a decir que en verdad no has hecho nada incorrecto en tu vida.

—Desde los ocho años no, al menos no por voluntad propia.

—Desde los ocho...

—Rubí y Topacio siempre cometían locuras —interrumpió como si no quisiera que él formulara la pregunta— y yo terminaba de forma inconsciente en ellos.

—Por ejemplo...

Zafiro se ruborizó, pensando si sería conveniente mencionar lo de la escapada al club de juego, o la visita a los gitanos. Al final decidió que mejor ninguna.

—Mejor no te lo digo.

—No creo que sea tan grave.

—Olvidalo.

Él no insistió, y ambos alzaron la vista al cielo y observaron el esplendor de la luna. Siguieron caminando por minutos en silencio, sintiendo el canto de los búhos y el sonido del viento azotando los árboles.

—Gracias.

Ambos cruzaron una mirada sorprendida cuando la misma palabra fue dicha por los dos al mismo tiempo.

—¿Por qué? —volvieron a hablar al unísono y rieron.

—Parecemos lo mellizos —comentó Zafiro.

—Habla tú primero —instó él.

—Gracias por todo, por haberme ayudado, por haberme protegido y por superar las expectativas que tenía de un marido. Fuiste como... un ángel que enviaron directo a ayudarme. Creo que haberme portado de forma correcta todos estos años sí tuvo una recompensa.

En su estupor ante las palabras, él no supo qué decir por varios minutos; no fue hasta que Zafiro pasó una mano por sus ojos para saber si estaba bien que volvió a la realidad. ¡Ella le daba las gracias! Por el amor de Dios, si el que había salido ganando en todo ese asunto había sido él. Ella había sido la salvación para su familia, y él podía asegurar que, si había una mujer perfecta en ese mundo, era la que tenía al lado. No solo era inteligente, sino que tenía una mezcla de astucia, locura, e inocencia que parecían atraerlo cada vez más hacia ella como si de una especie de fuerza invisible se tratara. Era extraño y no sabía muy bien cómo describirlo con palabras. Desde que había discutido con lady Gasford en el salón de baile y le había dicho las últimas palabras en defensa de Zafiro, había empezado a darle vueltas al asunto buscando encontrar la respuesta a miles de preguntas sobre ellos; de hecho, todavía lo hacía y, aunque no podía decir con exactitud qué era lo que le pasaba, sí podía estar seguro de una cosa, esa era la primera locura que cometía cuyas

consecuencias no habían sido malas.

—Sin embargo, yo creo que el ángel me lo han enviado a mí, hasta tienes el aspecto y el carácter de uno —señaló, tomándole uno de los mechones de cabellos rubios entre los dedos—. No solo has salvado a mi familia, has metido en cintura a los gemelos, has sido una compañía para Angelique, sino que creo que eres más de lo que siempre esperé en una esposa. Eres perfecta y en estos momentos me siento tentado de ir a agradecer a Richard y a Alec por la locura que desencadenó este matrimonio.

Ella sonrió y se ruborizó por las palabras. Un brillo burlón apareció en su ojos.

—No se las des, o en una de esas terminas yendo a sacarlos de Newgate o a presenciar cómo los ahorcan en la plaza.

Él se carcajeó.

—Tienes razón, mejor que reflexionen un tiempo en por qué no se puede secuestrar a las personas.

Zafiro volvió a sonreír y, en un impulso atrevido, se puso de puntillas y lo besó. Se besaron de forma suave y pausada, como si se tratase más de una caricia que de un beso, parecía que querían tomarse su tiempo en disfrutar del beso tal y como si fuera un plato exquisito que comían poco a poco deseando que nunca se acabara. Se besaron y la luna fue la única testigo de eso que había cambiado y de lo que ninguno se había dado cuenta.

## CAPÍTULO 21

**A**l día siguiente, Julián pasó toda la mañana y parte de la tarde resolviendo los asuntos que lo llevaron ahí, por lo que Zafiro tuvo tiempo de recorrer la casa y de pensar mientras lo hacía.

La noche anterior había ocurrido algo extraño, y Zafiro se propuso descubrir qué. Desde que llegaron al lugar, poco después de que el sol se ocultara, parecía que algo mágico había surgido entre ellos; la silenciosa cena, el paseo bajo la luna, lo sucedido durante y después de este, todas podían parecer actividades normales, pero para Zafiro había algo que las hizo diferente. Una especie de intimidad había surgido la noche anterior entre los dos, algo había cambiado, y después de analizar meticulosamente el asunto por al menos dos horas, después de tomar en cuenta todas las posibilidades y de haber descartado otras, Zafiro había llegado a la conclusión de que estaba enamorada.

No era algo que pudiera explicar, ni entender por completo, pero estaba segura de estarlo, es decir, ¿de qué otro modo se podía explicar esa devoción incondicional hacia otra persona? ¿De qué otra forma podría describir ese sentimiento de confianza, cariño y posesión hacia el otro? Esa sensación de felicidad que la invadía cada vez que estaba a su lado; ese sentimiento de que mientras estuviera con él ya nada parecía importarle, ni su reputación, ni sus viejas costumbres, ni lo correcto; era como si solo el hecho de estar con él borrara cualquier retazo de cordura y la incitara a aventurarse en la vida sin tomar en cuenta las consecuencias, todo mientras él estuviera con ella. Esa no era ella, ella no era así, pero, por otro lado, no le disgustaba esa nueva parte de ella. Se sentía más libre, mejor, y todo desde que ese hombre se había topado en su camino.

En un principio, cuando empezaron a acarrear las desgracias, llegó a pensar que todo había sucedido desde que él se había metido en su vida, o desde que ella se había metido en la de él, mejor dicho; todos los males parecieron caerle como las siete plagas y, aunque sabía que nada de lo que había sucedido era culpa de él, ella vio ese encuentro con él aquella noche, esa insensatez que cometió, como una especie de acción que rompió el hilo de estabilidad en su vida y vinieron los problemas. Ahora, solo lo veía como algo del destino y, aunque esa versión no era menos absurda que la anterior, pues nunca había sido creyente de ese tipo de cosas, tenía que admitirlo, todo parecía haber sido perfectamente planeado para que ella encontrara el amor que nunca creyó que encontraría.

Después de la muerte de sus padres, Zafiro se había concentrado en ver el mundo de una forma realista, tomando conciencia, después de aquel terrible suceso, de que la vida era cruel y no todo terminaba en un final feliz. Se mentalizó diciéndose que el amor que vivieron sus padres no tendría por qué vivirlo ella también, y se convenció de que era mejor así, pues no sabía lo que la vida cruel podía tenerle deparado si lo encontraba. En cambio, ahora que experimentaba lo maravilloso del sentimiento, pensaba diferente, más optimista, y se obligaba a creer que el «felicidad para siempre» existía. Parecía como si el amor le hiciera ver una nueva perspectiva de la vida, le hiciera renacer la esperanza y le susurrara al oído que creyera que todo estaría bien. La instaba a vivir el presente y olvidarse del futuro, no pensar en él, ni mortificarse pensando que lo que hoy era alegría, podía ser después desgracias. Le decía que era mejor disfrutarlo durara lo que durara y ella estaba dispuesta a hacerlo, solo había un problema, lo que sentía él.

Zafiro desconocía los sentimientos de su esposo y temía averiguarlos. Las palabras que le dirigió la noche anterior eran muy hermosas, y en parte habían contribuido a que la barrera que separa lo emocional de lo racional se derrumbara, pero eso no significaba que él sintiera lo mismo. A ella le gustaría creer que sí, que la noche anterior había sido tan especial para él como lo fue para ella, pero el amor no la había afectado hasta aquel punto; todavía quedaba una parte sensata en su cabeza que le decía que no se apresurara, y que, antes de confesar lo que sentía, debía asegurarse de que él sentía lo mismo; su orgullo no toleraría un rechazo, sería muy vergonzoso y

la vida sería incómoda, pero ¿cómo podía descubrirlo? Obviamente no podía solo preguntárselo, no, tenía que averiguarlo de otra forma, pero su cerebro, que siempre solía saber qué hacer, no encontraba nada en ese momento. Era un tema nuevo para ella, y por eso ignoraba cómo actuar. Debería hablar con alguien que sí supiera, y su familia estaba llena de expertos en la materia, ahora solo debía decidir con quién hablar.

Topacio estaba descartada. Su prima podía ser muy buena persona, pero nunca se andaba con rodeos y Zafiro podía adivinar que el único consejo que recibiría era una declaración directa arriesgándose a la respuesta y Zafiro no estaba dispuesta a eso. Rubí, por su parte, podía ser una opción, pero Rubí era indecisa, Zafiro sabía que se había debatido mucho antes de confesarle a Aberdeen su amor, y estaba casi segura de que no lo hizo hasta que él habló primero, por lo que no sabía qué aconsejarle. Quedaban Rowena y Esmeralda. Esmeralda sin duda era una experta en el tema, y puede que tantos libros de romance le dieran la sabiduría que no le había dado la experiencia por su juventud, pero puede que también le diera una visión poco realista de la vida; por otro lado, Rowena tenía la experiencia de los años y una visión clara de la realidad, ¡Sí! Hablaría con Rowena en cuanto regresara, ella la ayudaría, por ahora, las cosas seguirían lo más normal que su descubrimiento le permitiera. Esa tarde él había prometido que recorrerían las tierras a caballo antes de la cena, aprovecharía y lo observaría para intentar descubrir algún indicio de lo mismo que lo que la atacaba a ella: el amor.

Zafiro se rio de lo irónico del asunto, mira hasta donde había llegado. Ella, que siempre había sido una persona sensata, realista, consciente de las limitaciones de la vida, estaba ahí, pensando en la mejor forma de descubrir si su marido la amaba e intentar decidir cómo se lo decía ella. Era definitivo, ese hombre había irrumpido en su vida para volverla loca.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando Zafiro y Julián salieron a recorrer la propiedad. Absorta en lo que era su nuevo hogar, Zafiro se olvidó por un momento de sus preocupaciones emocionales y se dedicó a observar meticulosamente el lugar y a memorizar los caminos por si quería dar un paseo en un futuro. Mientras Julián hablaba y describía cada parte, ella escuchaba con atención sintiéndose bastante cómoda, como si solo el hecho de descubrir sus sentimientos hiciera que se sintiera a gusto con el entorno y

su nueva casa.

Llevaban paseando al menos dos horas cuando unos truenos les indicaron que era hora de regresar. Ella se estremeció instintivamente ante el sonido que para las Loughy era sinónimo de desgracias. A veces deseaba no vivir en un país donde el clima fuera tan cambiante, y las lluvias recurrentes eran una completa tortura. Zafiro no estaba segura de que todas las Loughy sintieran la misma aflicción hacia las tormentas, pero ella, sin duda, no las soportaba y el esfuerzo que tenía que hacer para alejar los recuerdos era mucho.

Emprendieron el camino de regreso lo más rápido que pudieron, pero fue muy tarde. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer apenas diez minutos después de empezar a cabalgar hacia la casa, y en menos de cinco minutos la llovizna se convirtió en aguacero. El agua empezaba a empaparlos y a calarlos hasta los huesos y, si no buscaban refugio pronto, terminarían enfermando gravemente antes de llegar.

Julián miró a su alrededor como para ubicarse y luego le hizo una seña con la cabeza para que lo siguiera. Zafiro lo siguió, entrecerrando los ojos para evitar que la tierra transportada por el fuerte viento le escociera los ojos. Al cabo de cinco minutos soportando la furia de la naturaleza, Zafiro divisó una pequeña cabaña construida entre una especie de arboleda. Llegaron ahí y Julián refugió los caballos en lo que parecía un viejo establo casi destruido, mientras, Zafiro entró en la cabaña que no debía medir más de diez metros cuadrados en total. El lugar estaba oscuro, por lo que no podía observarlo con claridad hasta que Julián entró, tomó unos trozos de madera que al parecer estaban en la habitación y logró encender la chimenea con unas cerillas que no supo de dónde sacó.

El fuego de la chimenea iluminó gran parte del pequeño lugar y Zafiro se dio cuenta de que la habitación estaba compuesta por un catre en una esquina, una pequeña mesa, tres sillas frente a la chimenea; además había una cómoda al lado del catre.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Zafiro acercándose a la chimenea para impregnarse de su calor.

—¿No te lo imaginas? Uno de los muchos escondites que usábamos cuando cometíamos alguna travesura y teníamos que esperar a que a nuestros padres se les pasara la rabia.

Zafiro rio.

—Con razón está tan bien equipada —comentó viendo la pila de leña al lado de la chimenea.

—Sí, yo la sacaba a escondidas de la casa y en cuanto podía la traía aquí; nunca se sabía cuándo necesitaría venir de emergencia. Después, Richard y Alec siguieron surtiéndola. Posteriormente la ocupó Angelique. Nunca se la mostré a los mellizos y no tengo intención de hacerlo. Pueden tomarla como una especie de cuartel y sabrá Dios qué planearían.

Zafiro negó con la cabeza en gesto reprobatorio y sonrió.

—Será mejor que te quites esa ropa si no quieres coger una pulmonía —comentó él mientras se deshacía de su propia vestimenta.

Zafiro asintió y empezó a desabotonarse el empapado traje de montar color marrón. Cuando se lo quitó, se quedó solo en camisola y colocó el traje en una de las sillas cerca de la chimenea para que se secase. Otro trueno rompió el silencio de la noche y un estremecimiento recorrió el cuerpo de Zafiro.

—¿Tienes frío? —preguntó él y Zafiro asintió para no tener que dar explicaciones.

Se giró a verlo y se dio cuenta de que se había deshecho de toda su ropa, menos de los pantalones. Julián agarró la sábana que cubría el catre y la sacudió. Una nube de polvo llenó el lugar y Zafiro estornudó dos veces. Él examinó la sábana y después de asegurarse de que estaba aceptablemente limpia, se la ofreció para que se cubriera. Zafiro la aceptó, pero miró la sábana con el ceño fruncido, al final negó con la cabeza.

—No, creo que estaré bien así.

—Cúbrete —ordenó él—. Así en camisola eres una tentación andante, y no creo que una cabaña polvorienta sea el mejor lugar para hacer el amor.

Zafiro se ruborizó ante su sinceridad, y después de debatirse unos segundos entre si cubrirse o no, se quitó la empapada camisola y decidió hacerlo, y no es que la posibilidad de hacer el amor con él no le resultara tentadora, sino que el lugar no era el apropiado, y no creía que con la tormenta que se estaba gestando allá afuera pudiera concentrarse en otra cosa.

—¿Crees que tarde mucho en terminar? —preguntó abrazando la sábana cuando otro trueno resonó en el lugar.

—¿La tormenta? Espero que no, no me gustaría perderme la cena.

Ahora que lo pensaba, a ella tampoco le hacía gracia esa idea, pero por ahora, le preocupaba más los aterradores sonidos que otra cosa.

Sentándose en una de las polvorientas sillas que tuvo cuidado en sacudir, Zafiro se dedicó a observar el fuego crepitante de la chimenea, poniendo especial atención en las llamas que bailaban de un lado a otro y proyectaban sombras en el pequeño lugar, haciendo un verdadero esfuerzo por ignorar que el cielo se estaba cayendo allá afuera y que los truenos y rayos parecían querer romper su estabilidad mental. En ese tipo de noches, era cuando más extrañaba a su familia; Rubí siempre se iba a refugiar a su cuarto y entre conversaciones triviales siempre lograban aligerar la tensión, pero ¿ahora?

—¿Juegas ajedrez? —preguntó él de repente, llamando su atención.

—Sí.

Vio entonces cómo él abría una de las gavetas de la cómoda y sacaba un estuche de madera, se deshacía del polvo que lo cubría y lo colocaba en la mesa. Cuando lo abrió, Zafiro se encontró con un juego de ajedrez también tallado en madera.

—Cuando las estadías eran muy largas, Richard y yo solíamos jugar, y después, cuando me volví muy mayor para travesuras, él siguió jugando con Alec.

—¿Cuánto tardaba en pasárseles el enojo a tus padres? —preguntó ella con curiosidad mientras sacaba con cuidado el tablero y empezaba a acomodar las piezas.

—Dependía de la travesura, cuando espantábamos a alguna institutriz, al menos unas cuatro horas pasaban antes de que se calmaran un poco y redujeran el castigo.

Ella rio.

—Eran un caso perdido.

—Somos un caso perdido —corrigió él— ¿negras o blancas?

Ella eligió las blancas y comenzaron a jugar.

Hasta ahora, Zafiro no había encontrado un digno contrincante que pudiera vencerla en el ajedrez, pero no tardó en descubrir que Julián era ese contrincante tan esperado que le diera pelea. Literalmente, estaban empatados, ambos habían ganado dos partidas de cuatro y llevaban en ese momento al menos veinte minutos en la misma partida, mientras cada uno

analizaba cuál sería el mejor movimiento para destronar al rey del otro. Entre la concentración del juego y la excitación de este, Zafiro había llegado casi a olvidar los truenos de allá afuera y, aunque se sobresaltaba de vez en cuando ante un trueno prolongado, ya no parecía tan afectada, pero no estaba segura de si era por el juego o por la compañía.

—Jaque Mate —dijo Zafiro cuando él hizo un mal movimiento y ella pudo deshacerse de su rey.

Él miró enfurruñado el tablero.

—Has hecho trampa —declaró.

—¡Claro que no! —replicó ofendida— ¿Cómo podía haber hecho trampa?

Él señaló la sábana que se le había abierto un poco y dejaba al descubierto parte de sus senos.

—Me he distraído —explicó.

Ella rio.

—Eres un mal perdedor.

—No, tú eres una seductora.

Ella soltó otra carcajada y él se paró de su silla y poniendo ambos brazos en el reposabrazos del de la de ella, la acorraló.

—Sabes, pensándolo bien y, dado que parece que nuestra estadía aquí será un poco larga, el lugar ya no me parece tan inapropiado para divertirnos un poco.

—Pero si nos divertíamos —dijo ella con fingida inocencia señalando con la cabeza el tablero de ajedrez.

Él sonrió

—Me refiero a otra clase de diversión, más... interesante.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Ella estaba a punto de ceder, y lo hubiera hecho si no fuera porque otro trueno más fuerte y prologando que los demás la hizo consciente nuevamente de la tormenta, provocando por enésima vez en esa tarde una pelea entre ella, y los recuerdos que la atacaban y que intentaba ignorar. Cerró los ojos mientras intentaba concentrarse en donde estaba y con quién, pero cada vez se le hacía más difícil. Empezaba a escuchar los sonidos de aquella noche, cuando huían de algo desconocido hacia un futuro incierto y su mente no

tardaba en recordar la causa de su huida. Viejas imágenes de un río de sangre pasaron frente a sus ojos y solo un gran autocontrol evitaba que empezara a sacudir la cabeza como una loca para alejarlos. Era un trauma, tenía un verdadero trauma con las tormentas.

—Zafiro, ¿estás bien? —oyó que preguntaba él y con gran esfuerzo abrió los ojos.

Cuando su mirada se posó en la de él, una extraña calma pareció recorrerla y los fantasmas del pasado empezaron a alejarse como almas que ya habían molestado mucho a alguien y querían a otra víctima.

—Sí, estoy bien —respondió, pero él no parecía muy convencido.

—¿Te dan miedo los truenos? —preguntó con cautela.

—Más o menos.

Era casi la verdad, los truenos en sí no le daban miedo, pero lo recordaba sí. No entendía por qué, se supone que eso había sido hacía años, y esos eran recuerdos y nada más; lo más doloroso ya había pasado, pero por algún motivo estos tenían la misma capacidad de turbarla, como si estuviera de nuevo en aquel salón lleno de sangre.

Al ver que él arqueaba una ceja, en signo de que esperaba una explicación más concreta, ella respiró hondo y confesó.

—El día en que murieron nuestros padres, se desató una gran tormenta, precedida por horribles truenos que parecían haber sido presagio de la desgracia.

Más recuerdos, Dios, porque era tan difícil sacárselos de la cabeza.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó con cautela acercando una silla y sentándose a su lado.

Ella negó con la cabeza.

—No vale la pena, solo traería más recuerdos, y sería peor, es mejor intentar olvidar.

—¿Has llorado alguna vez por ello?

Ella frunció el ceño ante la extraña pregunta, pero aún así, respondió.

—Todas las noches por al menos un mes. También cuando me sentía sola y quería un consejo de mi madre... o cuando me enfermaba y rezaba por que ella estuviera ahí diciéndome que todo estaría bien... Rowena siempre se ocupó de ello, pero nunca fue lo mismo.

—No, imagino que no.

—Nunca entenderé por qué la vida fue tan cruel con personas tan buenas — continuó ella sintiendo de repente la necesidad de seguir hablando—. Ellos nunca hicieron daño a nadie, no entiendo por qué alguien quería hacerles daño.

Zafiro deslizó sus dedos por la superficie del tablero de ajedrez mientras dejaba que dos solitarias lágrimas bajaran por sus mejillas.

—Sin embargo —siguió—, eso solo me enseñó que nunca hay que dar nada por sentado, un día puedes tenerlo todo y otro día nada.

—No entiendo... —murmuró Julián— ¿nunca se enteraron del motivo de la masacre? ¿no se hicieron investigaciones? ¿nada?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca llegaron a una conclusión en concreto. Fue un asesinato, eso quedó claro, pero nunca averiguaron por parte de quién. Los Loughy eran personas afables, sin enemigos peligrosos, y para la policía quedó claro que no querían destruir a uno sino a todos —contó echando una mirada de reojo a su anillo—. El que instó eso quería deshacerse de todos y fue atacando uno por uno. Primero, incendiaron la hacienda de mi padre, después, quebraron la de los padres de Topacio, y el golpe final lo asestaron en la casa del tío Albert, el padre de Rubí. Faltaban pocos minutos para Navidad. Fue un golpe cruel, una burla, como si dijeran: «Ahí tienen su regalo». Un golpe magistral —mencionó tomando un peón y usándolo para hacer caer deliberadamente al rey blanco como en representación de lo que acababa de decir.

Ella calló y él la observó anonadado por el relato. Zafiro empezó a jugar con el peón, mientras las únicas dos solitarias lágrimas que había soltado se detuvieron en su barbilla y luego mojaron la pequeña mesa. Para su sorpresa siguió hablando.

—La rabia porque no se hizo justicia me persiguió por muchos años — admitió— pero, después de un tiempo, en aquellas noches de tormenta, mientras analizaba los recuerdos, llegué a la conclusión de que, a pesar de que hubo daño, algo debió salir mal.

—¿A qué te refieres?

—A que probablemente el desconocido causante de la tragedia también haya muerto en el intento. —Antes de que él pudiera preguntar cómo lo sabía

ella continuó—: estoy segura de que Topacio vio todo, nunca fue la misma y, si no me equivoco, debía estar escondida en el armario que llegó para mi mamá ese día. El pedido había llegado tarde y aún no lo había subido. Era un lugar idóneo para jugar a esconderse y estaba en una esquina del salón, proporcionando una perfecta vista alrededor.

—Dios —murmuró él, incapaz de imaginar a una niña presenciado semejante masacre.

—Ella nunca mencionó nada, pero no hay que ser muy inteligente para deducir que nunca fue la misma desde entonces. El hecho es que, si Topacio lo vio todo, debió deducir quién estaba al mando, o al menos tener una mínima pista de quién fue o de uno de los agresores; Topacio no es tonta, debió haber captado un detalle y, si fue así, no hubiera descansado hasta tomar venganza y, si no la ha tomado aún o no nos ha mencionado nada al respecto, es porque considera de alguna forma la ofensa pagada. No lo sé, es solo una deducción hecha por una adolescente cansada de buscar respuesta a lo imposible. Nunca se lo pregunté, ni se lo preguntaré porque sé que a ella no le gusta hablar de ello. Además, es buena persona y, si no nos dijo nada, por algo es, yo confío en ella.

Si estuviera en su lugar, él no se hubiera quedado tan tranquilo al respecto, pero no lo mencionó, no era él quién había vivido el asunto.

—Al final, ¿de qué vale descubrir la identidad del culpable si el daño ya se hizo? No se puede cambiar nada, y solo queda batallar contra los terribles recuerdos.

Él le acarició la mejilla con ternura, conmovido por su relato, pero a la vez presintiendo que le ocultaba algo. El desasosiego que permanecía en su mirada se lo decía, como si hubiera algo más que la atormentara.

Como si le leyera el pensamiento, ella siguió.

—¿Pero sabes qué es lo peor? —preguntó tomando entre los dedos a la reina y haciéndola girar entre ellos mientras su boca esbozaba una triste sonrisa— Lo peor no fue soportar la incertidumbre de qué sucedía mientras estaba escondida en una de las habitaciones de arriba y los disparos sonaban en toda la casa. Lo peor no fue bajar con el cuerpo tembloroso y encontrarse cuerpos inertes en el piso a la vez que todo parecía cubierto del espantoso color rojo de la sangre. No, lo peor fue tener la certeza de que ellos habían

muerto, y habían muerto molestos conmigo, porque ese día, el de Noche Buena, mi sentido común había decidido no hacer acto de presencia y me inmiscuí en algo que pudo haber afectado gravemente.

—¿Qué sucedió? —preguntó con suavidad.

—Él se llamaba Jackson —comenzó—, era el hijo del médico del pueblo, y solíamos ser muy amigos, era amigo de todas en realidad, pero se llevaba mejor conmigo, teníamos muchas cosas en común y solíamos bromear con que nos casaríamos cuando creciéramos.

Por algún motivo, esa idea no le causó gracia a Julián, pero se obligó a apartar esos pensamientos que no venían al caso.

—En el pueblo había un brote de fiebre escarlatina, nosotras habíamos estado recluidas en la casa por miedo a que se nos contagiara, pero el día de Noche Buena, al escuchar una conversación entre unos mozos de cuadra, me enteré de que él había enfermado y que estaba muy grave, incluso el mismo doctor estaba preocupado porque pensaba que no sobreviviría ese día. Le rogué a mis padres que me llevaran a verlo, pero se negaron por miedo a que me contagiara, así que, en un impulso insensato, me escapé para visitarlo. Sabía que corría muchos riesgos, que podía contagiarme, pero tenía la necesidad de ir a verlo; si moría y yo no me despedía, me iba a sentir muy mal.

»Cuando llegué a su casa, entré por la puerta de la cocina y empecé a buscar su cuarto. La vivienda no era muy grande y no se me dificultó mucho la tarea, lo encontré pronto y lo vi ahí, tendido con todas esas manchas rojas en el cuerpo, pálido y los ojos desenfocados por la fiebre. Me acerqué en silencio cuidando de no despertar a la señora Foster, su madre, y él me sonrió a manera de bienvenida. Yo le pregunté cómo estaba y él dijo que bien, pero eso no era cierto. Llevaba unos minutos ahí cuando el doctor Foster entró y me vio, me sacó de ahí y apenas me dio tiempo de decirle adiós. El hombre me llevo a casa y me reprendió en todo el camino, pero no fue nada comparado con el ataque de histeria que sufrió mi madre y el enojo de mi padre. Se pusieron furiosos y me reprendieron muy duro, asegurándome que luego me castigarían. Yo también me molesté, y peleamos, ellos no entendían la necesidad de despedirme. ¡Era mi amigo! Un amor platónico, si moría y yo no me despedía, me iba a sentir muy mal. Sé que estaban preocupados por mi

salud, y que se pasaron toda la noche con el temor de que me pudiera haber contagiado, y eso fue probablemente lo peor de todo, ni siquiera pudieron disfrutar como se debía su último día de vida por mi culpa. Al menos al final no me contagié, pero el pobre Jack murió esa noche según tengo entendido. Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza que les arruine su último día de vida y que se murieron enojados conmigo.

Julián le pasó un brazo por los hombros en gesto reconfortante.

—No podías saberlo, cielo, no eras adivina, no podías saber que morirían esa noche.

—Pero sabía que se disgustarían.

—Bien, sí, hiciste un acto muy peligroso, pero en cierta forma entendible. Era tu amigo, yo también hubiera querido despedirme de un amigo si sabía que iba a morir.

Ella asintió y esbozó una sonrisa melancólica.

—Siempre me repito lo mismo, pero eso no lo hace menos difícil.

—Estoy seguro de que ellos no se fueron molestos contigo, te amaban; si no lo hicieran, no hubieran estado tan preocupados por ti.

Ella asintió un poco.

—Lo sé, pero... —suspiró— supongo que ya no vale la pena lamentarse. No obstante, eso no alivia los recuerdos.

—Pero yo puedo hacerlo, de ahora en adelante, cada vez que una fea tormenta te traiga feos recuerdos, yo estaré ahí y haré todo lo posible por que estos no se formen en tu cabeza. Conseguiré distraerte lo suficiente para que nunca más los recuerdos vuelvan a atormentarte.

Zafiro sintió cómo los ojos se le empezaban a llenar de lágrimas y parpadeó repetidas veces para alejarlas. Sus palabras la habían dejado conmocionada y una leve esperanza empezó a formarse en su corazón, sin querer crecer por completo, pero ya tampoco sin poder librarse de ella.

Emocionada, recostó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, disfrutando de la agradable sensación de su contacto reconfortante, sintiendo que no había nada que le hiciera daño si él estaba con ella.

—Cuando vi a mis padres muertos y la culpa me embargó, juré interiormente que jamás volvería a cometer una insensatez.

Él la miró.

—Debo suponer que gracias a mi has roto esa promesa más veces de la esperada.

Zafiro sonrió y lo miró a los ojos

—No —respondió—. Te aseguro que todo lo pasado contigo han sido las cosas más correctas y acertadas que he hecho en mi vida.

Lo besó para no darle tiempo de analizar la afirmación y, mientras se besaban, afuera dejó de llover.

## CAPÍTULO 22

Cuatro días después de lo acontecido en la cabaña, la pareja regresó a Londres y Zafiro tuvo que luchar contra la decepción que le provocaba abandonar el lugar que se había vuelto mágico para ella.

Los siguientes días después de las confesiones fueron aptos para recorrer el lugar. El tiempo estuvo extrañamente agradable y ni una gota de lluvia les arruinó el resto de los días. Pasearon a caballo, a pie, almorzaron al aire libre y disfrutaron como nunca; e incluso llegaron a bañarse en un pequeño lago de la propiedad. Fueron días maravillosos y, cuando llegaron a Londres, el contraste de la ciudad y el campo no pudo hacerse más evidente. Definitivamente la magia que se produjo en el campo podía hacerse presente en Londres mientras todo ese ruido atestara la ciudad. Lo bueno era que faltaba poco para el fin de la temporada y podrían retirarse; con mucha posibilidad también irían sus cuñados..., pero podría soportarlo, después de todo, ellos eran la causa indirecta de su felicidad y, aunque no pensaba decírselos, ya no le caían mal.

A penas llegaron a Londres, Zafiro decidió buscar a dos expertas de la materia en amor para que ayudaran a resolver el lío en que se había metido cuando decidió enamorarse.

Rowena se mostró encantada al saber que otra de sus pupilas estaba felizmente casada y le aseguró que él debía estar ya enamorado, pues quién no podría enamorarse de alguien como ella, había dicho su tutora, pero Zafiro no estaba muy convencida.

—Los hombres son lentos de entendimiento con respecto a lo que amor se refiere —comentó Esmeralda cerrando uno de sus numerosos libros. Las tres estaban en la habitación de ella—. Según lo que he leído, siempre son los

últimos en darse cuenta y, si se dan cuenta, jamás serán los primeros en decirlo.

Zafiro frunció el ceño, no muy segura de qué tan parecida sería la realidad a la ficción. Se giró a Rowena pidiendo una confirmación.

—Temo que, si es así, querida —confirmó—, a mí no me pasó. William y yo nos dimos cuenta rápido de nuestros sentimientos, pero no todos son así, verás ellos son menos...

—¿Expresivos? —ayudó Esmeralda.

—Exacto, menos expresivos. Tardan mucho en ponerle nombre a un sentimiento desconocido y, cuando al fin lo hacen, se les hace difícil decirlo; mi consejo es que tengas paciencia, tarde o temprano él se dará cuenta.

—Pero ¿y si no está enamorado? —preguntó Zafiro— ¿cómo se supone que una pueda vivir así?

—Te recordaba más optimista, Zafiro—reprendió Rowena— todo saldrá bien, confía en mí.

Cuando regresó a su casa, Zafiro no estaba segura de haber mejorado su incertidumbre, pero no podía hacer más que seguir el sabio consejo de esperar, que le había dado Rowena.

Apenas entró en la casa, lo primero que observó Zafiro fue que la casa estaba completamente llena de lodo y había varios objetos rotos tirados por el piso.

—¡Dios! ¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó observando con horror el lugar.

Angelique, que apareció en ese momento en el vestíbulo como si hubiera estado esperándola cerca, le respondió.

—Los mellizos han tenido una pelea. Edwin le ha robado la muñeca favorita de Clarice y no quiere decirle dónde está. Clarice, molesta, fue al invernadero por tierra, la colocó en un balde, le echó un poco de agua para humedecerla y empezó a atacar a Edwin con bolas de barro para obligarlo a devolverle su muñeca, pero Edwin ha hecho lo mismo que Clarice y ambos iniciaron una pelea de barro por la casa.

—¿Y nadie ha detenido esta locura? —preguntó atónita.

Con razón los niños no tenían aún institutriz. Zafiro había intentado contactar con la señorita Smith, pero la mujer nada más escuchar el apellido

Allen se negó, aseguró que las travesuras de esas criaturas eran legendarias y que ella no pensaba inmiscuirse con ellos. Si la señorita Smith no aceptó, sería difícil encontrar a alguien que lo hiciera.

Angelique se encogió de hombros.

—Mis hermanos no están, y sin duda a mí no me hacen caso. Inténtalo si puedes, pero es difícil llamar su atención cuando andan en una guerra de barro. Nadie se mete con la muñeca favorita de Clarice sin pagar las consecuencias, y nadie le echa barro a Edwin sin que él pague con la misma moneda.

Zafiro no podía creer que en verdad esto estuviera sucediendo. Las semanas anteriores los niños se habían portado relativamente bien. Hubo una que otra travesura, pero ¿una guerra de lodo? Ni Topacio hubiera pensado esa.

Decidida a parar esa locura lo antes posible, Zafiro fue en busca de los pequeños diablillos gritando sus nombres mientras subía las escaleras que la llevarían al primer piso. Comprobó horrorizada que todos los pasillos estaban cubiertos de barro y de las paredes goteaba más.

Unos gritos le advirtieron de la presencia de los mellizos en el salón de fiestas y fue inmediatamente hacia allá. Apenas entró, lo primero que la recibió fue una bola de barro que la golpeó en plena cara.

Después de unos segundos en estupor, Zafiro pasó una de sus manos por los ojos para deshacerse del barro mientras contaba en griego intentando calmarse. Fulminó con los ojos a los dos niños cubiertos de barro que la miraban y cuando terminó de contar hasta veinte fue que pudo al fin hablar.

—¿Se puede saber qué significa esto? —preguntó casi en un grito señalando todo el gran salón hecho un desastre.

—Edwin me ha quitado mi muñeca— acusó Clarice mirando con rabia a su hermano.

—Ella me ha lanzado lodo, no podía dejar las cosas así.

—Solo porque me has quitado mi muñeca. Zafiro dile que me la devuelva.

Alemán. Sin duda contar en alemán tenía que funcionar para alejar los impulsos asesinos que empezaban a embargarla.

Eins, Zwei, drei, vier...

—¿Por qué le quitaste la muñeca a tu hermana, Edwin? —preguntó después de haberse librado de las ganas de ahorcarlo, sin embargo, que el niño se

encogiera de hombros en señal de indiferencia ayudó a hacerlas regresar.

—Para molestarla —respondió simplemente.

—¡Ves! —exclamó la niña— tenía que vengarme.

—¡¿Iniciando una pelea de barro?!

La niña se intimidó un poco con su grito.

—Siempre resolvemos los conflictos así, al final, el que haya atinado más bolas de barro a su oponente resulta ganador.

Esto no podía ser cierto.

—No pueden resolver sus diferencias así, no es correcto. ¿Tienen acaso una idea de lo que le costará al personal limpiar todo esto? Sin contar el resto de la casa.

Ellos negaron con la cabeza.

—Bien, sería bueno que lo averiguaran— observó el salón y decidió que era muy grande para ser limpiado por dos niños— ¿También ensuciaron el salón del té?

Ellos asintieron.

—Bien, lo limpiarán ustedes.

—¿Nosotros? —preguntaron atónitos al mismo tiempo.

—Sí, ustedes, así aprenderán lo que cuesta limpiar sus desastres, y no lo volverán a hacer porque, si lo hacen, lo limpiarán ustedes de nuevo, y no solo el salón, sino todo lo que hayan ensuciado.

Los niños intercambiaron una mirada de confusión y luego la miraron a ella. Por un momento, Zafiro pensó que se rebelarían, pero por algún milagro del destino asintieron.

—¿Y mi muñeca? —preguntó Clarice mientras caminaban a la salida.

—Edwin, después de que terminen le devolverás la muñeca a Clarice.

Edwin refunfuñó, pero asintió.

—Y a la próxima, por favor, busquen una manera menos destructiva de resolver los conflictos.

—¿Cómo cual? —preguntó Clarice.

—¡No lo sé! Pero nada de peleas de barro o, ya saben, lo limpiarán ustedes, ¿entendido?

—Sí, Zafiro.

Los niños salieron del cuarto con caras bajas y Zafiro también salió, se

dispuso a limpiar su cara para después ir a hablar con el ama de llaves que debía estar a punto de un colapso.

—Eso fue una decisión muy sabia, la verdad es que nunca hemos podido detener por completo las peleas de barro, siempre terminan haciéndolas, así los castiguen, pero supongo que ahora detendrán el juego —comentó Angélique cuando la interceptó por el pasillo—. Veo que te han atacado a ti también.

Zafiro podía ver que la rubia hacía un esfuerzo monumental por no reírse.

—Es raro que hayan obedecido sin rechistar, bien podían haberme dicho que yo no tenía ningún derecho a reprenderlos.

—Eres la esposa de mi hermano— respondió como si eso aclarara todo, pero al ver que Zafiro arqueaba una sucia ceja se explicó—: aunque no le hagan mucho caso, ellos ven a Julián como la autoridad de la casa, como un padre, y al ser tú su esposa serías como... una madre, además, has usado el tono que siempre usaba mamá cuando los regañaba, ese que no admitía réplica.

—Es bueno saberlo— murmuró Zafiro y siguió de largo para lavarse la cara.

Al menos, pensó mientras se dirigía a su habitación, ya la consideraban alguien en esa familia. Puede que el camino para llegar al corazón de su amado esposo se estuviera acortando.

Durante el resto del día, Zafiro esperó a Julián por dos razones: primero, porque sentía los extraños deseos de verlo, y segundo, porque quería comentarle lo de los mellizos. Sin embargo, Julián había salido poco antes que ella fuera para ver a Rowena y aún no había regresado. Era casi la hora de la cena y Zafiro estaba un tanto preocupada, pues él siempre estaba en casa a esa hora.

Cuando llegó la hora de la cena, Richard le dijo que se había ido a reunir con Adam y Damián en White's para tratar un asunto de una serie de inversiones, y que seguro comería allá. Ella se relajó un poco, y después de cenar fue a su recámara a esperarlo, pero cuando el reloj marcó las diez, la preocupación empezó a embargarla de nuevo. Empezó a pasear de un lado a otro de la habitación mientras su mente enumeraba todas las posibles causas que provocaban su retraso. No era muy tarde, pero no podía dejar de sentirse

inquieta. ¿Tantas horas fuera solo para hablar de negocios? Podía ser, pero no se convencía.

Cuando el reloj marcó las doce, estaba segura de que algo había sucedido. Se acostó en la cama y se dijo que estaba siendo paranoica, que no podía haber sucedido nada grave y que seguro había una explicación para todo eso. Cerró los ojos e intentó dormirse. No supo cómo, pero lo consiguió.

Era la una de la mañana cuando Julián por fin pudo llegar a casa. Había pasado todo el día con Adam y Damián en White's hablando de un proyecto de inversiones. Eran como las diez cuando al fin habían finiquitado el asunto y emprendió el camino de regreso a casa; pero, a mitad del viaje, el carruaje dio una fuerte sacudida y una de las ruedas se desprendió. Con la oscuridad de la noche, el cochero se vio imposibilitado de arreglarlo y habían tenido que caminar de regreso arrastrando el carruaje para no dejarlo a merced de ladrones.

Cansado, malhumorado y con frío por haber aguantado el azote del viento helado de la noche, Julián entró a su cuarto y se acercó a la chimenea para entrar en calor. Avivó un poco el fuego, y luego empezó a deshacerse de la ropa para irse a dormir. Cuando se acercó a la cama frunció el ceño al ver que esta no estaba vacía, y luego sonrió al comprobar que era Zafiro la que la había invadido. Su mal humor pareció disiparse solo con verla y, un poco más alegre, se metió en la cama con cuidado de no despertarla. La pobre seguramente lo estaba esperando y se quedó dormida haciéndolo.

Apenas había puesto la cabeza en la almohada cuando la pequeña invasora abrió los ojos como si alguien le hubiera avisado de su presencia. Se pasó las manos por los ojos para despejarse y lo miró, luego miró el reloj.

—¿Dónde estabas? —preguntó con voz soñolienta mientras se acercaba a él y se acurrucaba contra su cuerpo—. Estaba preocupada.

Él le acarició el brazo.

—Tuve un pequeño percance con el carruaje, se le zafo una rueda y a mitad de camino tuve que regresar caminando.

Ella lo miró.

—Pero ¿estás bien?

Él asintió y sonrió.

—Perfectamente. ¿Me estabas esperando?

—Sí, tenía que comentarte algo sobre los mellizos— dijo con un bostezo—. Iniciaron una guerra de lodo.

—¿Otra vez? Creo que voy a tener que aumentarle el sueldo a los del servicio, Dios sabe que no hay nadie que trabaje más que ellos. Ahora ¿por qué fue?

—Edwin le robó su muñeca favorita a Clarice.

Julián gruñó.

—No sé qué más hacer para parar esas peleas, parecen resolverlo todo así.

—No las volverán a hacer— dijo ella cerrando lo ojos y acomodando la cabeza en su hombro—. Los puse a limpiar uno de los salones para que vieran lo que costaba hacerlo y amenacé con que limpiarían toda la casa si volvían a repetirlo. Al final, me prometieron que no lo harían más.

Él la abrazó.

—Serás una excelente madre.

Ella asintió casi dormida.

—Eso es bueno, porque por lo visto, tu serías un pésimo padre.

Él se carcajeó pero, cuando volvió a mirarla, ella ya se había dormido.

Apoyando la barbilla en su cabeza, cerró los ojos y se durmió con una rara sensación de felicidad embargándolo, sintiendo que ya había encontrado todo lo que alguna vez pudo haber pedido en la vida.

## CAPÍTULO 23

La velada de Lady Dorset, era una de las fiestas más famosas y esperadas en la temporada. Tenía todo lo que una buena velada debía tener: un salón de baile amplio, varios salones adyacentes, comida preparada por los chefs del más alto prestigio, bebidas finas para los caballeros, hermosas arañas que podían albergar hasta cincuenta velas y proporcionaban una iluminación única, jardines perfectamente cuidados en los que se podía pasear un rato. Todo el que podía llamarse alguien recibía una invitación y la aceptaba. Zafiro se sorprendió al recibir una, considerando cada uno de los escándalos que la precedía, pero a pesar de ser todo un honor recibir la invitación de la famosa duquesa, ella no sentía muchas ganas de ir. Sin embargo, sabiendo que sería imperdonable negarse a asistir a semejante acontecimiento sin una excusa buena, no le quedó de otra que aceptar, solo para mantener su precaria situación en la sociedad.

Así pues, dos semanas más tarde de su llegada a Londres, se encontraban esperando entre una larga fila de carruajes llegar a la puerta de la mansión.

—Debimos venirnos más tarde —se quejó Julián mirando los al menos diez carruajes que tenían por delante—. No hubiéramos encontrado tanta fila.

—Es la velada anual de Lady Dorset. ¿Qué esperabas?

—Quedarme en casa haciendo cosas más interesantes.

A Zafiro no le quedaba ninguna duda de a qué se refería cuando decía «cosas más interesantes», lo bueno es que había superado la etapa de los rubores.

En las últimas semanas, Zafiro observó con extrema precisión cada acto de Julián, en busca de la tan anhelada señal de que le importaba, aunque sea, algo, pero no encontró nada, al menos nada de relevancia. Su relación se

había afianzado, sí, y él se veía un poco más... cariñoso, pero nada más, y ella no estaba segura de que eso fuera suficiente para revelar sus sentimientos. Siempre había sido de las que se iba por lo seguro, y hasta que no estuviera segura de que él sentía algo por ella, ella no diría nada de lo que ella sentía por él, era una apuesta muy arriesgada, y no estaba dispuesta a hacerla. Seguiría esperando, tal vez Esmeralda tenía razón y los hombres fueran lentos de entendimiento en ese aspecto, o quizás él no estaba ni estaría enamorado de ella... No, no sería tan negativa, prefería la versión de Esmeralda: «lentos de entendimiento».

—Es por el bien de tu hermana —le recordó con dulzura, a veces se preguntaba si él no se daría cuenta de sus sentimientos—. No podrá conseguir un marido si su familia es excluida de la sociedad.

—No se ha presentado en sociedad y ya me da dolor de cabeza —dijo él con fingido pesar—. No quiero imaginar cuando sea presentada. ¿Tendré que asistir a todos los bailes a los que vaya?

—Deberías, pero no precisamente a todos. Sin embargo, sería bueno si quieres saber qué tipo de hombres pretenden a tu hermana, pero, si quieres, puedes turnarte con tus hermanos —dijo en broma.

—A esos no los saco de la casa ni a rastras, creo que no les interesa ser excluidos de la sociedad.

Zafiro rio, era cierto. Si Richard o Alec los habían acompañado a dos o tres bailes desde que se casaron eran mucho. Los jóvenes decían que a ellos les gustaban las fiestas, pero eso de lidiar con jóvenes casaderas no era lo suyo. Estaban decididos a prolongar su soltería al menos cinco años más y, aunque no fueran los mejores partidos de la temporada, no estaban exentos de uno que otro intento casamentero por parte de las jóvenes y sus madres. Aseguraban que eso de entablar conversación con una fastidiosa niña recién salida del colegio que no hablaba de otra cosa que de sus numerosas virtudes lo dejarían para cuando fuera estrictamente necesario, si lo llegaba a ser, al fin y al cabo, ellos no tenían un título que mantener.

—Bien, en todo caso, te tocará tomarte algo de tiempo para acompañarnos.

Julián resopló y Zafiro volvió a reír.

Tuvieron que esperar al menos veinte minutos hasta que al fin pudieron llegar al final de la fila, donde tuvieron que aguardar otros diez minutos para

saludar a los anfitriones. Lord y lady Dorset les dieron la bienvenida y pronto se encontraron coleándose entre los personajes más selectos de la sociedad londinense.

Empezaron a saludar a los conocidos mientras buscaban con la mirada a su familia y amigos para unirse a un grupo. Tardaron un rato en encontrarlos, pero después de diez minutos yendo de aquí para allá lograron localizar en una esquina a Rubí y a Aberdeen.

Se acercaron a ellos y los saludaron.

—¿Dónde están los Richmond, Topacio y Rutland? —preguntó Zafiro buscando con la mirada al resto de su familia.

—Si han llegado, no nos lo hemos topado, aunque creo que Topacio no venía, creí haberla oído mencionar que lady Dorset le caída mal.

—Entonces me alegro por Adam —comentó Damián sarcástico—. Al menos él se salvó. A mi me arrastraron aquí.

—Somos dos —dijo Julián.

Sus esposas los fulminaron con la mirada.

—No se le puede negar una invitación a lady Dorset, es casi un pecado —explicó Rubí tranquilamente como si los hombres fueran demasiado tontos para entenderlo.

—Tu prima lo hizo —objetó Damián.

—Bien, no lo sabemos, y en el caso de que lo hiciera, Topacio es... Topacio; sabes que a ella no le interesa nada.

—¿Y a nosotros nos interesa por...?

—¡Porque no se puede rechazar una invitación de Lady Dorset! —exclamó Rubí exasperándose.

Damián suspiró dando a entender que todavía no lo entendía.

—Buenas, buenas —dijo una voz familiar tras ellos, aunque no con mucho ánimo—. ¿Pueden creer que Rowena literalmente nos ha arrastrado hasta aquí? —exclamó Topacio con aire ofendido—. Se apareció en mi casa cuando las invitaciones fueron enviadas y casi me obligó a escribir una respuesta afirmativa, y hoy, antes de venir para acá se detuvo en nuestro hogar solo para asegurarse de que asistiríamos, y todo porque según ella era inconcebible negar una invitación a lady Dorset —refunfuño echando una mirada por detrás de su hombro para ver a la duquesa que se acercaba.

—Toda una desgracia —concordó Rutland en tono lastimero saludando a sus amigos y a sus primas políticas.

Damián rio.

—Bueno, al menos no estamos solos en nuestra desgracia, bienvenido al grupo, amigo.

—Oh, ustedes sí son dramáticos —exclamó la duquesa de Richmond uniéndose al grupo junto con el duque—. No entiendo su aversión a esta velada en específico, es la más esperada de la temporada.

—Es la más estresante —respondió Topacio—. Gente hipócrita por aquí y por allá hablando estupideces y mirando con ojos de águila a quién desprestigiar mañana.

—Tonterías —replicó su tutora—. Es la mejor velada del año, pronto me agradecerán haber venido.

Los hombres no parecían muy de acuerdo e incluso el mismo William parecía descontento.

—¿Y a James? —preguntó Rubí—. ¿No lo has arrastrado a él también?

—Se escapó a White's desde temprano para evitarnos —respondió en tono lastimero—. Me pregunto si algún día decidirá casarse.

—Todavía está joven, querida —le dijo su esposo—. En unos años sentará cabeza, por ahora, déjalo disfrutar.

—Supongo que tiene razón —dijo Rowena, pero su tono daba a entender que ella lo quería ver casado. Zafiro supuso que ahora que no tenía pupilas en edad casadera a las que buscar marido, había decidido tomarla con James. Alguien debería advertirle al joven.

A pesar de las negativas iniciales de algunos a la velada, esta se fue desarrollando de tal manera que no era posible sentirse decepcionado. Como se mencionó, la duquesa era una anfitriona excelente, y no había ni un detalle que no estuviera perfectamente planeado. La música tenía una acústica perfecta, las bebidas eran exquisitas, había meseros y criados siempre atentos al mínimo deseo, el buffet estaba preparado por chef del más alto nivel, había salones de juego para los caballeros; era la velada perfecta y nadie podía negarlo, incluso podía asegurarse que hasta Topacio, que sentía cierta aversión hacia lady Dorset, se la estaba pasando bien.

Zafiro también se la estaba pasando bien, pero no podía quitarse la

desagradable sensación de que algo no iría bien en esa fiesta. Se decía que estaba siendo absurda, que no había nada que pudiera salir mal, pero ahí, mientras esperaba que Topacio regresara de la mesa de bocadillos, Zafiro sentía una energía negativa, como si hubiera alguien malo a su alrededor.

—Buenas noches, lady Granard.

La voz de lady Gasford sonó a sus espaldas en ese momento como si el destino quisiese demostrarle que tenía razón.

—Buenas noches, lady Gasford —respondió con fastidio mirando a la mujer que parecía haberle declarado la guerra—. ¿Desea algo?

—Quería saber cómo va tu matrimonio.

Zafiro sonrió con cinismo.

—Muy bien, gracias por su interés.

—¿Segura? —inquirió la mujer.

—Completamente.

Un brillo malicioso apareció en los ojos de la mujer.

—Temo desmentirte, querida, pero no creo que vaya tan bien, después de todo, si fuera así, tu marido no habría venido a buscarme.

Una punzada de sorpresa atravesó el cuerpo de Zafiro, pero se las arregló para no hacerlo ver. ¿Ella en verdad no creería que iba a creer eso?

—¿Ah, sí? ¿y porque tendría que creerle?

Lady Gasford sonrió.

—Dime, querida, por casualidad tu marido no ha llegado tarde uno de estos días a casa. Hace dos semanas específicamente, ¿no llegó pasada la media noche?

Zafiro no respondió, sino que puso a trabajar su mente para buscar la mejor forma de responder a esa pregunta sin que se mostrara la sorpresa que la había embargado por que ella conociera ese hecho.

La mujer parecía no esperar respuesta, o ya la sabía porque siguió hablando con el mismo ánimo de alguien que tiene una batalla ganada.

—Bueno, ese mismo día que llegó tarde vino a verme, aseguró que ya estaba cansado de su esposa y que quería estar con una mujer de verdad. Pensé en negarme, lo admito, pero al final cedí, y es que tiene grandes técnicas persuasivas. Desde entonces nos hemos estado viendo a escondidas. Te advertí que no duraría mucho tiempo a tu lado.

Zafiro tuvo que hacer gala de todo su autocontrol para mantener la cabeza fría y no analizar el asunto guiada por los celos. La mujer tenía que estar mintiéndole, claro que debía mentirle. Julián no la engañaría, él no le haría eso, pero... ¿cómo sabía lo de aquella noche? Él había dicho que se le había salido una rueda al carruaje, pero si... ¡No! se negó a pensar en ello y que esto afectara esa respuesta. Ella no le daría el gusto a esa mujer de saber que había sembrado la duda y, aunque no era buena actriz, puso especial interés en mostrar indiferencia.

—¿Y usted me da esta información con qué objetivo?

—Para que sepas, querida, para que sepas quién gana y quién es más mujer.

—Pero si ese tema ya lo habíamos discutido —hizo ver Zafiro con un tono malicio impropio de ella—. Y yo soy más mujer porque soy una dama, y usted no es más que una prostituta de alta cuna.

Vio con satisfacción cómo la mujer enrojecía de rabia y hacía un gran esfuerzo por no perder los estribos. Zafiro no se quedó conforme, siguió hablando impulsada por un pequeño diablillo que le susurraba que se la cobrara.

—Con respecto a la información que tan amablemente me ha proporcionado, le informo que no le creo nada y, si mi marido se buscó una amante, estoy segura de que habrá tenido mejor gusto que una mujer en la edad del jamón.

Zafiro comenzó a alejarse con las mejillas rojas por el disgusto que acababa de pasar. Su mente estaba a punto de empezar a divagar cuando un brazo la rodeó por los hombros.

—Oh, estoy tan orgullosa de ti —exclamó la voz de Topacio—. Sabía que tantos años de mala influencia debían servir de algo.

—¿Lo escuchaste? —preguntó Zafiro en tono quedo incapaz de soportar que alguien más hubiera presenciado su vergüenza, aunque ese alguien fuera Topacio.

—Todo —respondió sin remordimiento por haber escuchado lo que no le interesaba—, pero no te acongojes, has actuado de maravilla, yo no lo hubiera hecho mejor. Esa mujer es una zorra, Zafiro, ni se te ocurra creer ni una sola palabra de lo que te dijo. Yo no conozco muy bien a tu marido, pero puedo asegurar que es una persona íntegra, y yo nunca me equivoco, lo sabes.

Claro que lo sabía, Topacio Loughy, o cual fuera ahora su apellido, nunca se equivocaba. La sangre gitana de su madre le había heredado instinto único y sus predicciones pocas veces eran equívocas, sin embargo, Zafiro no podía deshacerse de la amarga sensación de los celos que la recorrían solo de pensar en el asunto. Ella sabía que no estaba pensando de forma racional, que no podía tomar una decisión guiada por un sentimiento irracional como los celos y la amargura que la embargaba solo de pensar en que él pudo haberla engañado.

Ella sabía que la infidelidad era el plato principal de la alta sociedad, y también sabía que una esposa podía reclamarle a su marido, pero estos reclamos caerían en saco roto, pues el esposo era hombre y los hombres hacían lo que les daba la gana; pero ella no estaba dispuesta a permitir tal humillación.

Una parte de sí se negaba a creer en ese absurdo que decía la condesa, se repetía que la mujer solo lo dijo para molestar, pero ¿cómo se había enterado de la llegada tardía de su marido aquella noche? ¿Casualidad? Podía ser, pero tampoco era fiel creyente de ese tipo de cosas. El hecho de estar enamorada era lo que hacía difícil el asunto. Tal vez si sus sentimientos hubieran seguido siendo indiferentes, no se hubiera sentido herida y hubiera podido ver el asunto con más objetividad, pero estando esos involucrados, el asunto se tornaba complicado. Su mente le recordaba que su amor no era correspondido y que todo era posible, pero ¿con la condesa? No, Julián no caería tan bajo, tenía que haber una explicación al asunto y la pensaría más tarde, una que la convenciera y le permitiera volver a la tranquilidad que la mujer le había arrebatado.

—¿Zafiro! —exclamó Topacio intentando llamar su atención.

Zafiro volvió a la realidad.

—¿Sí?

—No se te ocurra creer no lo que esa mujer dijo, es más, no pienses en ello. No dejes que los sentimientos se mezclen con esa parte racional que tanto presumes, piensa de forma lógica.

Zafiro analizó un momento en cómo Topacio se había enterado de sus sentimientos, pero dejó el asunto; Rowena pudo habérselo comentado, o ella misma se dio cuenta, a Topacio Loughy nunca se le escapaba nada.

—Créeme a mí, yo siempre tengo la razón.

No pudo evitar sonreír ante la afirmación. Sí, su prima era un espécimen único.

—Tienes razón, es absurdo seguir pensando en ello —dijo para tranquilizar a su prima, analizaría mejor el asunto cuando estuviera en casa.

Lady Gasford observó desde un rincón cómo las antiguas Loughy se alejaban. Las cosas no habían salido como esperaba y el resultado del encuentro no fue del todo satisfactorio como esperó, pero le quedaba el consuelo de que si bien no pudo hacerle creer por completo su historia a la mujer, al menos, había sembrado el veneno, veneno que poco a poco empezaría a recorrer cada partícula de su sangre hasta que se terminara creyendo todo.

Cuando aquella noche vio a Julián caminando en dirección a su casa, mientras los caballos arrastraban un carruaje sin una rueda, supo que había llegado la oportunidad perfecta para su desquite, y solo había tenido que esperar toparse con Zafiro para decirlo. Las mujeres eran celosas por naturaleza, no importa cuán sensatas o inteligentes fueran, el famoso sentimiento de posesión con respecto a alguien más siempre era un enemigo que estaría presente, más aún si dicha mujer se encontraba tan enamorada como parecía estarlo Zafiro. Ella supo que solo de plantar la semilla de la duda, esta la atormentaría por un buen tiempo, e incluso podía fomentar una discusión entre la pareja. Solo con eso se daría bien pagada. Esperaba que esa parte al menos le saliera bien.

## CAPÍTULO 24

**D**urante el resto de la noche, Zafiro consiguió alejar al demonio de los celos, aparentó estar tranquila y fingió divertirse, consciente siempre de la mirada de lady Gasford, que parecía estar atenta a cada uno de sus gestos y de sus acciones, como si deseara comprobar hasta qué punto había logrado sembrar cizaña para poder regocijarse luego de su victoria. Ella no pensaba darle el gusto, así que bailó, sonrió y no dio muestra alguna de que la conversación le hubiera afectado en lo más mínimo.

En el camino de regreso, puso a su mente a trabajar en una explicación que la dejara conforme. Ni por asomo se le vino la idea de preguntarle a Julián. Primero, porque un hombre jamás lo admitiría, y segundo, porque pondría al descubierto sus absurdos celos y esa no era la idea; a los hombres no les gustaban las mujeres celosas, y menos si estos celos eran infundados, como podía ser el caso.

Empezó a pensar en por qué lady Gasford sabía de su retraso aquella noche y llegó a la conclusión de que quizás lo había visto por casualidad mientras él regresaba a casa. ¡Claro! Eso debió ser, lady Gasford podía venir de la velada de lady Grasto, que se celebraba ese día, o del teatro, y pudo haberlo visto por casualidad, entonces, como buena arpía que era, había aprovechado la situación para buscar una manera de atormentarla, y lo peor es que lo había conseguido por varias horas, pero ya no. Zafiro estaba plenamente convencida de que eso era lo que había sucedido, y tenía la certeza de que Julián jamás la engañaría, y menos con un mujer semejante. Él era un hombre honesto, uno de los pocos que quedaba y dudar de él de esa manera había sido un acto muy ruin de su parte. Se reprendió a sí misma por haberlo hecho y juró que nunca más dejaría que celos irracionales se impusieran ante su

sentido común y la lógica. Ella confiaba en él, y estaba segura de que él también confiaba en ella.

Cuando llegaron a casa, ya había recuperado su tranquilidad mental y Julián parecía no haberse dado cuenta de nada.

Sin embargo, al día siguiente una nueva preocupación empezó a embargarla; bueno, no era precisamente una preocupación, más bien impaciencia. Zafiro no tenía idea de cuánto tiempo más tenía que seguir guardando sus sentimientos para sí, y empezaba a temer que fuera para toda la vida. El miedo de un amor no correspondido se volvía cada vez mayor y, aunque intentaba mentalizarse para sobrevivir a ello, no podía, su corazón exigía que el sentimiento fuera recíproco y esperando no obtendría nada, ella debería buscar la forma de enamorarlo, la pregunta era ¿cómo?

Bajó a desayunar y cuando llegó al comedor se dio cuenta de que debía tener un hada madrina que velara por ella y escuchaba sus ruegos, porque no solo no estaba Julián para incrementar su impaciencia, sino que Angelique parecía haberse levantado más temprano que de costumbre y estaba desayunando en ese preciso instante. La rubia la ayudaría, después de todo, no se había tomado tantas molestias para juntarlos si no quisiera verlos felizmente casados.

Zafiro se sentó a su lado, y después de que le hubieran servido el desayuno, le contó a Angelique todo lo que la acongojaba. Estaba desesperada, tenía que estarlo para pedirle ayuda a una chica de diecisiete años, pero Angelique se mostró bastante receptiva y demostró comprenderla perfectamente, sin embargo, su última frase no fue lo que esperó.

—Ay, Zafiro, tú no lo entiendes, pero mi hermano ya está enamorado.

Ella frunció el ceño y arqueó una ceja a modo de quien espera una explicación.

—He vivido con estos trogloditas diecisiete años de mi vida y los conozco tan bien como a mí misma; él no ha sido el mismo desde que tú llegaste, está más alegre, más... está diferente —concluyó sin saber cómo explicarse—. Lo que sucede es que los hombres son lentos de entendimiento en ese asunto.

¿Lentos de entendimiento? Sí, a la primera oportunidad le presentaría a Esmeralda.

—Él no te lo dirá hasta que se lo digas tú, creo que tienes que confesárselo.

«No es tan sencillo», pensó Zafiro.

—No lo entiendes, Angelique, no es simple; mi orgullo no toleraría un rechazo.

—Es eso o vivir con la incertidumbre, tú decides. No seas cobarde, Zafiro, arriésgate por una vez en tu vida.

Arriesgarse. Era una palabra simple pero compleja a la vez. Llevaba toda su vida pisando por lo seguro, y pocas veces se había atrevido a alejarse de ese camino, pero ahora ¿valdría la pena? Claro que valdría la pena, pero ella no estaba segura de recopilar el valor necesario para decir las palabras. Tal vez si pensara en la mejor forma...

—Sabes que —dijo Angelique levantándose—, piénsalo, estoy segura de que darás con la decisión correcta.

La rubia salió del comedor y dejó a Zafiro con sus pensamientos.

Angelique subió los escalones mientras su cabeza daba forma a la idea que empezaba a formarse en ella. Era una medida extrema, pero necesaria; Zafiro no se atrevería a decir nada, al menos que lo hiciera de forma inconsciente, y ella sabía la forma perfecta en que lo lograría. Puede que no fuera la mejor declaración de amor que pudiera recibir su hermano, pero sería más sencillo a que él confesara. El muy tonto seguro ni se había dado cuenta y necesitaba un pequeño impulso para hacerlo.

Con decisión, llegó a la puerta de Richard y la aporreó con firmeza dispuesta a sacar de su sueño a su querido hermano. Se oyeron gruñidos desde adentro, pero pocos minutos después Richard apareció en la puerta vestido apresuradamente con un pantalón y una camisa holgada.

—¿Qué quieres, Angelique? —dijo el hombre con un bostezo.

—Necesito tu ayuda.

Richard hizo una mueca sabiendo que no era una petición, sino una orden. Se preguntó qué nueva locura pasaría por la cabeza de su hermana. Consciente de que lo lamentaría, dijo:

—Dime.

Angelique sonrió y procedió a contar su plan.

—Tú, en definitiva, te has vuelto loca; voy a tener que hablar seriamente con Julián para que considere la idea de enviarte a un centro para enfermos mentales. Se ahorrará tu presentación en sociedad y salvará a los caballeros

del peligro de enamorarse de ti.

Angelique no hizo caso a la pulla.

—¿Me vas a ayudar o no?

—¿Me das opción de negarme?

—No.

Richard gruñó.

—Está bien, pero con esto tengo la impresión de que terminaré ganándome por completo la enemistad de mi cuñada.

—Al contrario, te lo agradecerá, confía en mí.

Richard blanqueó los ojos por haber escuchado ya antes esa frase. La experiencia le gritaría que nunca confiara en Angelique, pero...

—Está bien.

Angelique soltó un chillido de alegría.

—Bien, ahora iré a despertar a Alec, también necesito su ayuda.

Richard volvió a cerrar su puerta y Angelique fue a repetir el mismo proceso con su otro hermano.

Al cabo de quince minutos, tenía la entera convicción de que esa misma noche habría una linda declaración de amor.

Zafiro se dio cuenta de que sucedía algo cuando, después de la cena, los hermanos Allen mayores se intercambiaron una mirada que parecía de complicidad. No obstante, no pudo descubrir qué planeaban.

Después de la cena, Angelique se levantó y se retiró llevándose a los mellizos casi a rastras. Alec solicitó hablar con Julián, y Zafiro estaba a punto de retirarse cuando Richard la llamó.

—Zafiro, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro, ¿de qué?

—Aquí no, vamos al despacho de mi hermano, es algo... importante.

Ella asintió cautelosa.

Cuando llegaron a la habitación plenamente masculina, Zafiro se sentó en uno de los sillones de la chimenea y vio cómo Richard se dirigía a uno de los estantes en busca de licor.

—¿Quieres una? —preguntó señalando una botella de whisky.

—No tomo.

Él pareció desconcertado con la respuesta.

—¿Segura? Será solo una copa, vamos no hace daño a nadie.

Zafiro volvió a negar, pero él insistió y ella terminó cediendo.

Él le sirvió una cantidad generosa en la copa, se la entregó y se sentó frente a ella.

Ella tomó un sorbo del fuerte licor y esperó a que él hablara, al ver que no decía nada, lo instó.

—¿Y bien? ¿Qué querías decirme?

—Yo... eh... yo quería disculparme, sí, disculparme por... ya sabes, el asunto del secuestro.

Zafiro frunció el ceño y tomó otro sorbo de licor.

—Ya te has disculpado, ¿recuerdas? El mismo día que se dieron cuenta del error.

Él parecía no saber qué más decir, en cambio, parecía tener especial interés en el relleno de su copa.

—Sí, pero... ¡No me perdonaste! —dijo como si recién se le hubiera ocurrido la excusa—. Necesito saber si me perdonas; eso de vivir con una cuñada que te guarda rencor...

—Yo ya no te guardo rencor —informó Zafiro tomando otro sorbo del delicioso licor —date por perdonado.

—Eso es excelente, porque al final, todo salió bien, ¿no? El matrimonio resultó ventajoso para ambas partes y tú estás enamorada.

Zafiro casi se atraganta con el último sorbo de whisky que le quedaba y se preguntó cómo lo sabía. ¿Era tan evidente?, ¿o Angelique se había ido de la lengua?

—Se te nota a kilómetros —dijo como leyendo su mente—. También se nota que estás en una encrucijada entre si decirlo o no, ¿me equivoco?

Ella asintió y vio recelosa cómo volvía a llenarle la copa.

—Bebe —dijo—. Es un buen amigo a la hora de tomar una decisión.

Zafiro dudó, beber no traía buenas consecuencias, nada más había que preguntarle a Rubí.

—Anda —animó—, unas copas no harán daño, al contrario, te ayudarán a elegir.

Zafiro negó con la cabeza.

—Beber quita la capacidad de raciocinio.

Richard rio al escuchar una frase tan común en su hermano.

—Solo esa, créeme, no hay mejor consejero cuando uno no se siente bien.

Ella miró la copa como si esta la ayudara a decidirse y al final debió concluir que no era nada malo porque tomó de ella.

Richard sonrió.

—Las penas de amor deben ser terribles —comentó tomando un sorbo de su propia copa—. Yo nunca las he experimentado, pero lo imagino.

—Yo no sufro una pena —negó Zafiro—. Solo estoy... —pensó en la mejor palabra para describir su situación— temerosa por el futuro —concluyó.

—Bien, entonces, qué te parece si brindamos por que sea un futuro bueno— propuso levantando su copa—. A tu salud y a la de mi hermano —dijo y tomó de su copa.

Zafiro también tomó, pero miró a Richard con desconfianza, como si intuyera que planeaba algo.

—Oh, no, ya está bien —protestó al ver que él volvía a rellenar su copa— ¿Acaso quieres emborracharme?

Él sonrió inocentemente.

—¿Cómo crees? No, yo solo quiero que te relajes, todo este asunto te tiene muy tensa y eso no es bueno para la salud.

—¿Y beber es bueno para la salud? —contestó Zafiro.

—Nadie muere por tomar unas cuantas copas. Vamos, cuñada, toma, no seas aguafiestas, verás que al final tengo razón.

Zafiro miró el contenido de su copa, dudosa. Ella no estaba acostumbrada a tomar y ya empezaba a sentir los mareos productos del alcohol; si seguía así, lo más probable era que terminara borracha.

—No —negó— no quiero más.

No supo si fue idea suya, pero él no pareció conforme con esa respuesta.

—Bien, al menos brinda conmigo por última vez, solo esa.

Ella aceptó cautelosa y ambos entrecocaron sus copas y brindaron por un buen futuro. Cuando Zafiro terminó de tomar esa copa, ya sentía cómo su cerebro empezaba a embobarse. Dejó la copa en la mesita que había en frente y se volvió hacia Richard.

—Si eso era todo lo que querías decirme, creo que me voy...—intentó levantarse, pero se mareó en el acto y tuvo que volver a sentarse.

—Veo que no estás acostumbrada a la bebida, cuñada, toma —dijo rellenando otra vez la copa—, bebe otra y se te pasará.

—¿Se me pasará con otra copa? Eso no suena muy lógico.

No era lógico, ¿cierto?

—Lo que sucede es que tu cuerpo no está acostumbrado a la bebida; si tomas otra, se irá a acostumbrando y te sentirás mejor.

—¿Seguro? —preguntó con el ceño fruncido y miró su copa nuevamente rellena.

Su cerebro no estaba pensando con la rapidez normal, pero eso no significaba que la teoría de que el mareo se quitaría con otra siguiera sonando inverosímil.

—Completamente —le aseguró él—. Cuando me sucedía, eso era lo que me calmaba.

Ella intentó pensar, pero le resultaba imposible y, ante la ola de mareos que comenzó a embargarla, decidió arriesgarse y tomó otra copa.

Richard sonrió satisfecho.

—Es un licor excelente, ¿no crees?

Ella asintió y terminó su copa de un trago.

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Quieres más?

—¡No! —la negativa fue enviada de una parte de su cerebro que aún seguía consciente, pues el resto ya empezaba a ver los efectos del alcohol—. No, no es buena idea —dijo con voz pastosa.

—Veo que sigues sin sentirte mejor, toma otra, quizás esta vez sí se te pase.

De alguna manera, Richard logró engatusar a Zafiro para que se tomara dos copas más y al final ella vio cómo toda su capacidad de pensar racionalmente se esfumaba. Sentía unas irresistibles ganas de reír como loca y de realizar todo tipo de actividades alegres.

—Tienes razón —comentó tomando su copa vacía y observándola atentamente como si quisiera resolver algo—, me siento mejor, menos... tensa, sí menos tensa —concluyó con una sonrisa haciendo girar su copa para observar moverse una gota que había quedado ahí.

Richard sonrió.

—¿Qué te he dicho? Yo siempre tengo razón, ahora, supongo que debes saber qué vas a hacer.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer de qué?

—Sobre tu problema, claro, supongo que le irás a confesar a mi hermano tus dudas.

—¿Tú crees? —preguntó atrapando con el dedo la gota que quedaba en el vaso y luego metiéndose el dedo en la boca.

—Sí, estoy seguro de que se solucionará todo. Siempre tengo razón, ¿recuerdas?

Ella sacó el dedo de su boca y puso expresión pensativa.

—Iré a buscarlo —dijo Richard levantándose.

—¡No! —exclamó Zafiro—. Si él está aquí, no podré pensar bien —se quejó.

—Oh, yo estoy seguro de que sí —replicó y se dirigió a la puerta gritando — ¡Julián!

—Espera, no... —intentó levantarse, pero se mareó y cayó al piso haciendo un revoltijo de falda en el suelo.

Richard salió apresuradamente y siguió llamando a su hermano.

Zafiro, que se vio incapaz de levantarse, se quedó mirando la mesa como si esta fuera a darle una respuesta. Al final, después de admitir que su cuñado tenía razón, decidió tomar otra copa solo para darse valor. Se medio incorporó y alzó la mano para tantear en la mesa en busca de la botella y el vaso. Dio con la primera, pero al no dar con el segundo, decidió tomar de la boquilla.

El fuerte líquido acababa de traspasarle la garganta cuando oyó una serie de pisadas acercarse. Poco después, Julián estaba en el despacho y pasó su vista por todo el lugar hasta dar con ella en el piso. Al verla con la botella en la mano, se giró hacia su hermano con expresión furiosa.

—¿La has emborrachado? —rugió de forma gutural; el sonido fue algo parecido al rugido de un león dentro de una cueva.

Richard se encogió de hombros y lo miró con expresión inocente.

—Yo no sabía que tenía tan poca tolerancia al alcohol, cuando quise detenerla, ella no quiso.

Él le lanzó una mirada fulminante a su hermano y le hizo una seña para que se fuera. Richard salió y los dejó solos.

Julián se acercó lentamente hacia donde estaba Zafiro sin dejar de mirarla en ningún instante, parecía querer asegurarse de que la del piso en verdad era su sensata e inteligente esposa y no alguna extraña igual a ella.

—Zafiro —la llamó.

Ella dejó de prestar atención al contenido de la botella y lo miró con una sonrisa.

—Hola —saludó soltando una risita y dejando la botella en el suelo.

Él parecía no saber qué hacer o decir.

—¿Estás... bien?

Zafiro asintió efusivamente.

—¡De maravilla! —exclamó alzando los brazos e intentó levantarse de nuevo—. Mejor que nuncaaaa. —Volvió a caer

Él se apresuró hacia ella para sostenerla cuando intentó levantarse por tercera vez. Con cuidado, la tomó en los brazos y empezó a conducirla a la salida.

—¿A dónde vamos? —preguntó Zafiro enlazándole los brazos al cuello.

—A tu cuarto, creo que es hora de descansar.

—Pero aún es temprano —protestó y giró la cabeza para mirar detrás de su hombro—. La botella... quiero llevármela.

—No —dijo él tajante y siguió caminando en dirección a la escalera—. Creo que ha sido suficiente por hoy, ¿no crees?

Ella hizo un gesto enfurruñado en señal de desacuerdo, pero no protestó más por la botella, en cambio, se dedicó a pasar el dedo índice por la cara de Julián como si estuviera dibujando en ella.

Cuando llegaron a la habitación, Julián la depositó con suavidad en la cama y le dio la vuelta para empezar a desabotonarle el vestido. Ella no dijo nada, se dedicó a mirar la almohada que estaba al lado, en actitud pensativa, parecía que quisiera consultarle algo.

Él terminó de desabotonarle el vestido y la incorporó un poco para quitárselo. Zafiro parecía una muñeca en sus manos.

—¿Por qué has tomado tanto Zafiro? Tú no eres así —reprendió con suavidad deslizándole el vestido por los hombros.

—Por tu culpa —respondió ella simplemente, levantándose un poco para que él pudiera terminar de sacarle el vestido, pero él se había quedado quieto al oír semejante respuesta.

—¿Por mi culpa? —preguntó atónito.

Ella asintió de forma efusiva.

—Sí, por tu culpa. Sabes, desde que apareciste en mi vida, supe de forma inconsciente que traerías problemas. Desde ese día, la suerte de tu apellido pareció contagiarme a mí, pero no me disgustó, no, porque ahora sé que ese era mi destino. Sin embargo, ya no me parece un destino tan bueno, ¡y es que estoy cansada!

—¿Cansada? —preguntó sintiendo un leve temor ante su respuesta.

—¡Sí!, cansada de esperar una reacción de tu parte, cansada de callar mi amor por ti por miedo a un rechazo, por miedo a arruinar lo que hemos logrado hasta ahora solo porque mis sentimientos decidieron interponerse en el asunto. —Ella le colocó las manos en los hombros y lo miró a los ojos—. Te amo. ¡Ya, listo! ¡Lo dije! —bostezó y se recostó en su hombro—. Creo que después de todo, sí eres un ladrón, no solo te quedaste con la pistola que no me has devuelto, sino que te quedaste con mi sensatez y, de algún modo que no he podido averiguar, te llevaste mi corazón. Sí, eres un ladrón, y no uno novato como creí en un principio, sino uno profesional, muy, muy profesional.

Julián tardó al menos dos minutos en asimilar por completo la declaración de Zafiro. Lo amaba, ¡Lo amaba! Y temía decírselo por miedo al rechazo, Entonces ella no sabía...

Bajó su cabeza para buscar la mirada de Zafiro y no supo si sintió decepción o diversión al ver que se había quedado dormida. Con ternura, terminó de quitarle el vestido, le desató el corsé, le quitó las enaguas y la dejó solo con la camisola. La acostó en la cama, se acostó a su lado y la abrazó. El día siguiente sería largo y se aclararían unas cuantas cosas.

Cuando Zafiro se despertó, lo primero que sintió fue un palpitante dolor que le atravesaba la cabeza, sin duda, consecuencia de los excesos de alcohol de la noche anterior. Debió haber sabido que después de tomar tanto no podía

salir indemne.

No recordaba bien lo sucedido la noche anterior, ni tampoco estaba segura de cómo había acabado en ese lamentable estado; lo único que recordaba era haber estado hablando con Richard de algo, y luego llegó Julián... ¡Julián! Oh, Dios mío, la había visto borracha, ¡qué vergüenza!

Se incorporó con lentitud en la cama temiendo que un movimiento brusco la pusiera peor y miró a su alrededor. Estaba sola, y posiblemente era lo mejor, no sabía como volvería a ver a la cara a Julián después de la forma en que se emborrachó. Imágenes borrosas de lo sucedido atravesaban su mente, pero no podía recordar con claridad su comportamiento esa noche; no debió ser bueno, sin duda; ningún borracho se comportaba de forma buena ni educada, por algo le decía que no se estaba en los «cinco sentidos», aunque en su opinión no se perdía ningún sentido, lo único que se perdía era la parte racional del cerebro.

Se ruborizaba solo de imaginar las cosas que pudo haber dicho o hecho ¿Qué pensaría él de ella ahora? Que era una borracha, eso era lo que pensaría, no solo se había casado con una loca, sino con una mujer con poca tolerancia al alcohol, «el modelo ejemplar de esposa», pensó sarcástica, pero el condenado de su cuñado se las pagaría; puede que la noche anterior estuviera borrosa, pero bien que recordaba cómo había comenzado a beber.

Con cuidado, salió de debajo de las colchas y se dio cuenta de que solo llevaba puesta la camisola del día anterior. El pobre de su esposo debió haberla desvestido porque podía apostar a que ella ni podía caminar sola.

Se movió para bajar de la cama y fue cuando se dio cuenta de que había una nota doblada en la almohada de al lado. La cogió, la desdobló y empezó a leer.

Cariño, tengo que salir y temo que no pudo esperar a que despiertes, pero tenemos una conversación pendiente.

Pd: tómate el té que deje en la cómoda al lado de la cama, te ayudará con el dolor de cabeza.

Su mirada fue directamente a la cómoda al lado de la gran cama y se fijó en

la taza que reposaba ahí. La tocó y comprobó que aún estaba caliente y tomó un sorbo. El té era de manzanilla con un ligero toque de limón sin ningún tipo de endulzante. Se lo tomó todo y reposó un rato.

Al cabo de media hora, notó cómo el dolor de cabeza redimía lo suficiente para poder levantarse y bajar a desayunar. No volvería a tomar en su vida, lo juraba.

Mientras tocaba la campanilla para llamar a su doncella, miró de nuevo la nota y una sonrisa inconsciente se formó en sus labios. Su marido era un ángel, después de todo, no debía pensar tan mal de ella si se había tomado la consideración de hacerle llegar un té y dejarle una nota, aunque seguía sin estar segura de poder verlo a la cara.

De camino al desayuno, Zafiro intentó recordar lo que había dicho o hecho la noche anterior, pero no tuvo éxito. Todo lo que tenía en la mente eran retazos de escenas, pero nada en concreto, y pensar solo le hacía doler más la cabeza, así que lo dejó diciéndose que no debía haber sido tan grave.

La pequeña sala del desayuno estaba sola y Zafiro se extrañó de no oír ningún sonido que delatara la presencia de sus cuñados en el lugar, debían ser alrededor de las once y todos deberían estar ya despiertos. Curiosa, preguntó al mayordomo y él le informó que lord Richard y lord Alec habían salido juntos, lady Angélique había salido a dar un paseo con una amiga y la institutriz de ella, y los mellizos estaban en su cuarto. Zafiro había asentido y se dedicó a tomar su desayuno, tranquila, aunque después se apresuró diciéndose que tenía que ir a echar un vistazo a los mellizos; que estuvieran en su cuarto tranquilos no auguraba nada bueno, no, debían estar planeando algo.

Terminó su desayuno y se disponía a ir en busca de esos pequeños demonios cuando el mayordomo la interceptó.

—Disculpe, milady, pero lady Midleton desea verla. Milord me ha dado ordenes estrictas de no dejarla pasar, pero si usted desea...

—No —cortó Zafiro— dígame que no deseo verla, y mi marido tiene razón, esa mujer no es bienvenida en esta casa.

El mayordomo asintió y fue a cumplir su cometido mientras Zafiro seguía su camino algo turbada solo por la mención de esa mujer. ¿Qué hacía ahí? ¿Qué quería? Fuera lo que fuera, el instinto le decía que no quería

averiguarlo, en lo que a ella respectaba, esas personas podían compartir su sangre, pero no eran su familia y ella no tenía ninguna obligación de atenderla.

Había caminado al menos dos metros más cuando oyó algo que sonó como un quejido. Inmediatamente se puso en alerta y buscó con la vista lo que había producido el ruido. No encontró nada y decidió regresar sobre sus pasos para asegurarse de que todo estaba bien; cuando llegó al vestíbulo, ahogó un jadeo al ver al mayordomo tirado el piso. Tenía un golpe en la cabeza que sangraba mucho y estaba inconsciente.

Se acercó rápidamente a él, pero se detuvo justo antes de llegar cuando sintió el cañón frío de una pistola en la cabeza a la vez que una voz le susurraba:

—No te muevas —era la voz de su tía—. No te muevas o te reunirás con tus padres en este mismo instante.

## CAPÍTULO 25

Zafiro se quedó paralizada, con miedo incluso de respirar mientras su cerebro intentaba asimilar que no se había equivocado y que en verdad su tía la estaba apuntando con una pistola. ¡Su tía! Puede que hubiera demostrado que no le tenía el mayor de los aprecio, pero de ahí a ser capaz de apuntarle con una pistola, eso era diferente. ¿Por qué? ¿Por venganza? No, debía querer algo más.

—Lady Midleton....

Un gemido ahogado rompió la tensión del lugar y ambas se miraron para ver al ama de llaves que veía la escena con expresión horrorizada, petrificada sin saber qué hacer.

—Usted —le dijo lady Midleton al ama de llaves— traiga acá a todo el personal que este trabajando en esta casa, y no se le ocurra intentar nada porque su señora pagará las consecuencias, ¿entendido?

El ama de llaves, que siempre había sido una mujer controlada, no dada a mostrar expresiones, asintió con todo el valor que pudo reunir, aunque su pálido semblante demostraba lo asustada que estaba por esa mujer que apuntaba con un arma a su señora.

En pocos minutos, todos los criados contemplaban la escena atónitos mientras lady Midleton daba órdenes.

—Todos al comedor —ordenó la voz huraña de su tía—. ¡Ahora! —Los criados se apresuraron a obedecer, fieles como pocos, la mayoría temía la vida de su señora, y los otros temían lo que les podía suceder si por culpa de ellos a ella le pasaba algo.

Cuando todos llegaron al comedor, incluido el mayordomo, a quién dos lacayos tuvieron que cargar por órdenes de su tía; la mujer arrebató el manajo

de llaves a la señora Morrison y los encerró dentro.

—¿Por qué está haciendo esto? —preguntó Zafiro al ver que la mujer la conducía hacia las escaleras que daban al piso de las habitaciones.

Lady Midleton soltó una risa sarcástica.

—¿No es obvio? Mi marido está en prisión, están a punto de quitarle el título y estoy a punto de quedarme en la calle. Necesité dinero y tú me lo vas a proporcionar, ya que has sido la causante indirecta de todo este asunto. Ahora mismo me conducirás a tus habitaciones y me darás todo lo que tengas de valor, incluidas esas famosas joyas de la familia Allen. Luego, me dirás dónde guarda tu marido el dinero, me lo darás, me iré, y todos contentos.

Zafiro respiró hondo mientras caminaban a la habitación pensando en cómo salir de ese asunto. La mujer tenía una pistola apuntando a su nuca y cualquier movimiento brusco haría que disparara, no le cabía duda. Aún no le había visto la cara, pero su tono de voz delataba la desesperación y locura que la poseían. Su tía estaba ansiosa por salir de la posición en la que se encontraba y no dudaría en matarla, o golpearla y llevarse el dinero si era necesario.

Cuando pasaron por la puerta de uno de los mellizos, un fuerte temor se instaló en su pecho al recordar que los niños seguían en la casa. Rogó fervientemente por que no salieran y no se percataran del asunto; no se perdonaría nunca si les pasaba algo por su culpa.

Con el corazón que latía mil veces por minuto, Zafiro la llevó a su habitación dispuesta a acabar con esa situación de una vez por todas. Eso no iba a salir bien, estaba claro, aunque la mujer lograra llevarse todos sus objetos de valor, no llegaría muy lejos; Zafiro —o, mejor dicho, Julián— bien podía poner una denuncia; los antecedentes de lord Midleton y los testimonios de los criados serían pruebas suficientes para ir tras lady Midleton. No lo mencionó, claro; era notable que su tía no estaba pensando con claridad en el asunto y la desesperación hacía que no se percatara de las consecuencias que traería semejante absurdo.

Llegó a su habitación y la mujer le ordenó que reuniera las joyas y todo lo de valor, hasta su precioso anillo, recuerdo de sus padres. Zafiro lo hizo sin rechistar sabiendo que, al final, nada saldría bien; dudaba que la mujer fuera a salir del país y, aunque lo intentara, dudaba que tuviera éxito. Tendría que

viajar hasta el puerto de Bristol y comprar ahí un pasaje para un viaje para cualquier otro lado, eso sin contar que tendría que pasar primero por una casa de empeño... sí, la policía daría con ella antes de que se escapara, o eso esperaba; la idea de perder sus pocas pertenencias valiosas no le hacía mucha gracia.

Después de haberla hecho meter todo lo que tuviera valor en una bolsa de viaje, la obligó a ir hasta la habitación de Julián en busca de más objetos valiosos, o dinero, pero no encontraron nada y la mujer la obligó a seguir hasta el despacho de su marido con la esperanza de que ahí si hubiera algo de valor.

Zafiro tampoco mencionó la posibilidad de que uno de sus cuñados o su esposo aparecieran en ese momento, pues en el fondo rogaba que no lo hicieran, temía la reacción de la mujer al verse acorralada, y que fuera ella su blanco más cercano le daba motivos para temer por su vida. Prefirió mantener la menor conversación posible con esa mujer loca, con la esperanza de que todo acabara más rápido.

En el despacho no encontró más que unas cuantas libras, así que furiosa, la guio hasta la cocina donde se apoderó de unos cuantos cubiertos de plata que le hizo depositar en la bolsa.

Cuando regresaron de nuevo al vestíbulo, la mujer le arrebató la bolsa y, sin dejar de apuntarla, empezó a caminar en retroceso hacia la puerta.

—Fue un placer volver a verte, querida. —dijo con una sonrisa torcida y una mirada llena de locura.

Zafiro no dijo nada, en cambio, frunció ligeramente el ceño al ver la cuerda que colgaba en la mitad del vestíbulo. Antes de que siguiera la trayectoria de esta para averiguar de donde procedía, lady Midleton volvió a hablar.

—Aunque quizás deberías venir conmigo, quizás así evite que me persigan... Sí, es una buena idea, ¡vienes conmigo!!!!

Lady Midleton soltó un grito ahogado y Zafiro posó su vista en ella. Su tía estaba tambaleándose en el piso como si necesitara equilibrio, soltó la pistola de forma inconsciente para buscar algo con qué sostenerse y sus manos dieron con la cuerda; al sujetarla y jalarla, una gran cantidad de tierra le aterrizó justo en su rostro picándole los ojos y haciendo que perdiera por completo el equilibrio y terminara en el piso.

Inmediatamente después, Zafiro logró salir de su estupor con suficiente rapidez para buscar la pistola con la mirada y localizarla justo frente a sí, centímetro antes del charco de miel que había provocado que lady Midleton perdiera el equilibrio. La agarró con firmeza y apuntó a su tía al mismo tiempo que dos criaturas salían detrás de los muebles gritando.

—¡Bienvenida mellizos Allen!

Si la situación no hubiera sido tan grave, Zafiro se hubiera reído a carcajadas de lo irónico del asunto, salvada por unos niños, ¡unos niños! Miró la cuerda y se dio cuenta de que había sido atada en un balde que a su vez había sido colocado en precario equilibrio sobre la araña destinada a colocar velas para dar una buena iluminación en el caso de que se celebrara una velada. Cuando lady Midleton jaló de la cuerda, el balde se había volcado y derramado su contenido, pero no había caído, pues lo sostenía de forma precaria uno de los portavelas a la derecha de donde había sido colocado.

Unos genios, esas pequeñas criaturas eran unos genios.

Los niños se acercaron para ver mejor el resultado de su broma, pero fruncieron en ceño al ver a su víctima, que en esos momentos soltaba una serie de improperios en voz alta.

—Esa no es Angelique —dijo Clarice inclinando la cabeza hacia un lado como si así tuviera un mejor ángulo que comprobara su teoría.

—Ni Richard, ni Alec, ni Julián, ni el mayordomo. ¿Será una visita?

—Oh, Dios mío, Julián nos matará —predijo Clarice.

Al contrario, pensó Zafiro, probablemente les estaría agradecido por toda la vida.

—Niños —dijo para llamar su atención.

—Zafiro —dijeron al unísono como si apenas se hubieran dado cuenta de su presencia.

—Nosotros no queríamos hacérselo a una visita —explicó apresuradamente Clarice.

—No —concordó Edwin—. Estábamos aburridos y-y esperábamos que uno de nuestros hermanos entrara, como ellos tienen llave... entonces, ellos caerían.

—Sí —aseguró Clarice, no dando tiempo a Zafiro para hablar—. Era una bienvenida estilo mellizos Allen, ¿entiendes? Bienvenida —señaló la puerta

de entrada—. Se supone que las visitas no pueden pasar sin que antes pasara por aquí el mayordomo.

—En ese caso debió caer Gibbs —argumentó Edwin—. No entiendo qué salió mal...

—No estoy molesta —aseguró Zafiro sin dejar de apuntar a lady Midleton que no se había atrevido a moverse—. Miren, váyanse de aquí y...

—¿Qué es eso? —preguntó Clarice señalando su pistola e interrumpiendo su relato.

—Es un arma —dijo Edwin asombrado y dio un paso hacia ella para ver mejor la pistola.

—¡No se acerquen! —ordenó Zafiro echando un vistazo a lady Midleton para asegurarse de que seguía ahí—. Vayan...

Buscó con la vista el manajo de llaves, pero recordó que la mujer las había tirado después de encerrar al personal, y no tenía ni idea de dónde estaba.

—Por casualidad, ¿saben forzar una cerradura? —preguntó Zafiro a los niños.

Ellos la miraron ofendidos.

—Claro que sabemos —respondió Edwin orgulloso.

—No podemos meternos en problemas si después no sabemos cómo escapar del castigo —añadió Clarice.

Ya que no era el momento, Zafiro omitió preguntar cómo habían aprendido a forzar una cerradura, en cambio, agarró la pistola con una mano mientras que con la otra se agarraba una de las horquillas que recogían su pelo en un simple moño y se las lanzó a los niños.

Edwin se agachó a recogerla y miró a Zafiro con el ceño fruncido, esperando una explicación.

—Vayan al comedor, abran la puerta y díganle a Gibbs que todo está bajo control y que vaya por ayuda.

—¿Ayuda? —inquirió Clarice al parecer al fin consciente del peligro—  
¿Qué sucede, Zafiro? —preguntó temerosa y lanzó una mirada recelosa a la mujer tirada en el suelo.

—¡Háganme caso y váyanse!

Los niños parecieron no saber cómo reaccionar y Zafiro vio muy tarde como lady Midleton se abalanzaba hacia Edwin para tomarlo como rehén

aprovechando su distracción. Soltó un chillido, pero el niño, Dios bendito, fue más rápido que la mujer y se escabulló, tomó a su hermana, aún paralizada por la conmoción, por la mano y la jaló para alejarse del lugar e ir a cumplir las órdenes de su cuñada.

—No se mueva —ordenó Zafiro a la mujer apuntando nuevamente el arma hacia ella—. No crea que no me atreveré a disparar, sé muy bien cómo hacerlo y le aseguro que muy pocas veces fallo.

Esa era una verdad a medias, cierto que sabía cómo hacerlo, y también era verdad que pocas veces fallaba, pero Zafiro no estaba convencida de llegar a disparar, al menos que fuera estrictamente necesario. La posibilidad de matar a alguien no le causaba mucha gracia, y menos si esta persona llevaba su sangre. Puede que no la considerara su familia, y puede que la mujer no hubiera dudado en dispararle a ella, pero Zafiro no era como ella, no pensaba mancharse las manos de sangre, al menos que su vida dependiera de ello.

—Déjame ir —pidió la mujer en un intento por salir indemne del asunto que ella misma había causado—. Por favor..., prometo que no causaré más problemas.

Debido a que la palabra de la mujer no valía ni un penique, a Zafiro nadie le aseguraba eso, por lo que se mantuvo firme sin inmutarse ante la expresión lastimera de la mujer.

—Tú no serías capaz de dispararme, soy tu tía, tu familia —prosiguió la mujer.

—No recordó que yo era su sobrina cuando vino aquí y me apuntó —contestó Zafiro negándose a sentir lástima.

—Yo no te iba a matar... ¡solo quería dinero! Entiende. ¡Estoy desesperada!

La mujer puso las manos en sus sienes y una expresión de angustia cruzó su rostro. Parecía que su cerebro estaba inmerso en una batalla entre la locura y la realidad a la vez que intentaba decidir cómo podía salir ilesa del asunto.

El movimiento fue tan rápido que fue casi imperceptible, lady Midleton tomó un jarrón colocado en la mesa al lado de la puerta y se lo lanzó, solo sus rápidos reflejos le permitieron agacharse antes de que este se estrellara contra su cabeza. Cuando se levantó, apenas tuvo tiempo de ver que la mujer se había abalanzado hacia ella en busca de la pistola. En un acto reflejo, Zafiro

movió la pistola y la golpeó fuerte con ella, justo en la cabeza a la vez que ella se disparaba sola por el brusco movimiento. El disparo fue a parar a una de las paredes mientras su tía se desplomó en el piso desmayada con una hilera de sangre resbalándole por un lado de la cabeza.

Horrorizada por la posibilidad de haberla matado, se agachó y le tomó el pulso, aliviada de que estuviera aún viva, inconsciente, pero viva.

La puerta se abrió en ese momento y un azorado Julián entró por esta.

—Acabo de escuchar un disparo. ¿Qué...?— se detuvo al ver el cuerpo de lady Midleton en el piso.

Observó a la mujer y luego se acercó a Zafiro examinándola para comprobar que no había sido ella la destinataria del disparo. Volvió a ver a la mujer inconsciente en el suelo y luego alzó la vista al escuchar el revuelo que se acercaba. Los mellizos habían liberado a los criados.

—¿Qué rayos sucedió aquí? —gruñó en voz alta.

Zafiro no respondió inmediatamente, se desplomó en el suelo de repente cansada por lo sucedido. Puso una mano en su frente como si así pudiera parar el incesante dolor de cabeza que había regresado y luego enfocó de nuevo su vista en Julián, con una pequeña sonrisa forzada dijo:

—Solo un pequeño problema más, ya sabes, cortesía del apellido Allen.

Julián, que parecía no entender nada, no respondió y en cambio procedió a hacerse cargo de la situación: mandó a un criado en busca de un oficial que se llevara a lady Midleton y luego procedió a calmar a los mellizos que se habían asustado con el sonido de los disparos, aunque no sabía quién necesitaba más apoyo, si ellos, o él, que se le erizaba la piel solo de pensar en que Zafiro pudo haber muerto con esa bala. Cuando llegaba a la casa escuchó el disparo, literalmente se había abalanzado hacia la puerta temiendo lo peor. Gracias a Dios el asunto no pasó a mayores, no podría haberlo soportado.

Después de explicar con lujo de detalles lo sucedido, dos agentes se llevaron a lady Midleton cuyo destino le era desconocido.

Julián no supo si reír o asombrarse al enterarse de que la situación la habían salvado sus traviesos hermanos y se dijo interiormente que, si por el fuera, que echaran la casa abajo, pero no volvería a reprender una broma a esas criaturas.

Cuando todo estuvo resuelto, cargó a Zafiro, que parecía haberse quedado

sin fuerzas, y la llevó hasta su habitación. Como en la noche anterior la recostó en la cama y mando a pedir otro té de manzanilla y limón para aliviarle el dolor de cabeza. Mientras esperaba que llegara, se acostó a su lado y dejó que ella usara su hombro como almohada.

—Creo que me ausenté en el momento equivocado —murmuró él repartiéndole dulces caricias en su brazo.

—Pues la verdad es que sí —dijo Zafiro—, pero agradezco que el final todo haya salido bien, hubiese sido muy tedioso esperar a que la policía fuera tras ella si se hubiese salido con la suya.

Él rio complacido ante su buen humor a pesar de todo lo sucedido.

—Algo que agradecer a mis hermanos, ya era hora.

Zafiro también rio.

Quedaron en silencio unos minutos. Él siguió acariciando su brazo y ella disfrutó de las caricias en silencio, alegrándose solo por estar ahí, recostada junto a él siendo consciente de su compañía, del calor de su cuerpo. Puso una mano en su pecho y sintió a través de esta los latidos de su corazón. De pronto, recordó su asunto y pensó en cómo haría para llegar hasta ahí, para ganarse su amor, cómo haría para confesarle todo lo que la acongojaba por dentro sin salir lastimada ante una respuesta negativa.

Pensaba en el asunto cuando él habló.

—Zafiro.

—¿Ummm? —dijo ella con los ojos cerrados, poco dispuesta a romper la paz del momento con una conversación. Él no tenía la misma idea, porque siguió hablando.

—Recuerdas que mencioné en la carta que teníamos un asunto pendiente del que hablar.

Zafiro se ruborizó instintivamente al recordar que el tema tendría algo que ver con su vergonzoso comportamiento de la noche anterior. Todo lo sucedido había hecho que se olvidara del asunto, por lo que pudo verlo a la cara sin sentir vergüenza, pero ahora, que las imágenes borrosas de lo acontecido hacía unas horas volvían a estar presentes en su mente, no se veía capaz de alzar la cara, temerosa de encontrar una mirada reprobatoria, como una niña que sabe que ha cometido un acto malo y no quiere ver la decepción asomar a los ojos de su padre. Aún no recordaba con exactitud lo que había

dicho o hecho en estado de ebriedad, pero tenía el presentimiento de que no le gustaría oírlo.

—Anoche —continuó él al ver que ella no hablaba— te pasaste un poco de copas. ¿Recuerdas?

Como podría olvidarlo.

Incapaz de decir nada, solo asintió sin mirarlo.

Él sonrió al ver su bochorno, con ternura tomó la barbilla entre sus manos y la obligó a alzar su cabeza para que lo viera.

—¿Es verdad lo que me dijiste anoche? ¿Es verdad que me amas?

Zafiro palideció ¿En verdad fue capaz de decirle eso? ¿El alcohol le había soltado la lengua de esa manera? Una serie de improperios cruzaron su mente y todos iban dirigidos a Richard Allen, el condenado hombre se las pagaría, lo juraba; Richard Allen no viviría más de ese día.

Avergonzada de ser descubierta o, mejor dicho, de haberse descubierto, quiso bajar la cabeza para ocultarla, pero él no la dejó; sus dedos ejercieron presión sobre su barbilla y la obligó a mantener su vista fija en la de él, esperando ansiosamente una respuesta.

Sabiendo que sería ridículo negarlo después de haberse ido de la lengua la noche anterior, confesó.

—Sí, es verdad, te amo, creo que te amé desde el primer día en que te conocí, te amé desde la primera vez que posé mis ojos en esos ojos verdes que no me he podido sacar de la cabeza desde entonces. Me perseguían hasta en los sueños y me atormentaban día y noche, me robaban la capacidad de razonar y ningún pretendiente me pareció adecuado después de conocerte a ti. Toda mi sensatez desapareció en el instante en que te conocí, porque después de todo, ese día sí lograste robarte algo, mi corazón.

Zafiro cerró los ojos, incapaz de ver su reacción ante su declaración, temerosa de su respuesta. Los abrió cuando sintió unos labios en su frente, que depositaba pequeños besos en ella y luego por el resto de su cara, deteniéndose en la comisura de su labio. Se atrevió a echar una mirada furtiva a su rostro y vio que él sonreía.

—Mi vida —depositó otro pequeño beso en su boca— yo también te amo.

Ella dio un respingo de sorpresa mientras la declaración era asimilada por su cerebro, ¿había escuchado bien? ¿o sería solo un producto de su

esperanzada mente que desde hacía tiempo parecía haber dejado de pensar con claridad.

—Yo creí que tú lo sabías —continuó él ajeno a su asombro—. ¿Las mujeres no suelen darse cuenta de esas cosas?

—¡No! —exclamó ella incapaz de creer que él estaba enamorado y ella no se había dado cuenta.

—Bien, entonces, me equivoqué; es que Angelique siempre dice: «Sabrá reconocer al hombre que la ame de verdad del que no...», entonces, llegué a la conclusión de que ustedes debían saber cuándo alguien estaba enamorado.

Esa era la conclusión más absurda que Zafiro hubiera escuchado jamás, ¿o no? Esmeralda también solía decir lo mismo... Sacudió la cabeza incrédula, todos esos días había estado torturándose con la idea de que él no la quería, de vivir una vida entera sola con un sentimiento que no debió llegar, para que ahora resultase que siempre tuvo la felicidad al alcance de la mano... La vida jugaba sus cartas de forma muy extraña.

—Creo que también te quise desde la primera vez que te vi, ahí, viendo cómo tus planes de golpearme con una pistola eran frustrados, y buscando la mejor forma de hacerme desistir del delito. Supe entonces que eras la mujer más rara en la faz de la tierra, pero también la más extraordinaria. Naturalmente, tardé un tiempo en descubrirlo, y no fue hasta que pasaron semanas que me di cuenta. Cuando vi la forma en la que encajabas en esta familia, supe que eras la mujer destinada para mí.

Zafiro sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de emoción. Intentó contenerlas, ella no era de las que lloraba, pero eran palabras tan lindas...

—Podías habérmelo dicho —susurró ella con voz entrecortada—. Me hubieras ahorrado horas de cavilaciones.

—Ya te dije, supuse que las mujeres sabían esas cosas, además, no quería presionarte, no tenía una teoría concreta de lo que sentías por mí.

Vaya, así que, después de todo, terminaría agradeciéndole a su cuñado que la emborrachara; si no fuera por eso, quizás hubieran pasado así años.

Preso de alegría, Zafiro se acomodó encima de su colchón favorito y besó a su caballero ladrón de ojos verdes, disfrutando de la sensación del roce de sus labios, marcando el comienzo de una vida llena de amor, y sellando posiblemente el único acto insensato que había terminado bien.

## EPÍLOGO

Dos años después...

Julián paseaba de un lado a otro de salón intentando contener las ganas de subir e irrumpir en el cuarto de arriba, desde donde provenían los desgarradores gritos de una mujer en parto. Eso estaba durando demasiado.

Paseó una mano por sus castaños cabellos y miró a su familia y amigos con la esperanza de que ellos pudieran distraerlo, pero cada uno estaba inmerso en sus propios asuntos. Damián intentaba evitar que la niña pelirroja de dos años saliera del salón y se perdiera de su vista, mientras Adam observaba con fascinación los intentos que hacía para mantener el equilibrio al caminar un pequeño de un año. Richard y Alec discutían entre sí y Angelique estaba inmersa en una conversación con su nueva e inseparable amiga, Esmeralda, que recién había sido presentada en sociedad. El duque de Richmond estaba en otra esquina hablando con su hermano; todos esperando que alguna de las mujeres bajara a darles noticias.

Los gritos cesaron y Julián agudizó el oído, no queriendo tener muchas esperanzas, pues hacía poco también habían parado, pero después regresaron. Luego de unos minutos en completo silencio, estuvo seguro de que todo había terminado y se dirigió con paso resuelto hacia la salida para ir directo a la habitación. No obstante, antes de llegar, dos de las mujeres, Topacio y Rubí, aparecieron en el umbral mostrando grandes sonrisas que indicaban lo bien que había salido todo.

—Felicidades, milord —dijo Rubí— es usted padre de un hermoso niño y...

—Un niño —interrumpió él sintiendo una extraña alegría renacer en él—. Ha sido niño.

—Los hombres que no saben escuchar —masculló Topacio e hizo un gesto

a Rubí para que continuara.

—Sí —prosiguió la pelirroja— es usted padre de un hermoso niño y de una bella niña.

Esas palabras hicieron que Julián detuviera su apresurado avance a la puerta.

—¿Una niña? ¿son dos? —preguntó atónito.

Las mujeres asintieron.

—Mellizos —confirmó Rubí.

—Mellizos —repitió como si no lo creyera—. Mellizos que llevaran el apellido Allen —dijo lentamente intentando asimilarlo.

No supo qué expresión cruzó por su rostro, pero no debió ser buena porque todos en el salón rieron, todos, menos los Allen.

—Zafiro ha puesto la misma cara —dijo Topacio riendo

—Y mencionó algo que sonó como «Qué pecado estoy pagando» —añadió Rubí.

—Es decir, tendremos dos pares de mellizos Allen en la casa —murmuró Julián aún sin creérselo.

—Juro que me casaré este año —dijo Angelique desde la otra esquina del salón.

—Yo... creo que es hora de ir buscando una residencia de soltero, ¿no crees, Alec? Creo que ya podemos permitirnoslo.

Alec asintió efusivamente y los demás rieron.

—¿Alguien dijo que hay nuevos mellizos? —preguntaron al mismo tiempo dos niños que habían entrado en ese momento al salón.

—Eso es genial —dijo Clarice.

—Nosotros seremos sus maestros —apuntó Edwin—. Les enseñaremos todo lo que sabemos.

Julián soltó algo parecido a un lamento y se apresuró a salir de ahí. Cuando entró a la habitación, la imagen que encontró fue conmovedora. Su esposa tenía en cada brazo a una pequeña criatura envuelta en una manta y miraba a uno y luego al otro, con amor, tenía el ceño ligeramente fruncido, pero su mirada era de amor. La duquesa, que había estado observando a las criaturas, salió en silencio de la habitación llevándose al doctor consigo y Julián quedó solo con los recién nacidos y con su esposa.

Zafiro alzó la vista hacia él y una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Creo que estos son los ángeles que vinieron a cobrarte todo el sufrimiento causado a las diez institutrices; lo que no entiendo es por qué me arrastran a mí, yo siempre me he portado bien —se quejó.

El rio y se sentó con cuidado a su lado.

Zafiro le ofreció uno de los niños y él tomó a la pequeña en brazos. Le pasó un dedo por su delicada carita y sonrió a su mujer.

—Sí vinieron a cobrarme alguna afrenta, creo que aceptaré con gusto cualquier castigo que venga de ellos. —Echó una dulce mirada al niño que descansaba en brazos de su madre, y volvió su vista a ella con ternura—. ¿Crees que pueda haber un momento más feliz que este? —preguntó a su mujer.

—Para mí todos los momentos a tu lado son felices.

—¿Aunque estén llenos de problemas y escándalos? —preguntó enarcando una ceja.

Ella rio.

—Aunque estén llenos de problemas y escándalos; los enfrentaré gustosa mientras estés tu conmigo.

Él sonrió y, teniendo cuidado con los niños que ambos cargaban en brazos, se las arregló para darle un corto beso en los labios. Luego miraron con afecto a las hermosas criaturas, fruto del más bello y puro amor, ese que surgió de la manera menos esperada y más rara posible porque, a veces, las locuras sí pueden traer buenas consecuencias.

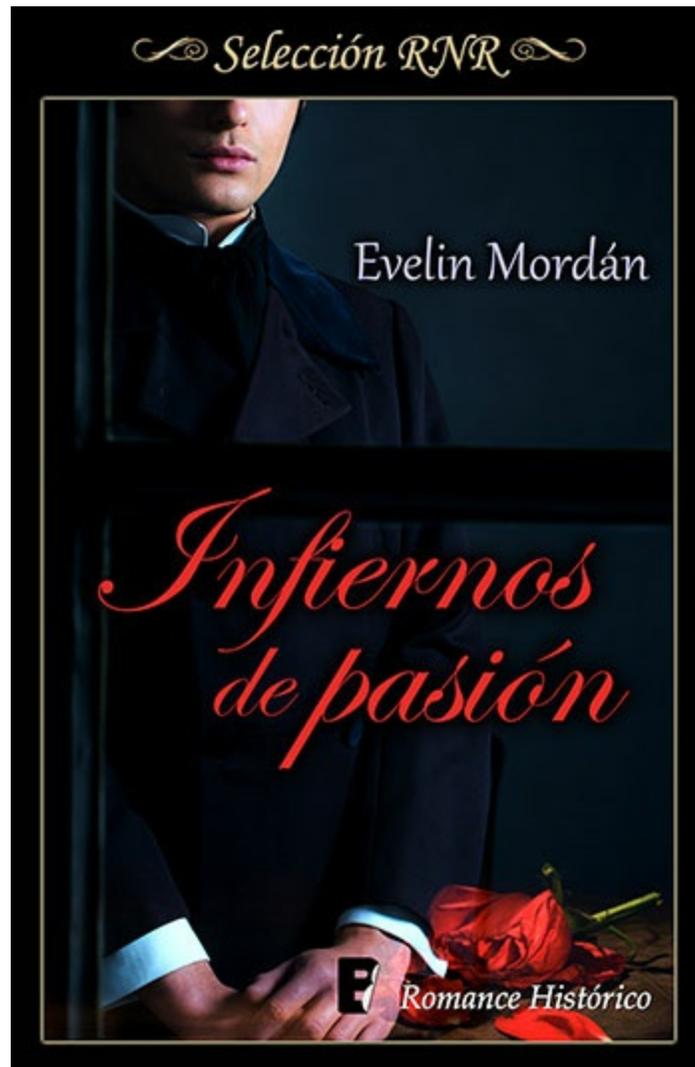
Si te ha gustado

# Un hombre para Zafiro

te recomendamos comenzar a leer

## Infiernos de pasión

de *Evelin Mordán*



## PRÓLOGO

**L**ondres, finales de 1813

—En realidad, milord, no necesita hacer esto todavía.

Byron alzó la vista de los folios y la fijó en su administrador unos segundos.

—Señor Blain —dijo—, ¿qué es lo que me ha traído?

El hombre pareció no comprender la pregunta. Miró a su alrededor en busca de algún paquete hasta que divisó los papeles que había entre ellos.

—¿Se refiere a los expedientes, milord?

—¿Qué son exactamente?

—Informes de impago; de todos los socios que no cumplen, milord.

Byron se lo quedó mirando sin pestañear siquiera, con la esperanza de que aquel reconocido administrador se diera cuenta él mismo de lo que intentaba decirle. Por Dios, ¿cómo habían podido contratarlo?

—Señor Blain —masculló—, si no me pagan, ¿cómo diablos espera que no tome cartas en el asunto?

Pudo ver la nuez del hombre subir y bajar cuando se tragó su estupidez.

—Lo que... lo que quería decir, lord Kinsb...

—¡La riqueza de mi familia no va a perdurar si permito que la gente me robe! —le gritó, echándose hacia delante para interrumpir que lo llamara por ese título—. Quiero que exima una orden de pago para todas estas personas —ordenó apuntando con firmeza los papeles—, quiero ver los talonarios en esta mesa en menos de tres meses.

El señor Blain agrandó los ojos.

—La mayoría de ellos son granjeros.

—Mi negocio es la ganadería, no espero que lleven frac.

—Con todos mis respetos, lord..., milord, si le pagan, gran parte de ellos puede que se quede sin hogar. Sus granjas son lo único que tienen de valor.

—¿Tienen familia?

—No que yo sepa, pero...

—Entonces podrán salir adelante.

—Hay un noble hombre...

—¡Basta!

La furia había ido subiendo por todo su ser hasta el punto de obligarlo a ponerse en pie. Aquello lo sacaba de quicio, no podía comprender que gran parte de sus fondos provenía de gente que no tenía ni de lejos el mismo poder adquisitivo que él. Jamás había sido reacio a las clases más bajas, ni había osado despreciarlas por su carencia económica. Pero en los negocios había que asegurarse de recuperar siempre lo que se invertía, y en ese momento en que era lo único a lo que podía aferrarse, no iba a permitir que todo se fuera a la ruina.

Con la necesidad de hacer algo para sentir que tenía todo controlado, cogió al azar uno de los informes y lo miró con el ceño fruncido: Dalton Jaweys, propietario de una granja en el norte de Hampshire. Recordaba la propiedad, había sido asociada con el objetivo de recibir de allí la pérdida que había significado la ruina de la familia de su madre. No había un caso mejor para demostrar que él podía con todo aquello, que ahora era quien daba las órdenes y que, si era su responsabilidad tener todo controlado, también lo era hacer lo necesario para que así fuera, aunque significase convertirse en un nuevo hombre en el proceso.

—Haga lo que le he ordenado, señor Blain —gruñó, dirigiéndose a la puerta con el informe en la mano—. Yo me encargaré de este personalmente.

La nieve retrasó el viaje más de lo habitual. El carruaje quedó atrapado en más de una ocasión, y el propio Byron tuvo que ayudar a los lacayos a sacar las inmensas ruedas de las consecuencias del frío tiempo. Su objetivo al salir de Londres había sido resolver aquel asunto y estar en casa para pasar la Nochebuena con su familia, consciente de que aquella sería la más dura de toda su vida. Pero todo empeoraba por momentos, y su genio había llegado al límite.

Las varias estancias en las posadas para esperar que el calor del sol los ayudara a avanzar habían causado que llegara a la casa de aquel granjero en plena Nochebuena. Aún no habían alcanzado la entrada cuando divisó las luces a través de las ventanas, y pudo imaginarse más que olerlo el aroma del

pato asado. Un sentimiento de furia lo embargó al pensar en sus hermanos sentados en la mesa, mirándose entre ellos con pesar al no tenerlo cerca. Y a su madre... Ella necesitaba todo su apoyo, y lo único que había podido darle había sido distancia y reticencia a sumirse en un bucle de condolencias del que sabía que si se unía no podría salir.

Quizás no fuera tan mala idea que estuviera allí, a punto de arruinarle la vida a un hombre, y no con ellos. Ahora se darían cuenta de que ya no era el mismo. Que el Byron que ellos conocían había desaparecido junto con aquel puño de tierra que había lanzado en la tumba, y eso contribuiría a que comenzaran a tratarlo diferente.

Cerró los ojos un momento para guardar todos aquellos pensamientos como su nuevo mantra, una ley que se acababa de aplicar en el corazón y llevaría consigo el resto de su vida. El carruaje se detuvo y fue el momento de volver a una realidad tan fría o más que el propio clima de diciembre.

Estaban a pocos pasos de la casa; una estructura fabricada hacía décadas con pedazos de piedra y la ayuda de varias vigas que hacían la función de tejado. ¿Cómo podía soportar aquel hombre el frío? Salía humo por una pequeña chimenea, pero cuando iba a preguntarse si no se encendía la casa con ella, alguien salió cubierto con una gran manta.

—Feliz noche, señores —saludó un hombrecillo de unos cincuenta años que apenas caminaba bien—. ¿Se han perdido ustedes?

Aunque no usó ningún título, Byron se dio cuenta en el momento en que el señor Jaweys lo reconoció como un lord. La presencia de dos lacayos y su vestimenta fueron suficientes para que los mirara con más determinación.

—Buenas noches, señor Jaweys.

—Oh, sabe mi nombre. No todos los días se siente uno tan reconocido.

Una sonrisa con todos los dientes le trajo la imagen de uno de los dibujos que hacía William, su hermano pequeño.

—¿Qué los trae por mi hogar una noche como esta? Dudo que se hayan quedado sin carne para cenar.

—Lo cierto es que el motivo es totalmente distinto —murmuró Byron acercándose más a él—. ¿Sabe por casualidad quién soy?

—Tendrá que disculparme, pero no suelo tratar con gente tan bien vestida.

Byron le extendió el expediente que guardaba en el interior del abrigo.

—Con él sí que trataba.

El hombre inclinó los papeles hacia la vivienda, de forma que la luz que se filtraba por la ventana lo ayudara a leer. Byron percibió un movimiento por el rabillo del ojo y fijó la vista en los cristales casi congelados, pero allí no había nadie más.

—Es mi contrato con lord William Kinsberly. —El tono de alarma de su voz volvió a encenderlo y a posar una dura mirada en él—. ¿Es usted...?

—Debe usted mucho dinero según esas cuentas —rugió Byron—. Y creo que se ha sido muy paciente con su caso.

El señor Jaweys continuó con la vista fija en los papeles, estudiando en la penumbra las hojas que delataban sus deudas. Cuando por fin lo miró, lleno de confusión y temor, Byron sintió unas férreas ganas de acabar cuanto antes y largarse de aquel inhóspito lugar.

—¿Por qué no pasa y cena con nosotros? Estas cosas no son buenas para hablar bajo este frío.

—No me interesa cenar con sus invitados, tengo una familia a la que he dejado cenar sin mi compañía para venir a resolver este problema, señor Jaweys.

—¿Problema?

Byron respiró hondo.

—Estas tierras pertenecían a la familia de mi madre, las perdió y por ello mi familia se interesó en asociarse con usted. Usted se comprometió a abonar un porcentaje de las ganancias que le proporciona el negocio ganadero de mi familia. —Paseó la mirada por las tierras un momento, en busca de más argumentos que justificaran su acción—. No veo ganado, lo que implica que no ha compartido los beneficios, no por falta de ellos, sino por falta de compromiso.

—Si usted me deja que le explique, estoy seguro de que lo entenderá. Se trata de...

—Debe demasiado dinero, señor Jaweys, me temo que no hay ninguna explicación que pueda pagar una deuda como la suya.

Ante aquello, el hombre se quedó mirándolo como si hubiera adivinado de pronto el verdadero motivo de su presencia.

Un pequeño golpe en el corazón al ver su angustia lo hizo dudar por un

segundo. ¿Estaba haciendo lo correcto? Dejar a un hombre de su edad sin hogar quizás no fuera la mejor forma de llevar las riendas del título. Por ese camino, no tardaría en ganarse los adjetivos déspota y cruel. Pero ahora tenía bajo su responsabilidad a los gemelos y a su madre. Y, aunque ya estuvieran casadas, Grace y Amber seguían siendo sus hermanas y jamás las desampararía.

Había pensado que encontraría a un hombre joven que al día siguiente tendría un nuevo trabajo en cualquier granja vecina. Pero, aunque la situación era inesperada, no podía ablandarse ante ella, pues nada le aseguraba ya que los otros socios no fuesen de la misma edad. Tenía un patrimonio que cuidar.

Con la garganta reseca por la adrenalina, le arrebató los papeles de las manos y se enderezó todo lo que pudo para dar la estocada final.

—Tendrá una copia junto con una orden de desalojo en un máximo de tres días. Le recomiendo que no lo haga más difícil y se vaya antes de que las autoridades lo echen. Si desobedece la ley, vendré yo mismo.

—No —susurró el hombre.

—Su asociación con mi apellido finaliza aquí y ahora, señor Jaweys. Y la cuantía de su deuda... bueno, creo que sabe muy bien cómo funcionan los negocios.

—¡No puede quedarse con nuestra casa!

¿Por qué hablaba en plural?

—Es eso, o ir a prisión, señor Jaweys.

—Usted no lo entiende, tengo un motivo por el que no han recibido pago alguno.

—Esa parte la entiendo —masculló cada vez más impaciente por irse, tanto que comenzó a caminar hacia el carruaje, y no le sorprendió que el hombre lo siguiera—. Pero usted también debe entender que los negocios son lo primero.

—Con todos mis respetos, creo que deberíamos discutir esto en privado.

—No voy a discutir con usted, señor —le rugió antes de darle la espalda para subir al carruaje.

—¡No puede venir en Nochebuena y dejarme sin hogar! Tenga piedad, señor. ¡Ni siquiera sé quién es!

Piedad. Hacía apenas unas semanas, Byron estaba rebotante de piedad.

Pero la vida le había dado un duro golpe y se había llevado muchas cosas con él, demasiadas cosas.

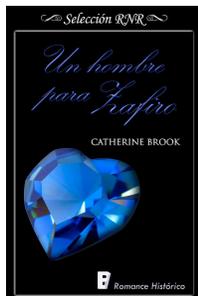
—Podría haber venido mañana y el resultado hubiese sido el mismo. Y por si la oscuridad no le ha permitido verlo, su deuda no podría pagarse ni con cinco años dedicándome el total de sus ganancias.

—Hablaré con lord William Kinsberly en persona —escupió el hombre—. ¡Usted no tiene corazón! Dígale que no me iré hasta que él mismo me lo exija.

Uno de los lacayos ya estaba con las riendas preparadas para poner en marcha los caballos; el otro le sujetaba la puerta para que entrara. Byron no pudo sentirse más agradecido, fue como si percibieran su necesidad de huir de allí.

—Entonces se lo exijo —le dijo con frialdad mientras lo miraba a los ojos—. Porque lord William Kinsberly está muerto, y yo soy el marqués de Kinsberly ahora.

## Un amor profundo que surgió de la desesperación



Zafiro Loughy siempre se ha considerado una mujer juiciosa, incapaz de cometer un acto que pudiera significar un escándalo. Sin embargo, una insensatez llevó a otra y una situación desesperada la hizo tomar una decisión precipitada: perderle al hombre que la secuestró por error que se casara con ella.

Julian, conde de Granard, estaba consternado, su padre le había dejado muchas deudas en herencia y estaba a punto de ahogarse en ellas. Cuando sus imprudentes hermanos decidieron secuestrar a una condesa para obligar a esta a devolver unas joyas que les robó, no pudo ser mayor la sorpresa al darse cuenta de que a quien habían secuestrado no era la condesa, sino una joven soltera, que, aunque la sociedad

dijera lo contrario, debía estar loca, pues le pidió matrimonio.

Su orgullo se negó a ese absurdo, pero la mujer consiguió convencerlo para fugarse a Gretna a Green, dando comienzo a lo que ninguno de los dos esperaba que fuera una hermosa historia de amor.

**Catherine Brook** es el seudónimo bajo el que escribe esta joven autora venezolana. Estudiante de arquitectura, disfruta del romance desde que tiene uso de razón. Siempre le han gustado las novelas con final feliz y fue después de leer *Bodas de odio*, de Florecia Bonelli, que se enamoró del género histórico y todas sus autoras. Cuando se le presentó la oportunidad de publicar en *Wattpad*, jamás se imaginó tal aceptación y, gracias a ello, ha dado rienda suelta a esta pasión, pues en su opinión, no hay nada más mejor que una bella historia de amor con final feliz.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Catherine Brook

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-972-0

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

UN HOMBRE PARA ZAFIRO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

EPÍLOGO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE CATHERINE BROOK

CRÉDITOS